



ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E

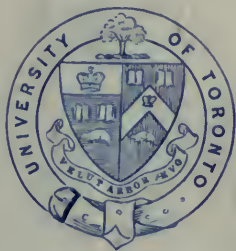
C
O
M
O



J
O
Y
A

P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



LS.C teatro moderno español
T2535 vol. 12

AMOR VENGA SUS AGRAVIOS.

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON LUIS SENRA Y PALOMARES.

= *Espronceda and Eugenio Morán*
of. Rev. Hist. 09 (XX-12)
played Sept. 28, 1838



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

193

PERSONAS.



Doña Clara de Toledo, *marquesa de Palma.*

Don Alvaro de Mendoza.

Conde de Piedrahita.

Don Pedro Figueroa.

Padre Rafael.

Pacheco.

Robleda.

Rendones.

Muzquiz.

Felipe IV, *rey: á los diez y ocho años.*

Conde duque de Olivares.

Abadesa.

Teresa, *demandadera.*

Otañez.

Fortuna.

Beatriz.

Dorotea.

Margarita.

Chamochin y cuatro músicos que hablan.

Viejas que hablan.

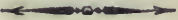
Don Ponce y caballeros que hablan.

Una criada, convidados, monjas, una novicia, un ugiel,
una tapada.



La Escena es en Madrid por los años de 1623 y 24.

ACTO PRIMERO.



Cuadro primero.



ESCENA PRIMERA.

El parque del Retiro al pie de palacio; una calle de árboles.

DAMAS que pasean; varios corrillos de GALANES; algunas TAPADAS. MENDOZA.

Mend. (A unas tapadas.) **A** pesar de ir tan tapada, mal podeis encubrir vuestra hermosura.

Tapad. Galan sois, pero tened cuenta con lo que haceis, y no sigais mas. (*Vanse.*)

Mend. Ni tenia tal intencion. (*Pacheco llega precipitado á Mendoza, y le abraza.*) Pacheco, ¡cuánto me alegro de verte!

Pach. No me alegro yo menos; y por cierto que te hacia en Flandes ocupado en domar aquellos perros hereges, y no creia tener tanta dicha esta mañana.

Mend. Pues no, amigo, no todo han de ser asaltos, duelos, ni alarmas, y alguna vez ha de trocar uno el lecho campal iluminado por las estrellas por la cama, aunque estrecha en comparacion, mas blanda y acomodada. Yo, por ahora, me he propuesto vestir seda en vez de hierro, beber vino en lugar de cerveza, y ceñir la espada mejor que blandir la pica.

Pach. Tienes razon, y ya estarias harto de aquella vida; pero... ¡cuándo has llegado?

Mend. Ayer mismo; y antes, como se suele decir, de quitarme las espuelas he venido al parque esta mañana á

recordar aquellas felices en que tantas y tan buenas aventuras corriamos. Te aseguro que este parque y las mañanas de Mayo han sido cosa que nunca he podido olvidar.

Pach. Lo creo: en Flandes como no hay mes de Mayo...

Mend. Allí hace un frio en este tiempo, que á estas horas por la calle no andan mas que perros ó soldados. Pero, hablando de otra cosa, tu conocerás todas estas muchachas; ¿ha habido muchas bajas? ¿buenos reemplazos? Vaya, infórmame, porque yo te aseguro que hasta ahora no he conocido á ninguna, y estoy hecho un forastero en mi patria.

Pach. Pero creo que no tardarás mucho en hacer nuevos y útiles conocimientos, porque te vi, me parece, echar requiebros á una tapada...

Mend. Sí; pura galantería: la costumbre de galan y de soldado. Pasa una muger, ¿qué diablos! algo le ha de decir uno. Pero te aseguro que vengo muy mudado de como fui. Tú sabes que entonces una muger era para mí un angel; ahora no es mas que un mueble cualquiera, mas ó menos útil, mas ó menos incómodo.

Pach. Es decir que ahora en vez de enamorarte tú, las enamoras á ellas, y en seguida las dejas sin misericordia.

Mend. No, ni aun en eso pierdo el tiempo.

(*En un corro Figueroa y otros.*)

Figue. (*Enojado.*) Caballeros, el que pronuncie el nombre de esa señora, ó siquiera hable de ella, lo hará con la espada en la mano para esperar mi respuesta.

Cab. 1.º Señor don Pedro, no os acaloreis, que no fue mi intencion ofenderla; os vi en el bosque ahora poco...

Figue. Silencio, os suplico. (*Se pasea solo.*)

Cab. 1.º Es un gallego intratable.

Cab. 2.º Montaraz.

Cab. 3.º ¡Un pobre hidalgo que no tiene sobre que caerse muerto; con mas vanidad...!!!

Mend. Sí, para eso me ha llamado mi tio. Quiere casarme con mi prima Clara. Yo no la conozco apenas, porque ella era niña cuando yo me fui; y es lo mejor que ni he preguntado aun si es fea ó bonita.

Pach. Te felicito por tu boda con ella: es bonita, y ademas, sus riquezas y el título de marqués de Palma que te

dará con su mano, te pondrán en estado de hacer un brillante papel en la corte.

Mend. Tal he pensado, porque al fin y al cabo un segundon como yo no tiene otra salida que un buen casamiento, ó un beneficio, si sigue la iglesia. Á mí me dió por la espada, y como he reparado que con ella mejor se alcanza un chirlo que le divida á uno las narices que una buena renta, despues de haber gastado mi patrimonio, sin otro recurso que mi apellido y mi buena suerte, cansado de las borrascas de la vida, me acojo al puerto seguro del matrimonio.

Pach. Sí, para entregarte en mejor navío, y bien armado y provisto, al mar de la ambicion, del poder y de la fortuna.

Mend. Cabalmente.

Pach. Y doña Clara de Toledo, marquesa de Palma, es el mejor mueble, ó escalon que podia proporcionarte la suerte.

Mend. Y por eso me caso con ella. Además, tengo entendido que es una inocente, de carácter muy dulce, criada y educada en un convento de donde ha poco que salió. Mi tio es su tutor: me ha asegurado que no sabe qué cosa son galanteos, amigas, ni visitas; que no ve sino á él y al padre Rafael, confesor del rey y vicario de las monjas con quienes se crió. ¡Cortada y hecha para mí! Ya ves... jóven, bonita, segun tú dices, marquesa de Palma, rica, simplecilla, y que se hará por consiguiente á mis mañas... ¡yotova! que es haber encontrado con la horma de mi zapato.

Pach. De modo que cuando andes en coche, prives con el rey y te llamen S. E. el señor marqués de Palma, habrá que echarte memoriales para hablarte.

Mend. Te aseguro que despues de tan malas noches como he pasado en aquellas malditas dunas de Holanda, el agua ó lo nieve á la cinta, contando los minutos, y esperando un arcabuzazo, como un amante la hora de la cita, te aseguro que tengo vivas ansias de pisar alfombras y hundir colchones de pluma. Por lo demas, y sino se verificase la boda, ni se muriese la muchacha, que tambieu me viene á mí por línea recta su título en ese caso, quiere decir que... *á la guerra me lleva mi necesidad*, como dice la copla, *si tuviera dinero no fuera en*

verdad, ó iria de muy diferente manera.

(Corrillo donde está Figueroa.)

Cab. 1.º Aquel es. *(Señalando á Mendoza.)*

Figure. (Cuidadoso.) ¿Y decis que viene á casarse con la condesa de Palma, su prima?

Cab. 3.º (A otro, sonriendo.) ¿No reparas que apenas puede tragar la saliva?

Cab. 1.º Lo sé de fijo: su mismo tío el conde de Piedrahita, tutor de la jóven marquesa, le ha hecho venir de Flandes con esa intencion.

Figure. Pero ese casamiento se verificará, ó no, segun ella quiera.

Cab. 2.º Y si ella no quiere, tambien. El tutor tiene gran favor en la corte; alcanzará del rey lo que mejor le acomode, y forzará la voluntad de la niña.

Pach. (A Mendoza.) Es estraño que no haya venido. Todas las mañanas viene á pasear con todo el aparato de escuderos, viejos y damas de honor que corresponde á dama tan principal.

(Corrillo.)

Cab. 1.º Ved lo que decis, don Pedro, sobre eso, de que no hay ley divina ni humana que autorice á forzar la voluntad de nadie. Hablais con un calor que cualquiera recelaria...

Figure. Nadie recelaria, yo defendiendo la justicia y...

Cab. 2.º ¿Y fiais en la firmeza de voluntad de una muger?

Figure. Señor caballero, una muger es capaz de tanta virtud como no podemos ninguno de nosotros imaginarnos.

Mend. Está el paseo delicioso, y va cada vez viniendo mas gente.

Pach. Vente por este lado hácia el estanque y galantearemos un rato á las tapaditas de medio pelo, que alli es el paseo de las aventuras.

Mend. Sí, vamos... pero no, que alli viene mi tío con el confesor del rey. Ayer noche no hice mas que verle un momento, y no quiero que me tenga por un rapaz inconsiderado y sin seso.

ESCENA II.

DICHOS. EL CONDE DE PIEDRAHITA y EL PADRE RAFAEL, que salen por una puerta de las de palacio. — CORRILLO. — FIGUEROA aparte hablando con el primer caballero.

Cab. 2.º No lo dudeis, el buen Figueroa está loco de amor por ella.

Cab. 3.º ¿Y ella le quiere?

Cab. 2.º No hay duda.

Cab. 4.º Las mugeres son caprichosas. En medio de tanta brillante juventud há ido á elegir un hidalguillo gallego, vasallo suyo: ved con qué afán habla con nuestro amigo. (*Señalando á Figueroa.*)

Conde. (A Mendoza.) ¡Hola, mala cabeza! no vendrias muy causado del viaje, cuando tan temprano has dejado la cama.

Mend. La fatiga es el descanso del soldado, y la costumbre de velar que traigo me hace despertar antes de amanecer, como si oyera el toque de alarma.

P. Raf. ¿Este caballero es el sobrino de que me habeis hablado alguna vez, y que estabais esperando de Flandes?

Conde. El mismo, y en él os presento á don Alvaro de Mendoza, capitan de los tercios españoles, de cuyas hazañas habreis oido hablar en la corte mas de una vez.

Mend. Humilde servidor de vuestra paternidad.

P. Raf. Servidor de Dios. Y á fé que no desmiente su gallarda presencia los hechos que de él se refieren.

Mend. Agradezco la merced que vuestra paternidad me hace.

ESCENA III.

LA MARQUESA con el aparato de comitiva. FIGUEROA se separa del corrillo procurando hacerse notar de ella. LOS CABALLEROS hablan entre sí: lo mismo MENDOZA en el otro corrillo.

Cab. 1.º Vedla: allí viene la marquesita de Palma con toda su comitiva.

Cab. 2.º Mirad á Figueroa qué turbado se ha puesto en cuanto la ha visto, y cómo se ha deslizado de nuestro corro.

Conde. Le miro como á mi hijo, y es el esposo que tengo destinado á mi pupila Clarita.

P. Raf. Desengañaos, conde, doña Clara ha elegido mejor esposo: yo la conozco bien, y sé cuánto ella prefiere al mundo, el retiro y el silencio del claustro. Su vocacion, ó yo me engaño mucho, ó es verdadera sin duda alguna.

Mend. Esa virtud de mi prima doña Clara me encanta y me enamora sobremanera.

Conde. Cuando yo te lo digo... es la única muger para muger propia. Yo convengo con su paternidad en que la chica gusta mas del retiro y de la soledad que de saraos y bailes, pero esa es precisamente la razon en que me fundó para dártela por muger.

Mend. ¿Y sabéis acaso si ella gustará de mí?

Conde. ¿Gustar de tí! Clara no tiene mas voluntad que la mia; ademas que no entiende ella de eso.

(*El último escudero de la marquesa se acerca á Figueroa: el conde y el fraile llegan despues á la marquesa y la saludan.*)

Pach. Allí viene, esa es. (*A Mendoza bajo y señalándosla.*)

Mend. El escudero aquel que se ha apartado á un lado con aquel hombre ¿no es de su comitiva?

Pach. Si.

Mend. Parece que le da un recado; (*Aparte.*) si sabrá la niña mas de lo que se cree: apostaria á que es una cita amorosa.

Otañ. (*A Figueroa.*) ¡Cé! despachad. Esta noche á las doce os espera mi señora en la reja del jardin. No falteis: á Dios.

Figue. ¿Á las doce? ¡Oid! no os vayais tan pronto.

Otañ. Sí; á media noche: por la reja del jardin: á Dios.

Mend. (*Aparte.*) No hay duda: él la sigue con la vista y ella ha vuelto á mirarle: ¡buen chasco está para un novio!

Cab. 1.º Os doy la enhorabuena: (*A Figueroa, que vuelve al corra.*) vuestra cara manifiesta que habeis recibido alguna buena noticia.

Figue. Os preciais de fisonomista, segun veo; pero os aconsejo que en adelante hagais vuestras observaciones en otro semblante que en el mio. ¿Me comprendéis...? (*Vase.*)

Mend. (*A Pacheco.*) ¿No le conoces? pues síguele é infórmate de quién es. Hasta luego. (*Vase Pacheco.*)

Conde. La mejor rosa de Mayo faltaba, y hé aqui que viene á adornar nuestros jardines. Bien venida, mi querida doña Clara.

Clara. ¡Este paseo de por la mañana me gusta tanto!

P. Raf. Es un recreo saludable, y la mejor hora para dar gracias al Criador y admirar sus maravillas.

Conde. Y la única diversion de que gusta mi querida pupila.

Mend. (Aparte.) Y que proporciona un medio escelente de dar una cita.

Clara. Os aseguro, señor conde, que vivo feliz sin necesidad de otros pasatiempos. Tengo para mí que deben ser desgraciadas las personas que necesitan ese bullicio del mundo para distraerse: sin duda tratan de atolondrarse con su estrépito y olvidar sus pesares por un momento.

P. Raf. Doña Clara piensa como se debe; amar á Dios y vivir para morir es la senda que conduce á la vida eterna.

Mend. (Aparte.) Sermon tenemos.

Conde. Sin embargo, doña Clara me hará el favor de mirar un momento con buenos ojos á su primo don Alvaro de Mendoza que acaba de llegar de Flandes, y que se ofrece por su servidor.

Clara. Me doy el parabien de tener tal caballero por primo mio.

Mend. Y yo, señora, tengo por dichoso este instante, puesto que hago en él tan ventajoso conocimiento. Mucho, prima, me habian alabado tu hermosura, pero veo que han sido muy escasos los elogios y mezcquina mi imaginacion.

Clara. Agradezco, don Alvaro, vuestra cortesía.

Conde. Todo eso está muy bien; pero es preciso que os trateis de aqui en adelante con mas franqueza. Ya sabes, doña Clara, que tu primo ha de ser, si hemos de hacer mi gusto, tu esposo.

Clara. (Aparte.) ¡Suerte fatal!

Mend. Esa será para mí la felicidad suprema. *(Aparte.)*
¡Mala cara pone!

Clara. (Aparte.) ¡Y para mí la muerte!!

Conde. Propiedad de todas las doncellas, ponerse coloradas y mirar al suelo cuando se las habla de casamiento. Pero dejemos esto, que se ha de tratar mas despacio, y pasemos un rato.

P. Raf. El rey debe de salir de un momento á otro, y el señor conde no habrá olvidado que tanto él como yo tenemos que acompañarle.

Conde. Estas caras inocentes le hacen á uno olvidarse de todo; pero teneis razon. Tú, Clara, vé y da tu acostumbrado paseo, y sino te incomoda puede acompañarte tu primo.

Mend. Para mí será un placer si doña Clara se sirve aceptar mi compañía.

Clara. (*Aparte.*) ¡Ó qué enojo! (*Alto.*) Bien, ¿por qué no? Yo iré muy honrada con ella.

Voces dentro. ¡Plaza al rey!

Idem dentro. ¡Plaza! ¡El rey!

Conde. El rey viene: á Dios, doña Clara.

P. Raf. Id con Dios, niña.

(*Vanse ambos á recibir al rey.*)

Mend. Gran ventura es la mía esta mañana. (*A doña Clara.*)

Clara. (*Aparte.*) Qué fastidioso es; le aborrezco. La mía... vamos, estoy tan poco acostumbrada al lenguaje de la galantería, que apenas sé responderos.

Mend. Vuestros ojos hablan por sí solos, y su lenguaje penetrará en el corazón.

(*Doña Clara echa á andar; Mendoza la sigue galanteándola. La gente corre á ver salir el rey.*)

FIN DEL CUADRO.

Cuadro segundo.

Calle : á la derecha del espectador el cercado de un jardin con algunas rejas que van á dar á la calle. Es media noche , serena aunque de poca luz.

ESCENA PRIMERA.

FIGUEROA. MENDOZA.

Figue. **N**o han llegado aun, y ya pasó la hora convenida...
(*Pasa al lado opuesto y mira por la calle adelante.*)
¡Ni un alma parece! ¡qué rabia! ¿Qué será en este instante de mi Clara? ¿Si esperará la seña convenida, fiel á sus juramentos? ¿quién sabe? ¡Ese capitán Mendoza recién venido de Flandes!! Estos músicos de Barabás ¿si habrán errado la calle? (*Asómase por el lado derecho.*) (*Sale Mendoza por el lado opuesto, embozado.*)

Mend. Dos vueltas he dado á la casa y las dos en valde. Sin embargo, esta debe ser la hora del lance, y por mi nombre que no he de aguantar dado falso de un pájaro de primer vuelo. Sepa yo en qué paran los cuéchicheos de esta mañana, que aunque cualquier suceso me sea indiferente, el averiguarlos todos es importante á mis designios. Asalte yo el castillo de mi ambicion, y si quiera sea por la escala ó por la brecha. ¡Hola! ¿Quién va? (*A don Pedro, que aparece.*)

Figue. ¿Chamochin?

Mend. ¿Señor? (*Aparte.*) Fingir y veamos.

Figue. ¿Dónde estan tus compañeros? Pronto, que vengán aqui. Toda la noche me teneis renegando de vuestra tardanza.

Mend. Por eso me he adelantado á tranquilizar á vuestra merced, y á disculpar nuestra inexactitud.

Figue. ¿Cómo es eso? ¿quieres insultarme, traidor embustero? ¿Con que vienes solo á decirme que no cumples tu palabra?

Mend. ¡Eh! poco á poco, caballero, idos á la mano si os cumple... (*Reportándose.*) que aunque músico, soy hombre honrado. Atras viene la banda, y estará aquí muy pronto.

Figue. Eso último te valga, porque sino lo pasas mal á fé mia. ¿Pero cómo tan tarde?

Mend. Cosa muy sencilla. Antes que con vos, teníamos que dar serenata algo distante de aquí con un galan gentil-hombre, á quien debemos mucho, y que nos citó mas temprano. Todo podia hacerse como otras noches; mas en esta, por arte del demonio cuando mejor iba el concierto engrescóse una de... ¡Atras la ronda! Cuchilladas, cintarazos, y ¡favor al rey! que hasta una hora despues ha sido imposible reunirse, ni...

Figue. Ahí estan: colocaos en lo alto de la calle, y desde allí entonad la letra que esta tarde te dí.

(*Vienen los músicos por la calle abajo.*)

Mend. Se hará como mandais. (*Va á irse.*)

Figue. Atiende, Chamochin. Os ireis aproximando despacio hácia este sitio, y observareis lo que os vaya ordenando.

Mend. Muy bien, señor. (*Aparte.*) Él es, no hay duda; procuraré no perderle de vista. (*Don Pedro se dirige á la reja.*) (*Hablando con el grupo, un músico se adelanta.*) ¿Chamochin? Volved á la esquina, y desde allí bajad despacio cantando la letra que esta tarde os mandó aprender el señor don Pedro Figueroa. (*Retroceden los músicos. — Mendoza los sigue.*)

Figue. Animo, esperanzas mias. (*Observa.*) El jardin está solo, no se mueve ni una hoja: solo percibo el murmullo de la fuente, y el palpitar de mi pecho. (*Apayado en la reja, y pensativo.*)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, CHAMOCHIN y MÚSICOS, y despues
CLARA.

ÓYESE LA CANCION.

Despierta, hermosa señora,
Señora del alma mia:
Den luz á la noche umbría
Tus ojos que soles son.
Despierta, y si acaso sientes
Tu corazon conmovido,
Es que responde al latido
De mi amante corazon.
Oye mi voz. (Bis.)

Figue. No viene: no se oyen sus pasos... su vestido blanco no raya en las sombras del bosquecillo. (*A los músicos, con una seña.*) ¡Silencio!!

Clara. (*A la reja.*) ¡Figueroa! ¡Cé!

Figue. ¡Clara! (*Corre á la reja y quiere echarse á sus pies.*)

Clara. ¿Qué vas á hacer, amor mio?

Figue. ¿Eres tú, mi Clara, de quien ya me creía abandonado? Déjame besar tu mano y oprimir con ella mi corazon. ¡He padecido mucho en poco tiempo!

Clara. No sé lo que dices, Pedro, no entiendo tus palabras, aunque me siento conmovida por ellas. Acaba de romper la serenata, me tienes á tu lado mas cariñosa que nunca, y sin embargo parece que dudas de mí. Sí, amigo mio, te he oido cosas muy amargas: hablas de temores; ¿qué quiere decir eso? responde.

Figue. ¡Temores...! siempre los he tenido, siempre han andado conmigo enlutando mis alegrías. ¿Y qué otra cosa pudiera prometerme, yo desdichado, tan lejos de tí por la fortuna que me condena á adorarte por hermosa, y á respetarte por señora de mi país nativo? ¡Ah! ¿Por qué no valgo lo que tú vales?

Clara. Ese delirio me ultraja, Figueroa; ese injusto recelo desvanece mis ilusiones mas queridas. Vienes á ha-

blarme del rango y de las riquezas de que soy esclava, cuando yo acudo á buscar en tus labios la ternura de una pasión. ¿Cuál es el poder de la fortuna para que pretenda separarnos? (*Con intencion.*) Si es que tu llama se resfria, podré compadecerte, pero nunca...

Figue. No mas, señora, no mas; todo lo podeis conmigo, menos dudar de mi fé. Esa duda es mucho mayor que mi sufrimiento y que mi amor á la vida. Escucha, Clara, mil veces al indicarte este dolor secreto que me consume, y que preside á mis pensamientos, á todas mis vigiliás, he sentido que ciertas palabras profanarian quizá la pureza de nuestro amor, y mi lengua ha rehusado pronunciarlas; pero hoy bien conocerás que mi pecho no podia guardar ya tan funesto depósito. ¿Recuerdas el paseo de esta mañana?

Mend. (*Algo separado de los músicos para escuchar á los amantes.*) Alarmado está el galán; el caso no es para menos. Oigamos á la inocente, á la simplecilla educanda. ¿Qué candorosas son las niñas á los diez y ocho años! ¡Mal rayo!

Músico 1.º ¡Despacio va esto!

Idea 2.º ¿No conoces al embozado que nos dió la orden?

Idem 1.º Esta es la primera noche que viene acompañando á Figueroa: será algun deudo suyo.

Idem 2.º Pregúntale, Chamochin, si nos vamos á acostar, que el fresquillo de la madrugada me está pasmando el cuerpo.

Idem 1.º ¡Cé! ¡Caballero! (*A Mendoza.*)

Mend. Sí, cantad, acabad la letra, pero suavemente. (*Aparte.*) Estos mamarrachos, si me descuido, lo echan á perder todo. Si no me engaño han pronunciado mi nombre en la reja. (*Se acerca.*)

MÚSICA Y CANCION.

La flor mas pura y galana
Que el Abril fecundo adora,
Al despuntar de la aurora,
Perfuma el primer albor:
Pero es mil veces mas puro
De tu boca el blando aliento

Si perfuma en torno el viento

Tierno suspiro de amor.

Oye mi voz. (Bis.)

Figue. ¡Qué es esto! ¿quién viene?

Clara. Son los tuyos que vuelven á cantar: déjalos, que estoy muy prendada del tono y del sentido de la trova.

Figue. ¿Te sonrías, Clara, cuando tan atormentado me estás viendo?

Clara. ¿Y por qué no, ídolo mio? Demasiado triste me ven todos los días. Me tienes muy enamorada para que lejos de tus ojos pueda alegrarme jamás. Cuando no te veo, ando pensativa en dulces imaginaciones de estar á tu lado, de envanecerme con tu gallardía; y porque se te ocurra turbar el paraíso que hay para mí en tu cariño, no tengo de sufrir yo la pena de tu desvario. Te empeñas en no estar contento con mis caricias; no me importa, yo estoy loca de júbilo en tu presencia. ¿No te parezco hermosa como otras veces?

Figue. ¡Hermosa! ¡Ah! sí, mas que nunca. Mas hermosa que lo es en mi fantasía el ángel que te conduce á este sitio entre las sombras y los vapores de la noche. Pero tus bodas estan concertadas con otro...

Clara. Eso tú y yo lo sabemos, esposo mio. ¿Has olvidado mi juramento? ¡Ah Pedro! vuelve á leerle en el fuego que ahora enciende mi semblante. Tengo mi mano sobre tu corazón, y no envidio á una niña coronada.

Mend. (Aparte.) Esposos se han llamado. La fortuna es mi guía en esta ronda. ¡Ah! ¡don Pedro Figueroa! que esa palabra envenena tu aliento. ¡Te arrojas delante de mi camino...! retírate en paz, porque sino, voto á los cielos, que me has de servir de alfombra.

Figue. Sí, esposa mia, Mendoza debe de adorarte, porque te ha visto una vez. Ese hombre te desea, y el mundo á que perteneces te va á colocar entre sus brazos. ¡Oh infamia! primero la muerte que consentir en mi mengua y en tu debilidad.

Clara. Sosíégate, amado mio; calma tu frenesí, y aprende á estimar en mas á la que se juzga digna de tu pasión. Soy muger, es verdad, todo lo temo de mi flaqueza... pero hay una cosa, una sola cosa en el universo de la que estoy segura, bien satisfecha. Del amor que te ten-

go, de ser tuya para siempre, nada me hace dudar. En llegando á este punto no titubeo ni un instante. Y advierte que cuando así te hablo, pienso en peligros, en amenazas, en respetos, en seducciones de todo género: en la honra misma y en el decoro que se debe una mujer de mi sangre: pero tambien cuento con mi resolucion de pertenecerte, y con mi libertad de ser dichosa.— (*Con afectacion.*) En cuanto al capitán de Flandes no me pesará á fé mia verle rendido, que al fin triunfos como este podrian guarnecer mucho la guirnalda de nuestro banquete nupcial.

Mend. (Aparte.) ¡Podrá equivocarse mi inocente prima, y se equivocará sin duda, vive Dios!

Figue. Á Dios, señora: si bajo cualquier título pensais en vuestro primo, no os podré mirar tranquilo hasta que mi espada borre su sombra, porque esa sombra llegaria á helarme la sangre en las venas. Á Dios quedad, que el tiempo vucla.

Clara. Se conoce que aun no has probado mi enojo, don Pedro, y te advierto que puede ser mas severo de lo que imaginas. ¿Quién fue, caballero, quién fue la que os rogó por la mañana que asistieseis á esta reja? ¿quereis decírmelo? porque á mí, segun entendeis, la primera vista del capitán debia de tenerme un tanto embelesada para pensar en otra cosa.

Figue. Clara, lo confieso, seré injusto contigo, así lo quiere mi desventura; pero es preciso que yo obedezca á la pasion que hierve dentro de mí, porque esa pasion así, caprichosa, ridícula, pueril, si tú quieres, es la que me eleva hasta la region en que tú habitas, y la que me ha hecho promesas en tu nombre. Yo no volveré á tu lado sin la confianza que necesito.

Mend. (Aparte.) ¡Diablo con el buen Figueroa!

Clara. No te vas, yo lo mando, yo te necesito por el bien de nuestro amor. Si ahora te apartas de mí, cuenta contigo solo desde este momento en adelante, supuesto que no contemplas sino tus gustos.

Mend. (Aparte.) No le deja marchar. ¿Será caridad hácia su primo, ó recelo por su amante? De todo tiene la viña; ¡qué inocencia de criatura! ¡es tan jóven todavía! ¡mentecatos!!!

Figue. Acaba, hermosa mia. Di lo que quieres exigir de mí.

Pero tú tiemblas, se arrasan tus ojos en lágrimas. ¡Por tu vida que no aumentes mi desesperacion!

Clara. ¡Cruel! estrañas mi quebranto y mi amargura cuando acabas de presentarme lo mas horroroso del desengaño. Con que la pobre Clara no tiene imperio ni atractivo para detener algunos instantes al hombre que se llama suyo, y quieres que indiferente lo conozca y se resigne. Ahora sé que al hacerte dueño de mi alma no reservé para mí mas que la pena de tu ingratitud.

Figue. Clara, perdona mis arrebatos: manifiesta tu voluntad, y verás hasta qué punto soy tu esclavo.

Clara. Óyeme, Figueroa. Nuestra situacion es urgente y comprometida. Por no valer menos á tus ojos he podido privarme hasta hoy de todo el placer que mas que tú he deseado. Sé que eres comedido y discreto, tengo confianza en tu amor y mucha fé en que nos salvaremos; pero es preciso que nos pongamos de acuerdo para tomar una resolucion pronta y segura. La llave de esta reja está en mi poder; una doncella enteramente mia nos espera en mi gabinete, dispuesta para cualquier aviso. Mi tutor duerme, la casa está en silencio...

Figue. Dentro de un instante me verás correr á tus brazos. Voy á alejar de estos lugares testigos importunos. ¡Oh divina felicidad! desde el fondo del infortunio veo los cielos abiertos. (*Se dirige á los músicos.*) ¡Eh! ¡amigos!

Mend. ¿Correrás á sus brazos? (*Incorporándose al grupo.*) pero no has de llegar á ellos, no lo temas. (*Requiriendo la espada.*)

Figue. Tomad. Retiraos cantando, (*Alargando un bolsillo.*) y vedme mañana, que ya viene el dia.

CANCION.

Á Dios, mis dulces amores,
 Que envidiosa el alba fria
 Ya raya en oriente el dia
 Por turbar nuestro placer:
 Á Dios, señora; mi alma
 Dejo al partirme contigo:
 Amante triste maldigo,
 Aurora, tu rosicler.

Guárdame fé. (Bis.) (*Vanse los músicos.*)

(Don Pedro los observa hasta que se entran por el tercer bastidor de la izquierda del espectador. Suena la llave en la reja, que se abre. Mendoza vuelve precipitadamente, y rebozado.)

ESCENA III.

MENDOZA. FIGUEROA.

Mend. ¿Adónde vais, caballero?

Clara. ¡Ah! Dios mio, ¿quién será? (*Cerrando sorprendida: observa.*)

Figure. ¿Y con qué derecho me pregunta el imprudente?

Mend. (*Con sorna.*) Soy amigo vuestro, y bien nacido ademas.

Figure. (*Mete mano.*) Defendeos, voto á mi nombre, si quereis morir como bueno.

Mend. No vengo á reñir, señor Figueroa, sino á representaros esta noche lo que se debe al honor de las damas principales, para que en amaneciendo podais llamaros hidalgo. Para enamorado basta, señor don Pedro.

Figure. Acortad razones, cobarde, y sacad la espada, (*Hacia él.*) que ya no respondo de mi cólera.

Clara. ¡Asesino! corro á salvar su vida. (*Desaparece.*)

Mend. ¡Mi espada! Está bien ceñida. Os prometo que algun dia os pesará verla desnuda.

(*Se advierte movimiento en casa de Clara: oyesse abrir algunas ventanas; poco despues aparecen luces.*)

Figure. Vil, embustero, defiéndete ó te mato.

Mend. Insultais á una capa que no quiere responderos, porque no es esta la ocasion ni el sitio. — Oid: la calle se altera; la marquesa ha despertado sin duda; doña Clara llama á sus criadas, y por allá bajo gritan: ¡al asesino! Si quereis mediadores, facil es aqui la pendencia. Yo sé llamaros por vuestro nombre: mañana nos veremos. ¡Agor! que rellejan las luces y tengo muy mala cara. (*Fase.*)

Figure. ¡Voy á seguirte hasta el cabo del mundo! ¡Clara! mi corazon tiembla por tí, y es muy leal mi corazon. (*Fase.*)

ESCENA IV.

VIEJAS, CONDE y CRIADOS.

(*Algunos criados con armas y una linterna salen por la puerta de casa de Clara, que está hácia el medio de la calle; el tutor conde de Piedrahíta al balcon. Algunas mugeres viejas en sus ventanas.*)

Vieja 1.^a ¡Qué tal, las musiquitas! si siempre lo estoy diciendo; no pueden traer uada bueno.

Idem 2.^a ¡Ay qué susto, señora Estefána! Vamos, no hay justicia; todo se vuelve pícaros por la noche. ¡Virgen Santísima!

Idem 3.^a La culpa tienen mas de cuatro moscas muertas, que parece que no han roto un plato en su vida.

Idem 1.^a Vaya, á que no asoman ahora. Estarán durmiendo como pajaritos. ¡Qué lástima...! Buenas noches, vecinas. ¡Válgate Dios!

Conde. Pronto, muchachos, acudid al ruido y detened á todo el mundo.

Un criado. (Con chuzo.) ¿Por dónde van esos perros?

Otro. Por aquí, por el callejon.

Todos. ¡Á ellos!!! (*Entranse por donde los otros fueron.*)
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Estrado de doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.

Un sueño se me antojan los recuerdos de esta noche fatal, una espantosa pesadilla. ¿De dónde pudo salir aquella diabólica aparición...? A nadie se encontró despues... Un embozado de siniestra figura que llamaba por su nombre á Figueroa y se recreaba en su despecho. Quizá algun enemigo suyo: don Pedro debe presumirlo. ¡Pero tal vez dudará de mí! Si llegará á sospechar de la lealtad de su Clara, ¡Dios mio...! (*Pausa.*) Podria ser que Mendoza... la sequedad con que se vió tratado por mí en el paseo de ayer... hoy no he salido temiendo encontrarle. Pero es imposible. ¿Cómo en un dia pudo conocer á don Pedro, sorprender un secreto como el nuestro y averiguar la hora, el sitio...? Otañez no se separó de mí un instante: Otañez es fiel ademas... ¡Maldito embozado! ¡vision infernal! Alguien viene, que han franqueado la puerta de la primera sala. (*Mirando á la puerta.*) Mi primo don Alvaro. Procuraré probar mi sospecha. Me repugna cada vez mas este hombre.

ESCENA II.

CLARA. DON ALVARO.

Mend. Hermosa primita, buenos dias.

Clara. Bien venido, don Alvaro.

Mend. Madrugué por veros en los jardines, pero estaban, como faltabais vos, muy tristes esta mañana.

Clara. Pecaís de sobrado lisonjero.

Mend. No tal, Clara, no por vida mia; al contrario, á fuer de soldado suelo perder lo cortés por seguir la franqueza de mi sentimiento. Y contigo no sería por cierto...

Clara. Podeis sentaros, si gustais.

Mend. Lo haré por obedecerte. (*Aparte.*) Tan adusta como siempre; si habrá llegado á presumir...

Clara. Deciais, señor don Alvaro...

Mend. Decia, prima, que me pesa del desvío con que me tratas. Otra es la intimidación que se debe al deudo, si es que no median ofensas ó enemistades.

Clara. Perdonad, don Alvaro; yo os estimo como debo; pero mi genio, mi edad, mi falta de mundo, me impiden, á pesar mio, esa intimidación que yo no quisiera negaros... No sé por qué tengo reparo en... el tiempo sin duda y la frecuente correspondencia podrán...

Mend. Lo entiendo. Me contento con saber que no te es molesta mi presencia.

Clara. Jamas podria serlo.

Mend. (*Aparte.*) ¡Los ojos son divinos! (*Alto.*) ¿Y podré yo saber si alguna incomodidad te ha privado de salir á dar vergüenza á las flores, y alegría á la luz de la mañana?

Clara. La noche ha sido inquieta para mí. No he podido gozar del sueño, y cuando descausaba en las primeras horas de la madrugada, la casa se puso toda en movimiento; yo me sobresalté mucho con las voces y el ruido. Era una pendencia en la calle; decian que habian muerto á un hombre, y esta idea no me dejó ya sosegar.

Mend. ¿Y efectivamente hubo una muerte?

Clara. No hemos podido saberlo. (*Conmovida.*) Nuestro tío el conde saltó de la cama y ordenó que los criados acudiesen al lance; pero volvieron sin haber encontrado á nadie, ni saber nada.

Mend. Vamos, mas vale así. Sería algun encuentro de amartelados noveles. De esos que viven del escándalo buscando reputación de valientes. De todos modos yo tengo la culpa de tu mala noche, porque en vez de recogerme temprano debí pasear la calle y guardar el sueño de mi hermosa prometida. ¿No es verdad, Clara? (*Aparte.*) Tentemos el vado, porque al fin hay que pasarlo.

Clara. Os doy mil gracias, sois demasiado galan.

Mend. Lo conozco: he andado muy grosero en el primer dia de mi fortuna; no debí esperar tu licencia para cumplir con el deber de gentil enamorado. Créeme: la primer serenata es para una doncella un tesoro de ensueños y de ilusiones.

Clara. ¿Acostumbráis ese lenguaje con todas las mugeres, primo don Alvaro?

Mend. Tú debes saber la respuesta. Este lenguaje le empleo con todas las que tienen tu belleza, con las que tienen el fuego de tus ojos, Clara, con las que como tú se insinúan en el alma; pero desgraciadamente son muy pocas...

Clara. No deben ser pocas las de vuestro gusto, según creo. Lo que es en Flandes habreis dejado memoria entre las damas, como dicen que la dejais entre los hombres de guerra.

Mend. Me favoreceis, prima mia, mas de lo que yo merezco; pero es lo cierto que no sé qué instinto de felicidad me ha hecho guardar á toda costa la independencia de mi corazón, y ahora puedo rendirlo con orgullo á la muger que adoro.

Clara. ¿Con que adorais realmente? No podia ser de otra manera.

Mend. ¡Hace poco tiempo, hermosa mia!

Clara. Os entusiasmais demasiado.

Mend. (*Aparte.*) Esta muchacha no ha oido en su vida á ningun hombre de mi temple. Lástima tengo al bueno del hidalguillo. (*Alto.*) Muy discreta eres, pero ya es escusado tanto detenimiento. Sabes el objeto de mi vuelta del ejército, conoces ademas el estado de mi alma, tus ojos se han encontrado con los míos: ¿qué resta pues?

Clara. Ignoro lo que quereis decirme.

Mend. El conde, nuestro tio, te habló ayer de mi felicidad.

Clara. (*Aparte.*) ¡Qué martirio! (*Alto.*) Mi tutor se complace á menudo en ocasionarme situaciones difíciles para mis pocos años. No creo que pretendiese dar valor á sus palabras: nada me habia advertido de vuestra venida. Ademas, señor don Alvaro, que probablemente no estará en mi mano la felicidad que buscais.

Mend. (*Aparte.*) Su turbacion va en aumento. (*Alto.*) Te

comprendo; tienes derecho á que mi adoracion sea mas explicita: tanto mejor, con eso gozaré mas en declarártela.

Clara. (Aparte.) ¡Si yo pudiera disuadirle !!

Mend. Pues bien, Clara, yo no he hablado á ninguna muger de amor en toda mi vida. Pero el tuyo me enciende, me abrasa...

Clara. Teneos, don Alvaro, yo soy muy jóven aun; no sabria amaros, ni apreciar lo que valeis. Vuestro lucimiento en el mundo, y vuestra bizarría, os deben poner alas para alcanzar á una de las primeras damas de la corte. Ni yo llegaria nunca á creer en vuestro amor.

Mend. Otrá respuesta es la que debo esperar de tí, Clara. Si tus años son pocos, es tan grande tu hermosura, que no es posible sino que en medio de tu recogimiento, tengas algun empeño amoroso.

Clara. No me sonrojeis, capitán. No sé por qué creais de mí...

Mend. ¡Oh! ¡es bien disculpable lo que yo creo! ¡qué disculpable! es absolutamente preciso. Lo único que yo deseo es que medites un poco sobre lo que tú mereces y la vehemencia con que yo te amo. Si por acaso alguna intriga insignificante y pueril preocupa tu corazón, debo esperar que no se opondrá á nuestro enlace futuro.

Clara. Pero...

Mend. Perdona mi haneza, Clara; no sé fingir. Voy á dejarte en libertad para que reflexiones y decidas de mi suerte. El conde te hablará mas despacio. Ya conoces la finura de mi cariño. Á Dios, hermosa Clara.

Clara. El cielo os guarde, capitán.

Mend. (Aparte.) Hasta mi amor propio está interesado en echar ese hidalgo á paseo. *(Hace reverencia, y vase.)*

ESCENA III.

CLARA.

¡Qué tormento tan insoportable! Era imposible resolverme á un desprecio; todo debia temerlo de su altivez irritada. Tal vez en un momento favorable declarándole el empeño de mi alma, desistiria. ¿Quién sabe? Un soldado suele ser generoso... Él no debió ser el embezado de

anoche... sin embargo, sus últimas palabras... El tiempo es precioso: voy á informarme de Figueroa; que me vea, que dirijamos juntos el rumbo de nuestros amores. (*Vase á sus habitaciones.*)

ESCENA IV.

EL CONDE DE PIEDRAHITA y EL PADRE RAFAEL.

Conde. Os he rogado que me acompañeis para que con vuestra presencia y consejo dierais autoridad á la entrevista.

P. Raf. No me habeis dicho de qué se trata, señor conde.

Conde. Teneis razon: ¿qué cabeza la mia! Ayer asististeis á la presentacion que hice de mi sobrino el capitan don Alvaro de Mendoza en el parque de palacio; y recordareis que dije tenerle destinado para esposo de su prima Clara, mi pupila.

P. Raf. Y tanto como me acuerdo. Pero ya sabeis tambien lo que algunas veces os he dicho. Clarita no ha nacido para el mundo.

Conde. Eso es otra cosa que no podemos asegurar-todavía. Ahora se trata de hablarla formalmente sobre el casamiento que conviene á su cuna y á su juventud. Este es un deber que me incumbe por la tutela que ejerzo y por el lustre de la familia.

P. Raf. Euhorabuena, señor conde; en todas las condiciones de la vida se puede servir á Dios y abrazar la cruz. Espero sin embargo que respetareis su vocacion, si es, como creo, verdadera.

Conde. Conozco perfectamente lo que la conviene, y deseo su bien: ¿qué sabe ella? Estoy seguro de que hará mucho caso de mi experiencia y no tratará de replicarme, sino de cumplir con su deber como hija obediente. En otro caso, no me faltarán conventos donde recluirla.

P. Raf. Podemos verla, si os parece.

Conde. Voy á llamarla. (*Toca una campanilla de mano.*)

ESCENA V.

UNA DONCELLA aparece. DICHOS.

Donc. Señor...

Conde. ¡Hola! avisad á doña Clara que su tío la espera. (*La doncella, con una reverencia, se retira.*)

P. Raf. Considerad, señor conde, que se trata de decidir toda la vida, y quizá de la salvacion de una criatura.

Conde. Padre Rafael, sois un varon ejemplar; mas perdonadme si os digo que no comprendéis á las mugeres. No, sino dejarlas correr tras de sus gustos, y vereis cómo se meten en trescientos verengenes.

ESCENA VI.

EL CONDE. PADRE RAFAEL. CLARA.

Clara. (*Entrando.*) Tío y señor, buenos días. Vengo á saber lo que teneis que mandar á vuestra pupila. (*Aparte.*) Estoy temblando.

Conde. Saludad al padre Rafael, que me acompaña.

Clara. (*Al padre.*) Vuestra reverencia me dé á besar su mano. (*Besa la mano.*)

Conde. Con tu licencia, (*Tomando asiento é invitando.*) doña Clara. (*Siéntase.*) ¿Estais descolorida?

Clara. (*Turbada.*) No sé...

Conde. (*Con intencion.*) Vamos, querida mia, yo sí lo sé y vengo á esplicártelo.

Clara. (*Aparte.*) Si habrá llegado á su noticia...

Conde. ¿Has vuelto á ver á don Alvaro?

Clara. (*Mas inquieta.*) Viuo á visitarme esta mañana.

Conde. ¡Bien! parece que el mozo no se descuida. Me alegro, con eso me ayuda á andar mi camino. ¿Y qué os parece, doña Clara? ¿qué pensais de vuestro primo?

Clara. Yo... (*Aparte.*) ¡No puedo reprimirme por mas tiempo!!

Conde. ¡Eh! no acabariamos nunca si esperase tu respuesta. Escrúpulos... melindres... nimiedades. Ea, vengo á que señales el dia de tu desposorio, y si tambien andas con reparos en esto, yo mismo le fijaré (quizá mas á tu gusto). El rey será padrino de la boda por honrarnos: todo lo tengo dispuesto. Tendremos unos dias alegres, y al lado de un caballero amante, noble y esforzado, como tu primo, jamas podrás tener queja de la fortuna. ¿Qué tal, inocente? ¿Ves como yo adivino tus pensamientos?

Clara. Pero, señor, yo sentiria disgustaros con mis palabras...

Conde. Cómo, cómo, ¿qué es eso de palabras? ¿Á qué os haceis de rogar sobre el logro de vuestros deseos? (*Aparte.*) ¡Cada dia mas vergonzosa! ¡pobrecilla! ¡un retrato de su madre en un todo!

P. Raf. (*A Clara.*) Podeis hablar con libertad, marquesa: consultad vuestro pecho, y cuidado con engañaros á vos misma, que os ocupais del lance mas serio de la vida. Vais á pronunciar vuestra sentencia, y si al cumplirla la hallais áspera ó insoportable, entonces no os quedará recurso humano, y vos sola tendreis la culpa de las miserias que os sobrevengan.

Conde. No me he atrevido á interrumpiros, padre Rafael; sin embargo, quisiera rogaros con un momento de silencio hasta que mi Clara se explique. (*Al padre.*) ¡Qué diantre! la vais á sobrecoger con vuestros sermones. (*Aparte.*) Aunque no hubiera venido el buen religioso... Á nadie se le ocurre... (*A Clara.*) ¿Qué ibas á decirnos, hija mia? Tranquilízate, no tengas reparo.

Clara. Tio y señor: venis á proponerme mis bodas con don Alvaro. Yo soy muy jóven, no me atrevo aun á pronunciar mi eleccion: ahora no me siento con fuerzas para abrazar el matrimonio. Esto no es desobedeceros, sino conocer que sería muy desgraciada si en este momento... con mis pocos años, tuviera que separarme de vos... y...

Conde. ¿Eso dices, Clarita? ¿hablas de veras? (*Al padre.*) Ahí teneis lo que son las contemplaciones. (*A Clara.*) Cuidado, Clara, con que sea otro el motivo de tu repugnancia. Cuidado con que yo sepa que abrigas en tu corazon ideas indignas de la clase á que perteneces. Mira, niña, que has de tener en el conde un inflexible enemigo de tus hajos pensamientos.

Gla. (*Aparte.*) ¡Es imposible que yo le descubra mi corazon!! (*Se aflige.*) Pero quiero salir de una vez de esta agonía.

P. Raf. No hay porque afligirse, señora. Teneis tiempo para reflexionar. Yo os prometo mis auxilios. (*Aparte.*) Sería un cargo de conciencia el violentarla al matrimonio.

Clara. No os irritéis, señor conde, contra mí. Soy una infeliz huérfana, estoy bajo vuestra tutela, cuento con vuestra bondad y con el cariño que desde pequeña me habeis mostrado. Vos no debeis formar un empeño en que yo acepte la mano del capitán Mendoza mi primo: no lo habeis formado sin duda. Pues bien, yo os aseguro

que no soy culpable, que me creo digna de mi nobleza y de la vuestra, que jamas por mí se verán manchados nuestros blasones.

Conde. Lo demas sería un crimen abominable que nunca obtendria mi perdon.

Clara. Pero, señor, yo no podré jamas enlazarme con el hombre que me proponeis. No sé, pero siento una oposicion invencible á ese enlace. Conozco las prendas que brillan en don Alvaro, y como parienta suya me complazco en estimarlas; ¿pero qué quereis que yo haga con este horror secreto que en vano intento sofocar?

Conde. ¿Que esto escuche de tí, desagradecida, ingrata, sin descargar el peso de mi justo enojo?

P. Raf. Señor conde, que os apasionais demasiado. Reprimid la cólera; doña Clara es virtuosa, y...

Conde. (*Bruscamente.*) ¡Dejadme en paz! (*A Clara.*) ¿Acaso ignoras, temeraria niña, que la mano del esposo que te ofrezco honraria á la doncella mas illustre de España, y aun de fuera de España? ¿Sabes tú por ventura la estension del agravio que haces, irreflexiva? Los personales méritos de don Alvaro estan á la vista; sus hechos gloriosos andan en lengua de todos; su carácter, su afabilidad, sus modales... No quiero causarme. Mi palabra está dada, le he ofrecido tu mano; para aceptarla le he hecho venir de Flandes y abandonar sus adelantos: mi palabra se cumple, y tú la cumplirás.

Clara. Os ciega la ira, señor; no os lastimais de la situacion amarga en que me hallo. Con lágrimas os lo suplico... Compadeceos de mí, siquiera por el amor que siempre os tuve. Os he dicho la verdad.

Conde. Aparta, aparta; quítate de mi presencia; vete, vete donde yo no te vea; que sino... ¡por mi nombre que haga un ejemplar contigo! (*Lleva la mano á la daga.*)

P. Raf. ¡Deteneos, señor conde, en nombre del cielo!

Clara. (*Aparte.*) Os obedezco. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (*Al retirarse Clara el padre la detiene.*) (*El conde pasea airado.*)

P. Raf. (*A Clara.*) Debeis llevarlo con resignacion. Confiad en mí: yo leo en vuestra alma y conozco vuestros santos designios. La humildad, hija mia, asiste siempre á las que aspiran á ser esposas de Jesucristo.

Clara. ¡Padre Rafael, mi dolor es muy acerbo! (*Sollozando.*) ¡Dejadme al menos llorar!!!

P. Raf. ¡Inocente paloma! (*Aparte.*) Las piedras se enternecerían al mirarla.

Conde. (*Aparte.*) ¡No lo hubiera creído en mi vida! ¡Una víbora es lo que yo he criado en mi seno!

P. Raf. Ya lo veis, señor.

Conde. Sí, lo veo: gracias á vuestro celo inconsiderado... y al demonio...

P. Raf. (*Con solemnidad.*) ¡No blasfemeis!

Conde. (*A Clara que está para salir.*) Doña Clara, oye mi última resolución. Por el esmero paternal con que te he criado, quiero dar treguas al desagravio de mi autoridad. Hasta mañana tienes de plazo para el arrepentimiento. De todo estás bien informada. Consulta con la soledad, y conocerás tu extravío. A Dios.

P. Raf. A Dios, señora; paciencia, y abnegacion.

Clara. (*Acompañándolos hasta la puerta.*) El cielo os guarde y me defienda. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA un momento suspensa; despues á la puerta de la servidumbre.

Un dia solo nos resta. (*Llama.*) Otañez, ¡Hola! ¡pronto! Yo no sé lo que me pasa.

ESCENA VIII.

Entra OTAÑEZ con prisa.

Otañ. ¿Qué mandais, señora?

Clara. Sabes tú dónde vive don Pedro, ¿no es cierto? creo que es muy cerca de aquí. Vas á llevarle ahora mismo una carta: se la entregarás á él mismo, ¡cuidado! espérame aquí, voy á escribirla al instante. (*Vase.*)

Otañ. (*Solo, y despues Mendoza que entra sin ser visto.*)

Está visto, Dios me hizo para andar siempre en tercerías.
Mend. He de averiguarlo todo, nadie me ha visto entrar.
(*Coge de un brazo á Otañez.*)

Otañ. ¡Dios mio! ¡favor!

Mend. ¡Silencio, ó mueres! Escoge entre este bolsillo, ó perder la vida. Tú diste ayer en el Retiro un recado á don

Pedro de Figueroa. ¿Adónde vas ahora? Le llevas algun nuevo mensaje sin duda. Tú hablabas de él. Respóndeme la verdad, y te premiaré bien; sino... te mato.

Otañ. Sois muy ejecutivo... acepto el bolsillo. (*Aparte.*) Estoy temblando.

Mend. Despáchate pronto, que vienen.

Otañ. (*Aparte.*) No hay sino cantar claro. (*Alto.*) Mi señorita va á salir, yo espero una carta que envia á don Pedro.

Mend. Está bien: basta, vé y cumple tu comision; cuidado que digas que me has visto aqui.

Otañ. No hay cuidado.

Mend. Ella viene; ¡silencio! (*Vase por la puerta por donde entró.*)

Otañ. ¡Santos cielos! no vuelvo en mí... pero en fin, serviré al que mas paga: guardemos el bolsillo.

ESCENA IX.

OT A Ñ E Z. C L A R A.

Clara. Esta es la carta; vé volando y dile que venga al momento, que venga contigo; y hazle entrar sin que nadie le vea: aqui aguardo. Sí, es menester tomar una resolucion. Figueroa es mio, y ha de ser mio aunque todo el mundo se oponga. Sí, es preciso que yo le vea. No hay medio entre ser suya, ó morir.

ESCENA X.

M E N D O Z A. C L A R A.

Mend. Perdonad, doña Clara, si abuso tal vez del privilegio de primo y de novio para volver á verte y entrar hasta aqui sin hacerme auunciar.

Clara. (*Aparte.*) ¡Dios mio! este hombre es una maldicion que ha caido sobre mí. (*Alto.*) Cierito, señor don Alvaro, que á entrar asi en la habitacion de una dama, no creo que haya parentesco, por estrecho que sea, que autorice, y...

Mend. Y sino fuera, vais á decir, por lo mucho que me estimais, y no tener vos nada que ocultar de mí, os eno-

jariais sin duda conmigo. Lo sé, doña Clara, y sino hubiera confiado en el aprecio que os debo, los vínculos de sangre que nos ligan no me hubieran dado ánimo por sí solos para penetrar en tan sagrado recinto.

Clara. (Aparte.) ¡Y él va á venir de un momento á otro! (*Sofocada.*) No hay recurso, es forzoso romper de una vez. (*Alto.*) Caballero... las damas tenemos nuestros secretos, y... es una imprudencia...

Mend. Vengo tan cansado... (*Con mucha calma.*) con tu permiso, querida prima. (*Se sienta.*) En tu edad ¿cuáles pueden ser tus secretos? No hay que enojarse conmigo, vamos, ni ponerme mala cara por eso. Apuesto á que el escudero que acaba de salir te traerá algun regalo para nuestra boda con que tú querías quizá sorprenderme. ¿No es ese el secreto, Clara? (*Con intencion.*)

Clara. (Fingiendo una sonrisa.) Veamos si vale la astucia. (*Alto.*) Sí, pero... ¿por qué lo habeis acertado? es verdad, primo mio; yo quería sorprenderte; anda, vete, luego te lo enseñaré; ¿por qué me has de quitar ese gusto?

Mend. (Aparte.) La niña es una sirena. (*Alto.*) ¡Inocentilla! ¿y por qué me has de quitar tú á mi el gusto de sorprender tu secreto?

Clara. (Aparte.) ¡Pero... cielos, no se va! (*Alto.*) Si no os vais, don Alvaro, me iré yo.

Mend. Tampoco he de permitir eso: quiero que juntos examinemos el regalo que me tenias preparado, y que ha de traer tu escudero.

Clara. Señor don Alvaro, soy una niña; pero la sangre que hierve en mi corazon no consiente ultrajes de nadie. Os declaro terminantemente que quiero que os vayais de aqui, que no quiero que esteis aqui, y que no estareis aqui ni un minuto mas. ¿No os vais? ¿y permanecéis sentado en esa silla, sonriéndoos y burlándoos de mí porque soy muger, porque soy débil, porque no tengo mas armas que mis lágrimas? Don Alvaro, llamaré á mis criados, contaré á mi tutor que habeis venido á ultrajarme, y os haré echar de aqui como mereceis.

Mend. (Con calma.) Y yo, doña Clara, llamaré tambien á vuestras criados, llamaré tambien á vuestro tutor, y delante de él y de todo el mundo haré ver que la niña criada en un convento, inocente, sencilla, pura, y

que no gusta de saraos ni paseos, que se complace en la soledad, que vive entregada á sus devociones, y que aun conserva todo el candor y toda la simplicidad de la primera infancia, (*Con acritud.*) es una muger sin honor que se ha entregado á un hombre ilegítimamente.

Clara. ¡Mentís!

Mend. Que ayer le dió en el Retiro una cita, que anoche recibió música de él, y le ofreció darle entrada hasta su aposento mismo, para lo cual don Pedro Figueroa, que así se llama ese hombre, hizo retirar la música. Y en verdad que á no haber sido por un importuno que vino á disipar intempestivamente con su presencia las dulces ilusiones del honrado hidalgo, este templo del secreto, esta habitacion respetable de la inocente doña Clara, hubiera contado con un huésped mas, mientras ella abusaba del sueño y de la confianza de su tutor.

Clara. ¡Basta! sois un infame: vos sí que abusais de que soy muger: no quiero oiros mas tiempo. (*Va á irse, y Mendoza la detiene de un brazo con fuerza.*)

Mend. No, Clara; tendria aun mas que decir si llamarais gente, y tengo que deciroslo todo á vos poa evitaros esa vergüenza. No quiero quitaros públicamente la honra, ya que vos tan poco habeis mirado por ella en secreto. Ni penseis que me engaña esa cólera que aparentais y ese deseo de no oirme. Conozco cuál es vuestra intencion.

Clara. Don Alvaro, por favor, dejádmme: ¿qué quereis exigir de mí?

Mend. El escudero que acaba de salir de aqui, lleva una carta tuya, inocente prima, para don Pedro Figueroa. No temais, la carta sigue su destino, y Figueroa la recibirá, y cumplirá con la exactitud que acostumbra la cita que en ella le dais. No, una cosa es que yo averigüe lo que haceis, y otra es que yo estorbe de ninguna manera... La cita se cumplirá, y don Pedro Figueroa no debe tardar en venir. Yo tambien le estoy esperando...

Clara. Añadis el sarcasmo al insulto, pero os engañais mucho si creis sacar de mí mejor partido de esa manera. Ya que lo sabeis todo, os digo que es cierto que amo á don Pedro de Figueroa, que le amo con todo mi corazon,

que él es el alma de mi alma, la vida de mi existencia, que no amaré nunca á nadie sino á él, y que ha de llamarme suya á despecho de todo el mundo. Si me obligais á decirlo en público lo diré, porque mi amor por él es puro, y no me costará vergüenza publicarle. Esta mañana cuando me hablasteis estuve por decíroslo, y á fé que hice mal en no hablaros con claridad. Primo mio, vos no me amais, yo tampoco á vos, pues hace dos dias que nos conocemos, renunciad á vuestras pretensiones conmigo, proteged mi amor, y yo os estimaré, y os lo agradeceré toda mi vida, y os deberé mi dicha, mi único bien, mi única felicidad. Sí, yo os lo suplico de rodillas, renunciad á mí; otras hay en el mundo mil veces mas hermosas que yo: ellas os amarán tiernamente, ellas se tendrán por felices enlazando á vuestra suerte la suya. Tened piedad, don Alvaro. Vuestra prima os pide este favor por lo que mas amais en el mundo.

Mend. Alzaos, doña Clara, del suelo. ¡Vive Dios que estais loca, y que le amais de veras...! Y á fé que es digno de vuestro linage entregaros á un hidalguillo de mala suerte.

Clara. (Llora.) ¿No os enternecen mis lágrimas?

Mend. No, Clara: cada lágrima que derraman por ese hombre tus ojos, cae sobre mi corazon, y aumenta el mar de mi cólera. Yo aborrezco á ese hombre, y á tí te amo: nunca renunciaré á tu mano. En este mundo todos buscamos nuestro bien estar, nuestra felicidad. La tuya dices que consiste en ese hombre; la mia yo sé de fijo que consiste en tí: te tengo en mi poder, y sería yo muy necio si por hacer á otro dichoso me condenara á ser desgraciado para siempre.

Clara. ¡Hombre malvado! Diguas son tus palabras de la perversidad de tu corazon. Tú dices que no quieres renunciar á mí... pues bien; yo te detesto, ahomino de tí, y todo lo preferiré á ser tuya. ¿Y para qué necesito yo que tú cedas de tus pretensiones? ¿No soy yo libre? Yo me vengaré de tí, sí; tú me verás en brazos de ese hombre que aborreces y que yo adoro, tú nos verás juntos y dichosos, y tu tormento será el del condenado que en el infierno imagina la gloria del paraiso.

Mend. Pero tú no has pensado que desde aqui hasta ese

paraíso de que tú hablas hay un camino que andar. Tú no has pensado en las malezas, en las escabrosidades, en los peligros que hay que vencer. Tú te has olvidado que estoy yo aquí, que don Pedro de Figueroa, el dichoso, va á llegar de un momento á otro, y que cuando me vea aquí solo, y mano á mano contigo, sospechará de tí, que yo aumentaré sus sospechas con mis palabras, y que si es hombre de honor, te abandonará; porque no querrá ser el esposo de la muger que entretiene dos galanes á un mismo tiempo. Tú no has pensado...

Clara. ¡Él me creerá á mí, y no hará oaso de tus mentiras!

Mend. Te engañas: la duda quedará eternamente royendo el corazon de ese hombre; y la duda, Clara, basta para que nunca podais ser dichosos. Ni él dará tampoco su mano á una muger cuya opinion esté en dudas.

Clara. Él sabe que yo le amo, y nunca podrá dudar de mi fé. Yo le contaré lo que ha sucedido, le haré ver tu infamia, y él no amará menos á su Clara á despecho de todas tus trazas y tus mentiras.

Mend. Pero don Pedro es hombre, y yo llevo una espada que, cuando no crea en mis palabras, le hará no dudar de mis hechos.

Clara. ¡Dios mio! ¡intentais asesinarle!

Mend. Siento ruido, y es él sin duda; sosiégate, acércate, Clara. Sino, me acercaré yo á tí, y es lo mismo.

(Se pone dando la espalda á la puerta delante de ella, de modo que parece que la habla amorosamente. Clara hace un esfuerzo para arrancar de él la mano que la habrá tomado, y en este instante entra Figueroa.)

ESCENA XI.

DICHOS. DON PEDRO DE FIGUEROA.

Clara. Soltad, sois un villano.

Mend. *(Afectuoso.)* ¡Ídolo mio!

Figue. *(Pone mano al puño de la espada.)* ¡Cielos! ¡qué veo! ¡es él! ¡traidora!

Mend. ¡Quién va?

Clara. (*Corriendo al lado de don Pedro.*) ¡Don Pedro, favorecedme!

Mend. (*Con calma.*) ¿Y de quién os ha de favorecer don Pedro? ¿de mí, que os amo, y á quien acabais de prometer vuestra fé? Pardiez que habeis perdido el juicio, doña Clara: ¿ó es acaso por disimular?

Figue. (*Furioso.*) Mentís, mentís como un mal caballero que sois.

Clara. (*Acogiéndose á don Pedro.*) No le creais, no le creais, yo no amo sino á vos. Él es el que me persigue, el que ha jurado mi perdicion.

Mend. Señor don Pedro de Figueroa, refrenad la ira, porque temo que la cólera os va á ahogar. Mi señora, la marquesa, está destinada para ser mi esposa, y en verdad que me estraña ahora su comportamiento. Debeis creer que soy hombre de honor, y que si algunos favores hubiera merecido de ella, no habriau sido arrancados con violencia. Ademas, quisiera saber qué viento os ha traído aqui, y quién os ha dado vela en este entierro, porque ni como deudo ni como amigo de la casa os conozco.

Figue. (*Refrenándose.*) Señor don Alvaro, teneis razon. Desearia responderos á las preguntas que me haceis, y para eso, si os parece, podemos ir á continuar la conversacion á otra parte.

Clara. (*Muy agitada, á Mendoza.*) No, don Alvaro, no, tened compasion de mí; don Pedro, si me amais, si me creéis... (*Aparte.*) ¡le va á matar!

Mend. No temais, doña Clara. No pienso salir de aqui por ahora, y quiero que seais testígo de esta interesante conversacion. Señor don Pedro, para hablar es necesidad ir á otra parte, y conviene ademas que doña Clara entienda de lo que tratamos.

Figue. Salid, ó por Santiago... que es propio de un villano insultar á una muger de ese modo.

Mend. ¡Sangre fría, señor don Pedro! Os aseguro que si hubierais corrido los temporales que yo en mi vida, habriais echado mas calma. Cuando se está seguro del brazo y de la espada, se deben esperar con sangre fria los sucesos: ademas, á mí me divierte, os lo confieso, vuestra rabia y la angustia de mi pobre prima, que tanto teme por vos.

Figue. Dad gracias á ella, que sino ya os hubiera atravesado aqui mismo.

Clara. ¡ Dios mio! ¡ mi vista se desvanece, yo necesito aire, no puedo respirar apenas! ¡ favor! ¡ yo muero! (*Cae desmayada en una silla.*)

Mend. (*Va á acercarse Figueroa á ella.*) Alto allá, don Pedro, bien está asi, no teneis para que llegaros á ella. (*Deteniéndole.*) Haced cuenta que esta es la última vez que la veis, y que yo os lo prohibo en adelante.

Figue. Salid, salid, que ya no puedo refrenar mas tiempo mi ira. ¡ Salid, salid!

Mend. Miradla, miradla otra vez; quiero que la veais despacio esta vez. ¡ No es verdad que está hermosa? Vamos, y despedíos para siempre de ella.

Figue. (*Con violencia.*) No la habeis de ultrajar otra vez, os juro. Sí, vamos. (*Vanse.*)

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Cuadro primero.



Antecámara de audiencias en el palacio del Buen-Retiro.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE PIEDRAHITA. *Varios señores de la corte.*
Despues MENDOZA.

BConde. Buenos dias, nobles señores. (*Saliendo de la cámara real.*)

Cort. 1.º Bien venido, conde de Piedrahita.

Conde. S. M. va á aparecer de un momento á otro en la audiencia. Está ocupado con los últimos despachos llegados de Alemania.

Cort. 2.º ¿Tenemos buenas nuevas, señor camarero? ¿Cómo van por allá las armas?

Conde. Como por todas partes, caballeros. Tilly acaba de darnos un nuevo dia de gloria. No sé pormenores; pero los rebeldes quedan mordiendo la tierra.

Cort. 3.º Las enteañas habian de morderse aquellos perros rabiosos. Diera la mitad de mi vida por arrojar con mi mano á los infiernos al herege de Brunswich.

Conde. Cualquiera os creeria vengativo, segun lo arrebatado que sois, don Ponce.

Ponce. La sangre se me enciende cada vez que recuerdo las atrocidades de ese monstruo.

Conde. Amainad la ira, que Dios venga sus injurias. (*Pasando á otro corro.*) No quedarán los rebeldes sin castigo. (*A los otros.*) Salud, gentiles-hombres. ¿Qué se dice del nuevo gobierno? ¿Qué voces corren en el pueblo?

Cab. 1.º Alabanzas nada mas, y mutuos parabienes. Todos maldicen la pasada administracion de los de Lerma y Uceda, y esperan que no quedará en los cargos públicos ninguno de sus ahijados.

(*Óyense los del primer corrillo.*)

Cort. 1.º No señor: no se debia dar cuartel á ningun condenado de esos.

Cort. 2.º Creedme, señores, la tregua con los de Holanda fue de muy mal ejemplo.

Cort. 1.º Siempre estuve por la guerra, contra el dictámen del cardenal ministro: por eso cabalmente tuve que salir de la corte.

Ponce. Pero es menester conocer á Brunswich. Es el hombre mas malo de la tierra. ¡Si eso estremece! ¡Un obispo que se titula *enemigo de los sacerdotes*...!

Cort. 1.º Sí: y *amigo de Dios*.

Cort. 2.º Con mayor impiedad y escándalo que los mismos hereges se dice que profana los templos, roba los vasos sagrados, escarnece á los santos en sus altares...

Ponce. Ó sino lo de Munster cuando llenó de insultos y blasfemias á los doce apóstoles de la catedral, enviándolos despues á la casa de la moneda para saciar con la plata su avaricia.

Cort. 2.º ¡Qué atrocidad!

(*Óyense los del segundo corro.*)

Cab. 1.º El manifiesto del conde duque de Olivares tiene muy satisfechos todos los ánimos.

Conde. Es el conde duque gran político y muy amante del bien público.

Cab. 2.º Es el primer estadista del siglo, y el mayor que ha gobernado á España.

Conde. Ahora se preparan reformas muy importantes. Inmensos caudales entran en el tesoro. Habrá conquistas por todas partes: las flotas de las Indias llegarán seguras á nuestros puertos, y el reinado de Felipe el Grande será eterno en la memoria de los hombres.

(*Varios pasean.*)

Pach. (*A Robleda.*) Muy callado estais, alfez Robleda.

Rob. Á Dios, señor Pacheco: no habia reparado en vos.

Pach. ¿Estais de mal humor, ó qué os pasa?

Rob. Ando en mis pretensiones, y si duran os juro... que he de reventar de cólera el mejor dia.

Pach. ¿Cómo es eso! ¿os han hecho injusticia, ó no encontráis valedores?

Rob. Ni yo sé lo que me sucede. La verdad es que el aire de estas antecámaras no aprovecha para mis pulmones. Voto al sol de Julio, que á un soldado no debian traerle jamas á la sombra de estas bóvedas. Por ahí, todo se vuelven batallas, y tajos y rebeses, marchas, bombardeos y redobles, mientras que yo... ¡voto va...!

(*Oyense los del segundo corro.*)

Conde. ¿Lo de nuestras naves...? Todo se confirma á medida del deseo. Ribera desbarató la escuadra argelina, la de los turcos sucumbió cerca de la Goleta á manos del almirante de Sicilia, y Guillermo de Nasau ha caido por la mar sobre Amberes.

Cab. 4.º ¡Es un prodigio el conde duque!

(*Mendoza entra.*)

Pach. (*A Robleda.*) Perdonad, alférez. (*Sale al encuentro de Mendoza.*) ¿Adónde bueno tan de prisa, don Alvaro?

Mend. ¿Has visto á mi tío?

Pach. Allí le tienes. ¿Pero no me dices nada? ¿En qué paró lo de la serenata?

Mend. Chico, estoy de prisa; déjame. No hay cosa particular.

Pach. Poco á poco, amigo Mendoza; no me vengas con misterios. ¿Adónde ibas ayer tarde con Figueroa? Mira que ya se habla de un duelo, y no tendria gracia que te hicieran andar á sombra de tejado.

Mend. ¿Se habla de un duelo? pero cómo, ¿qué se dice?

Pach. Desde luego presumí lo que podria ser ello, y he procurado desmentir la noticia... Á ver, sepamos qué ha habido.

Mend. ¿Qué habia de haber! Lo de costumbre, ya me conoces: salimos al campo, y allí se quedó...

Pach. ¿Pero le viste morir?

Mend. Para el caso es lo mismo. No le habrá costado mucho trabajo el morirse, porque le atravesé de parte á parte.

Pach. ¡Chist...! Baja la voz.

Mend. No hay cuidado: estan charlatando todos.

(*Oyense los del primer corro.*)

Cort. 1.º Si ha de embarcarse la infanta doña María, tendrán que irse antes de que pase el buen tiempo.

Cort. 2.º Es buen mozo el príncipe inglés; pero no me parece á mí cosa buena.

Ponce. Si viérais cómo entiendo yo que... me atreveria á apostar á que no se casa con la infanta.

Cort. 2.º ¡Qué sé yo...! Él está muy enamorado: todos los dias viene al cuarto del rey, donde se le hacen mil distinciones...

Cort. 1.º Pues ahí está el negocio; en que tenga que volverse como vino, y dar las gracias encima.

(*Óyese á Mendoza y á Pacheco.*)

Pach. ¿Con que ella sabe la muerte de su amante?

Mend. Me importaba que la supiera.

Pach. Pero... ¿y si vive?

Mend. ¡Milagro será!

Pach. Bien; pero bueno es ponerse en lo peor.

Mend. De mi cuenta corre el que jamas se comuniquen.

Pach. Cuidado con lo que se hace.

Mend. Cuento contigo de veras.

Pach. Pues que nos veamos.

Mend. Dentro de una hora. En casa de las Carvajalas, como anoche.

Pach. Á Dios. (*Vase.*)

Mend. (*Dirigiéndose al corro donde está su tio.*) Buenos dias, señores.

Conde. Bien venido, don Alvaro. (*Hácenle una reverencia.*)

Mend. (*Al conde.*) Deseo hablaros brevemente.

Conde. Con vuestra licencia, caballeros. (*Se pasean.*)

Cab. 1.º (*A los demas.*) Sobrino suyo y capitan de caballos.

Mend. Perdonad, señor, mi impaciencia, qué ya conocereis lo natural que es en mí. Ayer me prometisteis la resolución de mi prima en favor mio. ¿Podré saber...

Conde. No dudo que ya se haya resuelto á recibir tu mano. Pero la asistencia á la corte no me ha permitido hasta ahora oirlo de su boca.

Mend. ¿Y vos creéis que no manifieste oposicion alguna?

Conde. (*Aparte.*) El pobre capitan sospecha sin duda...

(*Alto.*) ¿Y á qué habia de oponerse mediando yo y tu bizarría?

Mend. Tio, sois demasiado bueno y nada recelais de Clara; pero...

Conde. Di, sin detenerte.

Mend. Con mis ojos he visto que ella pertenece á otro hombre, y por él atropella su honra y desprecia su sangre.

Conde. ¡Habrás visto iniquidad semejante! ¿Y son estos

los motivos secretos de su porfía... Sí, lo creo, lo creo de esa... (*Abrense las puertas de la cámara.*)

ESCENA II.

EL REY. CLARA. EL CONDE DE PIEDRAHITA. MENDOZA. EL
CONDE DUQUE DE OLIVARES. VARIOS SEÑORES.

Un page. ¡El rey! ¡el rey! ¡plaza! ¡plaza!

(*El rey joven acompañado del conde duque. Todos les hacen reverencias: algunos entregan sus memoriales al rey, quien los remite al favorito. Otros se retiran á la voz del rey.*)

Rey. (*A todos.*) ¡Hola, conde de Piedrahita! ¡Hola, don Ponce! Caballeros, os saludo. (*Al conde duque, dándole memoriales.*) Tomad, don Gaspar de Guzman; me informareis de las súplicas: no quiero haceros agravio recomendándoos la justicia.

Oliv. V. M. conoce mi celo por el bien público, y sabe honrarle como quien es.

Rey. Mucho os debe mi corona, conde duque.

Oliv. Yo espero, señor, que algún día...

Rey. (*Volviéndose á los señores jóvenes.*) Ahora bien, amigos, ¿cómo estamos de galantros en estos días de primavera? ¿Qué tal, marqués, contais muchas conquistas en la última semana?

Cab. 1.º Señor, donde V. M. guerrea, no puede haber sino triunfos y gloria.

Rey. Cuidado no os cuesten caras esas victorias, pues á lo que yo entiendo, la hermosa doña Mencía no debe de ser tan sufrida como enamorada.

Uno. ¡Pardiez que tiene noticia de todo!

(*Siguen hablando, y el rey muy risueño. Oyese al conde y á don Alvaro.*)

Mend. (*Como sofocado.*) Es una mengua, señor, y jamas podré yo consentir...

Conde. Descuidad, don Alvaro, que yo soy el ofendido; y os aseguro por mi nombre que ha de pesarla de su desenvoltura... Venid, sobrino, á cumplimentar al ministro.

(*Se dirigen al de Olivares.*)

Oliv. Aun no os he hablado esta mañana, conde amigo.

Conde. Permitid que el señor don Alvaro de Mendoza,

mi sobrino, os dé gracias por las mercedes recibidas.

Oliv. No son mercedes sino las que pienso por vuestra mediacion hacerle en adelante.

Mend. V. E. me tiene muy obligado, y mi lealtad...

Rey. (*Volviéndose con gran risa.*) Atiende, conde duque.

Oliv. (*Acudiendo.*) ¡ Señor...!

Rey. (*Con liviana curiosidad.*) ¿ Con quién estabais hablando?

Oliv. (*Al conde.*) Conde de Piedrahita, S. M. pregunta por vuestro sobrino.

Conde. (*Presentándole.*) Concededme, señor, el honor de ponerle á vuestros augustos pies.

Mend. (*De hinojos.*) Nunca he sido, señor, tan dichoso como en este momento, que mi gratitud no olvidará jamas.

Rey. (*Que ha oido al ministro en secreto.*) Alzad del suelo, capitán; venid á mis brazos, que sé vuestro valor y nobleza, y deseo honraros mucho. (*Le abraza. Mendoza se retira un poco por respeto.*)

Uno. ¿ Qué tal, amigos? me parece que el recién venido no malgasta el tiempo.

Otro. El rey es del conde duque, y Olivares de Piedrahita.

Otro. ¡ Siempre lo mismo en palacio!

(*Entra un ugier.*)

Ugier. (*Al rey.*) Señor... una dama descubierta pide audiencia.

Rey. (*Al de Olivares.*) ¡ Una dama!

Oliv. Haré despejar la cámara.

(*Hace señas: todos se retiran, menos el conde y Mendoza.*)

Rey. (*Al ugier.*) Dejadla entrar... (*Aparte.*) ¿ Quién podrá ser esta tapada? (*Vase el ugier.*)

(*Entra Clara en desorden y sollozando.*)

Clara. (*Corriendo á los pies del rey.*) ¡ Señor, señor! ¡ justicia, venganza contra un asesino feroz!

Rey. (*Con estrañeza.*) Levantad, señora; ¿ quién sois? ¿ de qué os quejais? ¿ qué queréis de mi justicia...?

Mend. (*Al conde.*) ¡ Ella es...! ¡ qué atrevimiento! Soy perdido. Señor conde, ¿ la conocéis?

Conde. ¡ Cielos! ¡ mi pupila! ¡ imprudente...! ¿ qué es lo que viene á buscar aquí? (*Va hácia ella. Mendoza le detiene.*)

Mend. Oidme, señor, oidme: necesito decároslo todo. (*Hablan con azoramiento.*)

Clara. (*Sin levantarse.*) ¿Qué no me conocéis? Yo soy la marquesa de Palma, la infeliz doña Clara de Toledo, en mal instante nacida. No tengo ni un apoyo en la tierra: yo conjuro todo vuestro poder, rey de España, invoco vuestra justicia para tomar estrecha cuenta de su muerte á la furia infernal que la cometió. Acabo de saberlo. Señor, ayer mismo... ¡día de maldicion! Aún su pecho no está frio, y su sangre generosa brota por las anchas heridas... ¡Monstruo execrable! ¡el mismo infierno se horrorizaria de tu crimen!

Rey. Pero, señora, no os entiendo: calmad esa agitacion que os abrasa. Alzaos... el rey os escucha: podeis estar segura de alcanzar justicia.

Conde. (*Con ira á Mendoza.*) ¡Vil seductor! bien hecho; ¡yo le hubiera arrancado las entrañas! (*Siguen hablando.*)

Clara. (*Levantando los ojos.*) ¿Segura decis...? pues bien: ¿entonces á qué tarda en caer sobre el culpable la cuchilla? Nadie me arrancará de vuestros pies hasta comunicaros un rayo siquiera del fuego vengador que me devora. (*Con ternura.*) ¡Figueroa: amor mio, lumbre de mis ojos! ¡robado para siempre á mi cariño! ¡tú me estás mirando sin duda aqui de rodillas llorando tu muerte y maldiciendo á tu asesino!!!

Rey. Su dolor me enternece: ¡tan jóven y con tanta amargura...! Señora, recobraos, volved en vos por vuestra vida.

Clara. ¡Mi vida! ¿y qué importa mi vida sino me sirve para vengarle? Sí, mi don Pedro, tú me escuchas ahora: tú te levantaste del ensangrentado terreno en que yacias para seguir silencioso mis pasos invisible y airado. ¡Esposo malogrado! yo juro ser fiel á tu ofensa, como lo fui al cariño que me tuviste. Gran rey, yo te pido la cabeza de un traidor, como precio mezquino de una sangre generosa.

Rey. Reveladme á lo menos el nombre de ese homicida.

Clara. ¡Su nombre! ¿qué no os lo he dicho ya? ¡ah! sí: ¿quereis saber quién es para arrojarle al verdugo...? ¡Oh! placer inexplicable... Oid, oid, voy á deciros su nombre.

Mend. (*Inquieto.*) El rey está conmovido, ella va á designarme á la indignacion de su pecho.

Conde. Serenidad, sobrino, que yo respondo de vos.

Clara. (Con ahinco.) Es don Alvaro de Mendoza, el capitán, mi primo...

Conde. ¡Mientes, muger infame y desenvuelta...!

Rey. Señor conde, reparad que estoy yo aquí.

(A la voz del conde levanta Clara la cabeza, y conoce á Mendoza; álzase del suelo y huye horrorizada al lado del rey, señalando.)

Clara. ¡Tú también aquí, demonio del averno! vienes á manchar el altar de la justicia; quieres recrearte en mi desesperacion y escarnecerla con una carcajada diabólica. No... tiembla, tiembla por tí, malvado, porque dentro de poco vas á comparecer delante de Dios y de tu víctima.

Mend. Esta muger está endemoniada. (*Aparte.*) No puedo mirarla frente á frente.

Clara. (*Al rey.*) Ahí le teneis, señor, delante de vos; ese es don Alvaro, miradle. Con esa espada atravesó el pecho de don Pedro de Figueroa. Yo os lo digo, señor; yo le acuso solemnemente de matador aleve, y respondo con mi cabeza.

Mend. (*Calma afectada.*) No hagais caso, señor; mi prima doña Clara está loca; sin disputa que ha perdido la cabeza.

Rey. (*Severo.*) Capitán, esperad en adelante mi licencia para hablar donde está el rey.

Clara. Señor, permitid que yo no me aparte mas de vuestro lado. Yo soy huérfana, sola en la tierra, sin mas atencion en el mundo que la de recordaros á cada hora un crimen horrendo. (*Llora.*)

Rey. Basta, doña Clara. Don Alvaro, quiero saber vuestra respuesta á la acusacion que acabais de oír.

Mend. Todo es falso, señor.

Clara. ¡Falso! ¡falso! ¡El cielo te confunda! no le escuchéis, señor, no le escuchéis.

Rey. Conde duque, os encargo muy particularmente este asunto. Tened entendido que esta dama queda desde ahora bajo mi inmediata proteccion. Que don Alvaro sea guardado en una torre hasta que yo decida otra cosa. ¿Me habeis entendido? Ahora, acompañad á la marquesa y ejecutad mi voluntad.

Clara. ¡Dios mio! ¡Dios mio! no permitais que ese monstruo quede impune. (*El rey vase retirando.*)

Oliv. ¡Guardias! (*Aparecen.*) Rendid la espada, caballero.
 (*La rinde: le conducen: Olivares va á acompañar á Clara.*)

Conde. ¡Muger deshonrada! ¡con lágrimas de sangre has de llorar tu ignominia!

FIN DEL CUADRO.

Cuadro segundo.

Una sala en casa de doña Clara.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA *enlutada.*

¿Y el rey no le ha sentenciado á morir? Y el infame vive y respira, y ve la luz del sol; ¡y tú, ídolo de mi vida, yerto, inmóvil para siempre! ¡Oh! es insufrible: mi mi corazon se despedaza de dolor. ¿Y yo vivo aun? ¡Ah! ¡Don Pedro! sí, yo vivo; sí, para vengarte. Todo el frenesí de tu amor, el delirio con que te adoraba, es leve y frívolo sentimiento comparado con la pasion de venganza que me devora. Pasion volcánica, pasion que alimenta mi vida, que aun me regala con esperanzas, que enciende mi alma en inapagable sed de la sangre de tu asesino. (*Con ternura.*) ¿Pero yo no te veré mas, nunca mas? ¿y ni mis lágrimas, ni mis suspiros, podrán volverte á la vida? ¿Y él vive? ¿y aunque muriera tampoco quedaria vengada tu muerte? ¡A él nadie le ama, nadie sufriria por él, como yo sufro por tí, esposo mio! ¡á nadie haria falta, como tú me la haces á mí! El rey ha tenido compasion de su juventud, él no la tuvo de tí. ¡Ah, don Pedro! Tu asesino atravesó tu corazon con su espada al mismo tiempo que el mio...

ESCENA II.

MENDOZA. (*Entra sin ser visto, y la observa.*)

Mend. (*Aparte.*) ¡Aqui está, llorando! Es menester que se case conmigo. ¡Monja...! ¿y se niega á profesar luego...?

Clara. ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para ser tan desgraciada? ¡yo nunca he querido la desgracia de nadie! ¡Y es él acaso más feliz ahora? ¡ahora teñido en la sangre del que era mi único bien! ¿Qué quiere de mí ese hombre? Ni me ama, ni podía esperar de mí que yo le amase jamas... ¡Don Pedro, esposo mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! dadme fuerzas para padecer, y lágrimas para llorarle toda mi vida. (*Ve á Mendoza.*) ¡Pero qué veo! ¡es él! ¡él!!

Mend. Doña Clara, tranquilizaos.

Clara. ¡Infame! ¡huye de aquí! ¡vienes á ultrajarme otra vez! ¡Tú, manchado con la sangre de mi esposo! ¡Maldito, maldito seas!

Mend. (*Aparte.*) Suframos el granizo hasta que escampe. (*Alto.*) Clara, cálmate, tengo que hablarte, y á nadie interesa tanto como á tí lo que ahora me trae á tu presencia.

Clara. (*Sin escucharle y delirante.*) Pero tú has desobedecido al rey. Él te ha mandado á una prision, y tú no has cumplido con su mandato. Y has violado y allanado la casa de su pupila. ¡Ah! ¡y quieres esconderte aquí, y vienes á implorar mi favor! ¡Oh! momento feliz, ojalá fuesen tigres los que te persiguen, y yo te entregaria tambien á ellos para que te hicieran pedazos. ¡Correré... sí, á la reja; gritaré; avisaré que está aquí...! (*Va á correr, y Mendoza la detiene.*)

Mend. ¡Clara, Clara, tú deliras! ¡te has vuelto loca!

(*Clara le mira con los ojos descajados, se arranca de él, y huye atemorizada. Mendoza la contempla sorprendido. Ella se deja caer en una silla, falta ya de esfuerzo y estremadamente abatida. Llora. Mendoza va acercándose poco á poco. Mientras él la habla, ella levanta de cuando en cuando el semblante contralido, y con siniestras miradas, ya fija sus ojos en él, ya registra al rededor como temerosa.*)

¡Clara! ¡Pobre Clara! (*Fingiendo ternura.*) No creas que venga á ultrajarte, no. Tu situacion es demasiado amarga para no conmovier el corazon mas empedernido. (*Aparte.*) Verdaderamente, da lástima. (*Con frialdad.*) No, no me creas tan perverso que pueda gozarme nunca en verte derramar lágrimas. Son demasiado ricas perlas para desperdiciarlas de esa manera. Tu dolor, pobre Clara,

ha penetrado mi alma. Pero tu hermosura tiene la culpa de todo. Una sola palabra disculpa mis yerros. Quizás soy á tu vista un monstruo, un malvado. No, Clara, no soy sino un hombre á quien la luz de tus ojos enamoró desde el punto en que te vi, un hombre que te ama con locura. Es verdad; tú amabas á otro; pero ¿podía yo sufrir un rival feliz? He hecho mal, Clara, pero mi amor por tí debe disculparme. Nuestro tío, el padre Rafael, todos se han indignado contra tí, por el paso que distes esta mañana; todos menos yo, que te amo. Tú pedías contra mi justicia, tú demandabas mi muerte al rey; pues bien, Clara, mientras que de ese modo espresabas tu odio y tu resentimiento, mientras implorabas venganza contra el matador de tu amante, yo te contemplaba mas bella, mas hermosa que nunca; yo te perdonaba en mi corazón. Porque tu enojo realzaba la sin par belleza de tu semblante. Y ahora, si he venido á verte, si me he atrevido á turbar tu pena, he venido por tu bien...

Clara. (Con abatimiento y dolor.) ¡Por mi bien! ¿Pero quién os ha traído aquí? La orden del rey...

Mend. ¡La orden del rey! El rey pudo mal informado mandar lo que tú oíste; pero despues cambió de pensamiento, y ha revocado la orden. Clara, tú no sabes lo que pasa en la corte. Los reyes son por lo comun, cuando se dejan guiar por sus favoritos, como los niños pequeños; cualquiera cosa los irrita, cualquier palabra los calma. Tus lágrimas enternecieron al rey, en aquel momento se dejó seducir de tus discursos, me mandó encerrar en un castillo, y á tí te tomó bajo de su proteccion. Pero despues prevalecieron las razones del conde y de mis amigos, y el rey miró como una calaverada mi desafio; tus amores, como el pasatiempo de una niña; y tu queja, como una desenvoltura impropia de tu sexo, de tu educacion y tu gerarquía. El enojo que te causó lo que ellos llaman tu descaro, fue tal, que ha mandado te encierren en un claustro sin otra consideracion contigo que la de dejar á tu eleccion el convento donde se ha de sepultar tu vida.

Clara. (Con despecho.) Y tú, hombre infame, has venido á auunciarne todo eso para gozarte en tu triunfo y en mi desventura. Tú has pensado que la venganza que yo

habia conseguido esta mañana habia aliviado el tormento que abrumba mi corazon, te has dicho á tí mismo: *voy á verla llorar, á verla sufrir, y á desvanecer hasta las ilusiones que en su tristeza la quedan. Yo he traspasado su corazon ayer con mi espada asesinando á su amante: hoy voy á gozarme en envenenar su alma; voy á deleitarme en su abatimiento.* (Con energia, y enjugándose los ojos.) Pero, don Alvaro, os engañais. Me habeis visto llorar, pero ya no lloro, ya no volveré á derramar una lágrima: el fuego que arde en mi corazon vengativo las va á secar para siempre. Yo no quiero ya nada en el mundo, nada sino vengarme de tí. Y no me creas impotente, ¡no! porque me vengaré. ¿No lo veis? ¿No lo veis? Mis ojos ya no derraman lágrimas. Rayos habian de lanzar, rayos que te hicieran cenizas.

Mend. Sí, desahógate, Clara, sí, desahógate, y yo me daré mil veces la enhorabuena si tu corazon se calma de esa manera.

Clara. Lo sé: para tí los insultos son palabras que lleva el viento, sonidos que nada significan. Pero ¿qué demonio del infierno te trajo aquí para impedir mi felicidad? ¡Monstruo! ¡que me causa horror verte!

Mend. Verdaderamente que no sé yo mismo si fue un angel ó un demonio el que aquí me trajo de Flandes. Pero, lo que es ahora, me trae á verte un asunto que á nadie importa tanto como á tí.

Clara. ¿A mí? ¿Y qué puede importarme á mí ya nada en el mundo?

Mend. Sí, Clara, á nadie importa tanto como á tí, á nadie: tranquilízate y óyeme. El rey ha dado orden, á ruego de tu tutor, de aprisionarte en un claustro. Quiere que llores allí toda tu vida tu arrepentimiento. ¡Imbéciles! ellos no te han mirado como yo: no han sentido en su corazon de hielo el influjo de tus encantos, y en su fria justicia te han condenado á sepultarte viva en una tumba.

Clara. ¡La tumba! ¡allí está ahora todo mi amor, toda mi esperanza, toda mi felicidad!

Mend. Sí, Clara, en la tumba, sino se encuentra eso que tú dices, quizás se halle el reposo eterno, quizás... ¡Quién sabe...! Pero en la tumba que el rey te prepara se padecen todas las amarguras de la vida, sin que ninguno

de sus goces alumbre con un rayo de luz la noche eterna de la tristeza.

Clara (Con odio.) Pero no os veré nunca allí, ¿no es verdad?

Mend. Allí, cada dia que pase vendrá á renovar tus recuerdos: cada dia te traerá mas á la memoria tu primera edad: porque sin presente y sin porvenir, tu vida será un continuo recuerdo de lo pasado; créeme.

Clara. Nunca lo será mas que ahora, ahora que te tengo delante de mí. Pero de una vez, acabemos; ¿qué quereis decirme con todo eso? vuestra presencia me es insupportable. Es en verdad estraño que os inspire yo tanta lástima.

Mend. (Aparte.) Si yo estuviera seguro de que profesaba; pero el año de noviciado... *(Alto.)* Clara, mira, otro hombre que no te amara como yo, que no sintiera por tí el interes, la ternura que afecta mi corazon en favor tuyo, quizá se valdria del influjo que el poder y mi ventajosa posicion me conceden sobre tu suerte. Quizás se aprovecharia de la orden del rey para hacerte entrar en un convento: y no ambicionando mas que el título de marqués de Palma, y tus riquezas, no titubearia ni instante en heredarte en vida. Pero yo soy mas generoso, ó por mejor decir, yo te amo demasiado para pensar en el esplendor ni en las rentas de tu marquesado.

Clara. (Con amargura.) ¿Yo lo hubiera dado todo por haber sido feliz con mi esposo! ¿De qué me sirven ahora las riquezas, ya que no valen para engrandecer y dar honra al hombre que dominaba mi corazon...!

Mend. Otro hombre te diria: *Clara, lo pasado ya no tiene remedio; perdonémonos mutuamente: elije entre ser mi esposa ó renunciar para siempre al mundo.* Pero yo...

Clara. (Irritada.) ¿Y tú no adivinas lo que yo responderia á ese hombre?

Mend. Sosiégate, Clara; es menester que atiendas á mis palabras: te va mucho en ellas para que las desoigas y noagas caso de ellas. Yo no quiero mas que tu bien: óyeme por favor. Yo te amo, yo te prometo adivinar tus pensamientos, yo necesito de tí, necesito en fin llamarte mi esposa.

Clara. (Con ira.) ¿Yo tu esposa! ¿malvado! ¿yo la esposa

del asesino de... ¡Sí, yo sería tu esposa, y te estrecharía entre mis brazos si pudiera ahogarte con ellos...! Don Alvaro, pronto, salid de aquí... ¡Hola! ¿qué, no estoy yo en mi casa? Salid de aquí, hombre villano.

Mend. Mirad, Clara, que no sabéis lo que os decís: reflexionad sobre lo que os he hablado.

Clara. Repito que salgais de aquí; salid, y no inficioneis mas tiempo esta casa con vuestra presencia.

Mend. Por Dios, un momento de calma. Pero alguien viene. ¡Ah! el padre Rafael. (*Se pone á pasear el cuarto.*) (*Aparte.*) Este viene á persuadirla que éntre monja. Ese maldito año de noviciado... pero en fin, si no hay otro remedio...

(*El padre Rafael ha dado á besar su mano á doña Clara, que se arroja á sus pies sollozando.*)

ESCENA III.

CLARA. DON ALVARO. PADRE RAFAEL.

Clara. ¡Padre mio, padre mio! tened lástima de esta desdichada muger.

P. Raf. Levántate, hija mia, levántate: (*La levanta con dulzura.*) Dios perdona al pecador arrepentido, y nos enseña á los hombres á compadecernos de las miserias de nuestro prójimo.

Mend. (*Aparte paseando la habitacion.*) No hay otra alternativa; ó se casa conmigo, ó se mete monja. ¡Voto va! ¡Renunciar yo á mi ambicion...!

Clara. ¡He padecido tanto! ¡he llorado tanto, padre mio!

P. Raf. Sí, has sufrido mucho, lo veo. ¡Hé aqui los precipicios del mundo! ¡hé aqui el término de todos los delirios de la humanidad! ¡Qué queda de todas las ilusiones de la vida una vez que pasaron! algun recuerdo amargo, algunas lágrimas. Dichoso el que entonces levanta su corazon á Dios, y se arrepiente de sus desvarios. La copa inagotable de la divina misericordia derrama el bálsamo de consuelo en su corazon. Hija mia, tú has cometido graves faltas, pero aquel tire la piedra cuya conciencia no le recuerda de nada. Yo, miserable pecador como tú, te perdono, y espero en adelante que te arrepientas y enmiendes.

Clara. Vuestras palabras, padre mio, alivian el dolor de mi alma.

Mend. (Aparte.) El padre lo entiende...

P. Raf. Me alegro, hija mia, que mis palabras sean dulces para tí. El paso que has dado esta mañana ha enojado á tu tio el señor conde hasta el punto que ha jurado no verte mas. En vano he tratado de persuadirle á lo contrario; lo único que he podido lograr de él ha sido una promesa de que te perdonaria si das la mano á tu primo.

Mend. (Con afectacion.) Padre Rafael, suplico á vuestra reverendísima que sin hacer caso en este punto de las palabras de mi señor tio, influya con doña Clara para que elija libremente lo que mejor le convenga.

Clara. Padre, mientras esté ese hombre delante, es imposible que yo os escuche con atencion: es imposible que piense yo en otra cosa que en sus infamias, y en el asesinato que ha cometido.

Mend. (Con frialdad impasible.) Vuestra reverencia no haga cuenta de esos insultos, y prosiga en sus persuasiones con doña Clara.

P. Raf. Ese odio que manifestais á vuestro primo...

Clara. Es un odio eterno, inestinguible; os suplico que antes le digais que se vaya. Sino, perdonadme, padre, pero me iré yo.

P. Raf. Tranquilizaos...

Mend. (Aparte.) Está visto, es terca como ella sola, y no adelantará nada. *(Alto.)* Doña Clara, una sola palabra, y no os molestaré mas. Considerad que no os queda ya sino escoger un convento, ó ser mia.

Clara. ¿ Lo veis? ¿ Lo veis cómo me insulta? Su vista me horroriza y me desespera.

P. Raf. (A Mendoza.) Os suplico...

Mend. Sí, padre Rafael, me voy. *(Aparte.)* No hay mas sino que éntre monja. Pero si Figueroa no ha muerto... Otañez me servirá bien. *(Vase.)*

P. Raf. Vamos, hija mia, sosiégate y óyeme.

Clara. Os pido por Dios que no me habéis jamas de ese hombre.

P. Raf. Ese hombre es tu primo, es tu prójimo, y...

Clara. Sé, padre, lo que me vais á decir; pero no mando en mi corazon, y le detesto, le aborrezco, y le aborreceré mientras viva.

P. Raf. El tiempo calmará esa pasion, y Dios tocará tu corazon, y hará que algun dia le perdones. No muestres impaciencia, hija mia, no te volveré á hablar de él. Tranquilízate. Tú eres aun muy niña, y ya las espinas de la vida se han clavado en tu corazon. Pero eres buena naturalmente, y tu alma es pura todavía como la de los ángeles. Las lágrimas del arrepentimiento la lavarán de la mancha con que una pasion mundana la ha empañado quizá. El rey ha mandado recogerte por ahora en un monasterio, para que en su soledad llores tus desvaríos hasta que esta tormenta que han traído tus pocos años se disipe. Allí en el silencio y recogimiento de un claustro, entre las esposas de Jesucristo, se elevará tu mente al Criador, y quizá el cielo se abrirá á tus ojos, y derramará sobre tí raudales de bienaventuranza y de santidad. Lejos de mí querer forzar tu voluntad; pero si tál vez tu corazon se sintiese tocado de aquél santo esfuerzo que Dios inspira en las almas de sus elegidos, si alguna vez, como yo en otro tiempo me prometia, te abrazáras á la cruz para nunca separarte de ella, y allí cifrases tu única esperanza en la tierra, entonces, Clara, lejos tú de las mundanas tempestades, yo me daria el parabien de haberte conducido al puerto de paz y de salvacion eterna.

Clara. Padre mio, el mundo para mí ya no es mas que un desierto. Nada quiero, ni deseo nada en él. En un claustro al menos nadie vendrá á interrumpir mi llanto, que es el único alivio que me queda en mi mal. Disponed de mí como querais. Todo cuanto mas lejos esté yo del mundo en que habitan los malvados, y que se muestra á mis ojos árido, y sin una flor que embellezca y perfume la vida, tanto menos desdichada será mi suerte. Allí en el silencio rogaré á Dios por su alma. Él sin duda está en el cielo, en el trono de los ángeles, y allí podré yo adorarle desde la tierra. Sí, padre, el silencio de un claustro conviene al silencio que ha quedado en el mundo al rededor de mí, la soledad de la celda á mi soledad, y la religion me consolará de mis amarguras.

P. Raf. (*Con entusiasmo.*) Hija mia, Dios mismo ha puesto esas palabras de bendicion en tu boca. ¡Bienaventurado el que se conforma con sus decretos! Clara, esa malhada pasion que te ha hecho derramar tantas lágrimas

te abre el camino del cielo. Dios toca de varios modos las almas de sus elegidos.

Clara. Sí, padre; yo renuncio á todo, á todo para siempre, sin dolor alguno. Un pan bañado en lágrimas sea mi alimento, y una humilde tarima mi lecho. ¡Ah! yo le veré á él en mis visiones de la noche descendiendo del cielo á consolar á su pobre Clara, hermoso y puro como los ángeles. Yo le rezaré á él tambien.

P. Raf. El rey deja á tu eleccion el convento.

Clara. (*Resignada.*) Elegidle vos, padre; el que querais. Haced que salga yo de aqui cuanto antes.

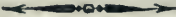
P. Raf. Sí; voy, voy al momento, hija mia. (*Vase.*)

Clara. ¡Dios mio! ¡Hágase tu voluntad, ten compasion de mí!!

Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



Cuadro primero.

. m m m m

ESCENA PRIMERA.

Salon en casa de MENDOZA adornado con lujo, pero en desorden. Dos jóvenes en el fondo tirando á la espada; otros mirando: varios sentados al rededor de una mesa jugando y viendo jugar. OTAÑEZ y otro CRIADO en pie.

PACHECO entra.

Pach. (*A Otañez.*) ¿ **Y** tu amo?

Otañ. Está aderezándose para ir con S. M. á una partida de caza: supongo que V. S. será del número.

Pach. Sí, cierto. (*Se acerca á la mesa de juego.*)

Roble. (*Jugando.*) ¡Voto á crivas! á pocas de esas os llevais todo mi patrimonio.

Pach. ¿Perdeis, allerez Robleda?

Cab. 3.º Para entretener el tiempo mientras que sale el marqués nos hemos puesto á jugar un rato.

Rob. Y yo he perdido mi dinero en broma.. ¡por vida de...!

Pach. A bien que ahora no os debe dar cuidado, protegido como estais por el marqués, y favorecido del conde duque.

Cab. 4.º Otro golpe y basta: allá va la novia. (*Tiran, dejan las espadas, y se acercan al corro.*)

Otañ. En esta casa anda una bacanal continua desde que mi amo se ha hecho marqués.

Cab. 3.º ¿Parais mas?

Rob. Lo que me queda, y mil demonios carguen conmigo.

Rend. (*Se levantan de la mesa.*) Ya le desvalijaron.

Pach. Creo que todos somos de la partida con S. M.

Rend. No hay cosa como un rey mozo y de buen humor; todo se vuelve saraos, bailes, cacerías... no hay tiempo apenas para fastidiarse.

Muzq. Pues á fé mia que hay sin embargo cosas bien fastidiosas. Supongamos: la antecámara del ministro, la escalera de palacio y la antesala de esta casa. Apenas puede uno andar sino tropezando con esa turba multa de pretendientes, cada uno con su memorial que entregar, y su relacioncita estudiada que encajar al paso.

Pach. Es verdad: parecen pobres en día de jubileo.

Cab. 1.º Esos achaques tiene el ser marqués y favorecido del conde duque.

Muzq. Y privado del rey.

Rend. Como que le acompaña, dicen, en todas sus aventuras nocturnas y galanteos.

Rob. Eso se llama tener suerte. Me acuerdo que en Flandes...

Pach. A él lo que le ha valido principalmente fue el capricho de su prima en meterse monja. Se encontró marqués en un quitame allá esas pajas.

Muzq. Pero creo que la pobre doña Clara no tenia tal vocacion, sino que...

Rend. Buen chasco me llevé yo con su profesion. Hubiera apostado á que no tomaba el hábito. Y mucho mas habiendo resucitado el difunto.

Rob. Ahí teneis lo que yo digo: no hay como tener un santo en la familia: todo se vuelve milagros.

Pach. Unos se van al cielo para que otros se vayan en coche al infierno.

Rob. Pues ¡voto á Amberes! ¿qué todavía ninguno de cuantos se han ido al cielo me ha dejado á mí su coche...

Rend. Que vos hubierais tomado, aunque hubieran tirado de él cuatro diablos en figuras de hipógrifos.

Rob. Aunque hubiera tenido que andar á tajos con el mismo Satanás en persona.

Todos. (Risas y aplausos.) ¡Bravo, bravo!

Pach. ¡Bien por el alferez Robleda!

Muzq. Doña Clara entró monja sin saber qué hacía: algun día puede que la pese.

Rend. Pero al marqués no le pesará; que á no haber sido por eso, se llamaría ahora en vez de marqués de Palma, don Alvaro de Mendoza á secas.

Pach. ¿Sabéis que es un asunto excelente para una comedia? Una marquesa enamorada de un vasallo suyo, un primo que vuelve de Flandes, y un desafío con el amante, de cuyas resultas la triste señora entra monja. ¡Voto va! que es lástima que nuestro don Pedro Calderon no lo tome por su cuenta...

Muzq. Sí, pero no acaba en casamiento, y no está de moda acabar ahora las comedias de otra manera.

Rob. Hay hombres de suerte: un desafío le ha proporcionado á Mendoza el ser marqués, y á mí los que hasta ahora he tenido solo me han causado gastos y cicatrices.

Cab. 1.º ¿Sabéis que al conde de Piedrahita le envia el conde duque de virey á Méjico?

Rend. Tenia demasiado favor con el rey, y aunque amigo íntimo, era menester quitarle de en medio.

Pach. Y al padre Rafael, confesor del rey, creo le hayan desterrado tambien.

Rend. Me alegro: era el hombre mas fastidioso del mundo; siempre echando sermones.

Rob. El conde duque lo entiende, y Mendoza ha ganado en eso; porque el fraile no era muy amigo suyo, y en cuanto al conde, le deja una vacante en palacio.

Muzq. El fraile es preciso confesar que era una planta exótica en la corte de un rey jóven, y amigo de divertirse.

ESCENA II.

DICHOS, y MENDOZA vestido de caza.

Mend. ¡Hola, caballeros! ¿Qué se murmura? Alférez Robleda, esta vida es algo mas cómoda que la que hacíamos en Flandes.

Rob. Sin embargo, yo la trocaria de muy buena gana. En la corte se gasta un sentido.

Mend. Hoy, señores, iremos con S. M. al Pardo, donde se ha de hacer la prueba de los dos mejores sabuesos que se han visto nunca. Es un regalo que el conde duque ha hecho al rey.

Pach. En seguida habrá gran mesa de estado, fuegos, &c., y por la noche una comedia famosa de un ingenio de esta corte, en la cual dicen que el rey ha (*Baja la voz.*) tenido parte.

Muzq. Pues en ese caso debe ser buena, y no hay sino preparar las palmas.

Rob. Ya andarán listos los alguaciles para llevar gente á la comedia. ¡Es mucha maña de gentes! ¡Tener que ponerlos presos para divertirlos.

Mend. ¿Será ya hora de irnos acercando á palacio?

Pach. Todavía falta mas de hora y media.

Mend. ¡Hola, Otañez! (*Llevándole á un ludo.*)

Otañ. ¿Señor?

Mend. Me parece haberte oido que tenias que decirme algo.

Otañ. Sí señor; y con vuestra licencia os diré que ayer mismo vi á don Pedro de Figueroa; pero tan seco, tan pálido, que da lástima, y...

Mend. Adelante: ¿á qué diablos me vas á hacer su retrato?

Otañ. Con perdon de V. E., le vi como iba diciendo, y él me conoció á mí, que yo á él como sino le hubiera visto en la vida.

Mend. Despáchate, ó vive Dios...

Otañ. Señor, en una palabra, me preguntó por V. E. y por doña Clara. Á mí me dió miedo; porque temí que supiera mi lealtad por vos, y...

Mend. Bien. Clara es ya monja, tarde acude.

(*Un lacayo entra con muchos papeles, que entrega á Mendoza.*)

Pach. ¿Qué granizada de súplicas y peticiones!

Mend. (*Dando á uno los papeles.*) Secretario, tomad eso, é informadme si hay algo que merezca la pena.

Lacayo. Un caballero, que no ha querido decirme su nombre, desea hablar con V. E. en particular.

Mend. Dile que vuelva otro día, que hoy estoy ocupado.

Lacayo. Dice que es indispensable ver á V. E. ahora mismo: trabajo me ha costado que no se entrase hasta aqui como en su casa.

Otañ. (*Aparte á su amo.*) Él es, señor; no le recibais solo: es capaz...

Mend. Quitá allá necio. ¿Pacheco?

Pach. ¿Qué hay?

Mend. Retírate con esos amigos á esa otra sala, mientras despacho á un importuno que se ha empeñado en hablarme. (*Todos se retiran.*)

ESCENA III.

MEMDOZA y EL LACAYO.

Mend. Que éntre. (*Vase el lacayo.*) ; Pobre Figueroa! Casi me da lástima del buen hidalgo.

ESCENA IV.

MEMDOZA. FIGUEROA.

Mend. ; Embozado tenemos!

Figue. (*Desembozándose.*) Señor marqués, ¿ me conocéis?

Mend. Muy mudado estais, á lo que veo; pero si mal no me acuerdo, presumo que sois don Pedro de Figueroa.

Figue. Os acordais perfectamente; y creo que no habreis olvidado que me debeis una satisfaccion.

Mend. Y estoy pronto á dárosla. Mi suerte ha cambiado mucho de un año á esta parte: tengo favor en la corte, y si quereis serviros de mi influjo, os le ofrezco con toda cordialidad.

Figue. No pretendò nada en palacio, y aunque pretendiera, tampoco me valdria de vos. La satisfaccion que os vengo á exigir es de otra naturaleza.

Mend. Ignoro entonces en qué puedo serviros, señor don Pedro.

Figue. Por fragil que sea vuestra memoria, no habreis olvidado el lance en que tuve yo hace año y medio la desgracia de salir herido.

Mend. Y en verdad que os cobré afiecion por vuestra bizarría, y me alegro que la herida no tuviese peores consecuencias. Pero sois demasiado rencoroso, señor don Pedro.

Figue. Para vos las consecuencias fueron las que deseábais. En cuanto al desafio, no os tengo rencor. Vuestra buena suerte os valió, como pudiera haberme valido á mí. Pero, señor don Alvaro, añadisteis al agravio una superchería indigna de vuestro nacimiento.

Mend. Moderad vuestras palabras, porque no quiero enojarme con vos. Deseo pagaros en algun modo lo que os debo, y voy á hablaros con franqueza. En el mundo el

que no trabaja para sí es un necio. Vos llamais superchería á un artificio inocente, y de que me fue forzoso valerme. Hice creer á Clara que habiais muerto, y vuestras cartas todas vinieron á mi poder interceptándolas para que no llegasen á sus mamos. Influí con el ministro para que os hiciese salir poco despues en posta con una comision á Nápoles, desesperado y creido de que Clara os habia olvidado. Podrá pareceros esto lo que quiera, pero ya está hecho; y como se suele decir, á lo hecho pecho, señor don Pedro. Clara es ya monja y está fuera absolutamente de vuestro alcance: la manzana, pues, de la discordia ha desaparecido, y no hay ya motivo para reñir. Vuestra pasion al cabo de tanto tiempo se habrá enfriado, y mucho mas no teniendo esperanzas de que alimentarse. Seamos, pues, amigos, y será mejor.

Figue. ¡Amigos! vos sois un mal caballero.

Mend. Silencio: os perdono esa bravata en gracia de las ofensas que os hice. Ved si puedo serviros en algo, y retiraos.

Figue. Don Alvaro, vengo decidido á morir, ó á mataros. Sino salís al campo conmigo, juro á Dios que os atravesiese aqui mismo de una estocada.

Mend. Ya os probé en otra ocasion que mi espada valia mas que la vuestra; ahora os digo que soy marqués de Palma, y vos solo un hidalgo mi vasallo, con quien no me corresponde medir la espada, ni igualarme nunca.

Figue. Mas noble que tú, ¡infame! mil veces mas noble y mas honrado que tú. Sales, ó te mato aqui mismo.

(Desenvaina la espada. Pacheco y los caballeros acuden á los gritos.)

Mend. *(Con calma.)* Estoy desarmado; envainad esa espada, que no quisiera que os tomasen por un vil asesino y tener que echaros á palos de mi casa.

Figue. ¿Tú á mí? ¡Perro!

(Le tira una estocada y Mendoza se retira. Los caballeros acuden, cogen á Figueroa por detras y lo desarman.)

Pach. ¿Qué es esto? ¡Detenedle!

Mend. *(Tomando la espada de mano de Pacheco.)* Dejadle, señores: don Pedro de Figueroa se exaltó demasiado, y tiró de la espada en un momento de ira. Tomadla, don Pedro: sois muy digno de ceñirla. Ved en qué puedo serviros.

Figue. Os rodea y defiende ahora mucha gente. ¡Oh! algun dia, señor marqués, algun dia quizá y en mejor parage nos encontraremos. (*Vase.*)

Pach. Ese hombre está loco.

Rob. ¡Al cabo de año y medio con lo que sale!

Mend. Ea, caballeros, no hay que hablar mas de eso. ¡Á Palacio! El rey nos está esperando.

FIN DEL CUADRO.

Cuadro segundo.

Una celda. A la izquierda del espectador una ventana á la huerta con una cruz de hierro. En el fondo una puerta por la cual se verá un largo claustro con un farol á lo lejos, y en último término la gran puerta del coro. Al lado de la reja en el mismo fondo una mesa con su reclinatorio, un libro y escribanía de barro. En la pared una imagen de la Soledad alumbrada escaseamente por una lámpara moribunda. Al otro lado un arcon grande; y mas próxima la cama con un rosario pendiente á la cabecera y una pila de agua bendita. Algunos sitios de baqueta. Noche oscura.

ESCENA PRIMERA.

CLARA arrodillada ante la imagen. Entra TERESA, criada suya.

Ter. El convento está en un profundo silencio. Todas las religiosas se han retirado al descanso. Miedo causa el atravesar los claustros. No se pierde un sonido: el aire de los patios, el rumor de las pisadas, las sombras siempre en movimiento, todo infunde una especie de terror... ¡Pobre señora! ¡Una marquesa acostumbrada al lujo, al regalo de su casa, en las fiestas y la alegría de sus primeros años, y ahora siempre vertiendo lágrimas... tan alligida! ¡Infeliz! Hace un momento que me hablaba de su única pasión, de sus desgraciados amores, resuelta, esperanzada. Ahora solloza, está rezando á la Virgen... Voy á llamarla. (*Se dirige á Clara y se detiene.*)

Clara. ¡Madre mia! ¡Madre mia! tened lástima de mi dolor. Miradme, reina de los cielos, volved los ojos á vuestra criatura desamparada. No me abandonéis en tan amargo desconsuelo.

Ter. (*Conmovida.*) ¡Señora! ¡señora!

Clara. ¿Quién me llama? (*Se levanta sobresaltada, conoce*

à Teresa, y prosigue con dulzura.) ¿Eres tú, Teresa? Yo creí que estabas durmiendo. ¿Por qué no te vas á gozar del sueño?

Ter. ¿Y cómo quereis que os deje sola en este estado, siempre llorando? ¿Ya no os acordais...? Hace un momento que salí de aqui. He paseado como me dijísteis todo el monasterio. Todas duermen: no se siente nada: la noche es muy oscura, muy triste... Don Pedro sin duda está esperando á que os acordeis de él.

Clara. (Vivamente afectada.) ¿Dónde está? desde esta tarde no le he vuelto á ver. En la iglesia, junto á las luces del altar: el coro de las religiosas cantaba los oficios; yo tenia mis ojos clavados en él, pero los suyos en vez de responderme seguian contemplativos al humo de los inciensos. ¿Desventurado! Él preguntaba al Altísimo por el corazon de su esposa, y nadie le respondia.

Ter. Por vuestra vida que no os entregueis al abatimiento. Pensad en que don Pedro vive, en que sabe vuestras desgracias y vuestra fidelidad.

Clara. ¿Que vive! ¿Y quién sabe si su aparicion en el mundo no es el último martirio que me esperaba? ¡Ay...! Ojalá hubiera yo sucumbido mil veces á la falsa noticia de su muerte. Pero, Señor, ¿dónde, cuándo cometí yo crímenes que merezcan lo severo de la ira con que me estais alligiendo? ¿Qué es de vuestra justicia, Dios mio? Los malvados triunfan y se rien de vuestra cólera terrible. ¿Cuál es, cuál es en la tierra el premio de la virtud?

Ter. vuestras penas y vuestro continuo lamento me pasan las entrañas. Escuchadme, os ruego: yo no puedo sufrir que os consumais asi en la agouía. Reanimad vuestro valor: antes me hablabais de otro modo. Ya hace mas de ocho dias que teneis noticia de su existencia, ¿y aun andais remisa cuando se trata de verle? Á fé mía que vos misma sois el mayor enemigo de don Pedro y de vuestra felicidad.

Clara. Teresa, ¿qué has dicho? ¿Yo enemiga de Figueroa! Tú no sabes lo que pasa dentro de mi alma: lo que yo lucho por apagar el fuego en que estoy ardiendo: este fuego que otra vez vuelve á prender con mas furia que nunca, ahora que debiera estar apagado con el tiempo y la penitencia. ¿Que no quiero verle? ¿Y quién lo pu-

diera desear en el mundo con mas violencia que yo? ;Desventurada! ;Es imposible...! (*Abatida.*) La religion, mis votos, el sagrado recinto en que me hallo... ;Qué poder sería bastante á defendernos del remordimiento, de la tortura, de un horrible sacrilegio...! ;Jamás, jamás...! ;No nací yo, triste, para ser dichosa!

Ter. ;Y por qué no? con la confianza de vuestra conciencia, ;por qué quereis oponeros á vuestro destino? Seguid el rigor de vuestra estrella, doña Clara. Dios os está viendo, y el mundo no puede juzgaros. ;No teneis fé en la proteccion del cielo?

Clara. ;Ah! ;si yo pudiera abrir mi corazon y descubrirle! Yo llamaria á los mas insensibles y les diria : mirad, mirad, soy una pobre huérfana, nací acariciada de la fortuna, en medio de la opulencia y de los placeres; pero las riquezas no me infundian sino desprecio y aburrimiento. Un instinto de amor irresistible, pasion divina, nació conmigo, acompañó los juegos de mi niñez, y á las puertas de mi primera juventud, me presentó todas mis ilusiones, los encantos de mis ensueños virginales cifrados en un hombre, en un angel de cariño y de salvacion. ;Ah! desde entonces todo fue para nosotros tinieblas y naufragios. El mundo nos hizo la guerra, mis deudos me abandonaron á mi suerte, y cuántos me conocian se olvidaron de mi pesar. ;Y yo le lloré muerto! De noche, en mis delirios, llamé á la losa de su sepulcro, y la eternidad se abrió delante de mí. Pero vive, respira aun, repite el nombre de su Clara y la busca por todas partes. ;Yo quiero verle, yo muero por estrecharle en mis brazos, por oírle decir que me ama como el primer dia!

Ter. ;Y por qué no? Atended : os repito que todos duermen, que no hay peligro ninguno. Ya sabeis los medios que tengo en mi mano para hacerle entrar sin ser notado. Es temprano: yo sé que no se retira hasta muy tarde, que pasa las noches enteras rodeando los muros del convento por adquirir noticias vuestras. Corro á avisarle. Mi marido el demandadero está pronto á sacrificarse por vos : él tiene la llave de la primera puerta. (*Enseña una llave.*) Ved aqui la de la clausura, como os ofrecí ayer. A Dios, señora. Valor y esperanza. Pronto abrazareis á dón Pedro. (*Vase.*)

ESCENA II.

CLARA.

¡Espera, detente, oye! Se fue. ¡Cuántos peligros...! Pero Figueroa no querrá, no debe entrar hasta aquí: sería perdido sin remedio. Los suplicios mas horrorosos le amenazan... el castigo del cielo... ¡Pero qué digo? Él me ama, sí, yo lo sé... acudirá corriendo á mi voz. ¡Insensata! Yo soy quien le entrega á la muerte... ¡La muerte...! Pero nadie le arrancará de mis brazos, nadie podrá separarnos; si él muere, moriré yo tambien: él me soureirá, y yo con mis manos halagaré su frente mientras respire. Juntos descansaremos de tanto padecer; y si la muerte no és igual á la vida, con ella acabarán nuestros infortunios. Me parece que oigos pasos... ¡Silencio! Siento una opresion, una zozobra... ¡Ah!! (*Ábrese la puerta.*)

ESCENA III.

DICHA. LA ABADESA, *con luz.*

Abad. No te asustes, hija mia, no te sobresaltes. Soy yo, que pienso en tí, que vengo á consolar tus allicciones. Hace algunos dias que me llaman la atencion tus inquietudes. Estás desmejorada, hermana Clara: ¿qué sientes, hija? Tus antiguos pesares se iban ya mitigando... ¿Qué nuevas tribulaciones...?

Clara. (¡Dios mio! ¡qué angustia! ¿Qué va á ser de nosotros?) Madre abadesa, yo no sé con qué podria pagar el interes que tomais por mí. En este momento iba á entregarme al descanso.

Abad. Vamos, me alegro, sí, descansad. Durante el sueño se adormecen tambien los rebatos con que el enemigo suele atormentar la imaginacion. Os lo he dicho muchas veces: yo tambien en mi juventud sufrí combates muy recios de las pasiones. Mis pensamientos en la soledad volaban tras los recuerdos mundanos, y mi corazon fluctuaba miserablemente. Pero la penitencia, la oracion, las lágrimas del arrepentimiento endulzaban mis amarguras, y fortalecian mi espíritu.

Clara. (¡Qué martirio! Yo estoy en ascuas! Va á llegar.)
Os ruego, madre, que no renoveis mi dolor. No queráis despertar en mi memoria...

Abad. Tiene razon, hermana, voy á ver de dejarla al momento. Pero me ha de prometer retirarse á su lecho, y no dar rienda á su desconsuelo. Te recomiendo la lectura de los libros piadosos. Medita sobre ella, y encontrarás cómo el Señor allije á sus siervos para acrisolarlos, y castiga irremisiblemente á los que le ofenden.

Clara. No sabéis lo que yo amo vuestros santos consejos: son tal vez el único alivio de mis males... Pero... ahora... no sé... está tan adelantada la noche... Mis fuerzas desfallecidas... Quizá podría réposar algunas horas.

Abad. (¡Desgraciada jóven!) A Dios, hija mia, me voy al recogimiento. Si te parece conveniente enviaré una de las hermanas para que te haga compañía.

Clara. (Creo que se sienten pasos...) No, madre abadesa, no. La presencia de cualquiera me sería perjudicial. Os acompañaré á vuestra celda.

Abad. Está cerca; yo iré sola. Buenas noches, Clara. Encomiéndate de veras á la pureza de la Vírgen.

Clara. Ella os acompañe, madre abadesa.

Abad. No salgas, no.

Clara. Soy hija de obediencia. Me quedo por vuestro mandato. (*Vase la abadesa.*)

ESCENA IV.

CLARA.

¡Se fue! ¡Ah! Respiro. Un enorme peso me estaba ahogando. ¡Si vendrá Figueroa! ¡Si vendrá! Yo ya no podria vivir sin verle... Sí: el cielo lo dispone, yo no hago mas que obedecer su influjo. Y sino, ¿qué es lo que quiere exigir de mi debilidad...? Mis votos... ¡mi renuncia á todos los gozes de la vida!! ¿Y cuándo he querido yo renunciar á mis purísimos amores? ¿Pero son ahora puros como el primer dia? ¿No he pronunciado un juramento terrible? ¡Dios mio! Tú penetras en lo mas escondido de mi alma. Don Pedro habia muerto: yo nada tenia que esperar de la vida. ¡Él vive, él vive! ¡Yo no soy dueña de mí misma...! ¡Bendito el dia en que le volví á ver, y bendito

mil veces el lazo que nos une! (*Entreabre la puerta y mira hácia el claustro.*) ; Un embozado...! ; Yo tiemblo...! ; Él es! Teresa le acompaña... Asi... ; nadie los oye...! (*Con zozobra.*) ; Virgen Santísima! (*Corre á la imagen.*) Haced que llegue salvo á mis brazos. (*Cae de rodillas.*)

ESCENA V.

CLARA. TERESA. DON PEDRO DE FIGUEROA.

Ter. ; Siempre detras de mí! ; mas despacio, mas despacio! (*Desde afuera.*) Esa es la puerta ; sujetad la espada... no metais ruido... Está sola. (*Mirando á la escena.*) A Dios, caballero: entrad. (*Vase, haciendo entrar á Figueroa.*)

ESCENA VI.

CLARA. FIGUEROA.

(*Entra Figueroa, Clara le reconoce, y se arroja á sus brazos.*)

Clara. ; Don Pedro!!

Figuc. ; Clara!! (*Pausa.*)

Clara. ; Esposo mio!

Figuc. ; Al fin te vuelvo á oprimir contra mi corazon, despues de tanto tiempo, de tantos suspiros!

Clara. (*Recordando.*) Soltad, soltad. Estamos vendidos. Esa puerta... (*Corre hácia la puerta, y cierra con cerrojo.*)

Figuc. (¡ Mis ojos la han vuelto á ver! ; Pero en qué sitio...!) ; Vendidos! ; Mi acero...! (*Empuña la espada.*)

Clara. No hay cuidado. Otra vez, amor mio, abrázame. Siento un placer... una sensacion celestial. Figueroa... encanto de mis ojos... ¿ has suspirado por mí? ¿ Te has acordado de tu Clara?

Figuc. ¿ Y tú me lo preguntas, alma mia? Un solo instante no has faltado de mi memoria. ; Tan hermosa! Siempre enamorada, siempre llorando mi falsa muerte!

Clara. ; Infame don Alvaro!

Figuc. ; Sí; infame, maldito, hombre vil y sin fé! Hoy

mas que nunca, desde la opulencia y el favor cortesano desprecia las santas leyes del honor, y se atreve á insultar á la desgracia. Pero no crea el traidor que ha de escapar á mi venganza. Yo le juro...

Clara. ¡Don Pedro! no; callad: no penseis en esa quimera. ¿Qué te importa Mendoza, y su perversidad, si tienes aquí á tu Clara para hacerte dichoso? ¡Mendoza! No quiero que le nombres jamas. Ese nombre es fatal para nosotros. Háblame de tu amor, don Pedro, de ese amor que yo he consagrado con mi llanto.

Figure. Sí, Clara, sí, de mi amor. Nosotros no debemos pensar mas que en nuestro amor. ¿No es verdad, alma mia? Ya estamos unidos, ya somos felices para siempre. Tenemos derecho á serlo. ¡Hemos comprado esta felicidad con lágrimas, con sangre, con pesares muy profundos!

Clara. Pues bien, seremos dichosos: el mundo entero envidiará nuestra suerte.

Figure. Viviremos el uno para el otro, lejos de los hombres y de sus engaños, olvidando lo pasado, sin cuidarnos de lo que pueda suceder.

Clara. (Con arrebató, que va siempre en aumento.) Siempre entre delicias ¡ídolo mio! gozaremos juntos de todos los deleites de la naturaleza, de la brillantez del día, respiraremos los aromas de la mañana. Buscaremos el placer en los misterios de la noche, y la soledad, que sabe nuestro secreto, se regocijará en nuestra ventura.

Figure. (Con emocion.) ¡Clara...!

Clara. Todos nuestros deseos van á verificarse, viviremos muchos años en un paraíso de ilusiones, sin un día de dolor, sin un fantasma que venga á turbar la paz de nuestras almas. La misma muerte respetará nuestra juventud, y esperará nuestro último abrazo para trasladarnos juntos al seno de Dios. ¿No crees tú que hemos acachado ya de padecer?

Figure. (Reflexivo.) ¡Desgraciados! ¡Quién sabe si tendrán fin nuestros infortunios! Vuelve de tu mágico delirio, Clara: mírame: soy tu amante, tú eres mi único bien, mi única esperanza en la tierra. Pero advierte: ¿no ves dónde nos hallamos, los muros que nos cercan, tanta oscuridad...? ¡Esa lámpara que parece velar sobre un sepulcro...!

Clara. ¡Ay, don Pedro! ¿Por qué me alliges de esa manera?

¿Por qué despiertas los remordimientos que dormían en lo mas hondo de mi pecho? La ira de Dios nos amenaza. La religion inviolable, sagrada...

Figue. Sí, la realidad nos llama, Clara: es preciso que atendamos á sus voces: á cada momento son mas imperiosas. Ese hábito que te cubre... ¿no piensas tú en ese hábito?

Clara. ¡Ah! sí: ¡la esposa de Jesucristo! ¡Los juramentos...! ¡Un sacrilegio! Don Pedro, ¿no te compadeces de mi terrible situacion? ¿Qué puedo yo hacer, desventurada de mí?

Figue. ¡Qué! ¿no lo sabes Clara? Lo dudas siquiera un solo instante? ¡Cruel! ¿Es asi como tú eres capaz de corresponder á mi amor? Sí, tú no puedes dudar de mi amor: por tí he arrostrado peligros, he desafiado la furia de la desgracia; por tí he profanado la santidad de estos lugares. Por verte, por estar á tu lado, por una sola mirada de tus ojos he considerado yo como pequeño y despreciable cuanto podia ofrecermela vida. Porque creía en tu pasion, porque la juzgaba tan grande como la mia, y te imaginaba superior á tu misma hermosura, con un alma de fuego y de entusiasmo. Hace un momento que tus palabras vibraban en mi corazon. ¿Por qué, dime, por qué con tan vivos colores me pintabas un cielo, sino estabas resuelta á acompañarme á él?

Clara. Ten piedad de mí, Figueroa; no quieras perderme y perderte para siempre.

Figue. ¡Alguien viene!

Clara. (*Escuchando.*) ¡Silencio! ¡Silencio...! Es el viento en los álamos de la huerta. ¡Esa ventana...! ¡Ah! ¡Cuántas veces, esposo mio, (*Con pasion.*) cuántas veces fatigada de la oracion, apoyada en la cruz de esos hierros, desvanecida y melancólica, repetía yo tu dulce nombre, y buscaba tu imagen al través de los reflejos del crepúsculo, en las remotas nieblas del horizonte, ó entre los vapores flotantes de la oscuridad...! Tú escuchabas mi invocacion, encanto mio; yo veía tu rostro, divisaba tu figura; ora iluminada y radiante volando hácia mí y deslumbrando mis ojos, ora gigantesca, taciturna y opaca, deslizándose por entre los rayos de la luna, acompañada de sombras. Entonces yo te seguía con mis suspiros, y el llanto se agolpaba á mis ojos.

Figue. Calla, calla, no prosigas. Los momentos son preciosos: la noche toca ya á su fin. Escucha mis palabras, Clara, y decide de nuestra suerte. Yo he jurado no apartarme de tí, no abandonarte jamas. Pues bien: quiero que me sigas; que huyamos de aqui ahora mismo.

Clara. ¡Huir! ¡Huir de la vista penetrante de Dios! ¡Romper los votos que pronuncié en su nombre...! ¿Y dónde podríamos ocultarnos? ¿Ignoras que llevamos una maldicion sobre nosotros, y que hasta los mas indiferentes nos perseguirian para entregarnos á una muerte ignominiosa? ¡Ah! ¡no, nunca! Tiemblo por tí, don Pedro; la idea solo me estremece. Jamas me resolveré á sacrificarte.

Figue. ¿Y qué piensas que sucederia si me encontrásen aqui donde estoy, en esta celda, en tus brazos quizá... Entonces, dime, ¿qué piensas tú que sucederia?

Clara. ¡Qué horror! Pero tú te irás; nadie sabrá que has penetrado hasta aqui. Todas las noches vendrás á ver á tu esposa, y el cielo piadoso se aplacará con mis súplicas.

Figue. No lo creas, muger irresoluta, no lo creas. No me iré, no daré un paso sin llevarte conmigo. Aqui, aqui me encontrarán á tu lado, y conocerán todos el exceso de mi amor y la tibieza del tuyo.

Clara. Figueroa, si me amas, si no te complaces en mi desesperacion, aléjate, pronto, no podemos desperdiciar un solo minuto. ¿No tiembblas al imaginar tu proyecto? ¡El infierno! La hora va á sonar, la criada no ha venido á avisarnos, algun riesgo nos amenaza... (*Párase á escuchar y prosigue.*) Ya se siente movimiento. Las religiosas van á salir hácia el coro. Sálvate, huye.

Figue. Tú te has olvidado de quién soy, Clara. He dicho que no saldré sin tí: ¿me entiendes? Pierdes el tiempo en vano si piensas que el temor podrá reducirme. Mi único temor es el de vivir sin tí.

Clara. No, no saldrás: ¡ya es imposible! ¡imposible! (*Escuchando.*) Nos han sentido: ya vienen... (*Óyese ruido por fuera.*) Sí, sí, don Pedro, todo lo que tú quieras; (*Mira á todos lados desalentada.*) estoy resuelta á todo... (*Le coge de la mano.*) te seguiré, te seguiré... Pero por mi vida, por lo que mas aprecies en el universo, ¡no hay mas salvacion para nosotros! ¡Yo tambien moriria desesperada! (*Óyense golpes en la puerta.*)

Una voz. Abrid, hermana Clara.

Clara. ¿Lo ves? ¿Lo ves? Sígueme, ocúltate, esposo mio...

(*Le lleva hácia el arcon, abre, y toda trémula esclama.*)

¡Aquí, aquí, por el cielo santo...! (*Redoblan los golpes.*)

Figue. (*Ocultándose.*) Clara, ¿me seguirás? ¿Eres mía?

Clara. ¡Tuya, tuya para siempre! ¡Tuya hasta la tumba!

(*Cierra con llave.*) ¡Cielos, valedme! ¡Yo muero!

(*Caee desmayada sobre un sitial.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. LA ABADESA. MONJAS. UNA NOVICIA.

(*Salta el cerrojo á los golpes y entran las monjas. Empieza á amanecer. La luz penetra por la ventana de la huerta y por la gran puerta del coro que está en el fondo del claustro.*)

Abad. ¿Qué es esto? (*Entrando.*)

Monja 1.^a Miradla: está muerta: fria... algun accidente como los que á menudo la acometen... ¡Y creíamos que no la volverian...!

Nov. ¡Qué confusion! (*Aparte.*) Juraria haber oido la voz de un hombre.

Monja 2.^a ¡Pobrecita! no respira...!

Abad. ¡Agua, agua, corriendo! (*La novicia no sabe dónde acudir.*)

Monja 1.^a Pronto, Lucía: allí está el agua bendita.

Nov. (*Corriendo hácia la pila.*) Será lo mejor. ¡Dios la socorra! (*Lleva el tazon del agua.*)

Abad. Venga, venga por aquí.

Monja 2.^a Ya vuelve en sí: abre los ojos.

Abad. ¡Clara, Clara! ¡hija...!

Clara. (*Volviendo.*) Sí... ¿quién...? no... ¡es falso, es falso! ¡Ah!

Monja 2.^a ¡Le ha atacado á la cabeza!

Abad. ¡Dios nos libre...! ¡Infeliz...! Á ver... echadla aire. Probemos á llevarla á mi celda: la reclinaremos en mi cama, y las madres se quedarán á cuidarla mientras yo asisto en el coro á la comunidad.

Monja 1.^a ¡Ánimo, hermana Clara! pruebe á sostenerse, y la sacaremos de aquí.

Clara. ¿Dónde? ¡no...! ¡nunca...! ¡nunca...!

Abad. Llevadla, llevadla.

Clara. ¡Ay...! ¡no! ¡no! (*Se esfuerza y cae otra vez sin sentido.*)

(*La abadesa hace señas á las monjas para que se la lleven, y ellas la sacan.*)

Abad. Cierre esa puerta, Lucía: (*A la novicia.*) Lléveme la llave, y ruegue á Dios por la madre Clara. (*Vase.*)

Nov. Traiga el agua, cierre la puerta. (*Con despique al salir.*) ¡Pobres novicias! ¡Cuándo seré yo madre profesora! (*Vase cerrando de golpe.*)

(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cuadro primero.



Salon del palacio de Mendoza. El fondo va á dar al jardin y está ceñido de una verja con puerta en medio. Las ramas de los álamos y frutales, los pámpanos, flores y frutos del tiempo entran en el salon y lo refrescan. El jardin iluminado. Un desordenado banquete en el salon: manjares, platos, vinos, helados, adornos de lujo, pero en desorden. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. PACHECO. ROBLEDA. CABALLEROS. MUZQUIZ. FORTUNA. BEATRIZ. DOROTEA. MARGARITA. CRIADOS. — *Estan sentados á la mesa, gritando, cantando &c.*

Mend. **A** migos, en mi vida...

Cab. 1.^o Callarse, callarse. (*Sigue el murmullo.*)

Rob. La dama es muy dueña de elegir como quisiere: ¿me ois, señor Rendones? Dejaos de urgarne la cólera, amiguito: vamos, hermosa Dorotea, como se os autoje, sin rodeos.

Mend. El buen Robleda está mas vivo que un azogue.

Dor. ¡Ja, ja, ja! Sino me dejan, señor alferéz, yo no puedo... ¡ja, ja, ja!

Rob. Os he dicho que la dejeis hablar. ¡Voto á Dios Baco...! ¿Cómo estamos aquí?

Rend. Alferéz, menos fieros, que yo no tengo gana de hacer sino mi gusto.

Rob. ¿Cómo! (*Levantándose.*) Salid...

Dor. (*Deteniéndole.*) Aquí, aquí; á mi lado os quiero yo. Nada de eso. (*Rendones tararea.*)

Rob. Dejadme, señora. (*Fortuna y Beatriz se levantan con las copas.*)

Fort. y Beat. ¡La cancion, la cancion...!

Pach. ¡Allá va...! ¡Soldados! (*Con una botella echando vino en las copas.*)

Todos se levantan y cantan el siguiente

CORO.

¡Oh! caiga el que caiga : ¡mas vino! ¡brindemos!
 Á aquel que mas beba loores sin fin :
 Con pámpanos ricos su frente adornemos,
 Aplausos cantemos al rey del festin.

Todos. ¡Victor, victor, bien...! (*Se sientan.*)

Mend. Amigos, asi me gusta. Esto es lo que yo quiero, ¡alegría! que la hiel de los pesares se endulce con el licor de los vasos. (*A los criados.*) Muchachos, retiraos; despejad, maestre sala. (*Vanse los criados.*)

Cab. 1.º ¿Qué tal el vino de Grave, señor Robleda?

Rob. Para mí como el de Yepes y el de Chipre; todos asombrosos. Preguntádselo á esas botellas de Jerez que ruedan sobre la mesa sin una gota.

Mend. Niña Fortuna, bellísima morena, ponte esa flor en los cabellos, que quiero coronarte por reina de la fiesta.

Fort. (*La toma.*) Gracias, marqués; por complaceros la coloco en mi cabeza, (*Lo hace.*) que si obrara libremente me la prendería en el lado del corazon.

Mend. Me has vencido, hermosa.

Fort. ¿De veras, don Alvaro? Reparad que os oyen estas damas, y podrian reñiros quizás...

Beat. (*Picada.*) ¡Qué disparate! No á fé mia: no me meteria yo en semejante cosa.

Marg. Contigo nadie puede competir, Fortuna, que el nombre solo te abona.

Fort. ¿El nombre solo? Me dejas obligada, Margarita.

Marg. Dispensadme que no responda, porque deho atender al agasajo de esos caballeros. No tengo un instante mio.

Fort. (*Aparte.*) La envidia las quema.

Beat. (*Idem.*) ¡Fea orgullosa!

Marg. (*Idem.*) ¡Fátua, soberbia!

Fort. Marqués, ¿es así como decíais? ¿Os parezco bien?

Mend. ¡Divina! Con los ojos me atraviesas el alma, Fortuna; muerto me tienes.

Fort. ¡Lisoujero! No tanto, no quiero yo...

Dor. (*A Robleda.*) ¡Ja, ja, ja! Pues no me he de reír de vuestras ocurrencias. El vino os trae alborotada la cabeza. ¿Adónde vais? ¿Qué tan fea os parezco?

Rob. Vóime donde quiero, que no estoy de burlas. No puedo estar mas tiempo sentado, volveré. (*A Rendones tocándole el brazo.*) Señor galán, ¿habeis visto la que traigo al lado? (*Señala su espada.*)

Rend. Tengo la copa llena, esperad á este trago.

Cab. 2.º (*En pie.*) ¡A cantar!

Mend. ¡Que cante el poeta!

Muzq. (*En pie.*) ¡Mi vaso está vacío!

Cab. 1.º (*Se le llena.*) Bebed, que se os aclare la voz.

Cab. 2.º ¡Silencio... silencio...! luego nosotros.

CANTA EL POETA MUZQUIZ.

Alegres los ojos,
Borracho el semblante,
La copa espumante
En alto á brindar:
Rebosen los labios
En besos y vino,
Y al néctar divino
Dé fuerza el azahar.

Coro. ¡Oh! caiga &c.

Rob. Afuera, afuera, señor valiente. (*A Rendones mientras el poeta canta.*) Salid conmigo, que sino, ¡voto á Santiago! que os arrastre por los cabezones.

Rend. Os escurce lo de la dama... ¿eh? Pues vamos á los jardines, y cuidado con caer, que estais un poco des-nivelado...

Rob. ¡Mejor cuchillada...! (*Vanse durante el coro.*)

Dor. ¡Señores, señores, que se van! ¡un lance! ¡una riña...!

Muzq. ¿Cómo? ¿quién?

Dor. Rendones y Robleda: desafiados.

Cab. 1.º ¡Hola! ¡Haya paz! Á la mesa todo el mundo.

Dor. ¡Van á matarse!

Mend. ;Ea! ;dejadlos! Hacen bien: que se maten.

Todos. Dejadlos que se maten.

Muzq. Por mí dejadlos. Luego sabremos lo que ha sucedido.

Dor. (*Aparte.*) Rendonos es muy sereno; ¿pero quién sabe? Corro á ver si los encuentro.

Beat. ;Doroteá! ;Dorotea! ¿Adónde vas?

Pach. Si quiere verlos, ;qué diantres! que los vea reñir.

Mend. ;Que se diviertan! Aquí todos son libres. A nadie se le debe cortar su intencion. El caso es pasar el tiempo alegremente.

Muchos. ;Bien dicho!

Cab. 1.º (*En pie.*) ;Brindo!

Todos. ;Brindis, brindis! Escuchad.

Cab. Por el oro de las Indias, y las mugeres de España...

Varios. ;Viva Fortuna...! ;viva Beatriz...! ;Margarita!

(*Muchas palmadas: el poeta, poniéndose en pie, canta.*)

Volcanes requeman
Mi frente encendida;
Mas alma, mas vida
Crecer siento en mí:
Torrentes de vino
Las mesas esmalten,
En mil piezas salten
Cien copas y mil.

Coro. ;Oh! caiga &c.

(*Por la puerta del jardin entran, cogidos del brazo y bulliciosos, Dorotea y Rendonos repitiendo la última parte del coro con grandes risotadas.*)

Pach. (*Brinda.*) ;Caballeros, á la salud de los maridos!
;Porque el cielo los mantenga en su ceguedad...!

Muchos. (*Beben.*) ;Amen, amen!

Mend. A ver, sepamos, Dorotea, ¿qué es de nuestro alferéz?

Rend. Nada, poca cosa, señor don Alvaro.

Mend. Le habeis atravesado de banda á banda... ¿ó qué diablos habeis hecho con él?

Rend. Os vais á morir de risa: escuchadme. Salimos... yo iba muy fresco, porque no he bebido de provecho; pero mi hombre haciendo regates, y dando traspieses... "Donde os acomode," le digo. "¿Chito! marchemos de calla-

da,” respondió; y poco despues me dice: “¡alto! aqui estamos bien: nadie se mueva, el enemigo está encima...” Yo me preparaba al lance, cuando la voz de Dorotea, que llamaba: “caballeros, caballeros...” vuelve Robleda la cabeza, desenvaina y grita con fuerza... “¡España y Santa Teresa! ¡á ellos! ¡Victoria, victoria!” Decir esto y caer hecho un lio sobre las murtas del laberinto, todo fue uno. Yo acudí, Dorotea llegó, y procuramos levantarle, pero en vano. El campeón se empeñó en dar el asalto, y sin moverse del sitio seguía voceando: “¡no hay cuartel, no hay cuartel...! ¡Ostende por el archiduque!”

Todos. (Riendo.) ¡Bien!

Rend. Allí le dejamos panza arriba encarnizado en los protestantes.

Muchos. ¡Bravo por el veterano! No haya miedo que se le escape la plaza.

Marg. Vamos á verle: le pondremos una corona de mimbres y le traeremos en triunfo.

Algunos. ¡Sí, sí, la corona!

Muzq. Mejor será dejarle. Que le dé la luna: á ver si la bolsa se le llena de escudos, ó si le deja encantado alguna bruja.

Pach. Le conviene tomar el fresco.

Dor. Es lo mejor, que se refresque.

Mend. Te acompañaré, Fortuna.

Fort. Sí, marqués, quiero verle voceando en medio del jardin. Me divierte mucho ver un hombre alegre.

Mend. Voy contigo, hermosa. Aqui tienes mi mano. Digo... si me lo permites, reina mia.

Fort. Señor galan, con el alma y la vida. Nunca mas honrada ni con tan gentil persona. (*Vanse dándose las manos.*)

Cab. 1.º Sí, sí, vamos á ver á Robleda. Mi copa queda rebotando: nadie la toque. (*Vase siguiéndoles.*)

Rend. (Llena las copas y beben.) ¡Behamos!

Beat. Está hermosísima la noche.

Cab. 4.º Ahora pasaremos y bailaremos en el cenador.

Pach. Licenciado Muzquiz, ¿conoceis al autor de la última comedia nueva?

Marg. ¡Qué linda es la última comedia nueva! A mí me contentó sobremanera.

Muzq. ¿De cuál decis, señor, Pacheco? ¿Os acordais del título?

Marg. Yo le diré... se llamaba... ¿Quién resiste á la muger? Ó el incendio de los mares. Todos fueron aplausos, alborotó el concurso.

Muzq. (Con desden.) Pues no conozco al ingenio. No es extraño, ellos son infinitos á escribir comedias. Yo no voy por ese camino, sino que hago coplas para soldados, marineros, enamorados y gente risueña. Lo cierto es que me va bien y no me ando en adulaciones, que es la mia. Siempre estoy entre jarras, vasos, guitarras y panderetas.

Pach. Pardiez que os mamais una vida como la de un papa, amigo Muzquiz.

Cab. 3.º ¿Qué duda tiene? Mejor que la de un indiano.

Muzq. Sea como quiera, afirmo que no la cambio por ninguna.

(*Rendones y Dorotea empiezan, y los demas siguen cantando el coro. Entra el padre Rafael, y no reparan en él.*)

P. Raf. Por fin he podido penetrar hasta aqui. Antes de irme de la corte para siempre quiero ver á Mendoza. Quiero amonestarle. ¡Pobre huérfana! ¡Víctima de los engaños del mundo! Esta idea siempre fija no me deja ni de dia ni de noche... una fiesta... un convite... ¡Qué diferencia! Preguntaré... (*Se acerca.*) Caballeros, perdonad si os interrumpo...

Pach. (Con frialdad.) ¡Hola! ¡Ah, padre Rafael!

Cab. 2.º El padre Rafael... ¿pues no se hablaba de su destierro?

Pach. (Le ofrece silla.) Sentaos, si gustais.

Rend. No habia cumplido el término para la salida... (*Ofreciéndole un vaso.*) Ahí tiene su reverencia, beba sin miedo.

P. Raf. (¡Delirantes!) Gracias, gracias. Busco á don Alvaro: ¿me podeis decir dónde se halla?

Pach. Aqui estaba ahora mismo... (*Al poeta.*) ¿Se fue don Alvaro?

Muzq. Salió á pasear por los jardines.

Rend. ¿No? Pues él se lo pierde. (*Bebe.*)

Beat. Ahí le teneis. Ya viene.

(*Mendoza entra por la verja dando el brazo á Fortuna.*)

Mend. Mucho juicio teneis, amigos. Fortuna y yo volvemos á reanimar vuestra languidez. Qué, ¿no hay quien cante?

Pach. Aquí te buscan.

Mend. ¿A mí? ¿Quién me busca?

P. Raf. (Adelantándose.) Señor, quisiera hablaros un instante.

Mend. Veamos: ¿qué se os ofrece, buen religioso?

P. Raf. ¿Qué! ¿no me conocéis?

Mend. De sobra: pero veamos qué embajada es la vuestra para esta hora intempestiva. ¿Quereis dinero para el viaje?

P. Raf. Marqués de Palma, nada quiero para mí. A vos solo importa lo que voy á deciros. Oidme sin testigos:

Mend. Padre Rafael, pocas arengas: no andemos con embelecocos: hablad delante de mis amigos, ó volved otro día, ó no volvais nunca, que por cierto no os he menester.

P. Raf. Lo sé, lo sé; os encontráis muy encenagado en los deleites y mentiras de la vanidad para pensar en la religion, ni en sus ministros. Pero mañana dejo para siempre el teatro de vuestros desordenes, y vengo antes á haceros oír la voz del cielo.

Mend. Aquí no hay mas voz que la mia, y en mi casa no sufro reconvenciones impertinentes. Salga de aquí sin tardanza el buen fraile, que le puede costar muy caro su atrevimiento.

P. Raf. El santo celo que me anima aleja de mí todo temor, y me alienta á arrostrar vuestro enojo. Marqués de Palma, tus pecados son enormes: vuelve los ojos sobre tí mismo y sobre tu salvacion. Deja tus locos extravíos, abandona los falsos gustos con que el demonio te trae embebecido; huye la ambicion, los festines, los amores mercenarios, y las mil abominaciones en que andas. La penitencia te llama... Sí, la penitencia te llama, y el rayo (*Todos rien.*) esterminador brilla sobre tu cabeza. Aun es tiempo, don Alvaro, mañana tal vez será tarde...

(*Unos rien fuertemente sin hacer caso de lo que hablan el padre y Mendoza. Otros producen murmullos contra el fraile.*)

Unos. ¡Ja, ja, ja! A Margarita le toca; dejarla, dejarla, á ver si lo acierta.

Otros. ; Afuera el misionero ! ; Afuera !

Fort. (*Abanicándose y componiendo el vestido.*) ; Jesus !
; Qué fastidio !

Mend. Dad gracias á la corona y al hábito que llevais puesto... pero mirad, padre, si os vais de prisa ; porque sino ; voto á crivas !, que os haré echar á coces por mis lacayos.

P. Raf. ; Insensato ! ; Desoyes la voz de la divina misericordia, te burlas de Dios ofendido, quizás no crees en las penas de la otra vida... ! Pero entonces, impío, ¿ con qué derecho imaginas tú que habias de verte nadando en la opulencia, mientras las víctimas de tu iniquidad gimen en la desesperacion ? ; Te acuerdas de Clara, inocuo ? ; Piensas en don Pedro de Figueroa ? ; Te has olvidado, ingrato, del pago que distes á los beneficios de tu tio el conde de Piedrahita ?

Mend. (*Colérico.*) No puedo mas. Fraile ó serpiente, tú deliras como un poseido. Afuera, repito, escapa, marchate... que mi espada está saltándose de la vaina.

P. Rafael. (*Fervoroso.*) ; Señor ! ; Tened piedad de este miserable ! Que vuestra mano toque en su empedernido corazon y...

(*Entran por el jardín Robleda, borracho, y el Cab. 1.º que le acompaña.*)

Rob. Ya han pagado los sueldos. ; Viva el general ! ; Viva el maestro de campo ! ; Al saqueo, muchachos, al saqueo !

P. Raf. (*Escandalizado.*) ; Qué es esto, Dios mio !

Cab. 1.º Camaradas, aqui está el invencible Robleda.

Rob. (*Repara en el fraile.*) ; Calla ! ; Por aqui andais, señor capellan ? ; Habeis visto á los hereges ? ; Qué peste de canalla ! (*Riendo.*) ; Ji, ji, ji, ji ! Como hormigas iban muriendo sin confesion. ; Duro ! ; Duro... !

Pach. A la salud del vencedor de Ostende. (*Beben todos con algazara.*)

P. Raf. ; Infeliz ! ; Privado de la razon, esclavo de sus vicios ! ; Qué vergüenza ! ; qué miseria... !

Mend. (*Con furor.*) ; Qué ! ; Todavía estás ahí, pobre fanático... ? Espera, aguarda... (*Tira de la espada.*)

Fort. (*Deteniéndole.*) Teneos, señor marques, teneos ; ¿ qué vais á hacer ?

P. Raf. ; Desgraciado ! ; mira lo que haces... ! ; Santo Dios, compadecedle !

- Muchos.* ; Quítese de ahí el importuno!
- Pach.* (*Cogiéndole del brazo.*) Vente, Mendoza: ; á la mesa, á la mesa! no hagas caso de ese loco.
- Mend.* (*Yendo á la mesa.*) ;Hola, camareros! ;Hola, pages!
- Muzq.* Allá va el alfez: ; dejadle, dejadle!
- Rob.* (*Al fraile.*) ; Por San Telmo! ; Que llueven turcos dentro de la capitana! ; Por alli, por alli, padre cura! ; A la lancha de cabeza! ; Que estais estorbando... vivooó...!
- P. Raf.* ; Escándalo! ; Reprobacion...! ; Temblad, infames, la venganza del cielo! (*Vase.*)
- Rob.* (*Corriendo al jardin.*) Se salvó. ; Al agua, moros! ; fuego á la andanada! ; rinde, Mahoma!
- Mend.* ; Corriendo va el fraile como perro con maza! (*Todos rien.*)
- Muzq.* ; Bomba, bomba! (*Se levantan.*)
- Varios.* ; Silencio, silencio!

CANTA EL POETA.

Fosfórico el globo
 En torno á mí gira,
 Su asiento retira
 La tierra á mis pies:
 Y al aire en confuso
 Rumor me levantan
 Furiosos que cantan
 Al Chipre y Jerez.

Coro. ; Oh! caiga &c.

Mend. Mentecato, no sé cómo no le he molido las costillas... Ahora se me viene con responsos... Que mi prima es monja... Séalo por muchos años. Al que es tonto su fortuna le vale. ; Ja, ja, ja! Ni yo sé cómo vive el tal Figueroa... preciso es que tenga siete vidas como los gatos. (*A Pacheco.*) ; Te acuerdas tú del dichoso desafio? Vamos... atravesado completamente. La mitad de la hoja le salia por la espalda...

Rob. ; Soberbia estocada...! (*Rien los hombres.*)

Otañ. (*A Mendoza.*) Un billete para vuestra señoría.

Mend. (*Le toma.*) Venga. ; Quién le ha traído?

Otañ. Una muger tapada.

Mend. Que aguarde.

Otañ. Creo que se fue.

Mend. Vaya con mil santos. Está bien, Otañez. (*Vase Otañez.*) (*Después de ver el papel.*) ¡Aventura, aventura, caballeros!

Varios. ¡Silencio, silencio!

Mend. Os voy á leer el billete: "Al señor don Alvaro de Mendoza, marqués de Palma. (*Lee.*) Caballero: si como sois galan y bizarro, teneis valor para merecer los favores de la suerte, á las doce en punto de esta noche, cuando toquen á maitines, acudid á la plaza de la villa, donde hallareis quien os guie á la presencia de una dama que siempre habeis tenido por hermosa. Pero advertid que es condicion precisa la de que os dejeis vender los ojos, y que si el ánimo os falta, no trateis de acometer la empresa. Dios os guarde. Once de Julio de mil seiscientos veinte y cuatro." ¿Qué tal, caballeros?

Muzq. (*Cogiendo la carta, que tiró Mendoza sobre la mesa.*) Es letra de muger enamorada, por vida mia. ¡Cómo se conoce que le temblaba el pulso al escribir!

Mend. ¿Qué te parece, amigo Pacheco? Con lo que se viene de si me faltan los ánimos... ¡Vaya, vaya!

Pach. ¡Linda llema!

Mend. A nosotros los que nos hemos andado buscando batallas por toda la redondez de la tierra, ¿eh? Cuando en el día no hay paseante en corte que por una muger cualquiera no se deje atar las manos á la espalda...

Rend. Es que en todo caso aqui está mi espada, que se pinta sola para eso de aventuras nocturnas.

Mend. ¿Qué estais hablando, Rendones? No señor: iré solo, y sobra gente, aunque se tratase de bajar á los profundos infiernos. Asi como asi, ya estaba yo deseando alguna ocasion de andar á cuchilladas. ¡Miren qué apuro es el de ir á una cita! Como quien dice á la vuelta de la esquina.

Pach. (*Habla con Mendoza.*) ¿Sabes que me presumo de quién podrá ser la cita? Oye.

Beat. (*Con la carta.*) Y huele á ambar que trasciende.

Marg. Será de alguna señora principal.

Fort. (*Picada.*) Sí, seguramente. De alguna de esas damas encopetadas que siempre estan dándose importancia, despreciando á las otras; y dale con su nobleza, y torna

con su honor, y vuelve con su decoro... ;hipócritas!

Mend. Pueden ser tantas... sea la que fuere. ; Qué niñería!

No me acuerdo qué plaza estábamos sitiando en Holanda — la de Mástrik sería; lo cierto es que todas las noches escalaba yo el muro para ir á ver á la hija de un fabricante... ; y nada! ; tau fresco! (*Frotándose las manos.*) ; Qué muchacha tau bonita...! ; mas rubia que unas candelas!

Pach. De esas y como esas eran por allá moneda corriente.

Mend. Y á todo esto, ; qué hora es? (*Mira el reló.*) ; Diantre! Las once y media. Me voy á tomar la capa. Fortuna, con tu licencia; supongo que no te enfadas. Señores, siga la danza como si nadie faltase: si estais aqui cuando vuelva os contaré...

Varios. Sí, sí...

Pach. Verás cómo es la que yo sospecho.

Mend. ; Ojalá! Me alegraría en el alma. (*Mira el reló.*) La media. A Dios, caballeros. (*Vase.*)

Varios. Buena dicha, hasta la vuelta.

Muzq. Brindemos á la aventura del marqués, porque sea completa en los brazos de una diosa. (*Beben todos.*)

Rend. ; A danzar! ; al cenador!

(*Vause con algazara cantando el coro.*)

FIN DEL CUADRO.

Cuadro segundo.

La celda de Clara: el arca abierta: Clara de rodillas junto á ella, teniendo una mano del cadáver, que besa á veces. Un rayo de luna entra en la estancia.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.

No, todavía no ha acabado todo para mí en el mundo; *(Con la calma de la desesperacion.)* todavía me queda un placer que gozar: el último, y morir despues. Sí, me queda todavía mi venganza. ¡Don Pedro! ¡Esposo mio! ¡Muerto por mi culpa! ¡Ah! ¡maldita debilidad la de una muger! mi desmayo te costó á tí la vida. ¿Por qué no pasé de él á la muerte? ¿Para qué volví á ver la luz? ¡Para hallarte ahogado, muerto...! ¡Oh! ¡Si supiera dónde estan las semillas de la vida, si á costa de sufrir y de todos los martirios imaginables pudiera darte otra vez el espíritu que te animaba...! ¡Oh! ¡no, no hay remedio ya! Pero ya no nos separaremos nunca; yo tambien estoy resuelta á morir. El cielo ha desatendido mis lágrimas, me ha despeñado en el crimen... Pues bien, él sea el último consuelo de mi corazon; un crimen sea la última accion de mi vida. Sí, mi alma se consagra por toda una eternidad á todos los tormentos del abismo: mi alma renuncia para siempre á ese Dios tan injusto conmigo. Un crimen es ahora mi única esperanza; un crimen que á tí, don Pedro, y á mí nos vengará por último de nuestro enemigo, del hombre que ha causado todas nuestras desgracias. Perdóname, esposo mio, si tu Clara respira aun y ama todavía la vida. Un momento nada mas: te vengaré y volaré despues á juntarme contigo. ¡Oh! Sí, yo me siento en este

instante animada de un valor invencible; miro el mundo todo y cuanto dirán, con absoluto é indiferente desprecio: en el mundo no hay nada para mí mas que yo y mi venganza. Pero ¿vendrá él? ¿Seré tan desventurada que, ya resuelta á cometer el crimen, el infierno no favorezca mis planes? ¿Si Mendoza no viniera...! ¿Oh! ¿entonces sería el colmo de la desesperacion! ¿Morir y dejarle á él vivo en el mundo y dichoso! ¿Cuánto tarda esa muger! ¿Necia! ¿ella queria saber para qué le llamaba yo...! ¿Cuán lejos está de comprender mi alma! ¿Y se asombraba de mi empeño en hacerle venir! ¿Ah! ¿Yo la he dado la cruz de brillantes que me dió mi madre al morir! Pero ¿qué hay ya que sea sagrado para mí? ¿Para mí, que doy mi alma al infierno en cambio de mi venganza? — Alguien viene... ¿Será él? ¿Oh! no me faltarán las fuerzas... el volcan que abrasa mi alma dará esfuerzo á mi corazon y á mi brazo.

(Toma la daga de don Pedro, cierra el arcon, y espera azorada junto á la puerta.)

ESCENA II.

CLARA. TERESA.

Clara. ¿Viene? ¿Te ha prometido venir?

Ter. Esperad, señorita, dejadme respirar un momento. ¿Vengo tan cansada! ¿Qué palacio tan magnífico! ¿Y qué cena, qué algazara! ¿Qué lujo! á la verdad que debe de ser un señor muy rico.

Clara. Pero tú le diste la carta, y él...

Teresa. Sí señora; hice lo que me mandásteis: pregunté por la casa del marqués de Palma, y al momento; ya se ve, como que es un gran señor, y no hay nadie que no le conozca. Pero ¿Jesus! Señora, no miro á ese arcon una vez que no me dé miedo; no sé cómo teneis valor para quedaros aqui sola con el muerto. ¿Desgracia como ella! ¿Quién lo habia de haber creído? ¿en un momento! Y luego como la señora abadesa tenia la llave, y tardásteis tantas horas en volver en vos del accidente...

Clara. ¿Ah! es verdad. ¿Ojalá que no hubiera vuelto en mí nunca! Pero di, Teresa, di, ¿ha dicho que vendria?

Ter. Sí señora, la carta se la di á un criado. Pero ante

todas cosas, ese cadáver es menester sacarle de aquí: ya os dije que hablaría á mi marido. ¡Pobre caballero! ¡Tantas horas encerrado ahí sin poder respirar! ¡Jesus, cuánto padecería para morirse!

Clara. ¿No es verdad...? ¿no es verdad que padecería mucho? Pero él va á venir sin duda, él va á venir.

Ter. Él va á venir. Seguramente que esperais mucho de su venida; porque teneis un afán...

Clara. ¡Ah! ¡va á venir! ¡va á venir! Tú no sabes, Teresa, el favor que me has hecho: no, tú no puedes ni imaginárselo siquiera. Mira, toma, todavía me queda esta sortija; tómala, y sé rica y vive feliz con tu marido.

Ter. Pero señora, ese cadáver... si lo encontráran aquí... ¡Sabeis que os emparedarian viva! Tened cuidado que no lo vea ese señor, no sea que lo cuente y...

Clara. No, ese señor no se lo contará á nadie, yo te lo prometo.

Ter. Pero si por casualidad... ¿no valdría mas sacarlo de aquí? Yo se lo diré á mi marido, y esta noche misma quedará enterrado en la huerta.

Clara. No me hables mas de eso; es el favor que te he pedido. Mañana, sí, mañana... ¡Oh! Déjame, vete, no sea que se pase la hora. Tú le habrás citado aquí cerca, con los ojos vendados. Cuidado que no le has de decir quién le llama.

Ter. Sí, sí; voy al instante: ¡miedo me da de dejaros aquí soña con un muerto! Pero ¡qué he de hacer! Voy á obedeceros. (*Vase.*)

ESCENA III.

CLARA.

Por último va mi venganza á cumplirse. ¡Siento una inquietud! El corazón quiere saltarse del pecho. ¡Ah! ¡Cuán amargo es el placer de vengarse! ¡Pero es al fin un placer...! Mi sangre hierve. ¿Y yo, yo voy á cometer un crimen? ¿Á asesinar un hombre? ¡Yo, en otro tiempo tan tímida! — Qué serena está la noche; no hay una nube, todas estan en mi alma. Todo está tranquilo, todos duermen, todos son sueños de felicidad para los que ahora reposan y se entregan tal vez á las ilusiones de la espe-

ranza. Y todos ignoran mi desventura, y nadie piensa en esta triste celda, mansion del llanto y de la muerte. ¡Ah! Yo tambien en otro tiempo... ¡Mendoza...! Él vino á turbar mi felicidad... ¡Ah! Yo tambien he de arrebatarte la tuya... ¡Un gran señor, con tanto lujo, en un palacio magnífico, dichoso, rodeado de amigos, de mugeres tal vez que le aman, embriagado en el placer y el vino! ¡Qué poco piensa que ahora mismo en medio de su festín le está acechando la muerte! ¡Sí: su felicidad pasará como la mia ya pasó, como un sueño...! Y yo, yo misma seré quien se la arrebatará para siempre. ¡Ah! Tú vienes imaginando deleites, delirando nuevos placeres; tú juzgas tu aventura, tu cita de esta noche, una cita, una aventura de amor. No, don Alvaro, la venganza te ha citado, y la muerte es la muger enamorada que te espera para estrecharte para siempre entre sus brazos. Títulos, grandezas, oro, esperanzas, todo esta noche lo vas á perder para siempre. Sí: Clara, aquella pobre muger, débil, que despreciaste, que sacrificaste á tu ambicion; aquella muger en quien tú ya no piensas, sobre cuyas ruinas has elevado tú tu fortuna, como sobre un monton de escombros, se edifica un suntuoso palacio; aquella muger que por tí ha perdido su bien, su amor, su existencia, y todo en fin en el mundo; aquella muger misma, es la que ahora te llama para saciar con tu malvada sangre la sed de venganza que incendia y devora su corazon... Siento ruido. No, todavía no viene... ¡Ah! esta daga... ¡Bien se clavará en su corazon!!! Pero es morir de un solo golpe... ¡Y no sufrirá las agonías que tú, esposo mio, has sufrido al morir...! Y si mi brazo débil, incierto... ¡Oh! no: este veneno que esa muger me trajo sin saber lo que yo le pedia... Sí, el veneno, el veneno devorará sus entrañas, y abrasará lentamente su corazon. ¡Esposo mio, esposo mio! ¡Ah! Voy en fin á vengarte. ¡Tú, muerto, arrancado de mí cuando apenas nos alumbraba otra vez la aurora de las ilusiones! ¡Esposo mio! ¡ah! ¡mis lágrimas escaldan como plomo derretido! (*Llora y se deja caer en un sillón.*)

ESCENA IV.

CLARA. TERESA. MENDOZA, que entra, vendados los ojos.

Clara. (Abre la puerta.) Ya está aquí... ¡toda yo tiemblo!

Mend. ¡Hemos llegado ya, maldita vieja! ¡Voto á Satanás!

Hacerle á un hombre como yo jugar á la gallina ciega... por mi vida, que si me llevo chasco, que...

Ter. ¡Chist! Silencio, caballero; entrad, permitid que os quite la venda. (Lo hace.)

Mend. Gracias al diablo, que ya no necesito de lazarillo.

Pero ¿qué veo? ¿Estoy en una celda, ó estoy soñando?

¡Pardiez que no tengo yo vocacion de fraile! ¡Clara!

¡mi prima! ¡Voto va! que es el lance mas raro que ha sucedido en mi vida.

Clara. (Azorada.) Sí, don Alvaro: yo soy la que os he llamado. Retírate, Teresa.

Ter. Si ocurre algo, ya sabeis cómo me habeis de avisar.

Dios nos saque con bien de este laberinto. (Vase.)

ESCENA V.

CLARA. MENDOZA.

Mend. ¡Por vida del papa mismo! ¡Que me alegró que te haya dado la ocurrencia de llamarme... ¡Ya se ve! ¡Qué demonio! al cabo de año y medio de encerrona, natural es que quisieras saber algo del mundo: pero es preciso confesar, Clara mia, que sois las mugeres el animal mas caprichoso que cubre el cielo. ¡Vea usted y cuándo se ha ido á acordar esta muchacha de mí!

Clara. No creo que tenga tanto de extraño que yo me acuerde de vos. (Con amargura.)

Mend. Cierto, hija: á mí no me extraña nada en el mundo.

Pardiez, lo pasado, pasado, y tan amigos como antes. ¡Vive

Dios! que estás aquí rodeada de santos, que no han de dejar

que te lleve el diablo. (Cambiando de tono.) No hagás caso

de lo que diga, porque hemos tenido una merendona varios

amigos, y te confieso que el Jerez me ha puesto de buen

humor. Cuando venia con los ojos tapados veía yo mas

lumbres que estrellas hay en el cielo. Pero es preciso con-

fesar que es un lance ; ¡ ja , ja , ja ! (*Se ríe.*) ¡ Vamos , de lo mas raro que puede suceder en el mundo !

Clara. ¿ Te has divertido mucho ? Estás contento , eres feliz , ¿ no es verdad ? (Horror me causa su vista... Corazon mio , valor.)

Mend. Y aqui tú ¿ en qué diablos pasas el tiempo ? Rezar , y mas rezar , esa será vuestra ocupacion continúa : y como todo lo diario causa , como dice no sé qué poeta pagano , tú has colgado el rosario , y acordándote de lo mucho y bien que siempre te ha querido tu buen primo , me has hecho llamar para variar un poco la escena . ¡ Bravo ! Lo apruebo : bueno es rezar ; pero no es para todas horas . La cosa , bien mirado , es lo mas natural .

Clara. Don Alvaro , ¡ qué buen humor teneis ! (¡ Me acercaré á él ! ¡ Qué dudo !) ¿ No os remuerde , al verme , de nada vuestra conciencia ?

Mend. Vamos , bien dicen ; escrúpulos de monja . Prima mia , ¿ á mí de qué me ha de remorder la conciencia ? ¿ De haber entrado aqui ? En primer lugar que yo no he visto dónde entraba , y en segundo , que es una obra de misericordia consolar á las monjas tristes .

Clara. (¡ Blasfemo !)

Mend. ¡ Pero que tímida estás ! Vamos , ya que he venido , no me parece justo salir de aqui sin merecer antes algo mi buena dicha : ¿ á qué me has llamado si no ? Vamos , ánimo , y pasaremos charlando alegremente la noche . (*Tomándola una mano.*)

Clara. Sí , tienes razon : pasaremos alegremente la noche . (*Clara le da la mano izquierda quedándose un poco á la espalda , y saca el puñal con la derecha.*)

(Esposo mio , perdonadme.) ¡ Oh ! Sí , Mendoza , sí ; te he llamado porque quiero salir de aqui , y que hagamos juntos un viaje largo , muy largo .

Mend. Mira , hija , deja ese tono de misionera , y corra el mundo y divertámonos .

Clara. (¡ Oh ! si yo errara el golpe !) (*Amagándole el golpe á la espalda.*)

Mend. (*Hace un movimiento , y Clara esconde la daga.*) ¡ Qué calor hace ! ¡ Esa ventanilla es tau chica ! ¡ Y luego ese maldito de Rohleda que se ha empeñado en que aqui se puede beber tanto como en Flandes , sin acordarse de lo diverso que es alli el clima ! Apostó conmigo á quien

bebía mas Pajarete, y fue necesario empinar el codo por no dejarse vencer. Tengo la garganta como un esparto.

Clara. Acercaos á la ventana, don Alvaro. (¡Oh! ¡cómo haré!) ¿Quereis un vaso de agua? Quizá os refrescará un poco... ¿no sentís sed?

Mend. ¿Sed? no, no quiero agua. ¡Si hubiera sido otro vino! Pero el Pajarete es capaz de abrazar las entrañas de un santo de piedra. Vaya, yá que te has acordado, dame esa agua, á ver si me calma un poco.

Clara. (Con demostraciones de júbilo desesperado.) ¡Oh...! ¡Sí, agua! Voy á dártela al punto: sí, te calmará, te aliviará sin duda la sed. (¡Y la mia al mismo tiempo!)

Mend. (Es buena esta pobre muchacha; se desvive por mí.) Bien dicen, Clara mia, que mas vale caer en gracia que ser gracioso; dígolo, porque antes que te queria yo agradecer no pude conseguirlo por mas que hice, y ahora cuando apenas pensaba en tí, hé aqui que me buscas tú misma.

Clara. (Toda trémula echa los polvos en el agua y se la presenta.) Aqui teneis el agua; bebed, que os hará mucho bien.

Mend. (Tomándola la mano.) Clara mia, ¿no es verdad que vives aqui aburrida y fastidiada sobre manera? Estás desmejorada un poco, pero no menos hermosa; al contrario, esa misma palidez hace realzar tu belleza. Deja aqui el agua sobre la mesa.

Clara. (¡Qué turbacion!)

Mend. ¡Parece que estás sobresaltada...! tienes las manos hechas un hielo. ¿Qué tienes, Clara? Huyes de mí los ojos... Pero... ya caigo. Es natural, te asusta el peligro que corres si me encontráran aqui contigo en la celda... el pudor quizá...

Clara. ¿No bebeis, Mendoza?

Mend. Sí, pero antes quisiera estampar mis labios en tu hermosa mano.

Clara. (¡Oh tormento inaguantable!) (Retirando la mano, y volviéndosela á dejar al momento.)

Mend. ¡Retrechera! Vaya: bebamos agua, y castigemos con ella el vino. (Mirando el agua.) Está un poco turbia.

Clara. (¡Cielos!)

Mend. Á tu salud. (Bebe medio vaso.)

Clara. ¡Oh...! ¿no bebeis mas?

Mend. No, he bebido bastante.

Clara. Sí, bastante: yo tambien voy á beber, tambien yo estoy ardiendo... (*Bebe el resto del vaso.*) ¿No es verdad que sabe muy bien esta agua? (*Con risa sordónica.*)

Mend. Como cualquiera otra, sino es que el traerla tú la ha dado mejor sabor.

Clara. (*Con tono imponente.*) ¿Creeis, don Alvaro, que esta hora es hora de galanterías y chistes? ¿Creeis que no sea ya hora de que nos encomendemos á Dios, y roguemos por nuestra alma?

Mend. Clara, ¿deliras? Este momento es uno de los pocos que el cielo concede al hombre para que se entregue al deleite y á las caricias del amor. Deja, repito, ese tono de misionera, y no pensemos sino en complacernos mutuamente y gozar de este instante que la fortuna nos ha concedido.

Clara. ¿No sentís alteracion ninguna dentro de vos? ¿No sentís arder vuestras entrañas? Don Alvaro, ha llegado el momento terrible de que mi venganza se cumpla; vuestra última hora ha sonado. La maldicion que hicísteis caer sobre mí, ha herido ahora nuestras frentes á un mismo tiempo. Tú, monstruo, viniste á turbar mi dicha... me has arrebatado mi inocencia... me sepultaste en un claustro donde se ha abierto para mí el camino del infierno, en vez de abrirse el del cielo. Y mientras tú reías entre el oro y los placeres, yo callaba y sufría, y recordaba en mi soledad el amante que tú me hiciste perder: ¡ah! Yo lo he perdido todo por tí; y justo, muy justo era que algun dia te pagara yo tantos males. Nada nos debemos ya: tú me has perdido, y yo te he envenenado.

Mend. ¡Muger ó demonio! ¿dices verdad...? Siento un ardor... ¡Qué me has dado, muger, que sufro todos los tormentos del infierno!

Clara. No os altereis, don Alvaro; acordaos de aquella calma... ¿no os acordais? ¡Mirad, ved á don Pedro de Figueroa, vedlo muerto! ¡muerto por vos! ¡Ved aqui vuestra obra!

Mend. ¡Maldicion! ¡Clara! ¡Ah! no hay duda, sí. ¡Yo estoy envenenado! Pero no he de ir yo solo, esta daga... (*Tirando de su puñal.*)

Clara. Sí, ven, hiéreme: ¡necio...!! ¿No has visto que yo he

bebido tambien? No, no irás solo: todos iremos juntos al infierno, todos llevaremos el mismo camino. Todos mano á mano entraremos en él, y los demonios festejarán nuestra llegada... ¡ah! (*Se deja caer en la silla.*)

Mend. ¡Favor! ¡muger infame! ¡Ah! no importa: ¡yo necesito desahogarme dándote de puñaladas! ¡Maldicion! (*Quiere ir hácia Clara, pero le faltan las fuerzas y cae.*)

Clara. (*Desfallecida y delirante.*) ¿Y tu ambicion...? ahora... (*Llaman con estrépito.*) ¡Sí, ya estan, ya estan ahí...! ¡los infernales espíritus...! ¡Don Pedro! ¡Esposo mio...! (*Se oye la campana del alba. Los golpes se redoblan, la puerta salta.*)

Abad. (*Llamando*) ¡Sor Clara! ¡Sor Clara! ¡abrid!

Mend. (*Desesperado.*) ¡Morir asi...!

Clara. (*Moribunda.*) ¿Quién me llama? Asi... ¡mi venganza!!

Monjas. (*Entrando.*) ¡Qué horror...!!!

Mend. ¡Ira de Dios! ¡Condenacion eterna! (*Muere.*)

Abad. ¡Misericordia, misericordia, Dios mio!

Clara. ¡Sí, Dios mio...! ¡misericordia de mí!!! (*Espira.*)

FIN DEL DRAMA.

Este drama es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Teatro moderno español
vol. 12 = no. 23

2

FLAQUEZAS

MINISTERIALES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

POR DON MANUEL BRETON

DE LOS HERREROS.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PERSONAS.

VIOLANTE.	ALMEIDA.
MARTA.	PEREIRA.
RAMIRA.	CASTRO.
EL MARQUES.	MONZON.
EL BARON.	SOUZA.
FONSECA.	MARTIN.

UN SARGENTO.

Oficiales, escribientes, porteros, pretendientes, viudas, soldados.

La escena en Lisboa.

Esta Comedia es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Violante. La puerta principal á la derecha del actor: en frente la que guia á lo interior de la casa entre una chimenea francesa y una puertecilla secreta. En el foro un balcón. La habitacion estará amueblada con lujo.

ESCENA PRIMERA.

VIOLANTE. PEREIRA.

PEREIRA. **N**o hay remedio, prima mia.
Ó el dinero desembolsas
que te he pedido, ó veamos
si un buen empleo me logras.

VIOLANTE. No me hables mas de dinero.
Con tanto pedir me acosas.
¿Tengo acaso alguna mina?
¿Quieres que venda mis joyas
para que pagues tus vicios?

PEREIRA. ¿Mis vicios...? ¿La virtuosa!

VIOLANTE. Séalo yo, ó no lo sea,
tú no eres juez de mis obras.
Bastante hago en mantenerte.

PEREIRA. ¿Y basta la triste sopa
para un hombre como yo?
¿No he de vestir á la moda?
Hay en la ciudad villares,
¿y no he de coger las bolas?
¿Preguntaré en el café
si ha gustado ó no la ópera?
¿No he de dar á mis amigos
una comida de fonda?

Con tantas obligaciones,
y no hago mérito de otras,
no debes-maravillarte,
prima, si deudas me agobian.

VIOLANTE. Si has de vivir á lo duque
siendo un cualquiera...

PEREIRA. ¡Ay, señora...!

Ved que mal puede brillar
quien á los suyos no ábona.
Si os dice prima un cualquiera,
¿quién ha de creer en Lisboa
que sois condesa? Violante,
ten presente nuestra historia.
No te olvides...

VIOLANTE. ¡Y te atreves,
vil autor de mi deshonra,
á recordarme...

PEREIRA. Violante,
dejémonos de parodias
sentimentales. Nacimos,
ambos á dos, no lo ignoras,
con propension admirable
yo á ser tuno, tú á ser loca.
Yo aborrecia los libros,
y tú la aguja y la escoba.
Yo hidalgo, pero sin bienes;
tú plebeya, pero hermosa;
yo emprendedor, tú coqueta;
yo barbiliudo, tú moza;
tu espejo por una parte
y mi ociosidad por otra...,
los dos perdimos á un tiempo,
Violante, la poca cholla
que nos quedaba, y ni tú
puedes acusarme ahora
de seductor, ni aplaudirme
debo yo de la victoria.

VIOLANTE. Tú me robaste, perjuro,
del hogar paterno...

PEREIRA. ¿Lloras?

;Bien por Dios!

VIOLANTE. Y, sin cuidarte
de promesas ni parroquias,
me abandonaste en Oporto...

PEREIRA. Y por no afligirte sola,
te dejaste consolar
por el cónsul de Liorna;
y mientras yo fugitivo
por mas de una trapisonda
andaba de Ceca en Meca,
pascabas tú en carroza.

VIOLANTE. Dios me ha dado un corazon
amante, sensible, y todas
mis faltas y mis flaquezas,
primo Pereira, son propias
de mi fragil condicion
mugeril. Hoy que me sopla
mas que á tí próspero el viento,
no es justo que tú me espongas
á que naufrague contigo
porque tu nave zozobra.

PEREIRA. No te quiero yo tan mal;
pero desde el alta popa
puedes darme sin peligro
un cable que me socorra.
Capitulemos, Violante.
Yo respetaré en buen hora
tu condado artificial
y tu viudez de tramoya.
Eres ambiciosa y vana:
sé que á tus planes estorba
un comensal de mi temple
y un pariente de mi estofa;
mas tambien tengo yo acá
mi orgullo, y ya me abochorna
el recibir á hurtadillas
una racion de limosna.
Sácame pues un destino,
Violante, un empleo de honra
y provecho, que te es facil

hoy que un ministro te ronda.
 Asi con sola una firma
 ganas el pleito y las costas
 y emancipando la tuya
 autorizas mi persona.

VIOLANTE. Me preguntará el marques
 en qué méritos se apoya
 tu pretension...

PEREIRA. Si los míos
 le parecen poca cosa,
 alega en mi obsequio, prima,
 los muchos que á tí te sobran.
 Y mas que digan despues
 que yo no entiendo una jota
 de negocios y espedientes;
 que como de esos idiotas
 estan mandando provincias,
 y donde es tal la langosta
 de empleados ignorantes
 que haya uno mas poco importa.

VIOLANTE. Bien está. Haré lo que pueda;
 pero es condicion forzosa
 que has de salir de la corte.

PEREIRA. Con mil amores; y en posta,
 que harto me conocen ya
 los judíos de Lisboa.

VIOLANTE. Veremos... Aun no te doy
 palabra...

PEREIRA. Deja esa prosa
 ministerial, y acabemos.
 Ó mañana me colocas,
 ó sin mas contemplaciones
 canto claro y arde Troya.

ESCENA II.

VIOLANTE.

Y lo hará como lo dice.
 Es preciso á toda costa

apartarle de mi lado
si he de vivir sin zozobra.

ESCENA III.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA.

MARTA. Condesita, mi señora,
perdóneme Vuccléncia
que haya entrado sin licencia...

VIOLANTE. No hay que coser por ahora.

MARTA. Lo siento, que de eso cómo,
porque donde hay arraigo...
Pero esta cuenta que traigo...

VIOLANTE. Para eso está el mayordomo.
¿Habrá gentes mas groseras?
¿Quién tanto fuero les dió?
No me comunico yo
con humildes costureras.

MARTA. Si hay otras de mala nota,
yo no, y aunque poco valga,
soy honesta, soy hidalga,
y soy viuda de un patriota.
Yo pido una friclera,
la cuentecilla es corriente,
el mayordomo está ausente...,
y el comer no tiene espera.

VIOLANTE. ¿No tengo yo mas asunto
en que entender...

MARTA. ¡Suerte avara!

Otro gallo me cantára
si viviera mi difuntó.
Rica me vi y regalada
cuando él manejava el pósito...
Pero se murió á propósito
para hacerme desdichada.

VIOLANTE. Tanta cháchara me irrita.
Vuelva la viuda mas tarde
ó en la antesala me aguarde,
que ahora espero yo visita.

mas bonito y mas flamante
se cortó...

ESCENA IV.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUES.

MARQUES. ¡Bella Violante!

MARTA. ¡Aqui el ministro!

VIOLANTE. ¡Marques!

Disimulad... Estas gentes...

Váyanse. ¡Qué hacen aqui?

MARTA. Perdonad, que pues el cielo
me deparó tan feliz
coyuntura, su Excelencia
mis cuitas habrá de oír.

VIOLANTE. Para audiencia de importunos
no se hizo mi camarín,
y es extraño...

MARQUES. Perdonad...

Yo no puedo prescindir...

(*En voz baja.*)

Las despacharé al momento.

(*La chica es un serafín.*)

VIOLANTE. ¡Qué fastidio!

MARTA. Mi consorte

Domingo Faria Moniz,
administrador de pósitos,
murió en la guerra civil...

MARQUES. Esperad. (*Mirando á Ramira.*)

(¡Qué ojos! ¡Qué talle!)

Como tengo sobre mí
tanto negocio, olvidaba...

(*A Violante.*)

Dadme licencia.

(*Acercándose á la puerta de la antesala.*)

¡Martin!

ESCENA V.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUES. MARTIN.

MARTIN. Mande Ucencia.

MARQUES. (*En voz baja.*)

Á esas mugeras
con cautela has de seguir.
Averigua dónde viven
y ¡silencio!

MARTIN.

Lo haré así.

ESCENA VI.

VIOLANTE. MARTA. RAMIRA. EL MARQUES.

MARQUES. (*A Marta.*)

Deciais...

VIOLANTE.

¡Qué impertinencia!

Al ministerio acudid...

MARTA.

Como sé que las palabras
se lleva el viento sutil,
siempre vengo prevenida,
por lo que pueda ocurrir,
con un memorial en regla.

(*Saca uno y se le da.*)

Tomad. Con este son mil
los que tengo presentados,
y un solo rey valadí
á cuenta de mis haberes
no he logrado recibir.
Si sobre ser tan escasa
mi viudedad...

VIOLANTE. (*Al marques con impaciencia.*)

¿Conclus?

MARQUES. ¿Cuántas mesadas os deben?

MARTA. No he cobrado desde Abril...

MARQUES. Vamos...

MARTA.

Del año pasado.

MARQUES. No hay fondos...

MARTA. Bien los hay; sí,

para mas de cuatro tunos
que viven sobre el pais.

MARQUES. Ya veis; las clases pasivas...

MARTA. Sin comer pueden vivir;
por su puesto. No inventó
nomenclatura tan ruin
ninguna viuda indigente,
ningun exclaústrado, ni...

MARQUES. Basta. Yo haré que os socorran.

MARTA. Si esa palabra cumplis
mi gratitud será eterna,
y á san Pedro y á san Gil
rezaré...

VIOLANTE. La letanía
será larga, si la oís.

MARTA. Tengo otro asunto pendiente.
Ésta doncella gentil
es mi hija...

RAMIRA. Y vuestra humilde
criada.

MARTA. Y quiere...

MARQUES. Decid.

VIOLANTE. (Me consumo.)

MARTA. Lo que todas:
casarse. Para este fin
las cria Dios. Pero el novio
aunque es muy patriota y muy...

VIOLANTE. Ya no hay paciencia. ¡Marques!

MARTA. No ha podido conseguir
que le coloquen...

MARQUES. Veremos...

Id al ministerio. Allí...

MARTA. Es muchacho de carrera.

· Siguiendo desde el Brasil
al emperador don Pedro...

VIOLANTE. ¡Oh!

MARQUES. Basta.

MARTA. En mas de una lid

defendió la libertad...

MARQUES. Bien.

MARTA. Contra el bando servil...

VIOLANTE. (*Irritada.*)

Marqués, ¿no soy nadie yo?

¿No habrá audiencia para mí?

MARQUES. (*A Marta despidiéndola.*)

No mas. Yo os oiré despacio...

MARTA. No quiero ser incivil.

Beso á Vucencia...

VIOLANTE. (*Echándola.*)

¡Acabemos!

RAMIRA. Guárdeos el cielo.

VIOLANTE.

¡Salid!

ESCENA VII.

VIOLANTE. EL MARQUES.

VIOLANTE. Hoy estais muy filantrópico.

MARQUES. Es deber inseparable

de mi cargo el escuchar
con apacible semblante

á todo el mundo, y sin mengua
de las arcas nacionales

puedo dar... buenas palabras

á una viuda miserable.

VIOLANTE. ¡Oh! Las viudas siempre fueron

para un ministro galaute

beneméritos...

MARQUES.

Sin duda;

y mas si son tan amables

como vos.

VIOLANTE.

Y mas si vienen

con niñas interesantes.

MARQUES. ¿Zelos, condesa?

VIOLANTE.

No sé;

pero mas os humanásteis

á las gracias de la hija

que á los ruegos de la madre.

MARQUES. Aprensiones. No os haceis
justicia, hermosa Violante.
Damas del mérito vuestro
no tienen zelos de nadie.

VIOLANTE. Ya que zelos no, pudieran
mostrar quejas de un desaire
como el que vos me habeis hecho.

MARQUES. No fue mi ánimo agraviarte;
¿pero adónde irá un ministro
que importunos no le asalten?
¿Qué sagrado les liberta
de una vinda vergonzante?
No hablemos mas del asunto
y hagamos, mi bien, las paces.

VIOLANTE. En buen hora, mas con una
condicion.

MARQUES. ¿Cuál es?

VIOLANTE. Que pague
como ministro Vnecencia
lo que pecó como amante.

MARQUES. El amante y el ministro
son tus siervos: ya lo sabes.

VIOLANTE. Tambien yo soy pretendiente,
y si alguna cosa valen
mis méritos...

MARQUES. Esos ojos
no han menester memoriales.
Decid pues.

VIOLANTE. Yo tengo un primo...

MARQUES. ¿Primo? Me tiemblan las carnes.

VIOLANTE. ¡Malicioso!

MARQUES. ¿Es jóven?

VIOLANTE. Sí,

pero no se sobresalte
Vnecencia, porque le miro
con odio irreconciliable,
y á no hablarme en su favor
los vínculos de la sangre...
Es un tronera, un perdido.
Sobre darme mil pesares

me come un lado.

MARQUES. ¿Qué alhaja!

VIOLANTE. No tiene madre, ni padre,
ni oficio, ni beneficio...
Es forzoso colocarle.

MARQUES. ¡Á un vago! ¿Qué dirá el mundo?
Ya que amor tan entrañable
el tal primo os ha inspirado,
¿no será mejor echarle
á un presidio?

VIOLANTE. ¿Y el borron
que caería en mi linaje?

MARQUES. ¡Pero si él no sabrá nada...!
¿En qué carrera...

VIOLANTE. ¿Qué diantre!

Si le dais un buen empleo
y así... de cierto carácter...
no tengais cuidado, que él
sabrà salir adelante;
que teniendo subalternos
en cuyos hombros descansen
el peso de los negocios,
y aprendiendo cuatro frases
de rutina espedientil,
poner decretos al márgen,
firmar como en un barbecho,
quitar la vara á un alcalde,
imprimir una proclama
patriótica cada martes,
cobrar el sueldo corriente,
ir á la oficina tarde,
exigir el tratamiento
á porteros y oficiales,
y mandar á troche y moche,
y no obedecer á nadie,
no es cosa del otro mundo:
eso cualquiera lo sabe.

MARQUES. Linda sátira habeis hecho.

VIOLANTE. Vos me dais los materiales.
Soy dama vuestra, y no es mucho

que algo entienda yo de achaques
de administracion.

MARQUES. Veremos...

VIOLANTE. Eso no me satisface.

MARQUES. En Lisboa, no es posible...

VIOLANTE. Pues bien; en cualquiera parte;
cuanto mas lejos, mejor.

MARQUES. Está bien. Ahora hay vacantes...
Que haga la solicitud,
y venga á verme...

(Mirando el reloj.)

Ya es tarde.

VIOLANTE. ¿Os vais?

MARQUES. Volveré á la noche.

Ocupaciones muy graves...

VIOLANTE. Mal hayan ellas, que así
me escatiman los instantes
de mi ventura.

MARQUES. El bien público...

VIOLANTE. Es un tirano insociable.

MARQUES. A Dios. (*Besándola la mano.*)

VIOLANTE. A Dios.

MARQUES. (No me puedo
olvidar de ella. Es un ángel.)

ESCENA VIII.

VIOLANTE.

Con tanto extremo me quiere
que hará cuanto yo le mande.
Por fin me libro de tí,
primo Pereira. No sabe
el marques hasta qué punto
le agradezco...

ESCENA IX.

VIOLANTE. EL BARON.

(Abrese la puertecilla secreta, y entra el baron.)

BARON. Dios os guarde.

VIOLANTE. *(Dando un grito.)*

¡Ah...! ¿Quién... ¡Baron...

BARON.

No tan alto.

VIOLANTE. ¡Vos aquí! ¿Con qué licencia...

BARON. ¿De cuándo acá mi presencia os causa tal sobresalto?

VIOLANTE. Pero entrar por esa puerta...

BARON. Es cierto: parece mal teniendo la principal á todas horas abierta; mas no es delito tan grave el abrirla yo atrevido, que mayor le ha cometido quien vende así vuestra llave.

VIOLANTE. ¡Qué oigo!

BARON. Otra vez de este templo fiad, condesa, el cancel á otro iniciado mas fiel...

VIOLANTE. ¡Infamia...!

BARON. A mí, por ejemplo.

VIOLANTE. ¡A vos!

BARON. Pues; por mi destino, sino por mi amor, Violante; que soy guarda vigilante de todo hourado vecino. Ni es tan rara anomalía en un siglo pecador que por donde entra el amor se cuele la policía; que él buscando regocijos y ella á caza de pecados, ambos son aficionados

á misterios y escondrijos.

VIOLANTE. Baron, esa demasía
perjudicial á mi honor
ni es fina prueba de amor
ni abona á la policia.

¿Pero qué quereis en fin?
Por ventura algun registro...

BARON. No hace mucho que un ministro
salió de este camarin.

VIOLANTE. ¡Bien por Dios! ¿Me está vedado...

BARON. No; ni es cosa extraordinaria
que vos seais secretaria
de un secretario de estado.

VIOLANTE. No hay ningun secreto aqui,
y estais sobrado importuno...

BARON. Decis bien, que si hay alguno,
no es secreto para mí.

VIOLANTE. Yo...

BARON. Vos obrais sin malicia:

lo creo asi y lo divulgo;
pero recelo que el vulgo
os haga menos justicia,

VIOLANTE. ¿Y qué dirá en conclusion?

¿Dirá que el marques me adora,
y que yo le amo? En buen hora.
¿No es libre mi corazon?

BARON. Bien pudiera haber, no obstante,
quien culpase su perfidia...

VIOLANTE. Poco me importa la envidia
de algun desdeñado amante.

BARON. Perdonad si no me cuento
entre ellos. Sabeis muy bien
que hay lances en que al desden
se anticipa el escarmiento.

VIOLANTE. Zeloso estais y eso basta...

BARON. No hay zelos cuando al mejor
entre uno y otro postor
se adjudica la subasta.
Respetuoso subalterno
del marques y de Vucencia,

no he de entrar yo en competencia con el timon del gobierno.

VIOLANTE. Mas sabiendo que él me ama no meditaís, y es muy raro, que os puede costar muy caro el injuriar á su dama.

BARON. Esa dama no querria, por razones que no digo, de amigo hacerse enemigo al gefe de policia.

VIOLANTE. ¡Cómo...

BARON. Yo sé vuestra historia...

VIOLANTE. Bien... (Si no cedo me pierde.)

BARON. Permitid que os la recuerde si sois flaca de memoria.

VIOLANTE. ¡Eh, no...

BARON. Conozco el imperio de vuestros hechizos...

VIOLANTE. ¡Ba...!

BARON. Pero la carcel está mas cerca que el ministerio.

VIOLANTE. ¡Baron...

BARON. Oid: no hay testigos.

Pues á entrambos nos conviene, por la cuenta que nos tiene seamos buenos amigos.

VIOLANTE. Consiento.

BARON. Vuestra beldad

es político resorte, porque ya sois en la corte una *notabilidad*.

Quien no cede á vuestro influjo porque el amor se lo inspira, á vuestro favor aspira por vanidad y por lujo.

Hecha esta salva, garante de mi conducta ulterior, por si os falta un protector, ganaos otro, Violante.

Vos'valeis una corona.

Feliz el marques os ama ;
 mas tanto como la dama
 le envidio yo la poltrona.
 No os oculto mi ambicion,
 porque si á colmarla llego ;
 es para inmolarme luego
 por el bien de la nacion.
 Ya hace dias que trabajo
 en mi plan con buena estrella.
 Si vos me ayudais, la bella,
 pronto el marques viene abajo.

VIOLANTE. ¿Yo? Sino hablarais tan serio
 diria... ¿Qué pretendéis...

BARON. Vos un ministro quereis
 y yo quiero un ministerio.

VIOLANTE. ¿Y quereis unirme á vos
 para lograr...

BARON. Eso es.
 Si yo suplanto al marques
 nos remediamos los dos.

VIOLANTE. ¿Y qué he de hacer?

BARON. Emplead
 vuestras artes de muger
 y acabará de perder...

VIOLANTE. Sí; la popularidad.

BARON. Logrará por mil caminos
 muger tan sagaz y bella
 que haga un ministro por ella
 garrafales desatinos.
 Vuestros dengues sean lazos
 que aprisionen su virtud...,
 y ¡á Dios pública salud
 si os desmayais en sus brazos!

VIOLANTE. Si de mi pobre talento
 tanto esperais, vuestra soy.

BARON. Pues ya el parabien me doy.
 Manos á la obra.

VIOLANTE. Al momento.

BARON. Dadme ahora esa mano y... chito;
 no os olvidéis, alma mia...

VIOLANTE. ¿De quién...?

BARON. (*Abriendo la puerta secreta.*)

De la policía.

(*Con amable sonrisa.*)

¡A Dios, hermosa!

(*Desaparece.*)

VIOLANTE.

¡Maldito!



ACTO SEGUNDO.

Salon en el ministerio. Puerta á la derecha del actor, que es la mas próxima á la calle. Otras dos á la izquierda; la primera guia al despacho del ministro, y la segunda á la secretaría; en el foro una chimenea francesa y un balcon: la mesa del portero junto á la puerta de la derecha; sillas decentes al rededor de la sala.

ESCENA PRIMERA.

MONZON.

Aparece sentado á la mesa de la porteria sobre la cual habrá escribania, pliegos cerrados, registros, periódicos &c.

MONZON. (*Suspendiendo la lectura de un periódico.*)
¡Pues! ¡El pan de cada dia!
La oposicion no descansa.
Injurias y mas injurias,
y sátiras sobre sátiras.
Hoy las fulmina el *progreso*,
el *statu quo* mañana...
Asi los pobres ministros
se aburren, sueltan la carga,
y como sombras chinescas
asoman, bullen y pasan:
asi al portero impasible
que es eco del que le manda,
ó mas bien trasto oficial
adyacente á una mampara,
el tiempo le alcanza apenas
en tan vario panorama
para estudiar tantos genios
y analizar tantas caras:

asi, apenas se publica,
 miente como una bellaca
 la Guia de Forasteros;
 y asi en confusa baraja
 multiplica mi cartera
 los pésames y las pascuas.

ESCENA II.

MONZON. MARTA.

MARTA. Señor Monzon, buenós dias.

MONZON. *(Casi sin mirarla y volviendo á su diario.)*
 ¿Qué se ofrece?

MARTA. Yo soy Marta...

MONZON. Está bien.

MARTA. ¿Podré decir
 al ministro dos palabras?

MONZON. No ha venido.

MARTA. ¿Vendrá pronto?

MONZON. No sé; pero es escusada
 la pregunta.

MARTA. Es que...

MONZON. No damos
 audiencia por la mañana.

MARTA. Su Excelencia, mas amable
 que su portero...

MONZON. ¿Qué audacia!

Hábleme con mas respeto
 la esponente, y no se salga
 de la cuestion.

MARTA. El ministro
 se duele de mis desgracias.
 Esta mañana tomó
 de mis manos una instancia
 con suma afabilidad,
 y me prometió...

MONZON. ;Bobada!

MARTA. Escucharne...

MONZON. ;Ba!

MARTA. En áudencia particular...

MONZON. No me bastan esos recados verbales.

Un decreto: esa es la práctica.

MARTA. Pero ¡si él me dijo...

MONZON. ¡Ya!

Siempre ellos dan esperanzas.

Por supuesto... Ya se ve...

Como eso no cuesta nada...

Mas yo, que estoy dispensado

de atenciones cortesanas,

oficialmente os respondo:

no ha lugar á la demanda.

MARTA. Veremos. Yo esperaré...

MONZON. En la primer antesala;

no aqui. El portero inferior

ha cometido una falta

imperdonable en dejaros

penetrar...

MARTA. Soy ciudadana,

soy viuda, soy bello sexo,

y donde entran otras damas

puedo entrar yo.

MONZON. Mi consigna...

MARTA. ¡Eh! No hay consigna que valga.

MONZON. Os ireis.

MARTA. Que no.

MONZON. ¿Por qué?

MARTA. Porque no me da la gana.

ESCENA III.

MONZON. MARTA. ALMEIDA.

ALMEIDA. (*Saliendo de la secretaria.*)

¿Quién disputa aqui? ¿Qué es esto?

MONZON. Esa tia...

MARTA. Ese fantasma...

¡Qué veo! ¡Señor Almeida!

(Va á su encuentro y hablan lejos del portero, que sigue leyendo.)

ALMEIDA. ¿Quién sois vos... ¡Ah! ¡Doña Marta!

MARTA. ¿Estais empleado aqui?

ALMEIDA. Sí tal.

MARTA. No sabia nada.

ALMEIDA. Gefe de seccion.

MARTA. Me alegro.

Sea por cien años.

ALMEIDA. Gracias;

aunque segun nos relevan desde que hay leyes y cámaras, todos somos ya efemérides sin ayer y sin mañana.

MARTA. Razon mas para que vos me dispenseis sin tardanza vuestra proteccion.

ALMEIDA. Contad conmigo, aunque es muy escasa mi influencia. Fue mi amigo vuestro esposó que Dios haya...

MARTA. El pobre murió de un cólico...

ALMEIDA. ¡Ya lo sé!

MARTA. Cerca de Braga.

ALMEIDA. ¿Y qué tal? La viudedad...

MARTA. Un siglo ha que no me pagan.

ALMEIDA. Ya veremos...

MARTA. Por fortuna mi Ramira es una alhaja...

ALMEIDA. ¡Oiga! Ya estará crecida.

MARTA. Es una linda muchacha..., mejorando lo presente. La pobrecilla trabaja dia y noche, y con su aguja y su tijera y su plancha vamos tirando. El marques, á quien hoy por una rara casualidad hemos visto, promete enjugar mis lágrimas.

mas el portero me ataja
 porque dice que está exento
 de tener buena crianza.

ALMEIDA. ¡Cómo...!

MARTA. Y ni esperar me deja
 al ministro en su antesala.

ALMEIDA. Tiene órdenes generales... ,
 pero esas con vos no hablan.

(*A Monzon.*)

Permitid á esta señora,
 pues pide tan leve gracia ,
 que espere al señor marques.

MONZON. Bien; mas si ella se desmanda...

ALMEIDA. No lo hará.

MONZON. Soy funcionario
 público...

ALMEIDA. (*A Marta.*) Si esta mañana
 no le veis, para la audiencia
 de ésta noche no bagais falta.
 Se os pondrá en lista.

MARTA. Vivais
 mil años.

ALMEIDA. Ahora me llaman
 mis tareas. Soy muy vuestro.

MARTA. Yo vuestra humilde criada.

ESCENA IV.

MARTA. MONZON.

MARTA. Una vez que el marinero
 no manda donde hay patron,
 me siento, señor Monzon... ,
 sin permiso del portero.

MONZON. Déjeme en paz.

MARTA. (*¡Chúpate esa!*)

Y no tomeis pesadumbre
 porque me ofrezca su lumbre
 la chimenea francesa.

(*Se sienta á la chimenea.*)

MONZON. (¡Qué desacato!) El marques tardará...

MARTA. En paz y sosiego
me estaré al amor del fuego
otras dos horas ó tres.
Si me dais una Gaceta...

MONZON. No la doy; y es mucho esceso...

MARTA. No me aburriré por eso,
seor Monzon. Haré calceta.

(*La saca de su bolso.*)

MONZON. ¡Aqui calceta!

MARTA. Sí tal.

Ya que tanto se ha deshecho,
diga el mundo satisfecho
que se hace algo en Portugal.

(*Queda haciendo calceta.*)

ESCENA V.

MONZON. MARTA. FONSECA.

Entra Fonseca con marcial desembarazo y vestido con ridicula afectacion.

FONSECA. (*Llegándose familiarmente á la mesa del portero.*)

¡Amigo Monzon!

MONZON. (*Se levanta y le hace una profunda reverencia.*)

¡Magnífico,

don Crisóstomo Fonseca!

FONSECA. ¿Se ha quitado la jaqueca?

MONZON. Sí; con aquel específico...

¿Vos tan famoso?

FONSECA. Tal cual.

MONZON. Risueño siempre y contento...

¿Pero no tomáis asiento?

FONSECA. (*Yendo á tomar una silla.*)

Si tomaré.

- MONZON. En mi sitio.
(*Se lo ofrece; Fonseca lo toma y Monzon ocupa una silla.*)
- FONSECA. (*Sacando la petaca.*)
Gracias. Ni un bajá del Bósforo
mas á gusto se arrellana.
Vaya un puro de la Habana.
(*Da á Monzon un cigarro y él toma otro.*)
- MONZON. (*Enciende un fósforo y se lo da.*)
Estimando. Vaya un fósforo.
(*Enciende cada cual su cigarro.*)
- MARTA. (¡ Miren qué arbitrariedad
tan propia de un hombre bajo!
Al rico, mucho agasajo
y al pobre, una sequedad.)
- FONSECA. Hoy, Monzon, no, como suelo,
vengo aquí á matar el ocio.
- MONZON. ¡ Qué! ¿ Traeis algun negocio?
Solo serviros anhelo.
- FONSECA. Para mi chico Eleuterio,
que es la gloria de su raza,
vengo á pedir una plaza
de oficial del ministerio.
Mi patrimonio es enorme
y no busca enjolumento;
pero tendrá tratamiento
y es bonito el uniforme.
- MONZON. El caso es que no hay vacante...
- FONSECA. Eso no importa. ¡ Zis, zas...
(*Figurando escribir.*)
Se crea una plaza mas
ó se improvisa un cesante.
Yo sé bien de qué registro
me he de valer para el caso;
mas soy pretendiente raso
y no conozco al ministro.
Ni á esos señores se va
con ciertas proposiciones;
pero hay otros escalones...
¡ pues! Monzon me insinuará...

MONZON. Yo soy puro, incorruptible,
y las manos no me unto.
Es delicado el asunto.
Pero se hará lo posible..
Sé que el jóven tiene méritos...
La ciencia...

FONSECA. Le es antipática.
En cuatro años de gramática
no pasó de los pretéritos.

MONZON. ¡Eh! Siendo jóven...

FONSECA. Cumplió
por Febrero diez y siete.

MONZON. Quiere decir que... promete...

FONSECA. El que promete... soy yo.

MARTA. (Tanto tardar me da empacho.
¡Que cueste tales sudores
el hablar á esos señores
secretarios del despacho!)

FONSECA. Dejando ahora, Monzon,
negocios tan peliagudos,
¿habeis visto los escudos
de la nueva acuñacion?

MONZON. No señor. ¿De plata ó de oro?

FONSECA. (*Saca del bolsillo y pone sobre la mesa al-
gunas monedas de oro. Ambos interlo-
cutores dan la espalda á Marta.*)

De oro. ¡Qué buril! ¡Qué gusto!
Mirad...

MONZON. (*Examinándolos.*)

Sí. ¡Qué bello busto!

Y es de la Reina que adoro.

Perdonad, Reina preclara,

bendicion del portugués,

si beso á falta de pies

vuestra augusta y linda cara.

(*Besa las monedas.*)

FONSECA. ¿Tanto os alegra, Monzon,
su busto...

MONZON. ¡Si es fanatismo!

¡Oh...!

- FONSECA. (Siendo de oro, lo mismo besaria el de Neron.)
Tomad...
- MONZON. Yo no. La avaricia...
- FONSECA. No como dinero; (¡El místico!) sino como objeto artístico.
- MONZON. Las artes son mi delicia.
- FONSECA. Guardad pues esa memoria,
Monzon.
- MONZON: (*Recogiendo las monedas.*)
Replicar no es justo;
basta que tengan el busto
de María de la Gloria;
(*Fonseca se separa de Monzon y pasea.*)
que súbdito más leal
es imposible... (Se aleja
después que el oro me deja.
¡Vaya un hombre original!)
(*Se sienta y vuelve á leer el periódico.*)
- FONSECA. (*Acercándose á la chimenea.*)
Como soy, que hacé fresquillo.
Señora, os beso los pies.
(*Tomando una silla.*)
Si permitís...
- MARTA. ¿Por qué no?
Siéntese vuestra merced.
- FONSECA. (*Sentándose á la chimenea.*)
El remusguillo convida...
¿Vos sois de casa?
- MARTA. ¿Por qué
lo decís?
- FONSECA. Esa calceta...
- MARTA. En algo he de entretener
el tiempo. Y no es infundada
vuestra pregunta cortés,
que aquí vive... Mal he dicho.
Aquí muere por la fé
el infeliz pretendiente;
y mas si en triste viudez
ni tiene dos lindos ojos

que paso franco le den,
ni ablandar puede con dádivas
á un bárbaro como aquel.

FONSECA. (*Riéndose.*)
¡Pobre Monzon! Y en efecto
su cara es bruta y soez;
pero ¡lámame tanto las artes...
(*Abriendo una caja y ofreciéndosela.*)

Vaya un polvo de rapé.

MARTA. (*Tomándole.*)
Muchas gracias. Ya me estaba
durmiendo, y me viene bien.
Ya se ve; ¡las malas noches...!
Cómo vivo de coser...!
¡Diez y ocho meses sin paga!
¡Año y medio! Esto es cruel.
¡En qué ha venido á parar
aquel regalo, aquel tren...!
Si viviera mi difunto...

FONSECA. Por supuesto... Ya se ve...
¡Si el difunto se murió!

MARTA. Y yo, como viuda fiel,
no he querido reemplazarle,
aunque no ha faltado quien...

FONSECA. No es maravilla. Estais tiesa
todavía y esa tez...

MARTA. Entre otros me pretendió
un teniente coronel...
Algo cascado, es verdad;
pero al fin y al cabo...

FONSECA. Pues.

MARTA. No lo tome usted á chanza.
Si no nos casamos, fue...

FONSECA. (*Porque él no quiso.*)
(*Siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA VI.

DICHOS. VIOLANTE.

Ábrese la mampara y entra Violante acompañada de un portero que se retira saludándola respetuosamente.

MONZON. *(Se levanta apresurado y la hace una profunda reverencia.)* ¡Señora...

VIOLANTE. ¡Aun no ha venido el marqués!

MONZON. Sin duda estará en las Cortes.

VIOLANTE. Bien está. Le esperaré. *(Se dirige á la chimenea y viendo á Marta se detiene.)*

(¡En la chimenea Marta!)

(Al portero.)

¿Qué trae aquella muger?

MONZON. Espera al señor ministro,

y pretende no sé qué.

VIOLANTE. Que le espere en la escalera.

¡Vaya que es avilantez...

MONZON. Así se lo dije; pero

me dió contraorden...

VIOLANTE. ¿Quién?

MONZON. El señor Almeida.

VIOLANTE. ¡Abuso

torpe! ¡Eleva al nivel

de personas distinguidas

á gentes de ese jaez!

Yo haré que ponga remedio

el ministro.

MONZON. Bien haréis.

¿La digo que se levante?

VIOLANTE. No; dejalla. Aquí estoy bien.

(Se sienta lejos de la chimenea.)

MONZON. ¡Señor de Fonseca!

FONSECA. Voy.

Doña Marta, hasta mas ver.

MARTA. Soy muy atenta...

FONSECA. (¡ Demontre
de vieja! Habla mas que seis.)
¿ Qué hay, Monzon?
(*Se llega á la mesa del portero y éste
le habla en voz baja.*)

MARTA. (¡ Nada! ¡ No viene!
Acabemos este pie.)
(*Sigue haciendo calceta, á poco rato em-
pieza á dar cabezadas, y poco despues se
duerme.*)

FONSECA. (*En voz baja con Monzon.*)
¿ De veras? ¡ Gallarda moza!
¡ Soberbia!

MONZON. No la flecheis
con el lente. Es cosa hecha
si ella os quiere proteger;
mas será preciso...

FONSECA. Entiendo.
No soy pájaro novel.

MONZON. Si os parece que yo sirva
de introductor...

FONSECA. ¿ Para qué?
No hay que andarse por las ramas.
(*Acercándose á Violante y saludán-
dola.*)

Yo me doy el parabien
de conocer á la hermosa
condesa del Rosicler.

VIOLANTE. Vuestra humilde servidora,
caballero, aunque no sé
quién...

FONSECA. Crisóstomo Fonseca,
propietario en Santarem
y sibarita en Lisboa.
Ni temo, ni debo al rey,
y-sin ser pariente suyo
ni muy rancio mi cuartel,
soy rico-hombre porque soy
hombre rico: ¿ lo entendeis?

VIOLANTE. Gastais buen humor. Sentaos.

FONSECA. (*Se sienta al lado de Violante.*)

Por gastar no sé qué hacer.

(*Abriendo una cajita de oro.*)

¿Me atrevería á ofreceros
un bombon?

VIOLANTE. (*Tomando dos ó tres.*)

Bonita es

esta caja.

FONSECA. Mas bonita

sois vos.

VIOLANTE. Favor que me haceis.

FONSECA. Guardadla.

VIOLANTE. ¡Oh! No.

FONSECA. ¡Bagatela!

¿Porque es de oro, ese desden?

Perdonadme: no las gasto
de otro metal.

VIOLANTE. No os priveis

de tan preciosa cajita.

FONSECA. En casa tengo otras diez.

Si algun escrúpulo os queda,
hagamos un cambio.

VIOLANTE. ¿Eh?

Segun como sea el cambio.

FONSECA. Aunque os pida un alfiler

saldré siempre ganancioso.

VIOLANTE. ¡Qué galante!

FONSECA. Dadme pues

esa rosa del cabello.

VIOLANTE. ¿Mas qué dirán si lo ven?

FONSECA. Es verdad. Decid que es mia
y luego me la dareis.

VIOLANTE. Enhorabuena. Negaros

tan corto favor no es ley.

FONSECA. ¿Corto? Vos podeis hacerme

otro mayor si quereis.

VIOLANTE. ¡Poco á poco...

FONSECA. Sosegaos.

Ya no soy ningun doncel.

Sois muy dama para mí;

yo tengo pudor tambien
 á mi modo; y aunque admiro
 ese garbo portugués,
 para desbancar á un prócer
 es muy poco mi poder...
 y muy largos mis colmillos
 para ser chulo de á pie.

VIOLANTE. No es el marques mi galan,
 sino mi novio, y creed...

FONSECA. Sí creo.

VIOLANTE. Y de otra manera
 yo no sufriría...

FONSECA. Amen.
 Dios os haga bien casada
 y colmado fruto os dé
 de bendición conyugal.

VIOLANTE. Os agradezco...

FONSECA. Ahora bien,
 suponiéndonos grande inlujo...
 sobre el ministro...

VIOLANTE. Tal vez...

FONSECA. (*Bajando la voz y Violante hará lo mismo.*)
 Á un rapazuelo hijo mio
 os ruego que coloquéis...

VIOLANTE. ¿Dónde?

FONSECA. En la secretaría.

VIOLANTE. Aunque es alta la merced,
 ya supongo que el muchacho
 será digno de ella...

FONSECA. ¡Pché...
 No me toca á mí alabarle.

VIOLANTE. Ni otro informe ha menester
 que ser hijo vuestro.

FONSECA. Gracias.

VIOLANTE. Pero es difícil... Ya veis...
 La plaga de pretendientes...
 Tanto varon de honra y prez
 sin empleo... Será fuerza
 hacer inclinar el fiel
 de la balanza...

- FONSECA. Con oro.
- VIOLANTE. No creais que mi interes personal...
- FONSECA. ¡Qué disparate!
Dama de alto chapitel
¿cómo es posible... Son fondos reservados...
- VIOLANTE. Eso es.
- FONSECA. Para fomentar... ¿Eh?
- VIOLANTE. Sí.
- FONSECA. ¡Pues ya! Para objetos de...
- VIOLANTE. Cabal.
- FONSECA. ¡Proyectos...
- VIOLANTE. ¡Oh...
- FONSECA. ¡Cosas...
¿Cuánto reza el arancel?
- VIOLANTE. ¡Eh! No hay prisa... Lo que urge es poner pies en pared hasta lograr el destino.
- FONSECA. Ya; por supuesto.
- VIOLANTE. Y despues...
- FONSECA. Ya traía el memorial...
- VIOLANTE. Bien. Dadme acá ese papel.
Descuidad, que asi que vea al ministro le hablaré...
- FONSECA. Corriente: ¿y será del caso que me presente al marques...
- VIOLANTE. Sí; á la noche. Dadme tiempo para prepararle.
- FONSECA. Bien.
¿Cuándo sabremos...
- VIOLANTE. Hoy mismo.
- FONSECA. ¿Á qué hora?
- VIOLANTE. Al anochecer.
- FONSECA. ¿Qué seña...
- VIOLANTE. (*Le da una tarjeta.*)
En esta tarjeta
las de mi casa tenéis.
Con ella...
- FONSECA. Enterado. Abur.

Iré á besar vuestros pies. (*Cantando al irse con marcialidad.*)

¡Oh che volpe soprafiná!

VIOLANTE. (¡Vaya en gracia! No es mal pez.)

ESCENA VII.

MONZON. VIOLANTE. MARTA.

MONZON. (Alegre va don Crisóstomo.
Propina habrá.)

MARTA. (*Despertando.*) ¡Me he dormido!
(*Á Monzon.*)

¿Ha venido su Exccleñcia?

MONZON. No señora.

MARTA. (*Se levanta recogiendo la labor.*)

Ya hace un siglo

que espero... ¡Doña Violante!

¡Vos por aquí! ¿Qué motivo...

VIOLANTE. No os importa.

MARTA. ¿Aun me guardais
el rencor? Ea, pelillos
á la mar.

VIOLANTE. Eh, calle; apártese
la impertinente.

MARTA. Aspacito,
que la palabra de Dios
á nadie, ni á los judíos
se niega; y hora no estais
en vuestra casa. ¡Pues digo...!
¿Querrá tambien la señora
echarme de este recinto?
Si allá me vino con fueros
porque pedí lo que es mio,
no aquí...

VIOLANTE. ¡Jesus qué muger!

MARTA. Y los sordos han de oirnos
si suelto la de sin hueso.

VIOLANTE. Por no hacer un desatino
me voy. Dad esa tarjeta (*Al portero.*)
al marques. Yo me retiro.

Ved aquí los resultados
de admitir en este sitio
á mugeres de...

MARTA. ¿De qué?
¿De qué?

VIOLANTE. De bajos principios.

ESCENA VIII.

MARTA. MONZON.

MARTA. ¡Cómo se entiendo...! Oiga, espere;
la diré cuántas son cinco.

MONZON. *(Recogiendo la tarjeta, los periódicos y algunos pliegos.)*

Señora, ved que no estais
en la plaza del Rocío.

Respetad...

MARTA. Teneis razon.

Me contengo, me reprimo...

Pero yo ne me he criado
en las malvas, y si digo
lo que sé de ella...

(Monzon entra sin hacer caso de Marta en el despacho del ministro.)

Que á fé
que me ha contado un vecino
maravillas; y ojalá
las hubiera yo sabido
esta mañana temprano,
que voto va, no va á Cristo...

ESCENA IX.

MARTA. PEREIRA.

PEREIRA. ¿Ha venido su Excelencia?

MARTA. ¡Qué insulto! ¡Qué despotismo!

¿Conoceis á esa señora
que en la escalera halreis visto?

PEREIRA. ¿Á la condesa Violante?

MARTA. Esa. El título es postizo.

PEREIRA. Mirad...

MARTA. Es una embustera.

PEREIRA. Señora...

MARTA. Y en el hospicio
las hay mucho mas honradas.

PEREIRA. ¿Cómo!

MARTA. Y si el gefe político,
ó sea administrador
general de este distrito,
supiera lo que se pesca,
la pondria...

PEREIRA. ¿Qué vestiglo!

Escuchad...

MARTA. Donde merece.

Si señor: á ella, y á un primo
que tiene...

PEREIRA. ¿Qué...

MARTA. Á un tal Pereira...

PEREIRA. Mirad lo que...

MARTA. Que es un pícaro.

Yo no le conozco; pero...

¿qué lástima de presidio!

PEREIRA. ¿Deslenguada! Si supierais

quién soy...

MARTA. Me importa un pepino

el saberlo.

ESCENA X.

PEREIRA. MARTA. MONZON.

MONZON. ¿Con mil diablos,
señora...

MARTA. Y digo, y repito...

UNA VOZ DENTRO. ¿Su Excelencia!

OTRA VOZ MAS CERCA. ¿Su Excelencia!

MONZON. (Abriendo la mampara.)

¡Silencio! (Apartando á Marta y á Pereira.)

¡Á un lado! ¡El ministro!

ESCENA XI.

PEREIRA. MARTA. EL MARQUES. MONZON.

MARQUES. Monzon.

PEREIRA. Señor...

MARQUES. (*Á Pereira.*) Un momento...

MONZON. Mande Uccencia.

MARTA. Excelentísimo
señor...

MARQUES. (*Dando un papel á Monzon.*)

Tomad esta nota,
y que el gefe del archivo
os entregue sin tardanza
los documentos que pido.

ESCENA XII.

EL MARQUES. MARTA. PEREIRA.

MARTA. (*Á quien toma la delantera Pereira.*)
Señor... (¡Se puso delante!)

MARQUES. (*Á Pereira tomando su memorial.*)
¿Qué quereis?

PEREIRA. Yo solicito
que Vuccencia me coloque...

MARQUES. Todos pretenden lo mismo,
y para acallar á todos
veo que será preciso
establecer en el reino
para cada hombre un destino.

PEREIRA. Ya debe de estar Vuccencia
informado... Soy el primo
de Violante.

MARQUES. ¡Ah! Lo celebro.

MARTA. (¡Qué escucho!)

MARQUES. Sereis servido.

(*Siguen hablando en voz baja.*)

MARTA. (¡Y yo entre oreja y oreja,

mil tempestades le he dicho
sin conocerle! Me alegro.)

MARQUES. Id...

PEREIRA. No tengo mas padrino
que Vuecencia...

MARQUES. Id descuidado.
(¡ Tiene una traza de pillo...!)

PEREIRA. Dios guarde á Vuecencia...

MARQUES. (Con afabilidad.) Á Dios.

ESCENA XIII.

EL MARQUES. MARTA.

*El marques se dirige á su despacho y le detiene
Marta.*

MARTA. ¡ Señor...

MARQUES. No os habia visto. —

¡ Ah! ¡ Sois vos!

MARTA. Os vengo á hablar
sobre aquel memorialito...

MARQUES. Tengo prisa...

MARTA. Y á entregaros
este otro sobre el destino
para mi yerno futuro.

*(El marques le toma con la mano izquier-
da y le conserva en ella sin desdoblarle
teniendo en la derecha el de Pereira.)*

MARQUES. (¡ Para su yerno! ¡ Maldito
sea su yerno!) Id con Dios.

MARTA. ¿ Y asi... con ese desvío
me despedís?

MARQUES. No hay un cuarto.

MARTA. Pero...

MARQUES. No puedo servirlos.
(¡ Solo falta que la madre
me dé ahora un tabardillo!)

MARTA. Esta mañana me dísteis
palabra...

MARQUES. Fue un compromiso...

MARTA. ¡Ni media paga siquiera!

MARQUES. ¡Qué oportunidad! Ya he dicho...

MARTA. Si á lo menos me emplearais
al muchacho...

MARQUES. ¿Y con qué títulos
viene á pretender...

MARTA. Mayores
los tendrá tal vez el primo
de Violante.

MARQUES. ¿Qué decís!

MARTA. ¡Vale mucho un buen palmito!

MARQUES. ¡Qué osadía! Retiraos.
No volvais mas á este sitio.

Tomad vuestro memorial.
*(Tira al suelo hecho pedazos el memorial
de Pereira y dobla un pico al de Castro.)*

MARTA. ¡Qué injusticia!

MARQUES. *(Entrando en su despacho.)*

Así castigo
á insolentes.

ESCENA XIV.

MARTA.

Yo... ¡Me ha dado
con la puerta en los hocicos!

ESCENA XV.

MARTA. CASTRO.

CASTRO. ¡Señora...

MARTA. *(Volviéndose.)* ¿Quién... ¡Pobre Castro!
En hora menguada vienes.
Maldiciendo aquí me tienes
la triste vida que arrastro.
Confiado en tu virtud,
vendrás á saber ansioso
el resultado dichoso
de aquella solicitud.
Hijo mio, no hay consuelo

para tí ni para mí.
 Mira el memorial allí
 hecho trizas en el suelo.
 ¡Qué horror, ánimas benditas...!
 Y eso que en cas de Violante
 dió palabra terminante
 de dolerse de mis cuitas.
 ¡Ahora tanta displicencia,
 y antes brindaba mercedes!
 Esplicame tú si puedes
 tan estraña inconsecuencia.
 Ó ha perdido su cordura
 en un romántico acceso,
 ó le ha baldado el Congreso
 con un voto de censura.

CASTRO.

Otra es la causa, señora,
 de su rabia y su despecho,
 y el desaire que os ha hecho,
 no á vos, á él solo desdora.
 No mendigo su favor,
 porque ya le conocí.
 Vengo á arrancaros de aquí
 para salvar vuestro honor.

MARTA.

¡Cómo...

CASTRO.

! Tan noble en su ira
 como en su amor..: de Visir,
 ha querido seducir
 á mi adorada Ramira.
 Se introdujo en vuestra casa
 un agente de sus vicios.
 No es mucho: tales servicios
 se suelen premiar sin tasa.
 Aventuró su osadía
 la infame proposición,
 que con casta indignacion
 rechazó la prenda mia.
 Porfiaba temerario,
 llegué en tan buena sazón,
 y fue mi salutacion
 un puntapie al emisario.

- Entonces el perillan
me amenazó con su amo,
y de un tramo en otro tramo
le eché rodando al zaguán.
- MARTA. ¡Traidor... ¡Ahí está el busilis!
¡Y teniendo ya otra moza
que se pierde una corozca...
¡Hum... Se me enciende la bilis.
Estoy hecha un Satanás,
y si le pillase ahora...
- CASTRO. Huyamos de aquí, señora,
y no volvamos jamás.
- MARTA. ¿No volver? No vuelvas tú,
que eres hombre, y no conviene;
mas yo ¡perene y perene,
por vida de Belcebú!
Lo que yo vengo á pedir
es mio, y mio, y remio:
sí señor, y el monte-pío
no me dejará mentir.
Yo pido justicia neta,
y para instalarme aquí
me traeré la cama; sí,
como hoy traje la calceta.
¡Eso faltaba! ¡Hola, hola!
En casa la niña. ¡Tate!
Yo estoy fuera de combate
y ya puedo andar me sola.
Su rabia será completa
cuando vea de continuo
en vez de un rostro divino
una cara de baqueta.
- CASTRO. Venid...
- MARTA. *(Tomando el brazo de Castro y yéndose.)*
Y pronto, y cabal
ha de darme la mesada,
ó esta noche hay asonada...
- CASTRO. ¡Vamos!
- MARTA. Y arde Portugal.
(Vanse por donde entraron.)

ACTO TERCERO.

Despacho del ministro ricamente adornado. Gran mesa de escritorio con papeles, expedientes, libros &c. A la derecha del actor la puerta de la antesala. En frente de esta dos balcones y entre ellos una chimenea. Puerta en el foro que da paso á la secretaría y otra mas pequeña en la misma línea.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. ALMEIDA.

MARQUES. (*Sentado en un elegante sillón delante de la mesa, con un periódico en la mano.*)

¡Otra personalidad!
¿Qué tienen que ver el trono,
ni la patria ni la ley
con si yo cómo ó no cómo,
si me visto ó no me visto
con este sastre ú el otro,
si es bella ó no mi querida,
si madrugo ó si trasnocho,
si gasto coche ó landó,
si estoy flaco ó si estoy gordo?

ALMEIDA. (*Con un legajo en la mano.*)

Siempre fue la comidilla
de esos papeles periódicos
satirizar al que manda;
á no mediar... ¡Pues! Supongo
que me entendeis. Pero al hombre
de estado, á fuer de filósofo,
ni le acobardan las pullas
ni le ablandan los piropos.

MARQUES. Las diatribas personales,
bien, pasen: yo las perdono;

- ¡pero sumar, como lo hacen
 en este artículo anónimo,
 con mi sueldo de ministro
 lo que de mis tierras tomo,
 y en la partida de data
 acumular á su antojo—
 guarismos sobre guarismos
 con el intento piadoso
 de insinuar que cubro el *déficit*
 enorme con lo que rōbo!
- ALMEIDA. Acaso no ha pretendido
 sino acusaros de pródigo...
- MARQUES. ¿Qué sabe él lo que yo gasto?
 ¿Qué sabe él lo que yo cobro?
 Robar... ¿de dónde? Imposible.
 ¿Mañejo yo acaso fondos?
 Arruinarme..., puede ser;
 ¿mas qué le importa á ese Zoilo,
 pues yo no le pido nada,
 que me lleven los demonios?
- ALMEIDA. Ea, no hay que sofocarse,
 señor marques. — Vaya un polvo.
(Saca la caja y se lo ofrece.)
- MARQUES. No lo gasto. — Y, no hay remedio,
 de ese falso testimonio
 ¿qué infiere el vulgo maligno?
 Que soy ladrón ó tramposo;
 y esto, ya pasa de injuria
 personal.
- ALMEIDA. ; Eh...! Segun cómo...
- MARQUES. No hay segun. Aquí se ataca
 al gobierno.
- ALMEIDA. En cierto modo...
- MARQUES. Y es preciso denunciar
 el escrito.
- ALMEIDA. No me opongo...
- MARQUES. Al momento. De real orden.
- ALMEIDA. ¿Como artículo injurioso?
- MARQUES. Como subversivo.
- ALMEIDA. Pero...

MARQUES. ¿Dudais...

ALMEIDA. No; ni por asomo...

(¿Cómo ciega la pasión!)

Pero el jurado...

MARQUES. Es negocio

concluido. ¿Hay algo mas

que despachar? Venga pronto.

ALMEIDA. Nada por hoy. — No me atrevo,

como os veo en tal enojo,

á preguntaros si aquel

proyecto de ley famoso...

MARQUES. ¿El de las *medidas*?

ALMEIDA. Ese.

MARQUES. Desechado por cien votos

contra veintinueve.

ALMEIDA. ¡Malo!

MARQUES. Contaba con el apoyo

del centro, y se me desfila

á la izquierda.

ALMEIDA. ¿Sí? ; *Malorum!*

¿Y esa oposicion terrible

contra vos se ha alzado solo,

ó se estiende á los demas

concolegas?

MARQUES. Sí, sí; á todos.

ALMEIDA. Vaya por Dios. Mal de muchos

diz que es consuelo...

MARQUES. De tontos.

ALMEIDA. Aunque no estais para gracias,

os recuerdo respetnoso

las plazas de secretarios

que vacan...

MARQUES. Hoy me propongo

proveerlas.

ALMEIDA. Bien sabeis

que tengo el genio algo corto

y nunca os pedí mercedes

para mí ni para otros;

mas hoy por primera vez

vuestra proteccion imploro

en favor de un pretendiente
que juzgo muy á propósito
para una de esas vacantes.
Es un excelente mozo...

MARQUES. Lo creo, mas...

ALMEIDA. Muy honrado...

MARQUES. No obstante...

ALMEIDA. Muy estudioso,
y sus principios...

MARQUES. Hay muchos
empeños... Cada neófito
tiene sus Mecenass...

ALMEIDA. Yo...

MARQUES. Hé aqui el mayor escollo
de un ministro; el *personal*.

ALMEIDA. Sugeto por quien yo abogo,
podeis creer...

MARQUES. Eso mismo
dicen los demas patronos;
pero las plazas son cinco,
y tengo ya un promontorio
de memoriales.

ALMEIDA. Si al fin
ha de haber tantos quejosos,
¿qué mas da...

MARQUES. ; Si es una peste!
Como buitres, como lobos
al olor de una vacante
se abalanzan de ocho en ocho.
¿Qué digo vacante? Ayer
fue acometido de un cólico
el contador de correos,
y al salir del dormitorio
me pidieron hoy su plaza
media docena de prójimos.

ALMEIDA. No lo extraño. Pero el mérito
de mi ahijado. Habrá muy pocos...

MARQUES. En fin, veremos... se hará
lo que se pueda.

ALMEIDA. Yo os cojo

la palabra...

MONZON. (*Anunciando desde la puerta de la derecha.*)

La condesa

del Rosicler.

ALMEIDA.

(*¡Un estorbo!*)

MARQUES. Adelante. Permitted...

ALMEIDA.

(*¡Faldas! Mi gozo en un pozo.*)

(*Saluda al ministro y á Violante y se retira por la puerta de la secretaria.*)

ESCENA II.

VIOLANTE. EL MARQUES.

MARQUES. ¡Violante!

VIOLANTE. (*Sentándose al lado del marques.*)

¡Gracias á Dios

que al fin nos vemos los dos!

MARQUES. Vuelto me tienen el juicio

los asuntos del servicio.

VIOLANTE. No hay forma de hablar con vos.

Hoy me sequé en la antesala

con gente soez y espuria,

y despues ¡oh mengua! ¡oh furia!

MARQUES. ¿Qué es eso?

VIOLANTE.

Me siento mala.

MARQUES. ¿Qué te duele?

VIOLANTE.

¡Atroz injuria!

MARQUES. ¡Cómo...!

VIOLANTE.

La esposa altanera

del vizconde de la Riva

suelta al verme la saliva

y tomando la otra acera

me mira de abajo á arriba.

MARQUES. ¡Eh! ¿Qué importa...

VIOLANTE.

Á un estropajo

no se trata...

MARQUES.

Eso no es nada.

Aprension...

VIOLANTE.

¡Estoy medrada!

¿Aprension? ¿Y el salvaje?

MARQUES. Puede que esté embarazada.

VIOLANTE. Es muy justa mi querella
y el alma se me destroza...

MARQUES. No hagas caso. Asi resuella
porque eres tú mejor moza
y mas elegante que ella.

VIOLANTE. Tal creo; mas sin castigo
no ha de quedar el insulto.

MARQUES. Si tiene envidia, consigo
lleva la pena.

VIOLANTE. ¿Hay indulto?

Pues no vuelvo á hablar contigo.

MARQUES. Niñadas...

VIOLANTE. Á tí te alcanza

(el desaire que me allige.

Ella, ó yo. No hablo de chanza.

MARQUES. Pero, hija mia...

VIOLANTE. (*Se levanta.*) Ó venganza,
ó hago dimision. Elige.

MARQUES. (*Levantándose.*) Yo complacerte deseo;
mas, yaves, la injuria ha sido
de muger, y yo no veo...

VIOLANTE. Pague la pena el marido.

MARQUES. ¿Cómo...

VIOLANTE. Quítale el empleo.

MARQUES. Pero, hija, ¿has perdido el seso?

¿Á un director general
dejar cesante por eso!

¿Qué dirian? No haré tal.

¿Y sin forma de proceso!

VIOLANTE. De eso no me cuido yo;

mas ya dije mi *ultimato*.

¿Le depones? Sí, ó no.

MARQUES. Es una injusticia.

VIOLANTE. ¡Ingrato!

MARQUES. Pero, muger...

VIOLANTE. (*Yéndose.*) ¡Se acabó!

MARQUES. ¿Qué! ¿Te vas?

VIOLANTE. ¡Quién lo creyera!

¡Mantener á ese hombre en zancos
despues de injuria tan fiera!
¡Y quizá vota en los bancos
de la oposicion!

MARQUES. Espera.
Con efecto, hoy desertó
de las filas del gobierno.
¿Y por qué mi subalterno
no ha de votar como yo?
Mas se va á armar un infierno...

VIOLANTE. (*Llorando.*) Basta. ¡Á Dios, á Dios...

MARQUES. Detente.

Todo por tí lo atropello.
(*Toca la campanilla, se sienta y escribe
rápidamente.*)

VIOLANTE. (*Sentándose.*) Gracias. Mi honor iba en ello.

MARQUES. (*Al portero, que asoma.*)
Que venga inmediatamente
el señor Souza Coello.

VIOLANTE. (*Es mucha mi autoridad.
Con cuanto quiero me salgo.*)

MARQUES. Lo siento, que es buen hidalgo.
(*Escribiendo.*)

“De orden de su Magestad,
et cætera.”

ESCENA III.

EL MARQUES. VIOLANTE. SOUZA.

SOUZA. ¿Quereis algo?

MARQUES. Esta minuta interesa.
Haced que sin dilacion
venga copiada á mi mesa.

VIOLANTE. (*No dirá el señor baron
que he faltado á mi promesa.*)

SOUZA. Está bien.
(*Ojeando la minuta.*)

¡Exoneráis
de su destino al vizconde!

MARQUES. Sí.

SOUZA. (¡Qué injusticia!) ¿De dónde viene el golpe...

MARQUES. No os metais en lo que no os corresponde.

ESCENA IV.

EL MARQUES. VIOLANTE.

MARQUES. ¿Quieres mas? ¿Estás contenta?

VIOLANTE. Sí; mi bien.

MARQUES. Por darte gusto hago un descontento mas.
¡Vale Dios que no son muchos!

VIOLANTE. Tambien ganas un amigo en el director futuro, y la misma cuenta sale.

MARQUES. ¿Quién sabe...

VIOLANTE. Váyase el uno por el otro.

MARQUES. Cuando sepan que por un antojo tuyo...

VIOLANTE. (*Con zalamería.*)
No te enfades, que aun estoy afectada de los músculos, y de ver ese entrecejo me estremezco y me atribulo: En premio de esa fineza, que agradezco hasta lo sumo, exige de mí imposibles, que no puede haber ninguno para el amor que te tengo; y si aun es débil tributo mi honor por tí abandonado á los sarcasmos del vulgo, pide mi sangre, mi vida, y contenta iré al sepulcro.

MARQUES. ¡No mas! ¿Qué dices? Yo soy tu amante, no tu verdugo.

ESCENA V.

EL MARQUES. VIOLANTE. SOUZA.

SOUZA. (*Dándole un oficio.*)
Aquí teneis puesta en limpio
la real orden...

MARQUES. (*Despues de firmarla.*)
Dadla curso.

ESCENA VI.

EL MARQUES. VIOLANTE.

VIOLANTE. Si no temiera abusar
hablaria de otro asunto...

MARQUES. ¿Qué asunto?

VIOLANTE. Un empeño mio.
Nunca faltan importunos...

MARQUES. Bien. ¿Qué quieres?

VIOLANTE. Una plaza
de oficial; se entiende, de último
oficial del ministerio...

MARQUES. ¿Para quién?

VIOLANTE. Para un alumno
de no sé qué seminario.
Dicen que promete mucho...

MARQUES. Algun niño que tal vez
está estudiando gerundios.

VIOLANTE. Yo no sé; pero su padre
es hombre rico y de influjo...
Le he dado ya mi palabra,
y, ya veis; si no la cumplo...

MARQUES. Pero, hija, ¿si no hay vacante!

VIOLANTE. No le hace. Se quita á alguno...

MARQUES. No mas alcaldadas; no.

VIOLANTE. Pues bien; tomad otro rumbo.
Dad la plaza del vizconde,
plaza de honor y de lucro,

á uno de esos caballeros ;
 los ascensos por su turno
 á los demas, y á mi ahijado
 la resulta ; asi á ninguno
 se agravia...

MARQUES. ¿ Y los pretendientes ?

¿ Y qué dirá luego el mundo
 si el agraciado es un tonto
 sin práctica, sin estudios...

VIOLANTE. Ya se irá soltando aqui
 poco á poco. Otros mas rudos...

MARQUES. Vaya que hoy tienes caprichos
 originales, absurdos.

VIOLANTE. ¿ Hay mas que dejarle luego
 cesante ? ¿ Vaya un apuro !
 Salga yo del compromiso
 en que su padre me puso,
 y lo demas...

MARQUES. De ese modo...

VIOLANTE. ¿ No te admira mi discurso ?

(*Sacando un papel que pone sobre la mesa.*)

Aqui queda el memorial.

Cuando tengas dos minutos
 de tiempo dictas las órdenes...

MARQUES. ¿ Eso es ! ¿ Asi ! ¿ De barullo !

VIOLANTE. Me envias el nombramiento...

MARQUES. Bien está ; pero te anuncio,
 que si es necio, á las primeras
 de cambio le destituyo.

Y, por Dios, mira otra vez
 por quién te empeñas.

VIOLANTE. Te juro

no volver á molestarte. —

Solo falta que á ese tuno
 de mi primo... ¿ No ha venido
 á presentarse...

MARQUES. Aqui estuvo ;

me entregó su memorial ;
 yo doblé, como acostumbro,
 un pico... (*Lo busca en la mesa.*)

VIOLANTE. Ya entiendo. En muestra
de favor.

MARQUES. Pues es el único
que hoy he doblado... Aquí está.
Voy á decretarle al punto. (*Escribiendo.*)
"Concedido." Puedes darle
el parabien.

VIOLANTE. Te aseguro
que es mia la enhorabuena,
porque me da mil disgustos,
y hasta perderle de vista...
Pero á Dios, á Dios, que abuso
de tu bondad demasiado.
Si lo permite el bien público,
¿irás á verme esta noche
al palco?

MARQUES. Lo dificulto.
Hay consejo de ministros;
tengo entre manos un cúmulo
de negocios...

VIOLANTE. ¡Jesus! ¡Siempre
negocios! Yo me consumo.
¿Sabes que ya tengo zelos
de Portugal?

MARQUES. Son injustos.
Á Dios.

VIOLANTE. (¡Hé aqui un grande hombre!
¡Pobretes! Todos son unos.)

ESCENA VII.

EL MARQUES.

Ya se ha ido. Respiremos.
¡Es singular el influjo
de esa muger sobre mí!
Si á mi corazon pregunto
la causa, nada responde;
y si en mi razon la busco,
de mi flaqueza me acusa

y romper me manda el yugo.
 Á ser yo supersticioso
 diria que algun conjuro...
 Cuando de ella me separo
 tengo vehementes impulsos
 de olvidarla para siempre;
 la vuelvo á ver, y sucumbo.
 ¡Pero es tan sagaz, tan bella
 y tan nombrada en el mundo
 diplomático...! Un virey
 que millonó en Pernambuco,
 un embajador, un duque
 y un milord de alto coturno
 disputaban sus favores,
 ¡y al cabo fue mio el triunfo!
 ¡Esto es glorioso! No obstante,
 por satisfacer un lujo
 pueril arruino mi casa
 y mi opinion aventuro.
 Aquella preciosa niña...
 Por solo un halago suyo
 daría... ¿Mas quién creyera
 que aquel vestidillo oscuro
 cobijara una virtud
 tan tenaz, tan fuera de uso?
 Ya se ve; yo no esperaba
 que defendiese aquel muro
 el temerario galan
 que á Martin dejó contuso.
 ¿Cómo ha de ser! Soy ministro,
 no gladiador; y renuncio
 á esa heldad si es forzoso
 ganarla á fuerza de puños.

ESCENA VIII.

EL MARQUES. EL BARON.

BARON. (*Entrando.*) ¿Dais vuestro permiso?

MARQUES.

¡Entrad,

señor baron! Adelante. —

No venís de buen talante.

¿Hay alguna novedad?

BARON. Temo... Todo está tranquilo...

Nada se confirma aun...,

pero si es cierto el run, run,

teneis la vida en un hilo.

MARQUES. ¿La vida! ¿Cómo...

BARON. Yo os hablo

de vida ministerial.

La cosa se pone mal

y no se descuida el diablo.

MARQUES. Intrigas de ciertas gentes;

pandillas...

BARON. Sí; yo confieso...

pero, como ya el Congreso

os ha enseñado los dientes...

MARQUES. Eso me da en qué pensar.

BARON. La derrota de este día

despopularizaría

al hombre mas popular.

MARQUES. Ya recobrará su imperio

el gabinete.

BARON. Tal vez;

pero desde hoy á las diez

se habla de otro ministerio.

MARQUES. Yo deseo mi retiro,

que es duro el vivir asi;

¿pero qué dicen de mí?

¿De dónde me viene el tiro?

BARON. No sé. Cada cual se escuda

con la opinion nacional...

MARQUES. Y la entiende cada cual

á su manera.

BARON. Sin duda.

Ello es que va progresando

la pública antipatía.

Dicen que os falta energía

y no os sobra el don de mando.

Hay quien os llama indolente.

Otro parece que ha dicho:
 “no hay mas ley que su capricho;
 es un sátrapa de oriente.”

Dice otro, que en lo privado
 impertinente se interna:

“quien su casa no gobierna
 mal gobernará el Estado.”

Guerra igual, el mismo enojo
 en los dos bandos se advierte;
 este os acusa de fuerte
 y aquel os tilda de flojo.

Otro dice: “en sus espaldas
 sustentar no puede el solio.”

Otro habla de monopolio,
 y si hay faldas ó no hay faldas.

Ya el culparos es precepto
 general, segun parece,
 y el que mas os favorece
 dice que sois un inepto.

MARQUES. Al oiros me confundo.

¿Sois mi juez, ó sois mi amigo?

BARON. Yo no os digo lo que digo;
 digo lo que dice el mundo.

MARQUES. Sí; los de la otra bandera
 y cuatro amigos ingratos;
 pero los hombres sensatos
 hablarán de otra manera.

BARON. No hasta obrar con justicia;
 que si callan los prudentes,
 siempre hallan los maldicientes
 alimento á su malicia.

MARQUES. Es verdad.

BARON. Un golpe en falso
 dísteis ayer, y hay patriota
 que como crimen lo nota
 y os llevaría al cadalso.

MARQUES. ¿Y qué ha sido?

BARON. Un desacierto,
 una leve distraccion:
 dar una administracion

- general...
- MARQUES. ¿Á quién?
- BARON. Á un muerto.
- MARQUES. ¿Cómo!
- BARON. Don Pascual Mondego...
- MARQUES. Ese el agraciado es.
- BARON. Murió del tifus ha un mes
en la ciudad de Lamego.
- MARQUES. ¿De veras? Con tanto asunto...
(*Riéndose.*)
El bueno de don Pascual
me remitió el memorial
y no la fé de difunto.
Dios le dé la gloria, amen.
Aunque siento el *lapsus lingüæ*,
al cabo la plaza es pingüe
y á otro le vendrá muy bien.
- BARON. Pero lo que mas aviva
la saña de esa faccion
es...
- MARQUES. ¿Qué?
- BARON. La destitucion
del vizconde de la Riva.
- MARQUES. ¿Qué decís! Hace un instante
que firmé el decreto, ¡y ya...
- BARON. Y añaden: "¡bravo! Ya está
vengada doña Violante."
- MARQUES. (*Sonriéndose.*) ¿De veras? Por vida mia
que sois un Argos, un lince,
y á *Fouché* dais falta y quince
en eso de policia.
- BARON. No alabeis mi perspicacia,
que aunque yo no me descuido,
todo el pueblo lo ha sabido
antes que yo.
- MARQUES. ¿Vaya en gracia!
Con público tan profeta
¿quién respira sin que suene...
- BARON. Tambien el público tiene
su policia secreta.

MARQUES. ¿Con que es inminente el riesgo?

BARON. Aprovechad el aviso.

MARQUES. Pues conjurarle es preciso.

¿Qué opinais? Á ver qué sesgo...

BARON. No sé... Disolver las Cortes...

MARQUES. Habrá reeleccion.

BARON. Lo temo.

MARQUES. Y ese es un partido estreño...

Busquemos otros resortes.

De Lisboa desterrad

al que esos planes concierta

y á sus secuaces...

BARON. (Desierta

quedaría la ciudad.)

Aun está la trama oculta.

Dias ha que sudo el quilo

hasta descubrir el hilo...

Veremos lo que resulta.

MARQUES. Mientras gastais tanta flema

descargar puede el nublado.

BARON. Si dais un golpe de estado

mayor será el anatema.

Atacar la libertad

del ciudadano, es esceso;

y no espereis del Congreso

un voto de indemnidad.

MARQUES. No, que es ya contrario mio,

¡y dura todo un trienio!

Baron, ¡aqui del ingenio!

Solo en el vuestro confio.

Alguna farsa inventad;

yo pagaré al corifeo;

y volvedme al apogeo

de mi popularidad.

BARON. Entiendo el maquiavelismo.

Pues el enemigo mina,

Vuecelencia determina

contraminar...

MARQUES. Eso mismo.

Hacedis que de pronto estalle

una faccion...

BARON. ¿De cartistas?

MARQUES. Mejor es de miguelistas.
Cuatro tiros en la calle...
Generala, y mucha bulla,
y gendarmes, y metralla...;
se dispersa la canalla;
la persigue una patrulla...;
cogemos en el garlito
con teatral aparato
á algun pobre mentecato
de los que diéron el grito...
Con esto, y una proclama,
y un bando, y una justicia,
y una cruz á la milicia,
sube al cielo nuestra fama.

BARON. Basta, basta. Si eso es
lo que quereis, arda Troya.

MARQUES. Pues; un motin de tramoya...

BARON. Sereis servido, marques.

ESCENA IX.

MARQUES.

Lo hará á las mil maravillas,
porque es astuto y sagaz
como él solo. Si yo caigo,
tambien el baron caerá.
Mi garante es su interés
que le obliga á ser leal. (*Mira el reloj y to-
ca la campanilla.*)

Ya es tarde y tengo consejo
de gabinete. Estarán
esperándome.— ¡Monzon!

MONZON. (*Junto á la puerta.*) Mande Vuecencia.

MARQUES. Llamad
á Almeida.

MONZON. Está bien.

MARQUES. Volando.

(*Entra Monzon en la secretaría.*)

Esta crisis ya es fatal,
mas yo espero que la reina
me apoye.

ESCENA X.

EL MARQUES. ALMEIDA.

ALMEIDA. ¿Qué me mandais?

MARQUES. Tomad esos espedientes
que estan decretados ya.
Estos otros, á la noche.
Mañana se nombrarán
los secretarios vacantes.

ALMEIDA. Y entre ellos ¿tendrá lugar
mi ahijado?

MARQUES. Hoy estais, Almeida,
importuno por demas.
Hay otros mas beneméritos.
Ya os he dicho...

ALMEIDA. Perdonad.
Yo creí... Como dijísteis...

MARQUES. Bien, bien. Otra vez será.

ESCENA XI.

ALMEIDA.

Mal humor lleva. Sin duda
la crisis ministerial,
que se va haciendo muy seria,
le da mucho en qué pensar.
Llevemos estos papeles
á las mesas... Aqui hay
un pico doblado. ¿Á ver?
¿Será cosa de entidad...
Leamos. Alfonso Castro...
¿Qué veo! Es el memorial
de Marta. La misma letra,

el mismo papel: ¡no hay mas!
 ¿Pues cómo el marques... Veamos
 el decreto marginal.

(Lee.) "Concedido." ¡Y su Excelencia
 le acaba de deshauciar!
 ¡Qué sorpresa! ¡Estraño modo
 de mostrarme su amistad!
 Pero, señor, ¿es posible...
 ¿Le habrá cambiado quizá
 por otro? ¡Qué! No. ¿Y el pico?
 Es cosa particular.
 Ni siquiera oyó su nombre,
 y ahora... Habrá sido tal
 la porfia de la vieja...
 Algun empeño eficaz...
 Pero en fin mi protegido
 se coloca, y tendrá pan
 su familia, y habrá boda,
 y yo seré en el altar
 su padrino... Y siendo así,
 ¿á qué hilarme con afán
 el seso... Hágase el milagro,
 y aunque le haga Satanás.

(*Entra en la secretaría.*)



ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo. — Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARTA. MONZON. PRETENDIENTES.

Marta, multitud de viudas y huérfanas y otros dos ó tres pretendientes ocupan la chimenea. Los demás hombres pasean por la sala ó hacen corrillos. Todos charlan á un tiempo, especialmente las mugeres.

MONZON. ¡Señoras! ¡Por Dios! ¡Silencio!

Este es ya mucho desorden.

MUGER 1.^a ¡Ni aun hablar nos dejarán?

MUGER 2.^a ¡Miren el bruto!

MUGER 3.^a ¡El bodoque!

(Siguen charlando las mugeres.)

HOMBRE 1.^o *(Al segundo, mostrándole sus papeles.)*

Ya veis si tengo servicios.

Ya veis qué buenos informes.

Aqui certifica el cura,

aqui cinco regidores,

aqui el administrador

general de Tras-os-montes...;

Pues si me dan el destino,

clávenmelo en el cogote.

HOMBRE 6.^o Ya me causo de esperar.

Caballeros, buenas noches. *(Vase.)*

MARTA. *(En voz baja á las mugeres.)*

Si esta noche no cobramos

y seguís mis instrucciones,

va á haber aqui, sin recurso,

montescos y capirotes.

Oid... (*Cuchichean con gestos y manoteos espresivos.*)

HOMBRE 3.º (*En un corrillo.*) ¿Se trata de nuevo ministerio?

HOMBRE 7.º Sí; no se oye otra cosa.

HOMBRE 3.º ¿Y quiénes son los que...

HOMBRE 7.º Hay varias opiniones.

HOMBRE 3.º Hoy han estado terribles los diputados á Cortes.

HOMBRE 7.º La oposicion es compacta.

HOMBRE 3.º Ha habido interpelaciones.

HOMBRE 7.º Al paso que de hora en hora pierden terreno esos hombres, el descontento del pueblo crece, y las voces que corren son para inquietar, y mucho, á los ministros.

HOMBRE 4.º Señores, Portugal está perdido. No hay que formar ilusiones. Mientras las cosas no cambien ¿qué sirve mudar los nombres?

HOMBRE 3.º Con todo...

HOMBRE 4.º Nunca saldremos de galeras y de azotes.

ESCENA II.

FONSECA. MONZON. MARTA. PRETENDIENTES.

FONSECA. Salud, amigo Monzon.

MONZON. Dios os guarde y os corone de gloria, señor Fonseca.

FONSECA. Hoy se ha despoblado el orbe para haceros la tertulia.

MONZON. ¡Oh qué guirigay! Me rompen la cabeza.

- y me quedé á buenas noches.
- FONSECA. Pedireis colocacion...
- HOMBRE 1.^o Un destinillo mediocre.
Tengo pocas esperanzas...
- FONSECA. Yo lograré que os coloquen.
Espero tener en breve
grande favor en la corte.
- HOMBRE 1.^o ¡Ah, señor...
- FONSECA. Ya nos veremos.
(*A los del corrillo pasando á la chimenea.*)
Vuesacerdes me perdonen. —
Señoras... ¡Oh doña Marta!
¿Qué tal?
- MARTA. Firme como un roble.
- FONSECA. (*Sacando la caja.*) ¿Un polvito?
- MARTA. (*Le toma.*) Venga pues.
- FONSECA. (*Dando la caja á Marta, y cada vieja toma un polvo.*)
Á esas señoras, que tomen
si gustan...
- MUGER 1.^a ¡Cucarachero!
- MUGER 2.^a ¡Qué bien huele!
- FONSECA. (¡Cómo sorben!)
- MUGER 5.^a Yo no lo gasto.
- FONSECA. Esta niña
preferirá unos bombones. (*Saca la caja de los bombones y obsequia á las jóvenes.*)
- MUGER 5.^a Por no despreciar...
- FONSECA. ¿Y vos?
- MUGER 6.^a Vaya.
- FONSECA. Son de los mejores.
- MUGER 3.^a Yo, sin perjuicio del polvo...
- FONSECA. (*Esta es golosa in utroque.*)
Vos ahora... vos tambien...
- MUGER 7.^a ¡Si ya no hay mas!
- FONSECA. ¡Qué demontre!
Lo siento. (*Guarda la caja de bombones.*)
- MUGER 1.^a Tomad la caja. (*Dándole la del tabaco.*)

FONSECA. (*A uno de los pretendientes que estan sentados.*)

Llena estaba hasta los bordes,
y tambien vuelve vacía.

¿ Mas qué importa? Á poco coste
gano fama de galante
y doy un recreo pobre
á la nariz de las viejas
y al paladar de las jóvenes.

(*Vuelve á encararse con el hombre 1.º
y habla con él en voz baja. La conversa-
cion se anima otra vez en la chimenea
y en los corrillos.*)

ESCENA III.

FONSECA. MONZON. MARTA. PEREIRA. PRETENDIENTES.

PEREIRA. (*Acercándose al portero.*)

Pasad recado al instante
al señor Almeida.

MONZON. ; Bien,

por cierto! ¿ Y quién sois vos? ¿ Quién...

PEREIRA. Soy el primo de Violante.

MONZON. ¿ Y por eso tanto fuero?

PEREIRA. Vengo...

MONZON. ¿ Qué Violante es esa?

; Vaya, vaya...!

PEREIRA. La condesa

del Rosicler.

MONZON. (*Con dulzura y sumision poniéndose en pie.*)

Caballero...

Perdonad... No os conocia...

Voy á llamarle al momento.

PEREIRA. (*; Bárbaro!*)

MONZON. Tomad asiento.

Sentaos por vida mia.

(*Entra en la secretaria.*)

ESCENA IV.

FONSECA. MARTA. PEREIRA. PRETENDIENTES.

PEREIRA. Bien estoy. (¡Miren qué listo mudó de tono el cerbero! Si vuelve á hablarme altanero, le sacudo, vive Cristo.) (*Llega paseando á donde está Fonseca, y este le mira.*)

FONSECA. Perdonad. Yo creo que esa... sí; esa cara...

PEREIRA. Dios os guarde.

FONSECA. ¿ No estabais vos esta tarde en casa de la condesa...

PEREIRA. (¡Catadura estravagante!) Con efecto; estaba allí...

FONSECA. ¿ Sois de su tertulia?

PEREIRA. Sí... Yo soy primo de Violante.

FONSECA. (Este será el camarada...) Si de alguna cosa valgo, podeis...

PEREIRA. Gracias.

FONSECA. ¿ Sabeis algo de mi asunto...

PEREIRA. (*Saliendo al encuentro de Almeida.*) No sé nada.

ESCENA V.

FONSECA. MONZON. ALMEIDA. MARTA. PEREIRA. PRETENDIENTES.

FONSECA. (¡ Habrá zanguango... (*Habla en voz baja con Monzón, que vuelve á su sitio.*)

PEREIRA. Salud.

ALMEIDA. Servidor.

PEREIRA. Vengo afañado á saber el resultado de aquella solicitud.

ALMEIDA. ¿Qué solicitud? Hay mil...

PEREIRA. Vos debéis tener la mía.

Pido una secretaría
de administracion civil.

ALMEIDA. Como hay mas de una vacante,
no sé...

PEREIRA. El despacho interesa.

Soy primo de la condesa...,
de la condesa Violante.

ALMEIDA. (¡La querida del marques!)

PEREIRA. El marques, ¡bello sujeto!

puso al margen el decreto:

“Concedido...” Eran las tres.

ALMEIDA. (¡Qué oigo!)

PEREIRA. Ya veis que me explico.

Ella que lo vió, al momento...

Item mas. El documento

tenia doblado un pico.

ALMEIDA. (¡Pecador! ¡Ya no hay recurso!

Bien me maliciaba yo

que sin duda un *quid pro quo*...)

Está bien. Se dará curso...

(¡Y yo que á la pobre viuda

ya iba á dar el parabien...)

PEREIRA. Mirad que urge...

ALMEIDA. (*Distraido.*) Bien; sí... bien...

PEREIRA. Mañana...

ALMEIDA. Sí tal; sin duda...

PEREIRA. Vos teneis el negociado.

ALMEIDA. Sí.

PEREIRA. La instancia ya depende

tan solo de vos...

ALMEIDA. Se entiende.

PEREIRA. Yo...

ALMEIDA. La del pico doblado.

Id tranquilo. (¡Y es un tonto!)

La tengo clavada aqui.

(*Con la mano en el corazon.*)

PEREIRA. (*En tono de agradecimiento.*)

¡Oh!

ALMEIDA. Y como penda de mí,
se despacha bien y pronto.

PEREIRA. (*Apretándole la mano.*)
Basta. Mi amistad desea
manifestaros que soy
muy...

ALMEIDA. Gracias, gracias... (*Me voy
antes que Marta me vea.*)
(*Entra en la secretaria.*)

PEREIRA. (*Alli está... Sí; aquella es
la farotona de marras.
Vóime huyendo de sus garras.*)
(*Á Monzon con petulancia.*)
Espresiones al marques.

ESCENA VI.

MONZON. FONSECA. MARTA. PRETENDIENTES.

MARTA. (*Á la viuda que tiene á su lado, á media
voz. Todas la oyen con atencion é interes.*)
Sí señora; me la quiso
seducir.

MUGER 1.^a ; Qué picardía!

MUGER 2.^a ; Qué Tarquino!

MARTA. Ya se ve,
como la muchacha es linda...
(*Baja mas la voz y no se la oye.*)

MUGER 3.^a (*¡Qué suerte tienen algunas!*
Mi Ramona es mas bonita,
¡y nadie la dice nada!)

MUGER 4.^a ; Qué horror!

MARTA. Pero mi Ramira
le puso de oro y azul;
que aunque tierna corderilla
el honor la dió corage.

MUGER 3.^a (*Á la que está á su lado.*)
; Embustes! ; Gazmoñerías!

MARTA. Y eso que llegó el atélito
cuando ella estaba solita;
pero luego...

UNA VOZ DENTRO. ¡Su Excelencia!

(*Suenan mamparas.*)

MONZON. (*Abriendo la suya.*)

¡Su Excelencia!

LAS MUGERES. ¡Arriba!—¡Arriba!

(*Murmullos, codadas, confusion.*)

MONZON. ¡Orden, orden! Abrid paso...

¡Orden! ¡Silencio! En dos filas...

(*Se colocan los pretendientes á ambos lados de la puerta: las mugeres en una fila; los hombres en otra.*)

ESCENA VII.

EL MARQUES. MONZON. MARTA. FONSECA. PRE-
TENDIENTES.

El ministro se coloca junto á la chimenea y van llegándose á él los pretendientes.

FONSECA. (¡Eh! Le hablaré despues que haya despachado á esa cuadrilla.)

(*Se separa á un lado y habla aparte con Monzon.*)

HOMBRE 1.^o (*Entregando al ministro su memorial. Todos hacen á su tiempo lo mismo.*)

No desestime Vucencia
esta súplica. Es la quinta.

MARQUES. Ya os conozco. No hay vacantes...

HOMBRE 1.^o Sí señor; una en Coimbra,
de oficial cuarto...

MARQUES. Está bien.

Como ya no esté provista,
se os dará.

HOMBRE 1.^o (*Fecha atrasada...*
y yo me quedo *per istam.*) (*Vase.*)

HOMBRE 2.^o Señor, cargado estoy ya
de razon y de familia.

Soy cesante...

MARQUES. ¿Desde cuándo?

HOMBRE 2.^o Un año hará por Geniza.

MARQUES. Yo no era ministro entonces.

Esa fecha es muy antigua
para el siglo en que vivimos.

HOMBRE 2.º Me hicieron una injusticia.

MARQUES. ¿Y yo la he de reparar
con otra?

HOMBRE 2.º Yo no decia...

MARQUES. Tened paciencia. Veremos...

¿Vos... (*Al hombre 3.º*)

HOMBRE 2.º (No hay remedio. ¡Me archiva!)

(*Vase.*)

HOMBRE 3.º (*Bajando la voz.*) Yo soy el recomendado
del marques de Alga-florida...

MARQUES. ¡Ah! Sí...

HOMBRE 3.º Me ha dado espresiones

para vos, y esta esquelita... (*Se la da.*)

MARQUES. Dadme... Celebro... (Con este
es mas facil la salida.)

Dad un recado al marques,

y á los tres ó cuatro dias

él os dará mi respuesta.

HOMBRE 3.º Por supuesto...

MARQUES. (Negativa.)

Por supuesto.

HOMBRE 3.º Dios os guarde. (*Vase.*)

MARQUES. Abur. (¡Á mí con epístolas!)

HOMBRE 7.º Aquí presento á Vucencia
este plan...

MARQUES. ¡Oh! ¿Proyectista?

HOMBRE 7.º Sí señor. Soy consumado

en mineralógia y química.

MARQUES. Sea en buen hora.

HOMBRE 7.º Y prometo,

si el gobierno me anticipa

cuatro millones de reis,

descubrir en mi provincia...

MARQUES. ¿Alguna conspiracion?

HOMBRE 7.º Un venero de platina.

MARQUES. ¿Y pedis cuatro millones

de reis?

HOMBRE 7.º ; Oh! Se necesitan
para las primeras obras...

MARQUES. (No valdrá tanto la mina...
si la encuentra.) Os llamaré
cuando haya en tesorería
fondos sobrantes. (Primero
se comerá la polilla
tu proyecto.)

HOMBRE 7.º Sin embargo,
pase Vucencia la vista
por ese escrito, y verá
las brillantes teorías...

MARQUES. Yo estoy por lo positivo.

HOMBRE 7.º Pero...

MARQUES. (*Entre dientes.*)
; Oh Dios! ; Qué pesadilla!

HOMBRE 7.º Yo haré...

MARQUES. Hay otros esperando,
y aquí no estáis de visita.
Permitid...

HOMBRE 7.º (; Por no escucharme
se pierde la monarquía!) (*Vase.*)

HOMBRE 8.º No quiero ser importuno,
que Vucencia está de prisa.
Ahí está mi memorial.
Obre Vucencia en justicia,
y ; salud! (*Vase.*)

MARQUES. (*Doblando el memorial*)
(Le atenderé.
Su franqueza me cautiva.)

HOMBRE 9.º (*Con tono de amenaza.*)
Si Vucencia no me emplea...

MARQUES. ; Cómo...

HOMBRE 9.º No me ando en chiquitas. —
Me pego un tiro. (*Vase.*)

MARQUES. (; Demonio!
Pero, en fin, peor sería
que me lo pegase á mí.)

HOMBRE 5.º Señor, yo soy periodista...

MARQUES. Sí; ya me consta...

HOMBRE 5.º Y acérrimo
defensor de las doctrinas
del ministerio.

MARQUES. Lo mismo
al de antaño defendiais.

HOMBRE 5.º Es verdad, mas cura el tiempo
los yerros de la política.

MARQUES. ¿Qué quereis?

HOMBRE 5.º Un sueldecito...
La suscripcion es mezquina...

MARQUES. Justo castigo de Dios
al crimen de apostasía.

HOMBRE 5.º ¿Y sois vos quien lo decís?
¡Ingratitud inandita!

MARQUES. No quiero camaleones.

HOMBRE 5.º Pues os haré la mas rígida
oposicion...

MARQUES. No os creerán.

HOMBRE 5.º Mojaré en sangre, no en tinta,
mi pluma. (*Vase.*)

MARQUES. Es arma embotada
que ya ni corta ni pincha.

HOMBRE 4.º Yo, señor, aunque cesante,
no, tengo horror á la vida
como el otro majadero
que iba á hacer la tontería
de matarse. Haced de modo
que yo vuelva á mi oficina,
ó desde hoy soy comensal
de Vucelencia Ilustrisima.

MARQUES. No cómo en casa.

HOMBRE 4.º No importa.
Yo os sabré seguir la pista,
y vos que sois tan galante
no me harais la grosería
de rehusarme un cubierto.

MARQUES. ¡La ocurrencia es peregrina!
Nuevo modo de sitiar
por hambre.

HOMBRE 4.º Mi artillería

es esa.

MARQUES. Á tal embestir
no hay plaza que no se rinda.
Id con Dios. Mañana mismo
cesará la cesantía. (*Vase el hombre 4.º*)

MARQUES. (*Á la muger 1.ª*) Vos, señora...
MUGER 1.ª Yo no traigo

memorial, ni estas amigas
tampoco. Viudas y huérfanas,
todas una cosa misma
pedimos: dinero, pan;
y pues nos sobra justicia,
no pidais mas espediente
que estas caras alligidas.

MUGER 2.ª Diez y ocho meses nos deben.

MUGER 3.ª Tened de estas pobrecitas
compasion...

MUGER 4.ª ¡Una mesada!

TODAS. ¡Piedad! ¡Piedad!

MARQUES. Pero, hijas,
si no hay fondos... Un poquito
de paciencia. Me lastima
vuestra suerte, pero...

MUGER 5.ª Vamos,
que si poneis vuestra firma...

MARQUES. ¿Qué importa que yo la ponga
si estan las arcas vacías?

MUGER 4.ª ¡Señor...

MARTA. (*Con acento grave y varonil.*)
¡Basta, sexo débil!

Esas lágrimas me irritan.

MARQUES. (*Encarándose hácia donde suena la voz.*)
¿Eh? ¿Quién es ese insolente...

MARTA. Yo.

MARQUES. (*¡Marta! Dios nos asista.*)

MARTA. No supliqueis á un tirano.
¡Valor! ¡Constancia! ¡Energía!

MUGER 1.ª Tiene razon. ¡Qué nos paguen!

TODAS. ¡Qué nos paguen!

FONSECA. ¡Cómo gritan!

MARQUES. ¡Silencio! No me obligueis...

TODAS. ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

FONSECA. ¡Qué sarracina!

MARQUES. Yo hablaré con el ministro
de Hacienda...

MUGER 2.^a ¡Escusas...

MARTA. ¡Mentiras!

UNAS. ¡Pan! ¡Pan!

OTRAS. ¡Que nos matan de hambre!

ESCENA VIII.

EL MARQUES. FONSECA. MONZON. MARTA. MUGERES. SOU-
ZA. OFICIALES. ESCRIBIENTES. PORTEROS.

MARQUES. ¡Despejad!

MARTA. ¡Así, hijas mías!

¡Firmes... y ¡viva el escándalo!

MARQUES. ¡Echad á esa foragida!

Llevalda á una carcel...

*(Los porteros se disponen á obedecer, y
el arrojó de Marta los detiene.)*

MARTA. ¡No!

Primero han de hacerme trizas.

Defendedme, compañeras.

No abandonéis á esta víctima

de la castidad... filial.

MUGER 1.^a ¿Y quién tendrá la osadía
de poner cobardes manos
sobre ancianas desvalidas?

MARTA. ¡Qué vengan! Uñas tenemos
y dientes de hambre canina.

UNAS. ¡Guerra!

OTRAS. ¡Dinero!

OTRAS. ¡Socorro!

MARQUES. ¡Basta!

MUGER 1.^a Ó no salimos vivas,
ó nos pagan.

MARQUES. Bien. Mañana,
aunque venda mi bajilla.

MARTA. ¡Hoy ha de ser!

- TODAS. ; Hoy!
- SOUZA. ; Señoras!
- FONSECA. Por las ánimas benditas...
- MONZON. (*A un portero.*)
Corred; llamad á la guardia.
(*Vase el portero.*)
(*Todos procuran aplacar á las mugeres.*)
- MARQUES. (*Yéndose.*)
(*¿Por dónde me escaparía...*)
- MUGER 6.^a ; Que se va!
- MUGER 2.^a ; Guerra!
- MARTA. ; Arañadle...
(*Las mugeres se disponen á la embestida sin poderlas contener los hombres. Fonseca da un salto y se pone al lado del marques.*)
- FONSECA. Á defenderos me obliga
la gratitud. ; Alto ahí!
(*Su grito restablece el silencio.*)
¿Sois mugeres, ó sois víboras?
El marques está inocente,
que no es ave de rapiña.
(*Murmullo sordo de las mugeres.*)
- MARQUES. (*¿Oh qué idea!*) Yo desco
dar remedio á vuestras cuitas,
pero el nuevo pagador
es un hebreo agiotista,
y aunque reciba dinero
para las clases pasivas,
yo recelo...
- MUGER 1.^a ; Se lo come!
- VARIAS MUGERES. ; Nuestra sangre!
- OTRAS. ; Nuestra vida!
- MARQUES. Ahora bien; ¿es el ministro
quien merece esa ojeriza,
ó el pagador... que no paga?
- TODAS. ; El pagador!
- MARQUES. Pues, malditas,
(*Mostrando á Fonseca.*)
ahí teneis al pagador.

Saciad en él vuestras iras. *(Las mugeres embisten á Fonseca, y aprovechando la ocasion entra rápidamente el marques en su despacho. Los oficiales, porteros &c., todos rien, á escepcion de Fonseca y Monzon. Llegan el sargento y ocho soldados.)*

ESCENA IX.

FONSECA. MONZON. MARTA. MUGERES. SOUZA. OFICIALES.
ESCRIBIENTES. PORTEROS. EL SARGENTO. SOLDADOS. ?

FONSECA. ¡Embuste!

MUGERES. ¡Traidor!

OTRAS. ¡Á él!

FONSECA. ¡Soldados...! ¡Monzon...! ¡Arpías!

MONZON. Dejadle, que está inocente.

SARGENTO. ¡Apartad!

(La guardia pone en salvo á Fonseca y separa no sin trabajo á las mugeres.)

FONSECA. *(A los oficinistas, que siguen riéndose.)*

¡Vaya una risa

impertinente y bestial,
que me da dolor de tripas!

(Se redoblan las carcajadas.)

MUGER 5.^a ¡El que nos daba bombones!

FONSECA. ¡Y así me pagais, inician!

MUGERES. *(Queriendo acometer de nuevo á Fonseca.)*

¡Perro...

SOUZA. Haced vuestro deber,
sargento.

FONSECA. ¡Y á la oficina
los bufones, ó desnucos
al primero que se ria!

SARG. Y SOLD. ¡Añera!

SOUZA. *(A los de la secretaria, y todos entran en ella siguiendo á Souza.)*

¡Adentro!

MUGERES. *(A los soldados.)* ¡Sayones!

MARTA. (*Con tono declamatorio.*)
 ¡Oh atrocidad! ¡Oh ignominia!
 Esas armas que la patria,
 ciudadanos, os confia,
 para amparar á los débiles
 contra tiranos Califas,
 ¿las volveis contra nosotras
 y equivocais la consigna?
 ¡Defendednos! ¡Rebelaos!
 ¡La Constitucion peligra!
 ¡La Patria se hunde!

SARGENTO. ¡Ea, basta!
 ¡Afuera! Aqui no se chilla.

MONZON. ¡Afuera!

FONSECA. ¡Vayan á hilar!

SARGENTO. Calen... ¡arr! (*Los soldados calan bayoneta.*)

MUGERES. (*Huyendo.*) ¡Virgen Santísima!

MUGER. 5.^a ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!

OTRAS. ¡Huyamos!

OTRAS. ¡Por Dios!

MARTA. ¡Gallinas!

¡Dejarme sola! Mal haya
 quien de mugeres se fia.

ESCENA X.

MONZON. FONSECA.

FONSECA. ¡Gracias á Dios! ¡Qué garduñas!

¡Y á mí, que soy una malva...

Si el sargento no me salva,

hoy espiro entre sus uñas.

MONZON. ¡Qué furias! ¡Qué rebelion!

Sabe Dios que lo sentí

cual si hubiera sido á mí.

FONSECA. Un poco menos, Monzon.

¡Mas yo, que mi propia renta

no administro, pagador

del ministerio! ¡Qué horror!

El marques me dará cuenta...

MONZON. Ya veis; en apuro tal...

FONSECA. ¡Conmigo inocente pega
y al brazo seglar me entrega
de una legion infernal!

MONZON. Ha sido una chanza.

FONSECA. ¿Chanza?

¡Reniego de su bautismo...

MONZON. No os conoce...

FONSECA. Por lo mismo

choca mas la confianza.

MONZON. Ya os dará satisfaccion...

FONSECA. Si no estuviera al despacho
el destino del muchacho,
le juro...

ESCENA XI.

FONSECA. MONZON. MARTIN.

MARTIN. (*Entra acelerado.*) ¡Monzon...! ¡Monzon!

MONZON. Sudas..., corres como un gamo...

¿Qué ocurre...

MARTIN. Voces tremendas...

Hay grupos... Cierran las tiendas...

FONSECA. ¿Jarana?

MARTIN. ¿Dónde está mi amo?

MONZON. En su despacho.

MARTIN. Entro pues,

que quizá no sabe nada.

ESCENA XII.

FONSECA. MONZON.

MONZON. ¡Nos faltaba una asonada
para fin del entremés! (*Se asoma al balcon.*)

FONSECA. Y en una noche tan fresca
¿qué diabólico proyecto...

MONZON. Venid. (*Se asoma Fonseca.*)

... ¿Oís?

FONSECA. .. Con efecto,
se oye á lo lejos la gresca...
Yo me marchó, que esto es serio.

MONZON. Esperad...

FONSECA. Cuando hay bullangas,
Monzon, no se cogen gangas
en donde está el ministerio...
Á Dios. Guardemos el bulto...
Cerca voy.

MONZON. ;Triste de mí!

FONSECA. Yo volveré por aquí
si se apacigua el tumulto.

ESCENA XIII.

MONZON. EL MARQUES. MARTIN.

MONZON. ¿Qué ha dicho el marques? ¿Qué ha dicho?

MARTIN. ; Nada! ; Se rie!

MARQUES. (*Saliendo de su despacho con un pliego.*)
.. Martin.

MONZON. (; Reirse cuando hay motiu!
Vaya, que es raro capricho.)

MARQUES. Á la condesa este pliego,
volando.

MARTIN. Estará asustada...

MARQUES. ; Ba! Dila qué eso no es nada.

MARTIN. Bien.

MARQUES. Que duerma con sosiego.

ESCENA XIV.

MONZON. EL MARQUES.

Óyese vocear confusamente á lo lejos.

MONZON. ; Señor! ¿No oís el bullicio?
Si aquí la chusma se encaja...

MARQUES. (*El baron es una alhaja.*)

MONZON. ¡Jesus qué dia de juicio!
 Ved que cunde el movimiento
 por las calles y las plazas.
 Mirad... Eso tiene trazas...

MARQUES. ¿De qué?

MONZON. ¡De un pronunciamiento!
 (*Acuden azorados Almeida, Souza y de-
 mas oficiales y dependientes.*)

ESCENA XV.

EL MARQUES. MONZON. ALMEIDA. SOUZA. OFICIALES.
 ESCRIBIENTES. PORTEROS.

TODOS. ¡Señor...

MARQUES. (*Enojado.*) ¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

ALMEIDA. ¿No sabeis la novedad...
 Se amotina la ciudad...

MARQUES. ¿Y qué? ¡Todos á su puesto!
 No os asuste la canalla
 pagada por don Miguel,
 que la guarnicion es fiel
 y hay repuesto de metralla.

ALMEIDA. Pero, señor, yo contemplo...

MARQUES. No hay contemplacion que valga.
 ¡Á trabajar! Nadie salga;
 nadie. Yo os doy el ejemplo.

(*Se vuelven por donde vinieron, murmu-
 rando unos entre si y otros encogiéndose
 de hombros.*)

ESCENA XVI.

EL MARQUES. MONZON.

Se oye mucho mas cerca el tumulto y algunos tiros.

MONZON. ¡Un tiro! ¡El cielo nos traiga
 á puerto de salvacion!
 ¡Escuchad...

VOCES. (*Dentro.*) ¡Traicion! — ¡Traicion!

OTRAS. ¡Caiga el ministerio! — ¡Caiga!

MONZON. Se va á hundir el hemisferio.

El pueblo está encarnizado...

MARQUES. (*Esto ya no es lo tratado.*)

VOCES. (*Dentro.*) ¡Caiga, caiga el ministerio!

MARQUES. (¡ Pero el baron á qué espera...

No sé qué pensar...)

MONZON.

¡Qué infierno!

MUGERES. (*Dentro.*) ¡Libertad! ¡Muera el gobierno!

¡Caiga el ministerio! —

HOMBRES Y MUGERES. (*Dentro.*) ¡Muera!

MONZON. ¿ También entran en la danza

mugeres? ¡Ay, san Fulgencio!

(*Cesan de pronto los tiros y los gritos.*)

MARQUES. ¡Qué repentino silencio!

(*Recobremos la esperanza.*)

MONZON. No os fieis porque han callado.

Harto será que esa calma

no anuncie, marques de mi alma,

un horroroso nublado.

MARQUES. (*Despues de una breve pausa.*)

(¡ Bien! Ha triunfado el baron,

y la chusma fugitiva...)

VOCES. (*Dentro, mas distantes. Las últimas se*

perciben apenas.)

¡Qué viva la Reina! — ¡Viva! —

¡Viva la Constitucion! —

¡Viva! — ¡Viva...

MONZON.

¡Que me place!

Eso ya tiene otra cara.

Pero, señor, ¿quién pensara

que tan feliz desenlace...

MARQUES. (*Á Monzon y este entra en el despacho del ministro.*)

Dadme sombrero y baston.

Ya la frente alzo serena.

Voy á dar la enhorabuena

á Su Magestad...

ESCENA XVII.

EL MARQUES. EL BARON.

MARQUES. ; Baron !

Decidme... (*Dándole la mano.*)

BARON. Todo está en calma.

MARQUES. ; Cuánto os debo !

BARON. No señor ;

á mí , nada...

MARQUES. Este favor

vivirá eterno en mi alma.

BARON. Perdonad : yo no os oculto ,
marques , lo que ha sucedido.

MARQUES. Pues decid...

BARON. La Reina ha sido
quien ha aplacado el tumulto.MARQUES. ; Eh ! Reservad la modestia
para el lenguaje de oficio ,
mientras yo os premio el servicio...

BARON. No os tomeis esa molestia.

*(Vuelve el portero con el sombrero y el
baston , y los toma el marques.)*

MARQUES. ; Cómo...

BARON. La Reina , os repito ,
lo ha hecho todo , y satisfecho
el pueblo...

MARQUES. ; Pero qué ha hecho ?

BARON. ; Qué ! ; No escuchásteis el grito...

MARQUES. (*Á Monzon , y este sale por la puerta de la
derecha.*)El coche. — (*Al baron.*) Hablad sin misterio.BARON. Viendo que el actual no gusta ,
promete María augusta
nombrar otro ministerio.MARQUES. ; Qué decís ! ; No armásteis vos
el motin...BARON. (*Ya está convulso.*)

Sí ; pero dado el impulso...

¿Qué os diré? ; Estaba de Dios...
 MARQUES. ; Del diablo!

BARON. Tomó otro rumbo
 el popular somaten,
 y mi plan...

MARQUES. ; Estamos bien!
 Creí triunfar, ¡y sucumbo!

BARON. No temais. En el portal
 segura escolta os espera,
 por si hay algun calavera...

MARQUES. ; Mas qué accidente fatal...

BARON. Sabeis que hay ciertos registros
 dificiles de tocar.

Dieron todos en gritar:

“¡Caigan, caigan los ministros...!”

MARQUES. ; Oh...!

BARON. ; Y allí fue la de Dios
 cuando vi llegar un grupo
 de viejas, y el pueblo supo
 que se quejaban de vos!

MARQUES. ; Ah! ; Las viudas...!

BARON. Desde entonces
 ya no hubo freno ni valla ;
 ya era inútil la metralla,
 y los sables, y los bronces.
 Mas de cien mil insurgentes...

MARQUES. ; Nuevo ministerio!

BARON. Sí.
 La Reina lo ha dicho.

MARQUES. ; Así
 me sirven mis dependientes!

BARON. ; Si estais desacreditado...

Ya lo dije acá *inter nos*.

Y en fin, yo no os sirvo á vos ;
 sino á la Reina ; al estado.

MARQUES. ; Qué audacia! Su Magestad

sahrá de mi boca quién
 sirve mal y sirve bien.

Vuelo á sus pies...

BARON.

Escuchad.

Bueno será que de paso
lleveis vuestra dimision.

MARQUES. Eso no. Tengo teson.

Ni la Reina haria caso...

BARON. En colchon de plumas lleno

podeis caer si me oís;

pero si vos preferís
caer sobre duro... ¡bueno!

MARQUES. ¿Á quién fia la corona

la formacion de ese nuevo

gabinete?

BARON. No me atrevo...

MARQUES. ¡Vaya!

BARON. Á mi indigna persona.

MARQUES. ¡Ah! ¿Luego habeis conspirado
por vuestra cuenta esta noche?

¡Qué horror!

MONZON. (*Entrando.*) Os espera el coche.

(*Se quedá á una distancia respetuosa.*)

BARON. Nunca lo ageno he jugado.

MARQUES. (*Á media voz y el baron contesta del mis-
mo modo.*)

¿Y teneis la presuncion

de suplantarme...

BARON. Asi es.

Todos tenemós, marques,

nuestro poco de ambicion;

y sería un desatino

con honores de simpleza

arriesgar yo mi cabeza

por lanrear la del vecino.

MARQUES. Muy pronto cantais victoria.

De vuestro orgullo me rio,

que en la rectitud confio

de María de la Gloria.

Guarde Dios al arrogante;

al de la alta policia. —

(*Yéndose. Monzon le abre la mampara.*)

Mañana será otro dia.

BARON. (*Mañana serás cesante.*)

ESCENA XVIII.

EL BARON. MONZON.

BARON. (¡ Tanto amor á la poltrona!
Tendrá en la mano el decreto
de destitucion airada,
y el pobre nó ha de creerlo
todavía. — Pero yo,
que le critico severo,
tras de haberle derribado
sin reparar en los medios,
¿tendré menos aficion
á las riendas del gobierno?
¿Las empuño por ventura
todavía? Otro mas diestro
se pudiera aprovechar
de mi afan y mis desvelos. —
¡ Ah! Volvamos á palacio.
Son preciosos los momentos.)

*(Vase por la puerta de la derecha sin
cuidarse de Fonseca que entra por ella
al mismo tiempo y le hace reverencias.)*

ESCENA XIX.

FONSECA. MONZON.

MONZON. ¿ De cuándo acá saludais
con tan profundo respeto
al baron...

FONSECA. ¿ Pues no sabeis
lo que sabe todo el pueblo?

MONZON. ¿ Qué hay...?

FONSECA. Es el hombre del dia.

MONZON. ¡ El hombre del dia!

FONSECA. Miento.

Es el hombre de la noche.

MONZON. ¡ Qué escucho!

FONSECA. Está en candelero.

Tendrá plaza, de seguro,
en el gabinete nuevo.

Yo lo sé de buena tinta.

MONZON. ¿Con que cayó el ministerio?

FONSECA. Sí. ¡Y un portero mayor
no lo sabe! Eso es ya viejo.

MONZON. ¡Voto á Brios Baco...

FONSECA. Mañana

será tal vez gefe vuestro.

MONZON. ¡Pecador, que no le abrí
la mampara! Y aun por eso
al salir de aqui el marques
llevaba tan agrio el gesto,
y el baron se sonreía...
Mas como hablaban tan quedo...
¡Qué diablo... ¿Con que otro gefe?
Cero, y van mil y doscientos.

FONSECA. Harto me pesa, que ya
solté parte del dinero,
y el empleo del muchacho
se me va á volver, lo temo,
agua de cerrajas.

MONZON. No;
que si aprovechais el tiempo
aun os queda una esperanza.

FONSECA. ¿Qué esperanza?

MONZON. El testamento.

FONSECA. Decís bien. Por esta noche
aun tiene vida el enfermo.

MONZON. ¡Pues!

FONSECA. Y ademas, los ministros
son hombres de privilegio
que siempre mueren en gracia...
y testan despues de muertos.



ACTO QUINTO.

La decoracion del acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, entrando.

¡Ni un portero para abrirme
la mampara! ¡Qué insolente
canalla ruin! No lo extraño.
Ya por cesante me tienen,
y con el nuevo ministro
temerán comprometerse.
Yo les juro que si logro
afirmarme en el bufete...
Y quizá... ¿Quién sabe... Anoche
me recibió como suele
la Reina, muy afectuosa,
y aunque puse reverente
mi dimision á sus pies,
puede ser que no la acepte.
En el Diario oficial
ningun decreto aparece,
ni un solo renglon que anuncie
mudanza de gabinete.
De crisis mas apuradas
ha salido muchas veces
sano y salvo un ministerio,
y aunque hay síntomas de muerte,
no desespero...

ESCENA II.

EL MARQUES: MARTIN.

MARTIN. *(Con un impreso en la mano.)*

Señor...

MARQUES. ¿Qué traes? ¿Qué papel es ese?

MARTIN. El suplemento al Diario
del gobierno...MARQUES. *(Mal me huele.)*

Dame acá.

(Leyendo.)

" Reales decretos... "

*(Continúa leyendo para sí y hablando
alternativamente.)*Aquí yace el presidente
del consejo. — Aquí el ministro
de la guerra. — Este otro *requiem*,
para el ministro de hacienda. —

Aquí sigue... — El mio es este.

Em... Em... Em... "Su quebrantada
salud..." ; Pues ; sí ; lo de siempre!

Jamás me sentí mejor ;

esto es ; corporalmente.

En cuanto á salud moral,
estoy para que me entierren. —"Quedando muy satisfecha
de su lealtad y eminentesservicios..." ; Lindo epígrama,
linda música celeste,

y linda ayuda de costa

para el que todo lo pierde!

Veamos qué sucesor

me nombra. — ; El baron...! ; Alevé!

MARTIN. Si algo os puede consolar,
señor, en trance tan fuerte,
una noticia os daré...MARQUES. *(Con viveza.)*

¿Qué noticia? ¿Se conmueven

las masas? ¿Hay reaccion?
MARTIN. No; todo el mundo está alegre
 y tranquilo. La noticia
 es mas casera. Se entiende...

MARQUES. Acaba.

MARTIN. Anoche, poco antes
 que se agitara la plebe,
 viendo entrar en una casa
 al osado mozalbete,
 novio, hermano, ó lo que sea,
 de aquella niña rebelde,
 al que dió tan mal despacho
 á mi embajada solemne,
 me escurro á la policia,
 vuelvo con cuatro corchetes,
 y doy con él en la carcel.
 ¡Que nos la eche de valiente
 ahora!

MARQUES. Eso es una infamia
 que mi opinion compromete.

MARTIN. Señor, yo creí servir
 á Vucencia...

MARQUES. De esa suerte
 no quiero yo que me sirvan.
 No acostumbro á que me venguen
 esbirros y carceleros
 de un rival, sea quien fuere.

MARTIN. Sea mia la venganza.
 No es necesario que suene
 Vucencia. Yo soy plebeyo,
 y me quejaré á los jueces...

MARQUES. ¿Tú de qué?

MARTIN. ¡Buena pregunta!
 ¿Pues no me hartó de cachetes
 y puntapiés? ¿No es milagro
 que aun tenga en la boca dientes?

MARQUES. Eso no puede injuriar
 á villanos tan soeces
 como tú.

MARTIN. Ya... no me injuria...;

es verdad..., pero me duele.

MARQUES. ¡Cobarde animal...! Volando,
á desdecirte, y que suelten
al preso.

MARTIN. Señor, yo siento...

MARQUES. Vete; ó ¡vive el cielo... Vete.

ESCENA III.

EL MARQUES. Luego MONZON.

MARQUES. ¡Todo el mundo contra mí!

Hasta ese bruto me vende
con su celo temerario.

¿Quién le mandaba... ¡Parece
que lo hace el diablo!

MONZON. Este pliego
para Vucencia...

MARQUES. (*Tomando el pliego.*)

Tracde...

y despejad.

MONZON. (*Yéndose despues de entregar el pliego.*)

(¡Ya no es nadie,

y aun la está echando de gefe!)

ESCENA IV.

EL MARQUES.

Rompe el sobre, y lee para sí rápidamente.

¡Pues! El mismo real decreto.

¿Para qué tantos papeles?

El suplemento bastaba.

¿Qué empeño de que me entere...

Paciencia. Haremos de tripas

corazon. ¿Seré tan débil

que al soltar el cartapacio

me allija y me desespero?

¡Hay ya tantos camaradas!

; Esa carrera es tan breve,
 que debo maravillarme
 de haber durado seis meses!
 Si el mandar tiene atractivos,
 tambien tiene inconvenientes;
 y pues todo es ilusion,
 y los vientos van y vuelven,
 mirándolo á sangre fria
 y filosóficamente,
 de un ministro á un ex-ministro
 ¿qué va? Una é y una x. (*Sentándose.*)
 Ahora bien; antes que venga
 el baron y nos releve,
 hagamos el codicilo
 de costumbre. (*Recapitando.*)
 ¿Qué hay pendiente?

Se reemplazó al director...
 Aquel Fonseca ya tiene
 el despacho en su poder...
 ; Por vida... Lo mas urgente
 se quedaba en el tintero.
 Aun estan sin proveerse
 las plazas de secretarios...
 Pondré en lista á los clientes.

(*Consultando apuntes.*)

El yerno de mi nodriza...
 Sí, que es hermano de leche
 como quien dice. — (*Escribe los nombres.*)

Juan Robres. —

Aqui tengo este billete
 del embajador inglés.
 ¿Quién desaira á los ingleses?
 Baltasar Moreira. — Bueno.
 El tercero, Ambrosio Mendez. —
 Quedan dos. Una, al hermano
 de la vecina de enfrente. —
 Luis Cascaes. — Y la otra
 es razon que se reserve
 para el primo de Violante.
 Quitémonos ese duende

de encima. Y... ¿cómo se llama?

¡Voto ya al chapiro verde... 7 b

No lo sé. (*Recorriendo papeles.*)

Su memorial...

¿Por dónde... Almeida le tiene.

(*Toca la campanilla.*)

ESCENA V.

EL MARQUES. MONZON.

Él dirá... Al señor Almeida
que venga inmediatamente.

MONZON. No está.

MARQUES. Pues á otro oficial...

MONZON. No hay ninguno. Todos vienen
mas tarde...

MARQUES. (*Mirando el reloj.*) Teneis razon.
Son las doce menos veinte...

MONZON. ¡Pues! Ya veis...

MARQUES. Yo he madrugado.

MONZON. (¡Oh! No hay cosa que desvelo
como una destitucion.)

MARQUES. (Es tarde; el tiempo se pierde.
Yo tengo que despedirme
de la Reina. Mis deberes
de súbdito y caballero
lo exigen. Tengo papeles
en su despacho... Y... ¿quién sabe..
Si acierto á estar elocuente..
Aun es tiempo. Si á lo menos,
ya que yo no recupere
la silla ministerial,
consigo que no la herede
ese pérfido...) (*Á Monzon que se retiraba.*)

Esperaos.

(Á fuer de buen pretendiente,
ya habrá hablado con Almeida
el tal primo. Lo mas breve
es escribir... (*Escribe.*)

“Para el primo
de Violante.”—Y por apéndice...
(*Escribe.*) “El del memorial doblado
por el pico.” ; Lindamente!
(*Pone un sobre á lo que ha escrito.*)
MONZON. (¿Qué hará, que escribe y cavila,
y... ; Ba! ¿Qué ha de hacer? Pasteles.)
MARQUES. (*De pie y tomando sombrero y baston.*)
(Ahora por la puerta falsa,
no haga el diablo que me encuentre
al baron...) (*Á Monzon dándole el pliego.*)
Para el señor
Almeida. Luego. Es urgente.

ESCENA VI.

MONZON.

Ya ni sabe dónde pisa.
Mucho es que da con la puerta.
Se aturde, se desconcierta...
El pliego no corre prisa.
Ni aun á mandar un muchacho
casa de Almeida me atrevo
hoy que esperamos al nuevo
secretario del despacho.
Con toda mi comitiva
le he de saludar galante.
Primero es que la cesante
la autoridad efectiva ;
y nadie lo estrañará,
porque mi conducta esplica
que el que viene gratifica
y maldice el que se va. (*Entra Almeida.*)
Mas ¿quién entra? Almeida. Bien.

ESCENA VII.

ALMEIDA. MONZON.

ALMEIDA. ¿Ha venido el gefe?

- MONZON. Debo suponer que hablais del nuevo para darle el parabien.
- ALMEIDA. Uno solo tengo yo ; lo es el marques todavía , y á ver al marques venia.
- MONZON. Ya. Pues el marques sali6...
- ALMEIDA. Muy bien.
- MONZON. Dejando este pliego que acelerado escribi6 , y en propia mano me di6 , y en propia mano os entrego.

ESCENA VIII.

ALMEIDA.

(Abriendo el pliego.)

Veamos de qué se trata.

De alguna disposicion

testamentaria... *(Lee para sí rápidamente.)*

¿ No digo ?

Ya se sabe ; es de rigor.

Los nombramientos me manda

estender sin dilacion

de aquellas secretarías

que vacaban. Uno, dos...

Cinco son los agraciados

y cinco las plazas son.

¿ El pobre Castro... ! En su apoyo

alcé sin fruto la voz. *(Recorriendo la lista.)*

¿ Pues ! Todos son paniaguados...

¿ Qué dice en este renglon ?

(Lee.) "5.º — El primo de Violante."No fue vano mi temor. *(Vuelve á leer.)*

"El del memorial doblado

por el pico." — Ya, ya estoy...

¿ Mas cómo se llama ese hombre ? ;

que á esta hora no lo sé yo.

Y, por lo visto, el marques

tambien lo ignora. ¡ Por Dios ,
que estamos medrados ! ¿ Quién
me dará ahora razon
de su nombre ? ¡ Tanto pueden
la intriguilla y el favor ,
que logra un *quidam* anónimo
lo que un buen patricio no !
¿ Quién me alumbra en este caos ?
¡ Por vida del gran Mogol...
Que Violante tiene un primo
y es el que anoche me habló ,
es evidente , y tambien
que la Violante en cuestion
es dama de su Excelencia.
Tantas razones en pró...
¡ Pero el nombre... Poco á poco.
Si en lugar de ese bribon
yo empleara al pobre Castro
que es un mozo *Comm'il faut*...
La instancia recomendada
¿ no es de Castro ? Sí señor.
Luego si á Castro coloco
obediente al gefe soy.
Mas lo de primo y Violante
está claro como el sol ,
y la conciencia me dice
que ha habido aqui un *quid pro quo*.
Lo malo es que apura el tiempo ,
y si pierdo esta ocasion...
¡ Qué diablo ! El marques se va ,
y no es crimen tan atroz ,
siendo póstuma la orden ,
glosarla á mi gusto yo.
Como consiga cubrir
el espediente por hoy...
¡ Ah , qué idea ! Doña Marta ,
que ripio nunca perdió ,
para contarle sus cuitas
está esperando al baron.
La llamaré. (*Desde la puerta.*)

¡Doña Marta!

Venid, venid.

MARTA. (*Dentro.*)

Allá voy.

ESCENA IX.

ALMEIDA. MARTA.

MARTA. ¿Leisteis el suplemento...

ALMEIDA. Sí.

MARTA. ¡Qué gusto! Ya cayó...

ALMEIDA. No hablemos de eso, señora.

Escuchad. ¿Conoceis vos
á la familia de Castro?

MARTA. Mucho. Su padre nació...

ALMEIDA. ¿Tiene primos?

MARTA. Cuatro ó cinco...

Sí; cuatro hembras y un varon.

ALMEIDA. Nombradlos.

MARTA. Roque...

ALMEIDA. Las hembras.

MARTA. Mariquita de la O,
Juana, Rosa y Petronila.

ALMEIDA. ¡Eh! Por las cuatro no doy
un chicharo.

MARTA. Perdonad.

Todas son como una flor.

ALMEIDA. Otras, otras, aunque sean
tan remotas, que veloz
no pueda alcanzar un galgo
el parentesco.

MARTA. Leonor...

ALMEIDA. No me sirve.

MARTA. ¿Qué locura
os ha dado? Acá *inter nos*,
¿quereis casaros...

ALMEIDA. (*Impaciente.*) ¿No hay mas?

MARTA. ¡Vaya, que es rara aprension!
No recuerdo... ¡Ah! Sí; su tia

la Cónsula del Ferrol
tiene dos niñas; Violante...

ALMEIDA. Basta.

MARTA. Y Cármen...

ALMEIDA. Basta. Á Dios.

Recibid mi parabien.

MARTA. ¿Pero de qué?

ALMEIDA. Loco estoy
de contento. (*Dentro ruido de mamparas.*)

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Su Excelencia!

ALMEIDA. (*Corriendo hácia la secretaria.*)

Idos. Ya está aquí el baron...

MARTA. Mejor. Aquí le hablaré...

ALMEIDA. Pero...

MARTA. ¡Nada! No me voy.

(*Almeida entra en la secretaria. Marta se retira á un lado.*)

ESCENA X.

EL BARON. MARTA.

BARON. ¡No ha venido mi glorioso
predecesor todavía...! (*Viendo á Marta.*)

¿Quién sois vos, señora mía,
que entráis á raso y veloso...

MARTA. Viendo la antesala llena,
¿qué hago? Me escuro... Aquí estoy;
y así la primera soy
en daros la enhorabuena.

BARON. Muchas gracias; pero ahora...

MARTA. Yo soy una pobre viuda,
y si Ucencia no me ayuda...

BARON. Pero aun no es tiempo, señora...
Antes de instalarme aquí
y de tomar posesion

del ministerio, ¿es razon
que vos la tomeis de mí?

MARTA. Señor, el hambre me hostiga.
Ya veis; sin cobrar un mes

- en año y medio... El marques ,
ese hombre que Dios maldiga...
- BARON. Si aspirais á mi favor
no me habéis de nadie mal.
Yo no vengo á ser fiscal
del ministro antecesor. (*Dentro sollozos de
muger y rumor confuso.*)
- MARTA. Mas si yo me enciendo en ira ,
motivo me sobra y mucho...
- BARON. ¿Qué es esto? Llantos...
- MARTA. ¿Qué escucho!
¿No es la voz de mi Ramira?
- BARON. (*Toca la campanilla y acude Monzon.*)
¿Quién grita? ¿Qué es eso?
- MARTA. ¡ Ah!
- MONZON. La hija de esa señora...
Por ella pregunta ; llora...
- RAMIRA. (*Dentro.*) ; Venganza ! ; Favor ! ; Mamá !
- MARTA. (*Dirigiéndose á la puerta.*)
; En mi alma resuena el grito !
- BARON. Que entre esa jóven.
- MONZON. (*Á la puerta.*) Entrad.

ESCENA XI.

EL BARON. MARTA. RAMIRA.

- RAMIRA. ; Qué infamia ! ; Qué iniquidad !
- MARTA. (*Con terror.*)
; Oh ! ¿ Se consumó el delito ?
; Feroz marques ! Hoy le arrastro.
- RAMIRA. No le he visto.
- MARTA. ; Ay , perla mia !
¿ Pues qué hay ?
- RAMIRA. Que la policía
ha preso á mi novio.
- MARTA. ; Á Castro !
¿ Cuándo ?
- RAMIRA. Anoche . ; Pobrecito !
- BARON. ; Ah ! Ya sé ...

- RAMIRA. Sin mas ni mas
le cogieron cuatro, y ¡zás...
Desde la carcel me ha escrito.
- MARTA. ¡Eso faltaba! El oprobio...
- RAMIRA. Por ser yo constante y pura...
- BARON. No os allijais, criatura.
Yo os volveré vuestro novio.
- RAMIRA. ¡Ah! Mi eterna gratitud...
- MARTA. Mas ¿cómo...
- BARON. (*Á Ramira.*)
Fuí sorprendido.
Despues todo lo he sabido
y aplaudo vuestra virtud.
Ya está libre Castro.
- RAMIRA. ¿Sí?
El ciclo os lo premiará.
Vamos á verle, mamá.
- BARON. No hay para qué. Vendrá aqui.
Me han dado buenos informes
de ese mozo, y verle quiero.
- MARTA. Es patriota verdadero,
y con méritos... enormes.
- BARON. No dudo...
- MARTA. Y leal...
- BARON. Lo sé;
mas dejadme solo, os ruego...
- MARTA. Si dais palabra...
- BARON. Bien... Luego...
Á su tiempo os llamaré.

ESCENA XII.

EL BARON.

El marques no se apresura
á resignar la cartera.
No me admiro; ¡y en mis manos
que ayer fueron subalternas!
Estará muy resentido,
mas la política guerra

tiene su táctica aparte
 y su especial estrategia.
 Lo que el vulgo llama intriga,
 dolo, perfidia, vileza,
 porque no están á su alcance
 los misterios de la ciencia,
 entre los hombres del gremio
 es penetracion, cautela,
 sagacidad, prevision,
 tacto, genio, inteligencia,
 y por fin razon de estado
 y diplomacia moderna. —
 Pero es ya mucha tardanza...
 ¿Si revocará la Reina
 el decreto... ;Eh! No es posible...
 Vamos á dar una vuelta
 por esa secretaria...
 Ya avisará cuando venga.

*(Entra en la secretaria y al cerrarse la
 mampara abre el marques por dentro la
 puerta secreta.)*

ESCENA XIII.

EL MARQUES, tocando la campanilla.

Golpe en vago. Despachemos
 cuanto antes. *(A Monzon que entra.)*

Llamad á Almeida.

(Entra Monzon en la secretaria.)

Su Magestad no desiste.

No ha dado lumbre la arenga.

ESCENA XIV.

EL MARQUES. ALMEIDA.

MARQUES. ¿Tracis eso?

ALMEIDA. Sí. Ha venido
 el baron...

MARQUES. (*Sentándose.*)

Sea enhorabuena.

Dadme: firmaré...

(*Almeida va presentando oficios y los firma el marques despues de leerlos rápidamente.*)

Corriente.—

Ahí está la salvadera.—

(*Almeida va recogiendo los oficios despues de echarles polvos.*)

ALMEIDA. (Si Dios me saca con bien...)

MARQUES. Á don Baltasar Moreira...

Bien. Tomad.— Ambrosio Mendez...

ALMEIDA. La lista ha sido mi regla.

MARQUES. Cascaes... Está conforme.—

Alfonso de Castro y Leiva...

Supongo que este es el primo

de Violante...

ALMEIDA.

Pues; y en prueba

aquí está su memorial, (*Se lo enseña.*)

y de vuestro puño y letra

el decreto...

MARQUES. (*Echando una ojeada al memorial.*)

Sí; es el mismo...

Cuando os escribí la esquela

no recordé... Que se cierren

al momento...

BARON.

(*Á la puerta de la secretaria.*)

¿Dais licencia?

ESCENA XV.

EL MARQUES. EL BARON. ALMEIDA.

MARQUES. (*Levantándose y afectando jovialidad.*)

¡Señor baron! Adelante.

ALMEIDA. (¡Gracias á Dios! Aun me tiemblan las carnes.)

ESCENA XVI.

EL MARQUES. EL BARON.

BARON. ¿Qué haceis? Sentaos.

MARQUES. Bien estoy. La silla es vuestra.

BARON. ¡Oh! Yo no la admitiré
estando en vuestra presencia.

MARQUES. No la hagais ascos ahora.
Arrellanaos en ella.

BARON. Si como dicen las gentes
es potro con oro y seda...

MARQUES. Vos no lo creis asi.

BARON. No lo sé por esperiencia;
pero temo que en efecto
sea carga muy molesta...

MARQUES. Como son flacos mis hombros
y no pueden sostenerla,
la tomais sobre los vuestros.
Mil gracias por la fineza.

BARON. Señor marques...

MARQUES. Dispensadme
de haceros formal entrega. (*Abriendo un ca-
jon de la mesa.*)

Los papeles reservados
estan en esa carpeta.

Ya os dirán los oficiales
la marcha que aqui se lleva.

BARON. No mas; basta.

MARQUES. Á Dios. Veremos
si es mejor vuestro sistema
que el mio.

BARON. Sin agraviaros...,
procuraré que lo sea.

MARQUES. El ramo de policia
estará al menos en regla.

BARON. Marques..., no quiero humillaros
ofreciéndoois mi indulgencia.

MARQUES. Entiendo. En este lugar

fueran pueriles mis quejas.
En el Congreso os aguardo.

BARON. No rehusó la palestra.

MARQUES. Mi venganza será noble
mas que lo ha sido la ofensa.
Pero si yo no conspiro,
otros seguirán la senda
que habeis trazado.

BARON. Tal vez...

MARQUES. Tenga presente Vucencia
lo de "quien á hierro mata
no es mucho que á hierro muera."
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCÈNA XVII.

EL BARON, sonriéndose.

¡Qué mosca lleva el marques...
(*Pensativo.*); Pero qué mosca me deja!

ESCENA XVIII.

EL BARON. MONZON.

MONZON. Señor, don Alfonso Castro
vuestras órdenes espera.

BARON. Que entre.

MONZON. ¡Tambien las señoras...

BARON. Tambien. (Dios me dé paciencia.)

ESCENA XIX.

EL BARON. MARTA. RAMIRA. CASTRO.

CASTRO. Señor baron...

BARON. Engañado
por una infame denuncia
anoche os hice encerrar
en una carcel oscura,

pero informado despues
de vuestra hourada conducta,
os he puesto en libertad.

CASTRO. Las cárceles no me asustan,
que está sana mi conciencia,
y si un tribunal me juzga,
sabrà Lisboa...

BARON. Es inútil,
porque ya nadie os acusa.
Vuestra novia se ha quedado
con su honra ilesa y pura,
el amo con sus deseos
y el lacayo con su zurra.
Falta que yo os desagравie
de mi involuntaria culpa.
Si en algo puedo serviros...

MARTA. ¿Que si podeis? ¿Quién lo duda?
Dias ha que solicita
con mas razon que ventura
la plaza de secretario...

CASTRO. Señora...

MARTA. No callo. De una
administracion...

BARON. Si en eso
toda su ambicion se funda
pues ya me consta su mérito,
yo os prometo...

(Toca la campanilla y acude Monzon.)

MARTA. ¡Ah! ¡Qué fortuna!

CASTRO. Señor...

MARTA. *(En voz baja.)*

¡Tontazo! Aprovéchate
de tan buena coyuntura.

BARON. *(A Monzon.)*

¿Quién es aqui el encargado
del personal?

MONZON. *(Dudoso.)* ¿Quién...

MARTA. Pregunta
por don Hilarion Almeida.

MONZON. Sí; él es...

- BARON. Que venga.
- MONZON. (*Mirando de reojo á Marta.*)
(¡ Esa bruja...)
(*Entra Monzon en la secretaria.*)
- RAMIRA. ¡Qué diferencia del otro,
que hizo pedazos tu súplica...
- CASTRO. Escusad á esa señora...
- BARON. La pretension es muy justa.
- MARTA. Á tres personas hareis
felices con una rúbrica.

ESCENA XX.

EL BARON. CASTRO. MARTA. RAMIRA. ALMEIDA.

- MARTA. Ahí está el señor Almeida.
Vereis como el asegura...
- ALMEIDA. ¿Qué mandais, señor baron?
(*En voz baja á Castro dándole un oficio.*)
Tomad, amigo, y con mucha
salud...
- MARTA. (*Acercándose á Castro.*)
¿Qué papel es ese?
- BARON. Tendré complacencia suma
en colocar á ese joven.
Cuando una vacante ocurra,
avisad...
- ALMEIDA. Ya está servido.
- BARON. ¿Cómo es eso?
- ALMEIDA. Ya disfruta
el empleo que pretende.
- CASTRO. (*Rasgando el oficio despues de leerle.*)
¡No! Primero me consumia
de hambre y de pesar.
- ALMEIDA. ¿Qué haceis?
(¡ Á Dios fruto de mi industria!)
- BARON. ¿Qué rompéis?
- ALMEIDA. ¡Su nombramiento!
¿Se ha visto mayor locura?
- BARON. ¿Qué causa...

- CASTRO. Señor baron,
hay gracias que son injurias.
- BARON. Pero...
- CASTRO. Es mala credencial
una firma que me insulta.
No quiero deber favores
á quien mi afrenta procura.
Quiero vivir pòbre, oscuro,
pero deshonorado ; nunca!
- ALMEIDA. ¡ Hombre...
- BARON. Bien hecho y bien dicho.
Ese rasgo os asegura
mi amistad, y pues ahora
soy yo el dueño de la pluma,
señor de Castro, y supongo
que mi firma no os repugna...
- CASTRO. ¡ Oh ! No.
- MARTA Y RAMIRA. ¡ No!
- BARON. (*Á Almeida.*) Nueva edicion
hágase de la minuta.
Dios perdone á la primera: ;
yo firmaré la segunda. uDj
- ALMEIDA. ¡ Volando!
(*Entra corriendo en la secretaria.*)
- MARTA. El cielo os conserve
para consuelo de viudas.

ESCENA XXI.

EL BARON. MARTA. RAMIRA. CASTRO. MONZON.

- MONZON. Don Crisóstomo Fonseca...
- BARON. Fonseca... Me alegro...
- MONZON. Os busca...
- BARON. Decidle que entre.
- MONZON. (*Abriendo la mampara.*)
Adelante.
- BARON. (¡ Estraña caricatura!)

ESCENA XXII.

EL BARON. MARTA. CASTRO. RAMIRA. FONSECA.

FONSECA. Agradeciendo la audiencia,
con la mayor reverencia
y con sumo regocijo
doy gracias á Vuecelencia
por el empleo de mi hijo.

BARON. Sé que le han hecho oficial,
pero antes que la corona
me confiase...

FONSECA. Es igual.
Ha variado la persona;
pero no el ente moral.
Esto sea sin perjuicio
de saludar al baron
y ofrecerme á su servicio
como está puesto en razon.
(Presentándole la petaca.)

¿Gústais?

BARON. No tengo ese vicio.

FONSECA. Yo una tercena consumo.

(A Marta.)

¡Hola! ¿Aqui estais, buena alhaja?

(Al baron.)

¡Ah! Si preferís al humo
rapé exquisito, mi caja... (Sacándola.)

BARON. Ni tomo polvo, ni fumo.

FONSECA. Perdonad, señor baron,
si el muchacho todavia
no ha tomado posesion.
Está malo el alma mia.

BARON. ¿Sí? ¿Qué tiene?

FONSECA. Sarampion.

BARON. ¡Angelito!

FONSECA. Ya vendrá

luego que pase la peste...

BARON. No es razon que se moleste

y otra enfermedad le cueste.
Está reemplazada ya.

FONSECA. ¡Eh! No lo puedo creer.
Sois chancero...

BARON. No lo soy.

FONSECA. (*Sacando un papel.*) La orden no puede ser
mas fresca. Fecha de ayer...

BARON. ¿No es mas fresca la de hoy?

FONSECA. Sí tal; ¿pero quién diria...

BARON. Que estudie y que se haga grande.
En esta secretaría
no entrarán mientras yo mande
niños de la escuela pía.

FONSECA. ¡Tambien es mucho pesar
que sea mi hijo el primero
con quien se haga un ejemplar!
¿Y el dinero? ¿Y mi dinero?
¡Abur! Tirado á la mar.

BARON. ¡Justo castigo de Dios
á tan ilícito tráfico!

FONSECA. Sea dicho entre los dos,
baron, ¿sois ministro vos,
ó capuchino seráfico?

BARON. Habcis pecado, no obstante,
por ignorancia, y me pesa...

FONSECA. Si mi suerte os interesa,
la estafadora es Violante...

BARON. Sí; la finjida condesa.
Ya ha salido de la corte,
condenada á reclusion.

MARTA. ¡Bien! ¿Y el primo? Aquel bribon...

BARON. Á Ultramar, franco de porte,
remandó en un galeon.

FONSECA. Vamos; eso me conforta.
Aunque es duro el escarmiento,
la chulada es lo que siento:
el dinero no me importa.

ESCENA XXIII.

EL BARON. MARTA. FONSECA. CASTRO. RAMIRA. ALMEIDA.

BARON. ¿Tracis ese nombramiento?

ALMEIDA. (*Dándole un oficio que firma el baron.*)

Sí señor.

BARON. Dadme.

(*Dándosele á Castro despues de firmarle.*)

Tomad.

CASTRO. ¡ Ah señor! Tanta bondad...

MARTA. Permitid que á vuestros pies...

BARON. (*A Almeida.*)

Alzad. — Volveré despues.

Mé espera Su Magestad. (*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA ÚLTIMA.

FONSECA. MARTA. CASTRO. ALMEIDA. RAMIRA.

MARTA. ¡ Oh qué amable, qué benigno!

¡ Con qué dulzura nos trata!

¡ Jesus... este sí que es digno
de que le den serenata

y le compongan un *higno*.

FONSECA. ¡ Eh...

RAMIRA. ¡ Tan generoso...

FONSECA. Ya...

MARTA. ¡ Tan justo... Lo que se llama
un buen ministro.

FONSECA. Quizá...

MARTA. Y si programa nos da,
¡ qué bueno será el programa!

FONSECA. ¿ Programa? Eso es lo de menos.

Todos dan, señoras mias,
programas y garantías.

Todos son buenos, muy buenos...
los primeros quince dias.

Teatro moderno español
vol. 12, no. 32

EL ENTREMETIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA.

SU AUTOR,

DON ANTONIO GIL Y ZÁRATE.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1858.

PERSONAS.

Don Melchor.

Doña Cesarea, *su muger.*

Doña Mariquita, *su hija.*

Don Eugenio, *su hijo.*

Don Roque, *escribano.*

Don Pedro, *amigo de don Melchor.*

Doña Antonia, *su hija.*

Don Gabriel, *amante de Mariquita.*

Perico, *criado de don Melchor.*

Juan, *criado de don Gabriel.*

La Escena es en Madrid en casa de don Melchor. El teatro representa una sala con puerta al foro y á la izquierda, y una ventana á la derecha, y en el rincón del mismo lado un biombo.

Esta Comedia es propiedad del Editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó presente en algun teatro del reino sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MELCHOR. DON ROQUE. PERICO.

Mel. Con que, Perico, ¿no tienes mas noticias que darme?

Per. ¿Qué mas quiere usted, si le he contado la vida y milagros de medio Madrid?

Roq. Pero, señor don Melchor, ¿que sea usted así! ¿Quién le mete en averiguar vidas ajenas? Usted cuide de sus negocios; y los de los otros mas que se los lleve el diablo.

Mel. Eso se queda bueno para los egoistas como usted; pero sepa, señor don Roque, que no hay ocupacion mas entretenida, ni mas útil al mismo tiempo. El que tiene que vivir en el mundo debe conocer á cuantos le rodean: es el único medio de que no le engañen. ¿A que no me la pegan á mí? Apenas llega una persona á hablarme, que ya estoy al cabo de la calle de cuanto intenta y desea. Y no piense usted que esto lo hago por mera curiosidad. Nada de eso. No llevo mas objeto que el de servir á mis amigos. Sin que ellos lo sepan, muchas veces arreglo sus negocios y les hago servicios de que luego me dan las gracias.

Per. ¡Ya se ve! Y sino, acuérdesese usted de los casamientos que ha hecho contra viento y marea de padres y tutores; de los maridos á quienes ha dado á conocer sus verdaderos intereses separándolos de sus mugeres; de mil, en fin, que le estan agradecidos por los buenos servicios que les ha he-

cho su oficiosidad de usted, sin saberlo ellos, y aun contra su voluntad.

Roq. Pues yo, sin dárseme un bledo de que los negocios ajenos vayan tuertos ó derechos, he sabido hacer prosperar los míos. Figúrese usted si habrán pasado algunos por mis manos en treinta años que ha soy escribano público; pues lléveme Dios si he visto nunca en ellos mas que el provecho que podían darme. Asi es, que gracias á mi buena maña, tengo el riñon bien cubierto.

Mel. Tampoco he descuidado yo los míos. Por otra parte, soy feliz. Mi familia es el modelo de todas las virtudes. Mi muger no tiene otro defecto que el ser algo amiga de galas y diversiones; mas esto no perjudica á su buena conducta. Nada de cortejos: su marido y no mas. Lo que otras derrochan en fruslerías, ella lo emplea en obras de piedad. ¿Qué voto dirá usted que está cumpliendo ahora?

Roq. ¿Qué sé yo...! alguna novena quizá.

Mel. Está haciendo un primoroso vestido para una Virgen de su devocion.

Per. Como que tiene usted que darme hoy mismo dos mil reales para pagar al platero la corona, las potencias, y los zapatitos de plata.

Mel. Mucho es; pero siendo para un objeto tan santo luego te los daré.

Per. (*Aparte.*) Y yo los llevaré á la modista para pagar los trages de máscaras.

Mel. Mi hijo Eugenio es un portento de aplicacion, y un modelo de buena conducta: un año se ha estado estudiando en Alcalá sin acordarse de Madrid para nada.

Per. (*Aparte.*) Excepto de su querida, á quien ha venido á ver mas de cien veces.

Mel. No digo nada de mi hija Mariquita. ¿Qué muchacha tan dócil! Es como una malva. ¿Y qué inocencia! Apuesto á que no sabe siquiera qué cosa es un amante.

Per. (*Aparte.*) Preguntádselo á su don Gabriel.

Mel. Puede usted decir, señor don Roque, que lleva

por muger una muchacha como hay pocas, que le querrá mucho, le mimará, y le estará haciendo fiestas de dia y de noche.

Rog. En esa inteligencia me he decidido á tomar estado y á cargarme con los gastos de una boda y de una muger, que ahí es nada; pero ya voy para los sesenta y cinco, y aunque me conservo, bendito sea Dios, como una manzana, necesito tener quien me cuide, y una persona á quien dejar mis patacones.

Mel. No es precisamente su dinero de usted lo que me inclina á esta boda, sino el deseo de dar á mi hija por marido un hombre de juicio y esperiencia, y no un barbilampiño monuelo y petimetre que no supiese procurar por su casa y abandonase sus obligaciones.

Rog. ¿Pero está usted seguro de que la chica se casará gustosa conmigo, y que no está enamorada de nadie?

Mel. ¿Pues no se ha de casar con gusto? Basta que yo se lo mande. Y en cuanto á queridos, cuando yo le digo á usted que no los tiene... Figúrese usted si á mí se me habria escapado. Jamas se ha atrevido ni siquiera á mirar á un hombre. ¿Habia ella de amar á nadie en secreto, ni andar en coloquios con su querido por la reja, como hacen otras...? Verbi-gracia, su amiga la Antoñita, la hija de don Pedro, nuestro vecino, que tiene escandalizada la calle... (*A Perico.*) Hombre, ¿quién será ese embozado que habla con la tal Antònia tantas noches por la reja? ¿Le conoces tú?

Per. ¿Yo...? No señor; no tengo noticias...

Mel. Pues á mí se me figura que tú lo sabes y me lo ocultas. ¡Cuidado con ella! Mira que quiero enterarme de esa intriga; y sin que pase de hoy me lo has de averiguar.

Rog. Deje usted que se hablen cuanto quieran, y deje al padre de esa niña el cuidado de vigilar sobre su conducta. A usted le basta que en su familia no cometan tales escesos.

Mel. ¡Oh! eso no. (*Mira el reloj.*) ¡Hola, hola! Las diez y media muy largas de talle... ¡Qué pronto se pasa la mañana! ¡Ha oído usted misa, señor don Roque?

Roq. Aun no.

Mel. Pues si usted quiere iremos á oír juntos la de once á San Ignacio, que es cortita, y está cerca.

Roq. Como usted guste.

Mel. Pues vamos... Con que, Perico, no olvides averiguar quién es aquel sugeto.

Per. ¿Qué sugeto?

Mel. ¿No te acuerdas? El que habla con la Antoñita.

Per. ¡Ah! ya estoy.

Mel. Abur.

ESCENA II.

PERICO.

¡Si supiera que es su hijo, á quien tiene por un modelo de aplicacion y recogimiento! ¡Qué hombre! Siempre arreglando los negocios agenos, y deja que los suyos vayan á la diablo. No cesa de oler y husmear cuanto se hace en las casas de los demas, é ignora lo que pasa en la suya.

ESCENA III.

PERICO. DOÑA CESAREA.

Ces. Perico, ¿pediste aquel dinero á mi marido?

Per. He aprovechado una ocasion oportuna que se me presentó para ello, y ha quedado en que luego me lo dará.

Ces. ¿Fuiste á casa de la modistá?

Per. Sí señora: ha dicho que traerá el vestido esta tarde sin falta.

Ces. ¿Es honito?

Per. Por lo que he visto ha de ser precioso; pero la pfcara hace valer sus puntadas.

Ces. No importa: mi marido paga.

Per. La broma será cuando llegue á saber don Melchor que la corona de plata para la Virgen, se ha convertido en trages de baile.

Ces. No me quitará el haberme divertido.

Per. ¡Qué diversion! Meterse en medio de aquella barahunda de bracero con un maridazo que de todo hará caso menos de su pareja.

Ces. ¿Piensas que he de ir con mi marido? ¡Bueno fuera!

Per. ¿Pues con quién?

Ces. Será, mediante Dios, con un jóven muy buen mozo, y muy amable.

Per. Ya caigo. Es uno que ha conocido usted en la tertulia de doña Juana, que se llama don Gabriel, que estuvo ayer en conversacion con usted toda la noche, la acompañó hasta casa, y quedó en venir hoy á visitarla.

Ces. Tú eres el demonio. ¿Y cómo lo has sabido?

Per. Conozco mucho á ese caballerito, y esta mañana me lo ha contado él mismo todo.

Ces. ¿Verdad que es muy buen mozo?

Per. ¡Cáspita si lo es! ¿Pero consentirá don Melchor en que vaya usted con él?

Ces. Pienso ir sin que él lo sepa; y para esto cuento contigo.

Per. Mande usted cuanto guste; ya sabe que me pinto solo para esta clase de intrigas, y que aunque su esposo me tiene dicho que la cele, no le hago caso, porque siempre he sido inclinado á tomar el partido de las mugeres en contra de los maridos.

Ces. Pues luego cuando venga don Gabriel concertaremos los medios de salir de casa sin ser oida ni vista. Abur. (*Vase.*)

Per. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

PERICO. Luego DOÑA MARIQUITA.

Per. Pues señor, véase una madre rival de su hija... pero aquí viene la niña.

Mar. Perico, ¿has visto á mi novio?

Per. Sí señora.

Mar. ¿Te ha dado alguna carta para mí?

Per. No señora.

Mar. Pues ¿cómo? ¡Infiel! ¡Ingrato! ¿No sabe que tiene obligacion de escribirme todos los dias?

Per. Como ha apurado en sus cartas cuanto ha leído en la nueva Heloisa y otras novelas, no sabe ya qué decir, y por esta vez no ha salido el correo.

Mar. ¿Tenia mas que repetir lo que me ha escrito en otras cartas?

Per. Le da vergüenza el repetirlo por la centésima vez.

Mar. No importa: ¡me gusta tanto!

Per. Y luego desde que supo que sus cartas paraban en papillotes para los rizos... Pero dejándonos de chanzas, tengo, señorita, que comunicar á usted dos noticias; una buena y otra mala.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Empezaré por la buena. Su novio de usted, don Gabriel, va á venir hoy á casa.

Mar. ¿De veras?

Per. Y regularmente será ya visita diaria.

Mar. ¡Ay, qué gusto! ¿Pues cómo ha podido introducirse...?

Per. Por la casualidad de haber conocido á su madre de usted en una tertulia.

Mar. ¿Con que hoy vendrá?

Per. Esta mañana misma.

Mar. ¡Válgame Dios, cuánto tarda!

Per. Vaya ahora^a la noticia mala, pero no tiene usted que alligirse.

Mar. (*Aparte.*) Lo que siento es el estar hoy tan mal vestida.

Per. La cosa podrá componerse habiendo maña.

Mar. ¿Por qué no me lo has dicho antes? me hubiera puesto la dulleta nueva.

Per. ¿Quiere usted atender, señorita?

Mar. Sí, ya atiendo.

Per. Sepa usted que su padre quiere casarla.

Mar. ¿Tambien eso? ¡Ay, qué buen papá!

Per. ¿Se alegra usted?

Mar. Ya se ve que sí: voy á ser muy feliz con él.

Per. ¿Quién es él?

Mar. Don Gabriel.

Per. El caso es que no es ese el novio que su padre de usted la destina.

Mar. ¿No? Pues yo no quiero otro.

Per. Bien hecho; pero como don Melchor no tiene cuenta con eso, ha dispuesto ya de su mano de usted, y se la ha prometido á don Roque.

Mar. ¿Á ese vejestorio...? ¡Vaya! tú te burlas.

Per. No señora: créame usted.

Mar. Primero me enterrarán con palma.

Per. Pues don Melchor quiere antes que sea usted martir.

Mar. Le diré que don Roque es feo, viejo, achacoso, que no le puedo ver, y que quiero meterme monja.

Per. Recurso de todas las muchachas cuando no pueden hacer su gusto. Déjese usted de eso, y siga mis consejos.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Primero, fingir que acepta usted gustosa ese marido.

Mar. Eso no.

Per. No sea usted niña. Don Melchor es testarudo: si usted resiste, se aferrará mas en su idea, tendremos funcion, y nada adelantaremos. Aquí no hay mas arbitrio que apelar á los ardides é intrigas... buscar los medios de dar al traste con la boda, disparando el tiro y ocultando la mano; y luego que alguno de los dos viejos se haya llamado andana, vendrá bien que don Gabriel presente su solicitud, que entonces no será mal admitida si entre tanto se sabe ganar la voluntad de vuestro padre.

Mar. ¡Ay, qué bueno serás si consigues que yo me case con don Gabriel!

Per. Deje usted: poco he de poder, ó don Roque se quedará tocando tabletas.

Mar. ¡Cuánto te querré entonces!

Per. Bueno, bueno... Por ahora conviene que no nos sorprendan hablando. Márchese usted.

Mar. Á Dios... ¡Ah! cuidado con avisarme cuando venga don Gabriel.

ESCENA V.

PERICO. DON EUGENIO.

Per. ¡Qué cabeza tan ligera! Aquí está el otro enamorado.

Eug. Perico, sé que esta noche va mi Antoñita á las máscaras, y quiero tambien ir: cuento contigo para salir de casa.

Per. Sí, pero antes debe usted cuidar de andar listo y ver lo que hace: su padre de usted le ha visto á la reja de la tal Antoñita, y es un milagro no le haya conocido.

Eug. Cuidado con descubrirme.

Per. Ya estoy en eso; pero algo habrá que decirle, pues me ha encargado le averigüe quién es el que habla con esa señorita; y como sabe mi maña, si me negase á satisfacer su curiosidad, perdería la gran confianza que tiene en mí, y que tan necesaria nos es en esta circunstancia.

Eug. Dile alguna mentira.

Per. Eso no necesita usted aconsejármelo, que á mí me es mas facil mentir que decir la verdad... Pero por de pronto, debe usted dejar de hablar á su querida por la reja. Eso era bueno cuando estaba en Alcalá y venia á Madrid de incógnito solo con ese objeto. Ahora que está usted en casa, y tiene la proporeion de ver y hablar en ella á doña Antonia, fuera imprudencia arriesgarse por el placer de estar pelando la pava de noche y á deshora.

Eug. Tienes razon. Por fortuna hoy tendremos en casa todo el dia á la Antoñita, pues viene á comer con nosotros.

Per. ¿Entonces qué mas quiere usted?

Eug. Por lo que hace al baile, tendrás entornada la puerta de la calle, y...

Per. Descuide usted: lo arreglaré de modo que le quede á usted el camino espedito.

Eug. Pues abur; voy á buscar mi traje.

ESCENA VI.

PERICO.

¿Hay alguien mas á quien confesar? Vaya que estoy hecho el confidente de toda la familia. ¡Pobre don Melchor! piensa que nada se le escapa, é ignora que su muger se la pega, que sus hijos andan en intrigas amorosas, y que yo (el depositario de toda su confianza) le traigo engañado como á un chino. Viva la perspicacia del señor don Melchor. Sin embargo, la cosa se va enredando. Él no parará hasta conocer al amante de doña Antonia... Por otra parte, esta introduccion tan inesperada y tan sin motivo de don Gabriel en su casa, le ha de dar que sospechar y puede infundirle recelos... Es preciso inventar algun pretesto... ¡Bueno! ¡Qué feliz ocurrencia! Ello es un embuste como una casa; pero es el modo de satisfacer su curiosidad y prevenir al mismo tiempo sus sospechas.

ESCENA VII.

DON MELCHOR. PERICO.

Per. Albricias, señor don Melchor.

Mel. ¿De qué?

Per. He averiguado ya quién es el que habla con la Antoñita.

Mel. ¡Hombre! ¿tan pronto?

Per. Ahí verá usted cuál es mi actividad cuando se trata de servirle.

Mel. Sí, ya la conozco; pero por esta vez no me la pegas. Tú lo sabias ya esta mañana, y viendo que no te es posible ocultarlo, me quieres ahora vender esa fineza.

Per. ¡Qué malo es usted! Nada se le escapa.

Mel. ¡Oh! á mí nadie me engaña.

Per. Es cierto que lo sabia; mas no creí conveniente decirselo á usted delante de don Roque.

Mel. Con que vamos, ¿quién es?

Per. Es un tal don Gabriel de Mendoza.

Mel. ¿Mendoza...? calla, ¿si será el hijo de don Fernando de Mendoza, un comerciante que vive en la calle de la Montera?

Per. El mismo: ¿le conoce usted?

Mel. Lo que es él no le tengo muy presente, porque no le he visto desde que era tamañito; pero su padre ha sido muy amigo mio... Hombre muy guapo, honradote, y que tiene un caudal muy saeado.

Per. Pues señor, el tal don Gabrielito y la Antoñita estan perdidamente enamorados.

Mel. Pero ¿la cosa no/pasa de hablarse por la reja? ¿Él no entra en la casa?

Per. ¿Qué! no señor.

Mel. Es estraño; porque si no me engaño, los padres deben tener algunas relaciones; y no le fuera difícil á don Gabriel teniendo interes...

Per. Es que... usted no sabe... Las dos familias estan ahora contrapuntadas.

Mel. ¡Ah! ¡ya...!

Per. Por eso... que si nó... ya ve usted... Asi es que no se dé usted por entendido con don Pedro cuando le vea.

Mel. ¡Oh! no... Y á todo esto, el tal don Pedro estará todavia en ayunas de cuanto pasa.

Per. Por supuesto.

Mel. ¿Qué hombre! ¿Bendito Dios...! Se lo he dicho mil veces. Es usted muy descuidado, se la pegará un niño de dos años. Y luego se me viene con chulletas é ironías sobre si soy entremetido, sobre si ando con chismes y cuentos, sobre si traigo revuel-tas las casas de los amigos...

Per. ¿Jesus qué calumnia!

Mel. Veremos ahora si la esperiencia le desengaña. Su hija está dando que murmurar á toda la vecindad, y él ignora sus extravíos.

Per. Pues aun no lo sabe usted todo.

Mel. ¿Aun hay mas?

Per. Sí señor.

Mel. Pues vamos, cuéntame.

Per. Tratan de meterle á usted en la intriga.

Mel. ¿A mí?

Per. Como don Gabriel no entra en casa de don Pedro por ciertos recelos y consideraciones que tiene, sabiendo que doña Antonia es muy amiga de su hija de usted, y está casi siempre con ella, ha tratado de introducirse aqui á fin de ver y hablar con mas libertad á su querida...

Mel. ¡Haya bribon!

Per. No sé cómo se ha ingeniado; pero ello es que ha adquirido ciertas relaciones con su señora de usted, y hoy mismo le verá usted venir bajo el pretexto de hacerle una visita de cumplimiento.

Mel. ¿Qué es lo que dices?

Per. La verdad. Todo lo he sabido por una casualidad; y he creído que sería faltar á mi deber el tenersele á usted oculto.

Mel. Y has hecho muy bien en decírmelo. Ahora me las pagará todas juntas el tal don Pedro.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Todavía no lo sé muy bien. Me bullen mil ideas en la cabeza, y... Pero luego que forme mi plan te lo explicaré. Ahora vé y di á mi muger y á mi hija que vengan acá, que tengo que hablarlas.

Per. Voy allá.

ESCENA VIII.

DON MELCHOR.

Los dos muchachos se quieren, la boda es buena: con que no hay inconveniente en casarlos sin que lo sepa el padre de ella; y luego le presentaré á los novios y le diré: esto hay: aprenda usted á hacer las cosas, y convénzase de que es un mentecato.

ESCENA IX.

DOÑA CESAREA. DOÑA MARIQUITA. DON MELCHOR.

Ces. ¿Qué es lo que nos quieres, Melchor?

Mel. Tengo que comunicaros un asunto de la mayor importancia; pero antes debéis tener entendido que quiero ser obedecido en todo y por todo sin la menor murmuracion ni réplica. Tú principalmente, Mariquita, á quien toca este asunto mas de cerca, no olvides que la primera obligacion de una hija es el ser dócil y obediente.

Mar. Bien está.

Mel. Mira que sino, Dios te lo pedirá en cuenta.

Mar. Ay, no lo permita su divina Magestad.

Mel. Por otra parte debes conocer que yo no quiero sino tu bien.

Mar. Ya lo sé.

Mel. Ni te mandaré nunca cosa que no esté puesta en razon, y no sea para tu mayor conveniencia.

Ces. ¿Pero á qué viene ahora todo ese preámbulo?

Mel. Esto es para que sepa que un padre debe ser siempre obedecido, máxime cuando trata de dar á su hija una colocacion para toda su vida.

Ces. Pues qué, ¿quieres casarla?

Mel. Sí, querida.

Ces. ¿Qué cosas tienes! Es mucho prurito el que tienen los padres por casar á sus hijas tan muchachas.

Mel. No, sino que aguardaremos á que nadie las quiera ya de puro viejas.

Ces. Así la llaman á una abuela antes de tiempo.

Mel. Ahí te duele.

Ces. ¡Vaya! como que en muchas partes me tienen por hermana de la Mariquita mas bien que por su madre.

Mel. Pues yo, amiga, estoy rabiando por tener un par de nietecitos que anden brincando alrededor de mí, y me diviertan con sus monadas. Con que si te pesa, paciencia.

Ces. ¿Y quién es el dichoso?

Mel. Nuestro amigo don Roque.

Ces. ¡Don Roque!

Mel. No es que digamos un jóven adamadito y petime-
tre; pero es un hombre de juicio, y sobre todo tie-
ne dinero, que es lo que importa... Estoy seguro de
que á Mariquita la gusta: ¿no es verdad?

Mar. En gustándole á usted...

Mel. (*Remedándola.*) En gustándole á usted... ¿Qué
modo de responder es ese? Alce usted la cabeza...

(*Señala la frente.*) Míreme usted aquí... ¿No es
verdad, señorita, que la gusta á usted el novio?

Mar. Sí señor.

Mel. ¡Ah, ah! Eso es otra cosa: pensé que le hacia
usted, ascos.

Ces. No se ha de poner á bailar. Basta que no resista.

Mel. Eso quisiera yo ver, que se resistiese.

Ces. Como la edad es algo desproporcionada...

Mel. ¿Qué! La Mariquita no repara en eso; y si le
propongo este novio es porque sé que le tiene in-
clinacion... ¿No es cierto, señorita?

Mar. Yo...

Mel. Míreme usted. ¿No es cierto que es usted la que
se quiere casar con don Roque?

Mar. Sí señor.

Mel. Pues: yo no trato de violentarla, ella hace su
gusto.

ESCENA X.

DICHOS. PERICO.

Per. Don Gabriel de Mendoza pide permiso para ofre-
cerse á la disposicion de ustedes.

Ces. ¿Don Gabriel? Que entre al momento.

Mar. (*Aparte.*) ¡Ay, qué gusto! Ya está ahí.

Mel. Que pase adelante ese caballero. (*Vase Perico.*)

ESCENA XI.

DICHOS, menos PERICO.

Ces. Niña, vete allá dentro.

Mar. ¿ Por qué, mamá?

Ces. No haces falta aquí para nada.

Mel. Déjala. ¿ Qué mas da?

ESCENA XII.

DICHOS. DON GABRIEL.

Gab. Señora, á los pies de usted; ya ve usted que he cumplido mi palabra.

Ces. No esperaba yo menos de su urbanidad de usted.

Gab. Este caballero que está presente ¿ es su señor esposo de usted?

Ces. Sí señor.

Gab. Reconózcame usted por un servidor suyo.

Mel. Lo mismo digo, caballero. ¿ Usted no se acordará de haberme visto en casa de sus padres?

Gab. Sí tal, tengo una idea...

Mel. Somos muy amigos... es verdad que no nos vemos ya tan á menudo como antes desde cierta especulacion que perdió. Usted era entonces muy niño...

Gab. Si señor... ¿ Usted es sin duda aquel que lo arreglaba todo en casa, que despedia los criados, que me sacaba á paseo, y me registraba los bolsillos para ver si tenia cuartos y confites, que daba luego á los demas muchachos?

Mel. El mismo... Vaya, vaya... el bueno de Gabrielito... ; Y cómo ha crecido! Ya nos hace viejos. Con que amigo, esta casa es de usted; puede mandar en ella como guste. Mi mugér y mi hija tendrán un particular placer en que usted las favorezca con sus visitas.

Ces. Sí señor, puede usted venir á todas horas.

Mar. Por la mañana, por la tarde, y por la noche, aquí.

Gab. Aprecio como debo el favor que ustedes me dispensan, y aprovecharé las ocasiones de disfrutar de su amable sociedad.

Mel. ¿ Está usted hoy comprometido en alguna parte?

Gab. No señor.

Mel. Pues entonces comerá usted con nosotros.

Gab. Oh, dispénseme usted...

Ces. ¿Por qué?

Mar. Quédese usted.

Mel. No hay excusa que valga. Hoy es usted nuestro.

Gab. Ya que ustedes se empeñan, me quedaré.

Mel. Eso me gusta. Mientras llega la hora de comer pueden ustedes ir á dar un paseo al Prado, que hoy debe estar brillante.

Ces. Me agrada la idea. Vámonos, hija, á poner las mantillas.

Mar. Voy corriendo, madre... Hasta luego, don Gabriel.

Gab. Á los pies de ustedes, señoras.

ESCENA XIII.

DON MELCHOR y DON GABRIEL.

Mel. Me alegro de que nos hayan dejado solos: con eso podremos hablar con toda libertad.

Gab. Hable usted cuanto quiera, señor don Melchor.

Mel. Ya ve usted que le he tratado con toda franqueza y cortesana, con que no tendrá de que quejarse.

Gab. No por cierto; y antes debo agradecer...

Mel. Déjese usted de agradecimientos. Me ratifico en lo dicho; puede mandar aquí como guste... Pero, amigo don Gabriel, hablemos claros. ¿Le parece á usted que á un hombre como yo, á quien nada se le escapa, no habrá dado que sospechar esta venida suya á mi casa, tan inesperada y (por decirlo así) tan sin fundamento?

Gab. ¿Qué dice usted?

Mel. Vamos, hábleme usted con franqueza. ¿No ha llevado en ello algun fin particular?

Gab. He llevado el de cumplir con lo que mandan la política y los usos de la sociedad.

Mel. No es eso, no señor. Otro es el objeto de usted... Amigo, á mí no me la pega nadie.

Gab. Pues qué, ¿me supondrá usted algun fin criminal...?

Mel. No, sino una travesurilla... Cosa de muchachos... todos hemos hecho lo mismo.

Gab. Yo no le entiendo á usted.

Mel. Vamos, no hay que disimular... si lo sé todo.

Gab. ¿Cómo?

Mel. Si señor; sé el objeto con que viene usted á mi casa.

Gab. ¿Qué objeto?

Mel. ¿Quiere usted que se lo diga? El amor: sí señor, el amor: este es el objeto. Niéguemelo usted.

Gab. Yo... cómo... pues...

Mel. Nada, no hay que turbarse.

Gab. Yo no me turbo; pero ¿quién le ha dicho á usted que...?

Mel. Amigo, tengo yo un talento particular para saber las cosas... con que fuera misterios. Confiese usted francamente que lo que le trae aqui es solamente el deseo de ver y hablar con libertad á la persona á quien ama.

Gab. Pues bien, ya que usted lo sabe, fuera un empeño inútil el negarlo. Sí señor, es cierto lo que usted dice: conozco cuán criminal debe hacerme á sus ojos una accion tan reprehensible, á que solo me ha podido arrastrar un amor ciego.

Mel. La verdad: no es muy laudable el introducirse asi en casa de un hombre honrado para cortejar á las niñas.

Gab. Si se ha enojado usted, suplico que me perdone; y en cuanto á las consecuencias que pudiera acarrear mi culpa, es facil evitarlas ausentándome de esta casa para siempre.

Mel. No señor; todo menos eso... ¡Vaya! ¡no faltaba mas! por eso no hemos de perder las amistades. ¿Qué dirian mi muger y mi hija, que tanto gusto han recibido con su venida de usted?

Gab. Pero despues de lo que usted sabe, ¿consentirá que yo...?

Mel. Entendámonos... su amor de usted supongo que será puro, honesto...

Gab. ¡Oh! eso sí.

Mel. ¿Usted pensará como debe todo hombre de bien?

Gab. Fuera agraviarme creer otra cosa.

Mel. Ya ve usted, la muchacha es guapa.

Gab. Es hechicera.

Mel. Su familia es honrada.

Gab. Ya lo sé.

Mel. Llevará un dote regular.

Gab. No hablemos de eso: solo deseo su mano.

Mel. Todo se ha de mirar... En fin, usted no pierde nada en casarse con ella.

Gab. Antes gano infinito.

Mel. En esa inteligencia, no veo inconveniente en que siga usted frecuentando mi casa.

Gab. ¿Luego usted aprueba mi pasión?

Mel. Sí señor; mucho.

Gab. ¡Qué placer! ¡Cuánto le debo á usted! ¿Y puedo esperar que al fin obtendré su mano?

Mel. ¿Por qué no? En queriendo el padre...

Gab. Se entiende: pero segun usted se esplica creo que ya no queda por su parte inconveniente alguno.

Mel. Hombre, yo por mi parte haré todo cuanto pueda: no sé, sin embargo, si el don Pedro pondrá algun reparo.

Gab. ¿Qué don Pedro?

Mel. El padre de la Antoñita.

Gab. ¿De la Antoñita?

Mel. Yo le hablaré. Le diré que usted quiere á su hija, y que ella le corresponde: le ponderaré las ventajas de la boda; y no creo que sea tan irracional que se niegue á una cosa tan justa.

Gab. (*Aparte.*) ¡Qué oigo...! ¡Cielos...! ¿Qué equivocacion es esta?

Mel. Él es un buen hombre, y á no ser por ciertas rarezas...

Gab. (*Aparte.*) ¡Murieron mis esperanzas!

Mel. Ello es de temer sin embargo... ¡Ya se ve...! tiene cierta prevencion contra todo lo que yo hago y digo... y si voy y le propongo directamente esta boda, solo por ser cosa mia, es capaz de negarse...

¿Qué es eso? ¿Se ha quedado usted suspenso y cabizbajo...? No, no se aflija usted por esto que digo. Hay remedio para todo; y en tomando yo un asunto por mi cuenta...

Gab. No tiene usted que molestarse.

Mel. No es molestia: estas cosas las hago yo por gusto... Mire usted... Por si acaso el padre se resiste, lo mejor será que se casen ustedes de secreto; y hecha la boda, tendrá que tragarla aunque rabie.

Gab. Sí; pero advierta usted que fuera una accion esa impropia de un hombre de honor.

Mel. No lo crea usted. Cuando los medios regulares no bastan, ¿qué mal hay en echar mano de inocentes ardides para conseguir un fin que se desea y á que se aspira con ansia, y que es muy santo y muy bueno?

Gab. ¿Luego usted piensa que es lícito engañar á un padre para casarse con su hija?

Mel. Si la boda es conveniente, y el padre se resiste solo por terquedad ó por manía, ¿por qué no?

Gab. Cuidado, que usted tiene una hija, y hay gentes que si lo oyeran...

Mel. ¡Oh! yo nada temo. Todavía no ha nacido el que me ha de engañar á mí... tengo yo mucha perspicacia y mucha trastienda para que eso suceda.

Gab. (*Aparte.*) Pues yo te aseguro que no caerá la especie en saco roto.

Mel. Con qué fuera escrupulos... Yo me he empeñado en casarle á usted... Déjese guiar por mí, y verá lo que es la proteccion de un hombre como yo... Pero aqui viene don Pedro con su hija. Ella comerá hoy en casa, y por eso ha sido mi empeño de que usted se quedase.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON PEDRO. DOÑA ANTONIA.

Mel. Á buena hora llegan ustedes: mi muger y mi hija han ido á aviarse para salir, y podrán ustedes ir juntos al pasco.

Ped. Por eso hemos venido temprano, suponiendo que querian aprovechar la mañana, que está hermosa.

Mel. ¿Conoce usted á este caballero?

Ped. No tengo ese honor.

Mel. Es el hijo de don Fernando de Mendoza.

Ped. Ah, sí: lo que es al padre le conozco.

Mel. ¿Y tú, Antoñita, tampoco le conoces?

Ant. No señor.

Mel. (*Aparte.*) ¿Qué pícara! ¿cómo disimula!

Ped. ¿Qué novedades tiene usted hoy, don Melchor?

Mel. Ninguna.

Ped. Milagro. Muy tranquilo debe de andar el mundo cuando usted no sabe nada; pues como dice, la hoja no se mueve en el árbol sin que lo sepa.

Mel. Ya se ve que sí... Pero usted siempre toma á burla cuanto digo.

Ped. ¿Si á veces las trae tan gordas...! Y luego ¿quién no se ha de reir cuando usted se pone á arreglar el mundo?

Mel. Algo mejor iría el mundo si yo lo arreglase.

Ped. Todos decimos lo mismo; pero hombre hay que piensa haber nacido para gobernar un imperio, y no sabe gobernar su casa.

Mel. Si lo dice usted por mí, sepa que tengo la mia como una balsa de aceite.

Ped. No digo que no: sin embargo, ¿cuántas cosas pasarán en ella sin que usted las sepa...!

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA CESAREA. DOÑA MARIQUITA. DON EUGENIO.

Ces. Ya estamos listas. Vamos... Salud, señor don Pedro.

Ped. Á los pies de usted, señora.

Mar. Buenos días, Antoñita. ¿Vienes á pasear con nosotras?

Ant. Sí.

Mar. ¿Cuánto me alegro!

Eug. Dueño mio, ¡qué dicha! (*Bajo á doña Antonia.*)

Ant. Calle usted. ¿No advierte que estan nuestros padres delante?

Ces. Con que vamos: no perdamos tiempo: don Gabriel, me dará usted el brazo.

Mel. No, querida: yo quiero arreglar la marcha: don Gabriel irá de bracero con la Mariquita.

Mar. Con mucho gusto, papá.

Mel. (*Aparte á don Gabriel.*) No le pongo á usted con la Antoñita porque está su padre delante, no sea que repare en algo; pero luego que se marche, podrán ustedes hablar cuanto quieran.

Gab. Tiene usted mil razones... Doña Mariquita, si usted gusta...

Mar. Sí señor... (*Aparte á él.*) ¡Ay, qué gusto el ir juntitos!

Mel. Tú, Eugenio, darás el brazo á la Antoñita.

Eug. Al momento, padre: con mil amores.

Ces. Y yo ¿con quién voy?

Ped. Toma, conmigo.

Ces. ¿Con usted?

Mel. Sí: á ustedes dos, como personas de edad y de juicio, les corresponde ir detras para observar á los muchachos.

Ces. ¡Qué fastidio!

Ped. Con que, vamos.

Gab. Beso á usted la mano, don Melchor.

Eug. Quédese usted con Dios, padre.

Ped. Abur, amigo.

Mel. Señores, divertirse... Don Gabriel y la Antoñita no van á gusto; pero ¡cómo ha de ser! Otra vez será otra cosa.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON GABRIEL. PERICO.

Gab. ¡Válgame Dios! ¡Qué muger! me persigue la tal doña Cesarea.

Per. Pues señor, no hay mas que tener paciencia y aguantar.

Gab. ¡Si no la puedo sufrir! En paseo, apenas salimos de casa, me llamó y tuve que ir la dando conversacion sin poder hablar siquiera dos palabras con su hija. En la mesa se ha puesto á mi lado y ha sucedido lo mismo. Estoy desesperado.

Per. Por la peana se besa al santo. Mime usted á la madre si quiere lograr la posesion de la hija.

Gab. Me falta el sufrimiento.

Per. Pues ya puede usted armarse de él, porque esta noche quiere mi ama ir con usted á las máscaras.

Gab. Me alegro que me lo adviertas: voy á escurrirme, y no me verá el pelo hasta mañana.

Per. No haga usted tal, si no quiere perder todo lo que hoy ha adelantado.

Gab. ¿Qué adelantar? tú no sabes lo que me pasa.

Per. ¿Qué?

Gab. Pensé al principio haber logrado el objeto de todos mis deseos: don Melchor manifestaba aprobar mi amor; pero qué chasco. Salimos despues con que imagina que el objeto que me trae á su casa es doña Antonia.

Per. Ya lo sé, pues yo soy quien se lo ha hecho creer.

Gab. ¡Tú...! ¿Y por qué?

Per. Para alejar de él toda sospecha sobre sus verdaderas intenciones de usted... Guárdese de desengañarle: mire que nos encontramos con un inconveniente, que no habíamos previsto.

Gab. ¿Cuál?

Per. Que don Melchor trata de... Pero él viene aquí: luego se lo diré á usted.

ESCENA II.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. Perico, allá dentro te necesitan para quitar la mesa.

Per. Voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL. DON MELCHOR.

Mel. Amigo, yo le habia puesto á usted en la mesa al lado de la Antonia para que hablase con ella; pero es tal el cariño que mi muger le ha cobrado á usted, que no le ha dejado un instante de sosiego.

Gab. No le hace: nada tenia que decirle.

Mel. ¿Cómo no? Dos amantes siempre tienen mil cosas que decirse... Pero no hay nada de perdido: espérese usted aquí, que yo con cualquier pretexto haré que venga y...

Gab. No señor: es escusado.

Mel. Conviene que la hable usted de mí; que la diga cuánto me intereso en el éxito de sus amores; y en fin, que todos tres nos pongamos de acuerdo para llevar á efecto lo que le he dicho á usted. Con que voy.

Gab. Pero no ve usted que si entra alguien aquí y nos sorprende solos sospechará...

Mel. Bueno: me quedaré con ustedes: mi presencia no puede servir de estorbo para que se hablen con franqueza.

ESCENA IV.

DICHOS. PERICO.

Per. Señor, don Roque quiere hablar con usted.

Mel. ¡Qué diablos! ¡Á qué mal tiempo ha llegado!

Per. Se ha metido en su gabinete de usted, y dice que allí le espera.

Mel. Pues dile que voy allá al momento.

ESCENA V.

DON GABRIEL. DON MELCHOR.

Mel. Con esto ya no puedo quedarme.

Gab. Pues dejémoslo para otra ocasión.

Mel. No tal; no quiero que pierda usted esta.

Gab. ¿Qué prisa hay?

Mel. Amigo, ya veo que usted tiene mucha sangre fría... Yo por mí soy vivo como una pólvora, y quiero que las cosas se hagan al vuelo. Me he empeñado en casarle á usted; y si puede ser hoy, no ha de quedar para mañana.

Gab. Pero ¿qué se ha de hacer?

Mel. Bien mirado, hasta que usted haya enterado de todo á la Antonia, mi presencia no es necesaria.

Gab. Siempre queda la dificultad de que si estando solos llegase de repente su padre...

Mel. Ya que tiene usted ese reparo, y solo se necesita que alguien esté presente por el qué dirán, mire usted, mi hijo Eugenio podrá... Sí, voy á buscarle; le diré lo que hay en el particular, y haré que venga.

Gab. ¡Qué idea!

Mel. Es excelente. Delante de él podrán ustedes hablar sin reparo... Voy corriendo... ¡Válgame Dios! ¡Qué ganas tengo de que se haga esta boda...! Mire usted, quiero que se celebre el mismo día que la de mi hija.

Gab. ¿De quién?

Mel. De mi hija Mariquita.

Gab. ¿La casa usted?

Mel. Sí señor, de eso voy á tratar ahora con don Roque.

Gab. ¿Y ella consiente?

Mel. ¿No ha de consentir? Esta mañana misma me ha dicho que le gusta mucho el novio... Con que á Dios. Quédese usted aqui, que ahora vendrán la Antonia y Eugenio.

ESCENA VI.

DON GABRIEL.

¿Qué es lo que he escuchado? ¿Mariquita se casa con otro y se casa á gusto, y me lo ha tenido oculto! ¿Qué engaño! ¿Qué maldad! Fíese usted luego en las mugeres.

ESCENA VII.

DON GABRIEL. DOÑA MARIQUITA.

Mar. He estado esperando á que se marchase mi padre para entrar y decirle á usted...

Gab. ¿Qué me ha de decir? Que es usted una infiel, una falsa, una aleve...

Mar. ¿Cómo es eso?

Gab. Usted se ha burlado de mí... sí: ya veo que todo el cariño que me ha manifestado ha sido solo una ficción, un engaño.

Mar. ¿Un engaño!

Gab. No hay que disimular. Todo lo he descubierto, ingrata.

Mar. ¿Qué ha descubierto usted?

Gab. ¿Quién dijera, al ver un semblante tan cariñoso, tan afable, que habia de abrigar en su corazon tanta perversidad?

Mar. Usted se ha vuelto loco.

Gab. Pero ya he tomado mi partido... Á Dios, señorita: me marchó ahora mismo de esta casa para no volver á poner los pies en ella.

Mar. ¿Qué dice usted?

Gab. Haga usted cuenta que no me ha conocido.

Mar. No se marche usted.

Gab. No hay que detenerme; estoy resuelto.

Mar. Pues bien, váyase; ya sé lo que es. Usted se ha cansado de amarme y quiere romper conmigo. (*Llora.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA ANTONIA.

Ant. Mariquita, me ha dicho tu padre que... Mas ¿qué es esto? ¿Qué tienes?

Mar. ¿Qué le de tener? Que el señor me acaba de decir unas cosas...

Ant. ¿Don Gabriel?

Mar. Sí, y dice que se marcha y que no quiere volver á verme.

Ant. ¿Es posible?

Mar. ¿Quién lo creyera, despues que me aseguraba en sus cartas consentiria primero morir que abandonarame...?

Ant. Pero ¿qué causa...?

ESCENA IX.

DICHOS. DON EUGENIO.

Eug. (Aparte.) Con efecto, aqui estan. Cierto es lo que mi padre me ha dicho. ¿Qué maldad! ¿Quién lo creyera! Señorita, me alegro de encontrarla á usted aqui. Vengó á decirla, que si hasta ahora la he profesado el mas sincero cariño, de hoy mas todo mi amor queda convertido en aborrecimiento.

Ant. Esta es otra.

Eug. Ya la conozco á usted, y sé hasta dónde llega su falsedad y su perfidia.

Ant. ¿Es á mí á quien se dirigen esas palabras?

Eug. Sí señora, á usted.

Ant. ¿Y qué motivo le dado para...?

Eug. No necesito decirlo: bien lo sabe usted; pero sepa tambien que si hasta ahora he vivido engañado, ya he abierto los ojos: esta es la última vez que usted me ve; pues aunque venga á mi casa, yo huiré siempre la presencia de una muger engañadora: quédese usted con Dios... Para siempre. (*Vase.*)

Gab. Tiene razon: yo tambien quiero imitar su ejemplo. Á Dios, señorita... para siempre... (*Vase.*)

Ant. Yo estoy aturdida.

Mar. Buenas hemos quedado.

Ant. Estos, estos son los hombres.

Mar. Bien decia mi abuela, que son muy malos.

Gab. Vuelvo para decirla á usted que no se canse en enviarme cartas con Perico, porque no recibiré ninguna.

Mar. No tenga usted miedo, que no escribiré.

Eug. Vuelvo para decirla á usted que será escusado me espere usted á la reja por la noche, porque ya nunca iré.

Ant. ¡En eso pensaba yo!

Gab. Quédese usted con Dios. (*Yéndose.*) ¿Eh? ¿me llamaba usted?

Mar. ¿Yo? no señor.

Gab. Pensaba. (*Se queda parado.*)

Ant. (*Á Eugenio.*) Y ¿usted se marcha ó se queda?

Eug. Ya me marcharé, señora, ya me marcharé.

Ant. Como se está usted ahí tan parado...

Eug. Muchos deseos tiene usted de que me vaya.

Ant. Sí señor.

Eug. Pues por lo mismo ahora me quedo.

Gab. Y yo tambien. (*Se sientan.*)

Ant. (*Á Eugenio.*) No señor. Usted se marchará, pero antes quiero que me dé una satisfaccion por las palabras injuriosas que me ha dicho.

Eug. Bueno fuera que siendo yo el agraviado...

Ant. ¿Qué quejas tiene usted de mí? Esplíquese.

Eug. Su infidelidad.

Ant. ¿Mi infidelidad?

Eug. Sí señora. Usted me finge amor, y al mismo tiempo quiere á otro.

Ant. ¿Á quién?

Eug. Al señor.

Ant. ¿Á don Gabriel?

Eug. Al mismo. Usted es el objeto que le trae á esta casa.

Ant. Don Gabriel, venga usted acá: desengañe al señor. ¿Es cierto que tenga alguna relacion conmigo?

Gab. ¿Cómo puede ser, si es hoy la primera vez que he tenido el placer de verla?

Eug. Pues mi padre me lo acaba de decir.

Gab. Él está en ese error... Es un engaño que sin mi permiso ha fraguado Perico, á fin de ocultarle el verdadero motivo de mi venida aqui, que no es otro que el amor que profeso á su hermana de usted.

Mar. (Á don Gabriel.) Y usted dígame tambien el motivo de las palabras que ha tenido conmigo.

Gab. ¡Oh! en lo mio no cabe engaño: su mismo padre de usted me ha dicho que va á casarla, y que acepta gustosa el marido que la destina: ¿se atreverá usted á negarlo?

Mar. Que me quiere casar mi padre, es cierto; pero que yo acepte gustosa el novio que me propone ni consienta nunca en ello, es falso.

Gab. Pues él lo asegura.

Mar. ¡Ingrato!—¿Me presume usted tan infiel y tan necia, que despues de las pruebas de amor que le tengo dadas, haya de olvidarle? ¿Y por quién? Por un don Roque.

Eug. ¿Es don Roque el novio?

Mar. Sí, mira tú...

Eug. ¡Oh! Pues amigo don Gabriel, cesen sus zelos de usted. El tal don Roque es un viejo feo, regañon, y lleno de alifafes.

Gab. Pero ¿por qué me lo ha tenido oculto?

Mar. Hasta esta mañana no lo he sabido: en paseo queria decirselo á usted; pero bien sabe que mi madre no nos ha dejado hablar dos palabras seguidas.

Ant. ¿Quedan ustedes desengañados, caballeros?

Eug. Por mi parte lo estoy completamente.

Gab. Y yo lo mismo.

Ant. Pues bien, usted ahora quítese de mi presencia, y no vuelva á hablarme en su vida.

Mar. Y usted márchese al punto, y no se vuelva á acordar del santo de mi nombre.

Eug. Querida Antoñita, perdone usted un arrebatado nacido de los zelos, pero que es una prueba del ardor con que la adoro.

Ant. ¿Ahora se viene usted con zalamerías? No señor: nunca le perdonaré el agravio que me ha hecho.

Gab. Amable Mariquita, considere usted que era natural mi enojo pensando que iba á perderla para siempre.

Mar. Me tiene usted muy enfadada; no quiero escucharle.

Eug. (*Á doña Antonia.*) Prometo no recaer en semejante delito.

Ant. No me fio en sus promesas de usted.

Gab. (*Á doña Mariquita.*) Juro que será este el último disgusto que la cause.

Mar. No me vuelve usted á engañar.

Eug. (*Á doña Antonia.*) Tenga usted piedad.

Ant. Á otra puerta.

Gab. (*Á doña Mariquita.*) Míreme usted á sus pies.

Mar. Sí, ya es usted bueno.

Eug. Se lo ruego á usted de rodillas.

Ant. ¿De rodillas...? Mariquita, ¿qué hacemos?

Mar. Por mi...

Ant. ¿Les perdonamos?

Mar. Á tu arbitrio lo dejas.

Gab. (*Á doña Antonia.*) Mire usted, diga usted que sí.

Ant. No lo merecen; pero... ya está usted perdonado.

(*Á don Eugenio.*)

Eug. ¡Ah! ¡es usted divina! (*La besa la mano.*)

ESCENA X.

DICHOS. DON ROQUE, que ve á DON EUGENIO á los pies de DOÑA ANTONIA.

Roq. ¡Bueno, señor don Eugenio, bueno!

Eug. (Levantándose.) ¡Don Roque!

Ant. ¡Ah! (Vanse corriendo don Eugenio y doña Antonia.)

ESCENA XI.

DON GABRIEL. DON ROQUE. DOÑA MARIQUITA.

Roq. Pues me agrada la franqueza. ¡Qué risa será cuando don Melchor lo sepa!

Mar. Espero que no se lo dirá usted.

Roq. ¿Cómo que no? Ahora va á venir aquí, y así que entre se lo digo.

Mar. Pues como lo haga usted, le aseguro que se ha de arrepentir. *(Vase, y don Gabriel.)*

ESCENA XII.

DON ROQUE.

¿Si lo dirá por el casamiento? no me importa: aunque ella quiera resistirse, su padre sabrá muy bien obligarla á que me dé su mano; y en cayendo bajo mi mando, yo la aseguro que...

ESCENA XIII.

DON ROQUE. DON MELCHOR.

Roq. Venga usted acá, señor don Melchor; usted que tanto se jacta de saber lo que se hace en las casas ajenas, aprenda antes á conocer lo que pasa en la suya.

Mel. ¿Qué es lo que hay?

Roq. Acabo de presenciar el mayor escándalo que puede verse.

Mel. ¿Adónde?

Roq. Aquí mismo; en esta sala: no ha dos minutos.

Mel. ¿Aquí...? Dígame usted; ¿estaba la Antoñita?

Roq. Sí señor: con ella era precisamente.

Mel. ¡Ah, ah, ah!

Roq. ¿Se rie usted?

Mel. Ya sé lo que es... ¿Será que la haya usted visto con un jóven?

Roq. Eso mismo.

Mel. ¿Que la estaría tal vez enamorando?

Roq. Y muy eficazmente.

Mel. ¿Y pensaba usted cogirme de nuevas con esa noticia? Amigo, es preciso que se convenga usted de una verdad, y es que nadie se atreve á pestañear siquiera en esta casa sin consentimiento mio.

Roq. Pues qué, ¿era acaso con su consentimiento de usted que se estaban los otros dos requebrando?

Mel. Sí señor. Esos muchachos se quieren; han hecho confianza de mí; apruebo sus amores, y yo mismo soy quien les ha proporcionado el que se viesen y hablasen en este sitio.

Roq. ¡Ah! ya: eso es diferente... ¡como yo no lo sabia!

Mel. Pues sèpalo usted ahora.

Roq. Ello es una cosa bastante estraña... En fin, usted allá se entenderá.

Mel. Ya se ve que me entiendo... Con que, ¿vamos á dar una vuelta por ahí?

Roq. Bueno. Iré, aunque no sea mas que por acompañarle á usted.

Mel. Un paseito corto... Antes de la oracion tengo que estar en casa.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON GABRIEL.

Gab. Señor don Melchor, ¿me manda usted algo?

Mel. ¿Se marcha usted?

Gab. Si usted me da su permiso.

Mel. Pues amigo, repito lo dicho: ya sabe usted que se le desea servir... Acerca de aquel asunto, mañana hablaremos largamente. Déjese usted ver por ahí á eso de las once.

Gab. Bien está.

Mel. ¿Va usted ahora á su casa?

Gab. Aun no: pienso antes dar un paseito.

Mel. Pues lo mismo vamos á hacer don Roque y yo: si quiere usted acompañarnos...

Gab. Con mucho gusto: tendrán ustedes la bondad de esperarse un poco mientras me despido de las señoras.

Mel. ¿Todavía no se ha despedido usted de ellas? ¡Oh! Pues esa es obra larga... Si le toman por su cuenta no le sueltan en dos horas... No podemos detenernos... Quédese usted, que nosotros nos iremos solos.

Roq. Sí, mejor será. Así hablaremos de nuestros asuntos, y dejaremos orilladas las pequeñas dificultades que aun quedan.

Mel. ¡Oh! La presencia del señor no hubiera sido un estorbo. A Dios, amigo don Gabriel.

Gab. Beso á usted la mano.

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿Con que este don Roque es el esposo que don Melchor destina á Mariquita? ¿Qué figura! ¿Y que haya padres que por un vil interes, ó por hacer muestra de una autoridad mal entendida, sacrifiquen sus hijas á semejantes entes...! Pero mi posicion aqui es bastante crítica: este Perico me ha metido en un laberinto de que no sé cómo salir.

ESCENA XVI.

DON GABRIEL. DOÑA CESAREA.

Ces. (*Aparte.*) Aqui está: gracias á Dios que le encuentro solo.

Gab. ¿Doña Cesarea! (*Aparte.*) Dios me la depare buena.

Ces. (*Aparte.*) Él es tan tímido, que si yo no le animo... ¿Usted aqui, don Gabriel? ¿Cómo tan solo?

Gab. Acaba de separarse de mí don Melchor.

Ces. ¿Ha salido?

Gab. Sí señora.

Ces. Me alegro.

Gab. Y yo tambien, con permiso de usted, me retiro.

Ces. ¿Tan pronto? No, quédese usted... Digo, si nuestra compañía no le es á usted desagradable.

Gab. ¿Desagradable...? Al contrario; me ofrece mil atractivos; pero estoy aqui desde esta mañana, y ya fuera abusar de la bondad de ustedes...

Ces. No lo crea usted... Si es por eso, no tiene que marcharse. Todos en casa, y yo en particular, tenemos gusto en que usted nos favorezca con su amable presencia.

Gab. Doy á usted infinitas gracias.

Ces. Ya sabe usted que se le quiere.

Gab. Favor que ustedes me dispensan.

Ces. Y eso que no lo merece.

Gab. ¿Por qué?

Ces. Porque es usted muy malo.

Gab. ¡Malo!

Ces. ¿Le parece á usted que no se le conoce?

Gab. ¿Por qué dice usted eso?

Ces. Ahora veo que he sido muy débil en permitir que usted entrase en mi casa.

Gab. ¿Acaso me he propasado en algo?

Ces. Pues qué, ¿se le figura á usted bueno lo que está haciendo?

Gab. ¿Qué hago yo, señora? (*Aparte.*) Si sabrá por ventura...

Ces. ¡Seductor!

Gab. (*Aparte.*) No hay duda, lo sabe.

Ces. Yo debiera haberle ya mandado á usted que se marchase de aqui, á no ser porque me hago cargo de lo que es una pasion.

Gab. ¿De qué pasion habla usted?

Ces. Sí, buena alhaja; disimule usted ahora.

Gab. Si lo dice usted por mí... crea que... siempre tendria... (*Aparte.*) Vamos, yo no sé qué decir.

Ces. Usted contaba con un triunfo seguro porque es buen mozo, porque tiene un cuerpo muy garboso,

porque habla con mucha gracia... Pues ya que ha salido la conversacion, le digo que aprenda para otra vez á distinguir de personas.

Gab. ¡Oh! Yo sé muy bien, señora...

Ces. Y á guardar el respeto debido á una señora de mis circunstancias.

Gab. No pienso haber faltado...

Ces. ¿Se figuraba usted que yo sería capaz de olvidarme de mis deberes?

Gab. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que dice esta muger? Señora, ¿quién ha tratado de semejante cosa?

Ces. Usted, que ha venido solo á esta casa para atropellar mi honor y mi decoro.

Gab. (Vamos, está loca.) ¿Yo atropellar su decoro de usted?

Ces. Pero no piense que he de corresponder jamas á su insolente amor.

Gab. ¿Amor...? Señora, permítame que se lo diga; yo nunca he tenido por usted amor ninguno.

Ces. ¿No?

Gab. Mucho respeto y veneracion, eso sí; pero amor!

Ces. Ahora dice usted eso porque se ve desairado... Picarillo... ¿Qué bien sabe usted fingir!

Gab. Para dar á usted una prueba de que está muy equivocada, ofrezco marcharme, y no volver en mi vida á hablarla una palabra.

Ces. Ya, despues que le han salido mal sus planes... Pues no señor, no se ausentará usted hasta que yo le haya reñido como merece su atrevimiento.

Gab. (*Aparte.*) ¡Vaya que la buena señora está pesada! Y si por otra parte la doy un desengaño duro, ¿quién sabe las consecuencias que me podrá acarrear su enojo?

Ces. ¿Qué dice usted entre dientes?

Gab. Nada; que ya que usted se empeña en eso que dice, puede reñirme cuanto quiera.

Ces. ¡Qué bueno es usted...! ¡Y qué bien sabe que nunca llegará la sangre al río...! Vamos, pídamle usted perdon.

Gab. Si en eso la doy á usted gusto, se lo pido.

- Ces.* ¿Es ese el modo? Ha de ser de rodillas.
- Gab.* ¿De rodillas...? (*Aparte.*) Pues señor, será preciso arrodillarme... Ya estoy. (*Lo hace.*)
- Ces.* (*Deja caer un guante.*) ¡Ay!
- Gab.* Tome usted. (*Vuelve á dejarlo caer.*) ¿Otra vez?
- Ces.* Lo ha soltado usted tan pronto...
- Gab.* (*Aparte.*) Ya la entiendo: es fuerza apurar todo el veneno. (*La besa la mano.*)
- Ces.* Levántese usted: ya está perdonado, y cuidado con olvidarse de eso.
- Gab.* ¿De qué?
- Ces.* De la declaracion que acaba de hacerme.
- Gab.* Yo no la he hecho á usted ninguna declaracion.
- Ces.* ¡Vaya! Déjese usted ya de disimulos... Yo no debiera escucharle... Pero no sé qué tiene, que no hallo en mí fuerzas para... ¡Ah! es mucha flaqueza, mucha. (*Se tapa la cara con el abanico.*)
- Gab.* Yo estoy en brasas... (*Aparte.*) No sé cómo salir de una situacion tan penosa.

ESCENA XVII.

PERICO. DICHOS.

- Per.* Señora, la modista está ahí con el traje.
- Gab.* Ya respiro.
- Ces.* (*Aparte.*) ¡A qué tiempo viene! Bueno: allá voy. Es un traje para el baile de máscaras de esta noche.
- Gab.* Hola, ¿va usted á las máscaras? Me alegro.
- Ces.* El caso es que no tengo pareja con quien ir.
- Gab.* ¿Y su marido de usted?
- Ces.* ¡Mi marido! Ni quiere que yo vaya, ni á mí me agradecería su compañía.
- Gab.* Pues entonces está usted mal.
- Ces.* Yo no hubiera pensado en ello, mas Perico me dijo que deseaba usted ir conmigo.
- Per.* ¿Yo, señora?
- Gab.* ¿Perico dijo eso?

Ces. (*Haciendo señas.*) ¿No te acuerdas?

Per. ¡Ah! sí, con efecto. Es preciso que usted ceda, porque sino...

Ces. Con que supuesto que en eso le doy á usted gusto, iremos juntitos. ¿No es verdad?

Gab. Está bien; pero ¿cómo podrá ser sin que don Melchor lo sepa?

Ces. Desde el último mal parto que tuye, habrá cosa de tres años, separamos cuarto.

Per. Yo les abriré á ustedes con el mayor sigilo las puertas, y nadie en casa lo notará.

Ces. Con que quedamos en eso... Mire usted, mi traje es de aldeano. Vístase usted de aldeano, y así iremos iguales.

Per. Sí, de aldeano es lo mas bonito.

Ces. Voy á probarme el traje... Hasta luego, don Gabriel. Válgame Dios; qué aldeanitos tan graciosos vamos á hacer!

ESCENA XVIII.

DON GABRIEL. PERICO.

Gab. ¿No te habia dicho que no queria ir á las máscaras con ella? ¿Por qué me has comprometido?

Per. ¿Y qué hubiera usted ganado con hacerla un *de-saire*? Que se enfadase, y que viendo burlados sus descos, armase algun caramillo para echarle á usted de su casa.

ESCENA XIX.

DICHOS. DOÑA MARIQUITA. DOÑA ANTONIA.

Mar. ¡Qué bien nos ha abandonado usted, don Gabriel! ha una hora que no le vemos.

Gab. Señorita, su madre de usted es la que me ha entretenido.

Mar. Quisiera que me hiciese usted un favor. Mi amiga Antoñita va esta noche á las máscaras. Yo no he

visto nunca esa diversion. ¡ Dicen que es tan bonita! Me alegraría ir á ellas. Usted que tiene influjo con mis padres, pídale que me dejen ir con mi amiga... A usted tal vez no se atreverán á negárselo, y si yo se lo dijese, estoy segura de que no me lo concederian.

Per. ¡ Ay, señorita! Es inútil... He oído mil veces decir á don Melchor, que por nada en este mundo consentirá que su muger ni su hija fuesen á las tales máscaras.

Mar. Pues él bien va á ellas.

Per. ¡ Oh! eso sí, le gustan mucho porque le ofrecen un vasto campo adonde esplayar su genio fisgon y entremetido; y yo me admiro cómo no ha tratado de ir al baile de esta noche... Pero la verdad, ¿ tiene usted muchos deseos de ir á las máscaras?

Mar. Sí, muchos.

Per. Pues irá usted.

Mar. ¿ Cómo?

Per. Teniendo resolucion: si don Melchor no quiere darle su permiso, vaya usted sin que él lo sepa.

Mar. Ay, eso no.

Per. No tenga usted miedo: aqui estoy yo para sacarla de cualquier apuro... Fuera de que en eso no hará usted mas que seguir el ejemplo de su madre.

Mar. ¡ Mi madre va á las máscaras!

Per. Sí señora, con don Gabriel.

Gab. Asi es: se ha empeñado, y no he podido escusarme.

Mar. ¡ Ah! pues entonces mucho menos quiero ir, no sea que me conozca; y luego si lo descaba, era sobre todo por estar hablando con el señor.

Gab. Mira, ¿ ves lo que has hecho? Me has hecho perder el pasar una noche deliciosa para tener otra la mas cruel...

Per. En qué poca agua se ahogan ustedes. ¿ Para qué sirve el ingenio? Todo tiene remedio.

Gab. ¿ Qué remedio ha de haber?

Per. Sí señor: ya lo tengo yo compuesto.

Gab. ¿ Cómo?

Per. De este modo... Don Melchor se acostará lo mas tarde á las once. A eso de las doce tengo que abrir las puertas á don Eugenio, que tambien está de funcion: doña Mariquita podrá salir con él: se reunen ustedes, se estan divirtiendo hasta las cuatro de la maña, hora en que mi amo estará todavía durmiendo, y en que nuestros señoritos podrán volver á entrar en casa sin ser sentidos de nadie.

Gab. ¡ Bueno! Mas ¿ cómo he de reunirme yo con Mariquita, si tengo que acompañar á su madre? "

Per. Ahora verá usted... Aqui no hay mas que pegársela á doña Cesarea. Con tal de que ella crea haber ido con usted al baile, no se necesita mas.

Gab. Explícate.

Per. Juanillo, su criado de usted, viene á ser de su cuerpo y de sus mismas carnes; tiene un talento particular para remedar á todas las personas que conoce... Le ha cogido á usted su modo de andar, el tono de su voz, y mil veces me ha divertido imitando cuanto usted hace en su casa.

Gab. ¿ Y bien?

Per. Hé aqui mi plan: hacemos que se vista de máscara con una careta que le cubra bien toda la cara, y que de esa suerte haga sus veces de usted al lado de doña Cesarea: teniendo cuidado con no descubrirse en toda la noche, ¿ qué sabe la buena señora quién es el que la acompaña? y quedará muy satisfecha de que ha sido el verdadero don Gabriel.

Gab. Hombre, el plan es arriesgado.

Per. No lo crea usted: estoy seguro de que ha de salir á las mil maravillas.

Gab. Yo por mí, estoy corriente, y si doña Mariquita quiere...

Mar. ¿ Yo? ; Ay, Jesus!

Per. No tenga usted miedo. Yendo bien disfrazada, nadie puede conocerla... Por lo demas, yo aseguro que todo se hará con el mayor sigilo y propiedad.

Ant. Vaya, -ánimate; algo se ha de arriesgar por un amante.

Mar. Bueno, por darte gusto á tí, consiento en ello.

Per. Está bien; pues ea, á prepararlo todo.

ESCENA XX.

DICHOS. DON PEDRO.

Ped. Buenas tardes, señores... Antoñita, ya se va acercando la noche; vámonos á casa.

Ant. ¿Tan pronto?

Ped. Sí: ya estará esperando allí doña Gertrudis, con quien has de ir á las máscaras, y teneis que arreglar los trages.

Mar. ¡Ay! ¡qué buen padre es usted, que deja que su hija vaya al baile! el mio no me lo permite...

Ped. Él tiene mil rarezas... Yo no veo inconveniente en dar ese gusto á mi Antonia, y mas cuando irá en compañía de una señora de toda confianza... ¿Vamos, niña?

Ant. Voy, padre... A Dios, Mariquita.

Mar. Deja, iré contigo á darte la mantilla.

Ant. Quede usted con Dios, caballero.

Gab. Á los pies de usted, señorita.

Ped. Beso á usted la mano.

ESCENA XXI.

DON GABRIEL. PERICO.

Per. Con que, ¿qué le parece á usted mi plan?

Gab. Hombre, famoso... Solo (ya digo) algo arriesgado.

Per. El amor debe atropellar toda clase de riesgos: ademas, hay un genio propicio á los amantes que los guía en sus empresas, y les saca bien de todas ellas.

Gab. ¿Y crees que Juan se encargará de hacer mi papel con doña Cesarea?

Per. Sí señor, con mucho gusto: sobre todo, si le ofrece usted un par de durejos... ¡Ah! será preciso que busque usted un traje para doña Mariquita: yo lo traeré debajo de la capa á fin de que pueda vestirse en casa.

ESCENA XXII.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. ¡Don Gabriel aquí todavía...! ¡Y solo con Perico! ¿De qué estarán tratando?

Gab. Pues bien: ahora mismo voy á buscar su traje y el mio.

Per. Dos dominós, y santas pascuas: así irán ustedes bien disfrazados, y nadie les conocerá.

Mel. ¡Oiga!

Gab. Con efecto, es lo mejor. Cabalmente tengo en casa dos dominós blancos con guarniciones encarnadas que nos sirvieron á mi hermana y á mí en el último baile, y que nos vendrán ahora de molde.

Per. Pues ya está usted armado.

Mel. ¿Qué diablo de enredo será este?

Gab. ¡Qué noche tan divertida voy á tener! Hasta luego. ¡Ah...! don Melchor...

Mel. Hola, don Gabriel, ¿todavía está usted por acá?

Gab. Ha sucedido lo que usted dijo, las señoras me han detenido. (*Aparte.*) ¡Válgame Dios! ¿Si habrá oído...?

Mel. Pues; si las conozco: son pesadas hasta dejarlo de sobra.

Gab. Quede usted con Dios.

Mel. ¿No quiere usted detenerse un rato mas?

Gab. No puede ser: me estarán ya esperando en casa.

Mel. Pues amigo, ábur, hasta mañana.

Gab. Beso á usted la mano. (*Aparte.*) Mucho recelo que nos haya oído, y descubierto nuestro plan.

ESCENA XXIII.

DON MELCHOR. PERICO.

Mel. Di, Perico, ¿qué estabais hablando de máscaras?

Per. ¡Malo es esto! Nada, que don Gabriel va á ellas.

Mel. Sí; pero ¿con quién va?

Per. ¿ Eso pregunta usted? ¿ Con quién ha de ir?

Mel. ¿ Con doña Antoñita?

Per. Pues, con ella. Ha poco que se ha marchado de aquí.

Mel. Con efecto, acabo de encontrarla en la calle con su padre.

Per. Antes de que viniese don Pedro por ella, han estado tratando de... Por eso estaba aun don Gabriel en casa.

Mel. ¿ Y cómo diablos se han arreglado para ir?

Per. Toma, como se hacen esas cosas.

Mel. ¿ Si llevará la tal Antoñita la desvergüenza hasta salir ocultamente de su casa por la noche y...?

Per. Es usted el diantre: todo lo adivina.

Mel. ¿ Con que he acertado?

Per. Algo hay de eso.

Mel. ¡ Haya bribona!

Per. ¿ Me manda usted algo, don Melchor?

Mel. No: anda con Dios.

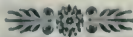
Per. (*Aparte.*) ¿ Qué viejo tan maldito! por poco nos oye toda la conversacion. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON MELCHOR.

Dos dominós blancos con guarniciones encarnadas...

¡ Bueno! No se me despiutarán: no habia pensado ir esta noche al baile, pero este motivo me determina. Veremos si se presenta alguna circunstancia favorable á mis proyectos, y cuando no, tendré un rato divertido.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO. JUAN *en traje de aldeano. Habrá luces en la mesa.*

Juan. ¿Qué tal estoy?

Per. Perfectamente.

Juan. ¿Te parece que doña Cesarea se engañará?

Per. Ya se ve que sí; y mucho mas no teniendo la menor sospecha de la jugarreta que se le hace. De lo que debes cuidar es de la voz.

Juan. No hayas miedo: imitaré lo mejor que pueda la de don Gabriel: fuera de que al través de la careta y con la vocecita que acostumbran á fingir las más-caras, no será facil que doña Cesarea note la pequeña diferencia que hubiere.

Per. Con todo, bueno será que la hables lo menos posible, y para que no lo estrañe, hazla bailar muchísimo.

Juan. Eso sí; la voy á dar un jaleo, que ha de volver á casa poco menos que reventada.

Per. Ganas tengo de que os marcheis para descansar. Vaya un laberinto el que traigo esta noche. La casa queda desierta: los señoritos ya se escurrieron; por señas que á poco mas nos coge don Melchor en el garlito.

Juan. ¿Cómo?

Per. Habíase recogido á su cuarto á la hora acostumbrada. Fiado yo en que ya estaria acostado, llamé á don Eugenio y su hermana; les abrí con tiento las puertas, y les eché á la calle: apenas habia

concluido de hacer esto, cuando hete aqui que sale don Melchor y me pide el picaporte diciéndome que iba á las máscaras.

Juan. ¿Y ha ido?

Per. Andando: metido en su gran dominó de raso, mas hueco que un globo aerostático. Lo que siento es que los otros no lo saben, y puede que algun descuido...

Juan. Hombre, esa ida tan repentina al baile no me huele muy bien.

Per. Me temo que nos haya oido á don Gabriel y á mí cierta conversacion, y que... Yo procuré son-sacarle; pero al maldito no le pude arrancar mas palabras que: *ya verás, ya verás...* ¡Ah! ya está aqui doña Cesarea.

Juan. Pues me plantifico la careta.

ESCENA II.

DICHOS. DOÑA CESAREA *en traje de aldeana.*

Ces. Perico...

Per. Entre usted sin cuidado, señora, que ya no está en casa quien pudiéramos temer.

Ces. ¿Quién?

Per. Su marido de usted, que se ha marchado al baile.

Ces. ¿Al baile?

Per. Sí señora: ha salido con esa novedad á las doce de la noche... Por eso me he atrevido á hacer subir al señor, á fin de que no se helara de frio esperando en la calle.

Ces. ¡Ah! Don Gabriel. ¿Qué traje tan precioso lleva...! Pero ¿por qué tiene usted puesta la careta?

Per. Se la acababa de arreglar cuando usted entró, y por eso...

Ces. Quítesela usted.

Per. (*Aparte.*) Malo.

Juan. Con mucho gusto, dueño mio: (*Hace como que quiere quitarse la careta.*) ¿Qué diablos...! Esta cinta... Perico, á ver, desátamela.

Per. Si se ha formado un nudo que no hay quien lo deshaga... Es preciso cortar la cinta... Doña Cesarea, ¿tiene usted ahí unas tijeras?

Ces. No, pero...

Per. Bien que es inútil: si se ha de volver á poner la máscara al instante... Ya es tarde, y no deben ustedes perder tiempo... Váyanse ustedes.

Ces. Sí, vamos.

Per. Yo iré delante para abrir las puertas. (*Va hacia la puerta, y vuelve repentinamente.*) ¡Ay!

Ces. ¿Qué es eso?

Per. Retírense ustedes pronto.

Ces. ¿Por qué?

Per. Don Melchor está ahí.

Ces. ¿Mi marido? ¡Ay, Virgen Santísima!

Per. Escóndanse ustedes.

Ces. Vámonos adentro, don Gabriel.

Per. Ya no es posible que pasen ustedes por delante de esta puerta sin que les vea don Melchor: viene hacia aquí.

Ces. ¿Qué haremos?

Per. Ocúltense ustedes detras de este biombo... Yo procuraré hacer que se retire pronto á su cuarto. (*Se ocultan.*)

ESCENA III.

JUAN y DOÑA CESAREA *ocultos*. PERICO. DON MELCHOR, que trae á DOÑA MARIQUITA con dominó, como se ha dicho en el segundo acto, y la careta puesta. Don Melchor traerá un farolito.

Mel. Entre usted, señorita.

Per. (*Aparte.*) ¿Quién será esa muger que viene con él?

Mel. No tenga usted miedo.

Per. (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mio! Si no me engaño, es doña Mariquita: ese es el disfraz que llevaba.

Mel. Hola, Perico, ¿todavía estás en pie?

Per. Con el cuidado de si usted venia, no he querido acostarme.

Mel. (Á doña Mariquita.) Siéntese usted.

Per. Diga usted, don Melchor, ¿qué máscara es esa?

(Después de dejar el farol le lleva con mucho misterio á un extremo del teatro.)

Mel. ¿Esta? Esta es la Antoñita.

Per. ¿La Antoñita!

Mel. Sí: se la he quitado á don Gabriel.

Per. ¿Cómo ha sido eso?

Mel. Verás... Soy el hijo de la dicha: todas las cosas hoy me salen á pedir de boca... Por la conversacion que te oí con don Gabriel, y por lo que me dijiste luego, supe que este iba al baile con la Antoñita y el traje que debian llevar uno y otro: al momento formé mi plan; pero no te quise decir nada porque te suponía de inteligencia con ellos, y recelé que los avisases.

Per. Me hizo usted poco favor... Mi primera obligacion es el servir á usted, y...

Mel. Amigo, el que quiere acertar, debe ir siempre con la malicia: yo me reía de tu admiracion cuando te pedí el picaporte... Pues como digo, formé mi plan, y contando con el efecto de una sorpresa, fui al teatro. Apenas entro en el salon, veo á mis dos enamorados paseándose de braceró y en conversacion muy tirada. ¿Qué hago entonces? Me planto delante de ellos, y de repente me quito la careta: al punto la Antoñita da un grito, él empezó á pedirme perdon por su atrevimiento, y yo contesté: "dejemos los perdones para otra ocasion: lo que ahora se necesita, es que esta niña se venga conmigo..." Y sin que ella hiciese la menor resistencia, me la saqué del teatro. En la calle quise que se quitase la máscara; pero no lo ha permitido; y yo por no violentarla...

Per. No, no se la quite usted; no importa que la tenga puesta: le dará vergüenza el quitársela.

Mel. Por eso no he insistido... Él no hizo mas que salirse del teatro y seguirme á lo lejos. Apostaré cualquier cosa á que está ahora en la calle.

Per. Voy á ver... (Va á la ventana, y mira.) Con

efecto, allá veo un hombre que mira hácia aquí; por lo que puedo distinguir, tiene puesto un dominó igual al de esa señorita.

Mel. Pues mira, baja, y si es él, dile que suba.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Tengo un gran proyecto... Dile, dile que suba...

¡Ah! toma el picaporte.

Per. Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON MELCHOR. DOÑA MARIQUITA.

Mel. Pero, señorita, ¿es posible que no se quite usted esa careta? ¿No ve que la estará sofocando? (*Doña Mariquita hace señas de que no.*) ¿Tiene usted vergüenza de quitársela? (*Doña Mariquita hace señas de que sí.*) Si es así, no insisto... ¿Usted estrañará sin duda que la haya traído aquí en vez de llevarla á casa de su padre...? ¿Eh? ¿No me responde usted...? ¿Qué diablos! Esta muger es muda: no he podido sacarle una palabra del cuerpo. Pues señor, aquí no está usted bien... Hasta la hora crítica pasará usted á este cuarto inmediato. (*La lleva al cuarto de la izquierda, y echa la llave.*) Bueno: ahí está segura; no se me escapará. Ahora, mientras sube el otro, vóime á mi cuarto á quitar este disfraz. (*Coge la linterna y se va.*)

ESCENA V.

DOÑA CÉSAREA y JUAN salen de su escondite.

Ces. ¡Gracias á Dios que se ha marchado! ¡Qué apuro! Estaba, que un sudor se me iba y otro se me venia... Pero ¿quién será esa muger que ha encerrado en este cuarto?

Juan. ¿Con que nos vamos al baile?

Ces. Para bailes estoy yo: ya no tengo ganas de ir: veremos cómo se puede usted marchar sin ser visto.

Juan. Sí, eso quiero yo, marcharme.

ESCENA VI.

DICHOS. DON GABRIEL. PERICO.

Per. Aquí debe estar, entre usted.

Ces. ¿Quién es? ¡Ay! ¿Qué es lo que miro? ¿No es don Gabriel?

Gab. (Aparte.) ¡Doña Cesarea! ¿Qué encuentro!

Per. (Aparte.) Tiró el diablo de la manta...

Ces. ¿Qué es esto, señor? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Quién es el verdadero don Gabriel?

Gab. Yo soy, señora.

Ces. ¿Pues qué máscara es esta? Diga usted, ¿quién es usted?

Juan. (Juan se quita la vareta.) Soy Juan, para servir á usted.

Ces. ¡Ánimas benditas! ¿Qué hombre es este?

Per. Que vuelve don Melchor.

Juan. Yo me escondo. (*Se oculta detras del biombo.*)

Per. Escóndase usted tambien, señora, no la vea su marido con ese traje.

Ces. Yo no me meto ahí con ese hombre.

Per. No se aude usted con repulgos de empanada. Peor será que la vea don Melchor y se descubra el pastel.

Ces. ¡Ay, Virgen de las Angustias! En qué berengenal me veo metida. (*Se esconde.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. ¡Ah! don Gabriel.. soy con usted. (*Saca una luz.*) Voy á entrar aquí esta luz, pues no es justo dejar esta niña á oscuras. (*Entra en el cuarto.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos DON MELCHOR.

Gab. ¿La ha encerrado?

Per. Asi parece.

Gab. Ya que segun me dices está en la inteligencia de que es doña Antonia, quiero hablarle con firmeza, á ver si logro que me la deje llevar.

Per. Sí, y luego que esté fuera, yo la volveré á introducir con sigilo; y en estando en su cuarto, advina quién te dió... Tambien ha sido mucha torpeza el dejársela usted quitar.

Gab. ¿Qué quieres...? Imaginé que lo habia descubierto todo y me hablaba en la suposicion de que era su hija... Y ella ¿si habrá conocido el engaño de su padre?

Per. Es regular, pues no se ha querido quitar la careta.

ESCENA IX.

DICHOS. DON MELCHOR.

Mel. Perico, escucha. (*Aparte á Perico.*) Mira, marcha ahora mismo á casa de don Pedro, dile que se vista y venga aqui sin tardanza, que tengo que hablarle de un asunto muy interesante; pero no le adviertas de que está aqui su hija.

Per. Está bien.

Mel. Vete igualmente á casa de don Roque, hazle que se levante, y que tambien venga aqui al momento.

Per. (*Aparte.*) ¿Qué diablos de proyecto traerá este hombre en la cabeza?

Mel. ¿En qué te paras? Vé corriendo.

Per. Voy. (*Aparte.*) Me parece que todo esto parará en descubrirse el embrollo... Pues no digon nada, doña Cesarea que está ahí con el otro... Buena la hemos hecho. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, menos PERICO.

Gab. (*Aparte.*) Pues señor, sigamos la idea de que es doña Antonia, á ver si...

Mel. (*Se rie mirando á don Gabriel.*) ¡Ah, ah, ah!

Gab. ¿Se rie usted?

Mel. Me rio de la sorpresa que le he causado á usted.

Gab. Ciertamente es de sorprender una accion tan inconsiderada como la que acaba usted de hacer.

Mel. ;Inconsiderada!

Gab. Perdóne usted que le hable con esta franqueza; pero no puedo menos de manifestarle que me ha sido sumamente desagradable un proceder, que á no ser por mi prudencia, hubiera producido un lance en medio de una concurrencia tan numerosa.

Mel. No lo crea usted... sé muy bien distinguir de genios y de situaciones; y estaba seguro de que no tendria consecuencia ninguna un paso que, aunque arriesgado, era preciso darle en beneficio de usted.

Gab. ¿ En beneficio mio?

Mel. Sí señor; y eso es lo que usted no agradece... Fuera de que semejante reserva era escusada. Se lo tengo á usted dicho: á mí no se me escapa nada... Si lo habia de saber... Ya ve usted cómo lo he sabido.

Gab. ¿ Y qué necesidad habia de que le dijésemos á usted...?

Mel. Mucha, sí señor, mucha.

Gab. ¿ Y usted piensa que doña Antonia ha ido al baile sin consentimiento de su padre?

Mel. Así lo tengo entendido.

Gab. Pues sepa que tiene su permiso, y que ha ido en compañía de una señora de muchísimo respeto.

Mel. ¿ Qué dice usted?

Gab. La verdad: no tiene usted mas que preguntárselo mañana á don Pedro.

Mel. Pues entonces...

Gab. Esa señora me la habia confiado para bailar: ahora quizás la habrá ya echado de menos; y ¿quién sabe los juicios que estará formando?

Mel. ¿ Con que con permiso de su padre? ; Bueno! Para el caso es lo mismo: de todos modos me sale bien mi proyecto.

Gab. Déjese usted estar de proyectos: lo que debe hacer es entregarme á doña Antonia para que volvamos al baile, y evitar las consecuencias que puede acarrear su ausencia.

Mel. No señor: aqui lo interesante es casarle á usted.

Gab. Mire usted que me comprometo.

Mel. Eso quiero yo.

Gab. ; Jesus, qué hombre!

Mel. Usted se apura por nada.

Gab. Digo, ¡mi situación no es para apurarme!

Mel. Usted no mire su situación, sino las ventajas que pueden resultarle de ella.

Gab. Sean cuales fueren esas ventajas, no tiene usted derecho para proceder como lo está haciendo, y dará lugar á que...

Mel. No hay que enfadarse... Si usted mirase las cosas á sangre fria como yo... Pero tiempo vendrá en que me dé usted gracias por mis servicios.

Gab. Ni me hacen falta sus servicios de usted, ni los quiero.

Mel. ¡Lo que es tener poco juicio!

Gab. Cuando intente casarme con esa señorita, iré á su padre y se la pediré sin rodeos ni artificios, y creo que no me la negará, pues no soy un sugeto tan indecente ni tan pobre, que pueda tener á menos el admitirme en su familia.

Mel. Usted no sabe quién es don Pedro. Tiene mil razones...

Gab. Pero ¿no ve usted...?

Mel. Lo que veo es que la ocasión es favorable; y ya que se presenta, debemos asirla por los cabellos... No sea usted niño: sujétese á lo que yo le diga, y ayúdeme á realizar el plan que tengo acá en mi idea.

Gab. No señor, no; y ya que usted se obstina, le declaro terminantemente que me he de llevar á doña Antonia, y que me incomoda se meta usted en hacerme servicios que ni le pido, ni (vuelvo á repetir) los quiero para nada.

Mel. Pues ya que usted lo toma así, yo tambien le declaro terminantemente que no se la llevará, y que le serviré á usted á pesar suyo... ¿A ver, quién es el mas terco?

ESCENA XI.

DICHOS. PERICO.

Per. Ya viene aqui don Pedro.

Mel. ¡Bueno! Don Gabriel, váyase usted allá dentro.

Gab. ¿Yo...? No señor.

Mel. Sí tal. (*Empujándole.*)

Gab. Pero ¿para qué?

Mel. Ya lo verá: entre usted... Ayúdame, Perico.

Per. ¡Qué diablos! Entre usted. Pecho al agua, y salga lo que saliere.

Gab. Será preciso ceder. (*Entra en el cuarto.*)

Mel. Sobre todo, no salga usted hasta que yo avise.

ESCENA XII.

DON MELCHOR. DON PEDRO. PERICO.

Mel. (*A Perico.*) ¿Y don Roque?

Per. Ya le he avisado; pero volveré, no sea que se haya dormido. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR. DON PEDRO.

Mel. Perdone usted que le haya incomodado.

Ped. Con efecto, la hora es bastante incómoda para sacarle á un hombre de la cama, y le aseguro á usted que conociendo sus cosas he estado por no venir.

Mel. Y hubiera usted hecho muy mal, pues es para un asunto que le interesa mucho.

Ped. Pues bien, diga usted.

Mel. Amigo, sienta tener que darle á usted una mala noticia.

Ped. ¿Mala?

Mel. Pero ¿cómo ha de ser? para estos casos es el talento.

Ped. ¿Qué ha sucedido?

Mel. Y en habiendo un poco de reflexion y conformidad...

Ped. ¿Se ha muerto alguien?

Mel. No, eso no.

Ped. Me habia usted asustado.

Mel. Ello, bien mirado, no es mas que una friolera.

Ped. ¿Acabará usted de explicarse?

Mel. En primer lugar, ¿dónde está su hija de usted?

Per. Mi hija está en el baile de máscara.

Mel. Pues: usted no me quiere creer. ¿Qué hombre de

juicio deja que una hija suya vaya á semejantes diversiones?

Ped. Semejantes diversiones no son malas sino para las que ya estan pervertidas: ademas, la Antoñita ha ido con una señora muy honrada, y de toda mi confianza.

Mel. Pues á pesar de esa señora de tanta confianza, su hija de usted no está ya en el baile.

Ped. ¿No está en el baile?

Mel. No señor; y para decirlo todo de una vez, su hija de usted está en mi casa.

Ped. ¿Qué dice usted?

Mel. Lo que usted oye.

Ped. ¿Pues cómo puede ser que...?

Mel. Si usted no fuese un hombre descuidado; si observase como debe todos los pasos de su hija; si procurase averiguar las intrigas en que anda metida, no le sucederia esto.

Ped. ¿Intrigas...? La espresion es algo fuerte... Yo no digo que la Antonia deje de tener algun quebradero de cabeza, como todas las muchas de su edad; pero andar en intrigas...

Mel. Pues ello es que anda, y ahora lo verá usted. ¿Se acuerda de cierto jovencito que fue con ustedes esta mañana á paseo?

Ped. ¿Don Gabriel?

Mel. El mismo. Sabrá usted que comió en casa, y que no se marchó hasta despues de haberse usted llevado á la Antoñita.

Ped. Con efecto, le vi que estaba todavía aqui cuando vine por ella... Y bien, ¿qué?

Mel. Pues ese caballero y su hija de usted estan perdidamente enamorados el uno del otro.

Ped. Si es esa la noticia que tenia que darme, bien pudiera usted haberla guardado para mañana sin necesidad de hacerme levantar á deshora, y asustarme como lo ha hecho. Sin embargo, me alegro del aviso.

Mel. Es que hay mas todavía.

Ped. ¿Hay mas?

Mel. Receloso ese caballero de que usted no le quisiese conceder á su hija, ha tratado de hacerle la forzosa.

Ped. ¿Cómo?

Mel. (*Aparte.*) Vaya de embuste. Estaba yo muy recogido en mi cama, cuando oigo llamar á la puerta, y á poco rato entra Perico y me dice que don Gabriel está ahí, y quiere hablarme. Me levanto, y figúrese usted cual sería mi sorpresa al ver que traía consigo á doña Antonia.

Ped. ¡Mi hija!

Mel. Su hija de usted. Me contó en pocas palabras el negocio: me dijo que habiendo resuelto ambos casarse, se habian escapado del salon de máscaras; y me pidió tuviese depositada en mi casa á su novia mientras hacia las diligencias necesarias.

Ped. ¿Es posible?

Mel. Yo le reconvine (como usted puede creer) por un proceder tan feo; pero viéndole obstinado, igualmente que á la niña, tomé el partido de ceder, y de avisarle á usted al momento.

Ped. ¡Yo me he quedado aturdido! Y le aseguro á usted que lo estoy oyendo y no lo creo.

Mel. ¡Ó, qué cabeza de chorlito! ¿Cuándo se desengañará usted de que es un pobre hombre?

ESCENA XIV.

DICHOS. DON. ROQUE. PÉRICO.

Per. Aquí está don Roque.

Roq. ¿Podremos saber, señor don Melchor, qué novedad ha ocurrido de tanta importancia que me hace salir de la cama en lo mejor de mi sueño?

Mel. Ahora lo sabrá usted... Entre tanto, venga y ayúdeme á desengañar al señor. ¿No es cierto que esta tarde pasada ha encontrado usted aquí á su hija en amorosos coloquios?

Roq. Sí señor: por señas que se dejaba muy bien besar la mano, de que doy fé.

Mel. ¿Lo ve usted, señor mio? ¿Lo creerá usted ahora?

Ped. No, yo no pongo duda en lo que usted dice; pero no por eso deja de causarme estrañeza...

Mel. Venga usted acá, pobre hombre. Ahora me toca volverle las tornas por tanta crítica y tanta burla

como ha hecho de mí. ¡Para que anduviese mi hija en los malos pasos que la de usted...!

Ped. Bien, hombre, será todo lo que usted quiera; pero esta no es ocasión para venirme con reconvenciones, sino de ver lo que se ha de hacer.

Mel. ¿Quiere usted seguir mis consejos?

Ped. ¿Cuáles son?

Mel. Considere el ruido que va á armarse, y cuánto la murmuración va á cevarse en usted y su familia.

Ped. En eso tiene usted razón.

Mel. Lo que se necesita aquí es evitar el escándalo... ¿Usted tiene algún inconveniente en que su hija dé á ese jóven la mano?

Ped. En cuanto á sus circunstancias, ninguno; y le aseguro á usted que si hubiese venido á hablarme acerca del particular, hubiera sido bien recibido... Lo que me incomoda en él es el proceder tan poco delicado de que ha usado en esta circunstancia.

Mel. ¿Qué quiere usted? Calaveradas de muchachos... Pues señor, mi opinión es que condescienda usted con sus deseos. A lo hecho, pecho. ¿Cómo ha de ser? No hay otro arbitrio... Aquí está el señor, que es un honrado escribano si los hay. Nos enjergará en un sancti amen un contrato; lo firmamos todos, y queda la cosa concluida.

Roq. Yo por mí estoy pronto á hacer todas las diligencias propias de mi oficio.

Mel. Con que, ¿qué es lo que usted resuelve? ¿No le parece bien mi idea?

Ped. Veo que no hay otro remedio, y será lo mejor hacer lo que usted dice.

Mel. (*Aparte.*) ¡Bueno! Ya le metí por el aro. Don Roque, enristre usted la pluma, y háganos ahí cuatro garabatos... Voy por los muchachos... ¿Don Gabriel? Salga usted. (*Abre el cuarto donde está Mariquita, y se entra.*)

Roq. ¿Don Gabriel? ¿Pues no era don Eugenio quien...?

Per. Pues señor, aquí va á ser ella. (*Llaman.*) ¿Llaman? ¿Quién será á estas horas? Voy á ver... (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO. DON ROQUE. DON GABRIEL.

Gab. ¿No me llamaba don Melchor?*Ped.* Don Gabriel, yo le supongo á usted un hombre de honor y de buenos sentimientos: por consiguiente, no estrañará que un padre se manifieste resentido por la conducta tan poco delicada que en esta ocasion ha observado usted.*Gab.* Don Pedro, es preciso sacarle á usted de un error que...

ESCENA XVI.

DICHOS. DOÑA ANTONIA *de máscara*. DON EUGENIO. PERICO. UNA SEÑORA *tambien de máscara*, y UN CRIADO *con un farol*: *estos últimos quedan retirados al fondo.**Ped.* Y tú, hija, ¿qué motivos has tenido para faltar á la confianza que se merece un padre, y cometer una accion que tanto desdice de tu educacion y tu decoro? ¿Te he esclavizado tanto, que tuvieses necesidad de arrancarme por la fuerza un consentimiento que debieras haber esperado de mi paternal cariño?*Ant.* ¿Qué dice usted, padre?*Ped.* ¿No te avergüenzas del modo con que has venido á esta casa?*Ant.* ¿Pues qué mal he hecho en ello? El baile se iba acabando, y doña Gertrudis manifestó deseos de retirarse. A la puerta del teatro estaba esperándonos el criado para acompañarnos. Me dijo que don Melchor le habia llamado á usted, y que se hallaba aqui; y como es paso para casa, he querido subir, á fin de saber qué novedad es esta, y nos retiremos juntos.*Ped.* ¿Cómo? ¿No has salido hasta ahora del teatro?*Ant.* No señor. Ahí estan doña Gertrudis, que no me ha perdido de vista en toda la noche, y don Eugenio, que ha tenido la bondad de ser mi pareja.*Ped.* ¿Pues este don Melchor, qué embrollos trae que...?

ESCENA XVII.

DICHOS. DON MELCHOR. DOÑA MARIQUITA.

Mel. Don Pedro, aqui tiene usted á su hija... Suplico que la trate con... (*Viendo á doña Antonia.*) Pero ¿qué veo? ¿Estoy soñando, ó no es esa?

Ped. Sí, esta es mi hija, que acaba ahora mismo de salir del baile: veamos ahora á qué quedan reducidos todos esos cuentos con que me ha venido usted.

Mel. Vaya, que es chasco... Pues don Gabriel, ¿quién es esta máscara?

Gab. Es, es... Ya no hay remedio, (*Aparte á Mariquita.*) es preciso que se dé usted á conocer.

Mel. Diga usted... Y usted, señora, descúbrase... sepamos quién es.

Mar. Soy yo, papá. (*Se quita la careta.*)

Mel. ¡Uy! (*Tapándose la cara.*)

Ped. ¡Su hija...! ¡Ah, ah! no puedo menos de reirme del chasco... Bien empleado le está.

Roq. (*Aparte.*) ¡Vaya, que me habia yo echado una novia preciosa!

Mel. ¡Jesus! no vuelvo de mi aturdimiento. ¿Con que eres tú, bribona? Ahora verás... (*Amenazándola.*)

Mar. ¡Ay! (*Refugiándose tras de don Gabriel.*)

Gab. Por Dios, suplico á usted...

Mel. Dígame usted, seductor, ¿es esta la Antoñita que queria le dejase llevar?

Gab. ¡Ah, señor! Perdone el haberme querido aprovechar de un engaño á que dió lugar usted mismo, para evitar los disgustos que pudieran seguirse de saber usted quién era en realidad esta máscara.

Mel. ¿Y á qué fin me la llevó usted al baile?

Gab. Solo con el de disfrutar de aquella diversion... Todo ha sido efecto de una ligereza, y del amor que nos profesamos.

Mel. ¿Ustedes se aman?

Gab. Sí señor, y tal es el verdadero motivo de haberme introducido en su casa de usted.

Roq. ¡Digo, la niña que segun su padre no conocia qué cosa es un amante!

Mel. Perico, ven acá. ¿No me dijiste que el objeto que traía al señor á casa era la Antoñita?

Per. Sí señor; pero usted perdone, fue un engaño.

Mel. ¡Ah, tunante!

Roq. Si le he dicho á usted siempre que el tal Perico es un bribon de los de marca mayor.

Mel. Y usted tambien me ha engañado. ¿No me dijo que habia visto aqui á la hija de don Pedro en pláticas amorosas con don Gabriel?

Roq. Yo no he dicho tal cosa.

Mel. ¿Cómo no?

Roq. Si usted no hubiese atajado mi relacion, saliéndome con que ya lo sabia, y lo hacian con permiso suyo, le hubiera dicho que quien estaba á los pies de doña Antonia, y la besaba la mano, era su hijo de usted don Eugenio.

Mel. ¿Eugenio?

Roq. Sí señor.

Mel. Esta es otra... ¿Adónde está ese bribon? ¿Eugenio...! ¡Ah! venga usted acá, señorito. ¿Es verdad lo que dice don Roque?

Eug. Sí señor, es verdad. Ha tiempo que doña Antonia y yo nos profesamos un mútuo amor, y anhelamos el feliz instante en que el himeneo corone nuestra pasion.

Per. El señorito es el embozado que hablaba por las noches con doña Antonia á la reja. ¿No descaba V. saberlo?

Mel. ¿No me dijiste que era don Gabriel?

Per. Lo dije, pero fue tambien un engaño.

Mel. ¡Ah, pícaro! Tú eres el que tiene la culpa de todo. Ahora me las pagarás.

(Quita el baston á don Pedro y quiere dar á Perico; éste huye hácia el biombo, tropieza en él, le deja caer y se descubren doña Cesarea y Juan.)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA CESAREA Y JUAN.

Per. ¡Ay!

Mel. ¡Mi muger!

Ped. ¡Doña Cesarea!

Eug. ¡Mi madre!

(A un tiempo todos.)

Mel. ¿Usted aqui, señora? ¿Y en ese traje?

Ces. Yo... sí... esto es que... ¡Ay, Virgen de los Remedios, valedme!

Mel. Y este perillan ¿quién es?

Ces. No lo sé... No crean ustedes que yo tengo nada con ese hombre.

Gab. Este es un criado mio.

Juan. Pues... un criado del señor... Yo... aqui me han traído.

Mel. ¿Y á qué ha venido?

Gab. Eso es demasiado largo para contarlo ahora.

Mel. Y dígame usted, señora mia, ¿de dónde ha sacado usted el dinero para esas galas?

Per. De los dos mil reales que me dió usted esta mañana.

Ces. ¿Quieres callar?

Per. Toma, ya que lo sepa todo...

Mel. ¿Los dos mil reales de la corona de la Virgen? ¡Infame! ¿Son estas las devociones que haces...? ¿Con que es decir que no hay uno en esta casa que no me haya engañado, vendido, robado, y para quien no sea un objeto de burla y escarnio?

Ped. Ahora pudiera yo devolverle á usted las reconvencciones que ha poco me hacia; mas no quiero abusar de su situacion: lo mejor será, como usted decia, valerse del talento y tener conformidad.

Mel. ¿Qué conformidad quiere usted que tenga cuando todo lo que me sucede es para desesperarme?

Ped. Nada de eso: nó hay que desesperarse. Esto tiene remedio tomando usted ahora para sí los consejos que me daba; y supuesto que don Gabriel y Mariquita se quieren, cáselos usted, y Dios les haga buenos... Me parece que el marido que yo admitía para mi hija, no puede usted despreciarlo para la suya.

Mel. No puede ser; tengo prometida su mano á don Roque.

Roq. ¡Oh! no le sirva á usted eso de estorbo... Es cierto, que quise casarme; pero despues de lo que acabo de ver, renunció al matrimonio.

Mel. Entonces... ya que usted se desdice... que se casen.

Gab. ¡ Ah, mi querida Mariquita!

Mar. ¡ Qué dicha!

Ped. Y de estos señoritos, que tambien parece que se quieren, ¿ qué hacemos?

Mel. Por mí que hagan lo que gusten; no me quiero ya meter en nada, en nada.

Ped. No, amigo: una cosa es querer meter su cucharada en todo, y otra mirar con indiferencia los negocios que mas nos interesan... Me parece que en dando yo un buen dote á mi hija, no tendrá usted reparo en que se case con Eugenio.

Mel. Pues que se casen.

Eug. Esta es mi mano.

Ant. La acepto con mucho gusto.

Ped. En cuanto á doña Cesarea, ya que, segun parece, desea ir á las máscaras, ofrezco llevarla yo mismo una noche.

Ces. Para ir con usted prefiero quedarme en casa.

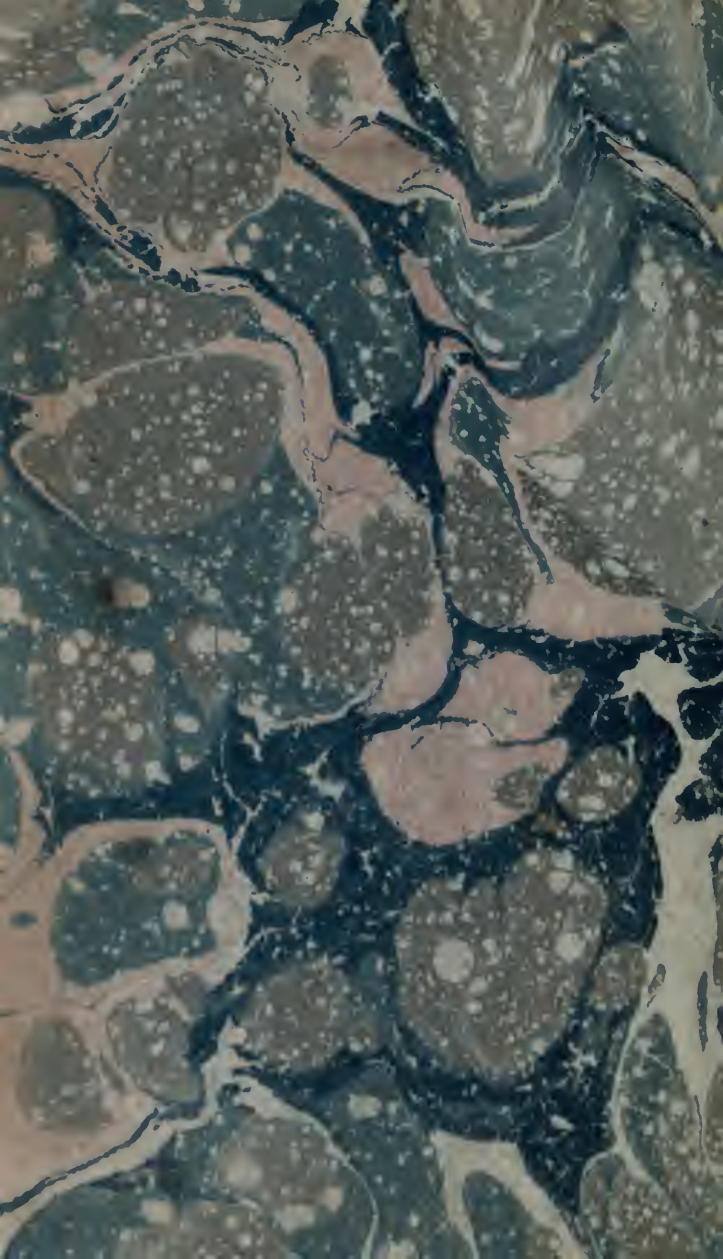
Gab. Deje usted, que luego que se hayan verificado las bodas, iremos todos en reunion.

Mel. Y en cuanto á los preparativos de la boda y arreglo de la comparsa, dejádmelos á mí, que yo me pinto solo para ello.

Ped. Eso es: nunca perderá usted su genio entremetido.

Mel. ¿ Qué quiere usted? Es mi comidilla. Si me quitan el mangonear, me muero.

Ped. Si; pero sírvale á usted la leccion que hoy ha llevado á hacerle mas prudente y circunspecto; y aprenda que aquellos, que mas se afanan por averiguar vidas ajenas y arreglar los negocios de otros, suelen ser los que mas ignoran cuanto pasa en sus casas, y mas en desorden tienen sus asuntos propios.



462193

Teatro moderno español. vol.12.

LS.C
T2535

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

